



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



PROPERTY OF
*University of
Michigan
Libraries*
1817



ARTES SCIENTIA VERITAS









POEMA

DE

COSTUMBRES

POR

JUAN BAUTISTA FUENTES.



C-208

13

13

BEATRIZ

POEMA DE COSTUMBRES

SOBRE

EPISODIOS ANTIGUOS

POR

JUAN BAUTISTA FUENTES.



LIMA

Imprenta del Estado, Calle de la Rifa, numero 58.

1871.



868

F9538be

v.1



62-00000
3537

DEDICATORIA

AL EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
BENEMERITO

CORONEL D. JOSÉ BALTAZ

Señor:

BAJO el amparo de vuestra progresista administracion se han levantado empresas, que ciertamente avergüenzan el pasado de nuestra

vida social. Tal es la magnitud de unas, la valentia de otras y la buena fé de todas.

Pero muy útil vergüenza, Señor Excmo.; porque combatida la indolencia y convencida de su temeridad la idea de revelion, se ha llegado á comprender por los hombres del progreso, que la felicidad del Perú solo puede basarse sólidamente. en el trabajo ayudado por la ciencia.

Mas no han cesado aquí vuestras prolíficas tareas como primer Magistrado de la Nacion; pues habeis procurado elevar sobre ese pedestal de firme ventura el progreso de la inteligencia. Así es como habeis amparado los ensayos científicos tan provechosos á un pais naciente: las artes bellas que modifican y endulzan el carácter del hombre; y hasta los cantos del mísero poeta han sido objeto de vuestra generosa proteccion.

Aceptad pues con benignidad, el producto de mis pobres inspiraciones, que si no llevan el sello de la perfeccion, llevan el muy visible de la gratitud profunda. Y creedme Señor, que si el ensalsar la humildad es obra meritoria del Cielo, el alentar la inteligencia, es el rasgo mas honroso que puede consignar en su historia, el hombre que haya gobernado pueblos libres é ilustrados.

Con los sentimientos mas cordiales y mi profundo respeto, dedico á V. E. este Poema de Costumbres y aprovechando la honra de suscribirme como vuestro humilde servidor

JUAN BAUTISTA FUENTES.



PROSPECTO.



HOY que una proteccion demostrada, tanto para las ciencias como para las artes, ha dejado de llamarse utópia, y muy especialmente en el suelo libre de las Américas, que por sus avanzados adelantos llama la atencion del mundo civilizado. Hoy pueden los hombres humildes de corazon pero valientes de ánimo, cobijarse bajo este amparo, que diariamente abre sus brazos consoladores

á muchas inteligencias, que ahora diez años, tenían que mirar las producciones de su ingenio, como plantas exóticas, sin riego y sin esperanza de fruto alguno.

Muy bien lo han comprendido los Gobiernos de ambas Américas, siguiendo el profícuo ejemplo de la ilustrada Europa, acojiendo de una manera positiva, todos los trabajos materiales y literarios, que llegan á sus manos, las únicas, que en grandes proporciones, pueden dar la debida impulsión, á las obras que marquen el carácter propio de una Nación, en los distintos ramos que enriquecen la inteligencia, como son: las manufacturas de arte, los productos del estudio, la Música, la Poesía y la Pintura.

Si tan loable propósito, no encuentra hoy ningún desgraciado inconveniente, pronto podrán decir los hijos de Sur de América, que son dueños

tambien de una escuela original y propia, que ya se hace sentir en sus diferentes secciones.

Animado pues, con tan alhagüena perspectiva, me he decidido á publicar mi POEMA DE COSTUMBRES SOBRE EPISODIOS ANTIGUOS DEL PERU.

La simple enunciacion del título de mi obra, podria retraer un tanto, á las personas juiciosas, que siempre encuentran suceptibilidades, en los cuadros que naturalmente saltan á la vista al retratarse las costumbres contemporáneas de un pais dado; y yo respetando tan ilustrado escrúpulo, hago figurar mi argumento. en el año muy abundante en episodios de 1746. Verdad es que para moralizar sobre los hábitos retrógados del hombre, se tiene que avergonzar á el hombre mismo. Pero qué hacer Señores: la cauterizacion del cáncer duele pero sana. No obstante, me anima la esperanza de que, la

distancia de siglo y medio, minorará la impresion de los conceptos emitidos, que son indispensables para que no retroceda jamás en su marcha de triunfo la mejora social, que hoy sigue difundándose por todos los ángulos del Perú.

Si obedeciendo á la palabra "Prospecto" me detuviera en este anuncio á patentizar los detalles de esta publicacion, defraudaría en cierto modo, el derecho que tiene cada lector, de hacer sus apreciaciones sobre la misma composicion. Lo único que puedo anticipar es, que apreciador de los indisputables frutos de moralidad, que ha dado y debe dar el profundo respeto á las edificantes prácticas del Catolicismo, no he dejado de consignar en el cuerpo de este poema, y en los personajes morales que figuran en mi argumento, esas justas ofrendas á la Divinidad, como timbre característico de una alma elevada y

del corazon magnánimo del virtuoso. Y si á través de la unción que derrama la plegaria del justo, se encuentra alguna línea, que afronte la senda tortuosa de los que abusan del que nunca abusó de la humanidad; léanse aquellas frases como la triaca higiénica del corazon, que le prepara convenientemente la salubridad del espíritu.

Si el carácter del Poema y su condicion literaria es la apología de un héroe; buscando yo en mi patria al protagonista de mis pobres inspiraciones, he encontrado únicamente á esa digna compañera en la peregrinacion del hombre. La Mujer! . . . porque este suelo privilegiado, se rinde mas á las persuaciones de un ángel que á la fulgente espada de los triunfadores romanos. He aquí el motivo dominante que me ha hecho preferir una heroína en lugar de un héroe; y lo que es mas en último

análisis, el rango y predominio innato, que está llamada á ejercer la mujer en los enlaces íntimos de la vida social, haciéndose ella, por decirlo así, la primera fuente de moralidad si es virtuosa, ó la gran piedra de Safo, si no lo es, de donde gradualmente puede precipitarse toda la humanidad. Plugiera á Dios que mi pobre Beatriz sea acogida con benignidad por las bellezas de mi suelo, así como mis débiles esfuerzos por los compatriotas y amigos de—

JUAN BAUTISTA FUENTES.



En un recurso presentado al Ministerio de Gobierno en 20 de Julio, acompañando el anterior prospecto, y pidiendo amparo, para la impresion de este Poema, recayó el supremo decreto que sigue —

JULIO 25 DE 1871.

En atencion á las razones expuestas en este recurso y por via de proteccion, se dispone, que en la Imprenta del Estado se haga la impresion del Poema de Costumbres escrito por D. Juan Bautista Fuentes, quedando el autor obligado á entregar en el archivo del Ministerio cien ejemplares de dicha obra: dirijase al efecto la orden correspondiente al Director del referido establecimiento y rejístrese.

Rúbrica de S. E. — SANTA MARIA.



PRÓLOGO Ó QUISICOSA



UNQUE hace años vivimos alejados de las fantásticas regiones de la Poesia (que buenos petardos dá á los que se queman las pestañas hilvanando consonantes) no podemos negarnos á formular un ligero juicio sobre el libro que la amistad del autor ha puesto en nuestras manos. Nuestra opinion está muy distante de ser autorizada; pero á lo menos es sincera y vayase lo uno por lo otro.

Que el autor es modesto hasta la humildad no puede ponerse en duda. El no aspira á hacer sombra á ninguno de los astros que lucen en el sistema planetario de los poetas americanos. No tiene la presuncion de declararse por sí y ante sí estrella de primera magnitud.

La fuente Castalia alcanza para que beban todos. . y mas que vengan. El señor Fuentes se conforma con que no le impidan aproximarse á ella, siempre que respete las leyes de la rima y y del buen sentido.

Ni por qué impedirselo? Si no reconocieramos con Espronceda que es una profunda verdad que no admite vuelta de hoja aquello de:—*son las comparaciones siempre odiosas*—con superabundancia de citas probaríamos que hay poetas con título que hacen con la Poesia, matrona que calza muchos puntos, desaguizados tales, que mas que hijos del Divino Apolo merecen llamarse hijastros viles.

Este libro, propiamente hablando, no es un poema; pues carece de las condiciones literarias que el poema exige. Es una serie de cuadros y á fé que hay algunos bastante buenos, sobre todo en el tan difícil género descriptivo. La versifi-

cacion es sencilla, correcta, fluida y musical casi siempre. Se adivina que sin el menor esfuerzo han brotado los versos por entre los puntos de la pluma.

Páginas bien pensadas y mejor sentidas tiene el libro del señor Fuentes. Ellas y la modestia del autor deben desarmar la severidad de los Zoiolos, inclinándolos á la indulgencia. Como el mismo lo declara, su obra no es un monumento literario. Indignidad seria enseñarse en ella, hiriendo las aspiraciones nobles, generosas, y patrióticas que se la han dictado.

Lector! Permite, pues, que te presente á este ahijado que me ha cabido en suerte sacar de pila. Sé benévolo para con él en gracia de su humildad.

Lima, Noviembre 17 de 1871.

RICARDO PALMA.



AL LECTOR.

¿A qué formarle un prólogo á mi historia,
Imitando á los grandes escritores,
Si los rasgos que traza mi memoria,
Con prólogo ó sin él, no son mejores?

Yo no he querido hacer un monumento
De bella y singular literatura;
Sino darle á mi espíritu el aliento
Que siempre ansioso por doquier procura.

Yo no he pensado una obra de titanes,
Ni en levantar palacios majestuosos;
Y dedico tan solo mis afanes
A esos del alma rasgos generosos.

Si es un prólogo historia anticipada
De lo que debe de narrarse al punto,
En este caso la obra es excusada,
O es un anexo que le sigue adjunto.

Si es recomendacion de los conceptos
Que se hallan esparcidos en la obra,
Mas grato es leerlos una vez correctos
Y el proemio en tal caso está de sobra.

Sea verdad lo escrito y es bastante,
Que la verdad á todos interesa:
Este Genio jamás fué petulante,
Ni ha dado nunca muestras de baja.

Que es sustraer el tiempo á los lectores
Con recopilaciones infatuadas:
Que aun cuando la obra tenga mil primores
Ya las pupilas quedarán cansadas.

Esto sin apuntar las presunciones.
Que convierten la fama en una utópia,
Que honrarse al tiempo de pedir perdones,
Es poner la alabanza en boca propia.

En los varios conceptos que he expresado,
He intentado escribir lo que he sentido:
En mucho debo haberme equivocado.
Que salvar puede mi lector querido.

Cuando se canta en lira maltratada,
Tan solo el cielo que á uno le enamora,
En cítara tan triste y destemplada,
No se canta tal vez sino se llora.

Yo no me he remontado á las regiones
Donde pinta la fábula el Parnaso,
Que para hacer sentir los corazones
Se canta la verdad á cielo raso.

DE COSTUMBRES.

No he ido en pos de eso que llaman bello,
En el sentido extricto en que se toma;
Pues siempre lo que escribo lleva el sello
De la misma humildad de la paloma.

Las variadas leyendas que he enlazado,
Acaecidas en edad remota,
No llevan pues un tipo tan marcado
Para que se analizen gota á gota.

Allí donde una idea ha sugerido
A la imaginacion un sentimiento,
En endechas de amor me he detenido
Para saciar mi corazon hambriento.

Que en toda latitud la poesia
Que el vacío del alma está llenando,
No es esa que campea en pleno dia,
Sino por la que todos van llorando.

Mi pobre estilo sin lujosas galas,
Podrá enfadar las plumas bien cortadas:
Ideas son al fin, buenas ó malas,
Por la verdad me fueron inspiradas.

Si baja Homero á la última bajeza,
Cuando su Iliada escribe sobre el suelo,
Se le dice tal vez con gentileza,
Que ha sido para dar mas alto vuelo.

Pero si un triste númen se amortigua,
Porque la inspiracion pronto no llega;
Nada en su orgullo el crítico averigua,
Y al sufrimiento su perdon le niega.

POEMA

Muchos grandes poetas empearon
Por hacer ver lo que es la poesia,
¡Y cuántos de sus muestras se burlaron
Por que algo mas esa muger pedia.

Que es mucho aventurar tomar pinceles
Para reproducir un mar de flores,
Por que siempre serán cópias infieles
Las de aquella ave de cien mil colores.

¡Y he de atreverme yo con frente osada
A designar lo que es la poesia,
Si por un Dios el alma fué formada:
Y es toda inspiracion, toda armonía?

Se engaña aquel poeta vanidoso,
Al creer que en lo sublime él solo gira,
Si el universo es himno portentoso
Donde cada mortal pulsa su lira.

Si quereis que acompañen vuestras notas,
No os escondais tras de la densa nube,
Ni recorrais esferas tan remotas
Don el águila audaz tan solo sube.

Si es del poeta la mision sublime,
Descubrir los arcanos de la mente,
Mas poeta será quien mas esprime
Con claridad la luz inteligente.

Que seria del estro enardecido
Si solo fuera para el docto escrito:
Valdría mas no haberlo concebido
Si ha de volverse al fin fruto maldito.

No os lamentéis poetas bien nacidos,
Por que todos los hombres no os comprenden:
No les pinteis conceptos escondidos:
Y ya vereis que vuestro canto entienden.

Antes de darle Dios toda su imágen
A esa porción que de su aliento vive,
Te hago otro Yo . . . para que no te ultrajen,
Dijo . . . y el hombre, todo lo concibe.

Todos los hombres beben la armonía,
Y guardan su laud dentro del alma:
Unos pueden sonarlo en pleno día
Y otros se ocultan para oirlo en calma.

No es el que escucha pues el que adivina
Esa cuerda febril que nos conmueve:
Es el cantor que con su voz mas fina
El resorte del alma á herir se atreve.

Que es un centro de eternas simpatías
Toda la humanidad inteligente,
Capaz de percibir las armonías
Que se hacen resonar con alma ardiente.

Que es divino instrumento el cuerpo humano,
Que responde á los dedos del poeta:
Sepa el génio tocar su íntimo arcano
Y su armonía se hallará completa.

Hombres hay anteriores á los siglos,
Por que á los siglos ellos los midieron:
Otros hombres se han hecho unos vestiglos,
Cuando mirar un siglo mas quisieron.

Pues hemos visto historias avanzadas,
Que nos pintan el último progreso,
Allá en las tierras del saber pobladas,
Donde la ilustracion toca al exceso.

Do se mueven tornillos y resortes
Que hacen la servidumbre mas completa;
Y concluidos los tronos y las cortes
La invencion incesante no se aquieta.

Se cruzan acueductos y túneles
Como las mas extensas catacumbas:
Todo se hace por máquina y trojeles
Y hasta han llegado á suprimir las tumbas.

La inteligencia, artículo anticuado,
Se encuentra sustituido con ventaja,
Por el ingenio intrépido y osado
Que la invencion en duplicar trabaja.

Entre tal disyuntiva yo prefiero
Patrocinarne á los primeros hombres:
Que de lo que es sabido mucho espero,
Porque del por saber no hay mas que el nombre.

Que se desborde el mar del pensamiento
Y del sol se desboquen los caballos;
Que el que escribe llevando un mal talento
Debe tener cordura en sus ensayos.

Sin embargo, lector, sí no os enfado,
Permitidme exponer las opiniones,
Que sobre poesía me he formado
Ya que os invito á leer tantos renglones.

No tratándose pues de exacta ciencia,
Sino de un don que inspiracion se llama,
Escuchad lo que os diga con prudencia,
Que harta prudencia el censurar reclama.

Una noche que absorto contemplaba,
De un pobre loco la ilusión vehemente,
Yo en mi razon á Dios interrogaba
Con la sentida súplica siguiente:

Señor!.. Señor!.. decidme:
¿Será demencia acaso el Estro humano?
Por compasion, oídmme,
Este pensar que siento combatirme,
¿Será la fiebre de un cerebro insano?

¿Será ese fuego que mi frente abrasa,
El áscua escandecente del delirio,
Que hasta el placer arraza,
Cuando la inspiracion quemando pasa,
Convirtiendo en delicias el martirio?

¿Es pues acaso un desconcierto horrible,
Ese compas veloz que el alma siente,
Cuando ya en el poeta es imposible,
Sujetar esa fuerza irresistible
Que conmueve su frente?

¿Qué resorte es aquel que así se agita,
Formando la ilusion de la locura:
Que ya se eleva ó ya se precipita
Al mar ó á la llanura,
Para lo cual de nadie necesita?

¿Será el fuego de Dios? . . la fé del alma? . .
 Que sintiendo del cielo una centella,
 Salva del mundo la indolente calma,
 Y del martirio al preferir la palma
 Quiere incendiarse en ella?

¿Será el rayo veloz que al orbe entero,
 Hace escuchar secretas armonías:
 Que antes que á el alma al corazon primero,
 Aunque sea de acero
 Inyecta el fuego entre sus venas frias?

¿Qué fenómeno es este? . . qué portento? . .
 Con que algunos se ríen y otros lloran,
 Que embarga el pensamiento,
 Y hasta los mismos que su fuerza ignoran
 Sienten con él su corazon violento? . .

Es la gloria de Dios que anda en el hombre:
 La parte celestial que han heredado:
 No hay que dudarlo, no, ese es su nombre,
 Y aunque el mundo se asombre,
 La poesia en la alma se ha incrustado.

Es la fruiccion del alma separada
 Por un instante de la sangre humana,
 Que en su expansion sagrada,
 Y en el docel de la verdad sentada,
 Se hace del pensamiento soberana.

Es la revelacion de lo sublime,
 Que hace mirar la realidad sombría,
 Cuando entre la materia el hombre gime,
 Y el corazon se esprime
 Por disfrutar de su ambicion el día.

Que vé jirar los astros magestuosos,
Que al Universo dan grata armonía:
Que en su investigacion vé luminosos
Espacios portentosos,
Que jamás en la tierra encontraria.

Es el solemne instante en que la mente,
Desdeña la materia y la fortuna:
En que se siente un cielo entre la frente,
Mas bello y reluciente,
Que los honores de una régia cuna.

En que apesar del luto y del quebranto,
Se siente una impulsión inesplicable,
Que hace escuchar un misterioso canto
Que á veces con el llanto,
Compone una armonia inimitable.

Esa es la poesia verdadera,
Hija del sentimiento bien nacido:
No la busqueis por Dios vaga y ligera,
Buscadla allá en la esfera
Donde se oyen del cielo los sonidos.

Que ese nécio cantar que llena el viento,
En medio de la orgia tumultuosa,
Y ese báquico ardor sanguinolento,
Hijos bastardos son de aquella hermosa,
De mas grande y mas noble sentimiento.

Esos enjendros manchan su blancura,
Salpicándole el lodo en su vestido,
Cuando blanden el tirso en la llanura,
Y con la sed que el corazon tortura,
Ansían solo beber lo que han bebido.

La reina que gobierna el pensamiento,
Que rinde al corazon con su armonía,
Que dirige á la luz, que ordena el viento,
Vive en el firmamento,
Y pertenece á una alta gerarquía.

¿Quereis oir su nombre?
¿Su sonrisa amorosa? . .
Vedla cuando murmura el sentimiento,
Cuando entre las corolas de una rosa,
Al amor y al pudor forma su asiento.

Que cantando el amor canta la gloria,
La elevacion del alma á lo sublime:
Que junto á la moral su espada esgrime,
Y se lamenta y gime,
Si la idea del bien se hace ilusoria.

Que busca los pesares y el tormento,
Y en la desolacion se halla presente:
Que convierte en un muro el pensamiento:
Y de la infamia al choque mas violento,
Hace triunfar de la virtud la frente.

No consiente el sarcasmo, la diatriba,
El fausto vil ni adulacion mezquina:
Place su voz, su persuacion cautiva:
Reina que con su fé todo ilumina,
Se halla de lo prosaico mas arriba.

Unos la llaman loca envanecida:
Otros la llaman reina desgraciada;
Y ella entre el mundo con la frente erguida,
Nos vá alumbrando el campo de la vida,
Cuando parece que no hiciera nada.

Esa interior tristeza, que arrebató
La ilusión del placer mentido y ciego:
Esa verdad que el corazón maltrata,
Cuando sus fibras con dolor dilata,
Esa es la voz de su perenne ruego.

Que aprovecha el instante en que el sentido,
Le deja libre paso al pensamiento;
Y entre el clamor del corazón herido,
Modula el dulce acento,
Que avergüenza al placer enloquecido.

Entonces se establece,
Esa lucha tenaz de cuerpo y alma;
Y aunque el primero erguido se enfurece,
Mientras su vanidad crece y mas crece,
Triunfante la razón muestra su palma.

La poesía noble que conmueve,
No alza en las sombras sus divinos cantos;
Y nécio el que se atreve,
A libar en la copa en donde bebe,
Profanando sus labios sacrosantos.

En el lúbrico son de las orgías
No puede haber inspiración divina:
Sus ecos no se llaman armonías
Son palabras impías
Que en su demencia el hombre se imagina.

Por eso como el zátiro se esconde
Para burlar su acento entre el follaje,
Mas donde puede alzar su faz adonde
Si al hablar la verdad Dios le responde,
Y á esos cáñes marca su celaje.

Y aunque el poder, el fausto y la arrogancia,
Coronados de pampanos se rian,
Siguiendo así en tan nécia petulancia,
Negando á esta heroína su importancia,
¿Qué es pues lo que en el mundo ganarian? . . .

Otra risa mortal de alto desprecio,
De la porcion sensata y pensadora,
Que al hablar la verdad habla muy récio,
Formando el eco que confunde al nécio,
Que siempre tarde su imprudencia llora.

¡Poesia sublime y generosa,
Abre tu corazon á todo el mundo;
Y gira allá en tu esfera portentosa,
Cual precursora estrella luminosa
Que te acercas á Dios cada segundo.

Sacerdotiza que de fé nos llenas,
Que puedes dar oráculos muy claros,
El trípode rompiendo en tus escenas,
Donde Druidas avaros,
Llámanse bardos cuando son sirenas.

Hoy que alumbra la luz todas las gentes,
Deja de los epílogos las dudas;
Y esas fraceologías negligentes,
Que adormecen las frentes,
Declararas al fin por lenguas mudas.

Si es penar y llorar la vida entera,
Canta el dolor y canta el sufrimiento:
Deja esa lira de oro plañidera,
Que hace bajar fantasmas de la esfera,
Para mortificar el pensamiento.

Cuando la poesia hable mas claro,
Rasgo por rasgo, idea por idea;
Y convierta su lámpara en un faro,
No será el génio de un aspecto raro,
Ni habrá un mortal que su mision no crea.

Si esta no es la verdad, lector amado,
Yo me confieso lleno de vergüenza:
Si en mi concepto estoy equivocado,
Yo os pido humilde mi perdon postrado:
No he dicho mas que lo que mi alma piensa.



DON CARLOS.

EN esos tiempos que la grande España,
Extendía su brazo afortunado,
Medio mundo abarcando con su saña,
Midiéndolo del uno al otro lado.

Cuando quedaban restos altaneros
De aquella altiva, audaz caballería,
Que en otro siglo en sus bridones fieros,
Heríanse valientes á porfía.

En ese tiempo que abundó en conquistas,
Dejándose olvidados los torneos:
Cuando hicieron furor los romancistas,
Levantando sus versos en trofeos.

Cuando ya no se usaban los arneses,
Ni las fornidas y doradas lanzas,
Donde escritos se vieron muchas veces,
Nombres de alhagadoras esperanzas.

Cuando la Religion no comandaba,
El Cruzado indomable del Oriente,
Ni en su Lábaro santo se miraba.
La leyenda que le hizo tan valiente.

Cuando otro Dios apareció en el mundo,
De una imagen hermosa y fascinante,
Que hizo creyentes mil en un segundo,
Mostrándole á los hombres su semblante.

En esa vez que el Castellano erguido,
Sin recordar los dias de su fama,
Quiso mirarse de un metal henchido,
Sin pensar en su patria, honor ni dama.

En esos tiempos habitaba en Lima,
Un caballero de marcial figura,
Hijo de un noble de mediana estima,
Cuyo solar se halló en Estremadura.

Cárlos de la Quintana se llamaba:
Sus ojos se movian con violencia;
Y donde quiera que su voz vibraba,
Debia de encontrarse la obediencia.

Una visible pero honrosa herida,
En su frente sus hechos proclamaba;
Pues su diestra se vió jamás vencida,
Y á quien sangre pedia, muerte daba.

Gris el cabello, el rostro perfilado:
De talle erguido y caminar resuelto,
Era el mismo valor apersonado,
En un cuerpo nerbioso al par que esbelto.

Muy rara vez sus triunfos referia,
En torno de sus buenos camaradas;
Y si alguno su historia le pedia,
Sus correrias eran celebradas.

Alguna que otra vez midió su espada,
En la conquista de una dama hermosa,
Pero jamás se la guardó manchada
Con ninguna contienda vergonzosa.

Sin pintar una á una sus facciones,
Solamente al oir su voz plateada,
El corazon mostraba los blasones,
De una alma noble, audaz y enamorada.

La primera beldad que contemplára,
Habitaba en las márgenes del Rimac:
Era por cierto de belleza rara
Entre las hijas de la hermosa Lima.

Ojos de apasionada tortolilla,
Su voz como el murmullo de la fuente,
Todo zagal de esa parlera orilla,
Era quizá su adorador ferviente.

Mostraba apenas su semblante hermoso:
Solo á la misa parroquial salia;
Y era algun galan asaz dichoso,
Si otro día el mirarla conseguia.

Por dos veces D. Cárlos pudo verla,
En una procesion de nombradía;
De entónces la llamó su linda perla
E indagando su nombre no dormía.

Llevaba un rico cirio entre sus manos
Que el oropel luciente derretia;
Y haciendo esfuerzos con sus piés livianos
Al costado del anda proseguia.

Era inmensa la mole que marchaba
De Jesus el sepulcro soportando,
Aquella noche en que el incienso ahogaba
La grande multitud que iba orando.

¡Cuánta piedad en torno difundía
La Magestad del séquito sagrado!
Místico amor el corazon sentía
Por esa fé del Dios crucificado.

Que es un secreto de insondable causa,
La conmosion que sufre la existencia,
Cuando marca el espíritu esa pausa,
Que hace escuchar la voz de la conciencia.

De la conciencia, el tribunal severo,
Que falla sin oír dobladas pruebas,
Cuyo gran comparendo es el primero
Que tienen los Adanes y las Evas.

Por esto en esas horas expansivas
Los actos religiosos estremecen;
Y el corazon sus venas mas activas
Hace parar si los recuerdos crecen.

Que fué labrado el corazon humano
Con la oracion sentida de una madre,
Que hizo formar con el placer mas sano
La cruz del que llamaba nuestro padre.

Los salmos del Señor tocan el alma,
Y la electricidad del pensamiento,
Se aprovecha tal vez de aquella calma,
Para lanzar su fuego mas violento.

Y en el mas récio corazon palpita,
Alguna extraña sensacion que el hombre,
Por mas que piensa y su cerebro agita
Sabe que existe sin saber su nombre.

Por eso el alma bien nacida entiende,
Que la oblacion á Dios siempre es debida,
Y su piadosa inclinacion no vende
A exagerada ilustracion mentida.

La adoracion se ha hecho para el cielo:
Toda demostracion para su gloria:
El corazon del hombre no es de hielo,
Para solo adorar con la memoria.

Contémplese una pompa religiosa,
Sin las investiduras del logrero;
Y habrá en el alma una expansion dichosa
Que experimenta el corazon mas fiero.

Estos eran los místicos momentos,
En que D. Carlos contemplaba á Elena,
Inundados de luz sus pensamientos,
Mostrando á Dios su frente mas serena.

Pero oh! terrible instante que oscurece
El recinto feliz que á el alma engrie,
Cuando en amor el corazon se mece,
Y en sus caricias de placer se rie.

Un incidente de fatal agüero
Hace temblar el anda magestuosa:
Falla un lado y derribase el madero,
Haciendo oh Dios! una explosion ruidosa.

Elena estaba en el umbral del anda:
Su cuerpo al parecer quedó cubierto:
Un grito sale de la opuesta banda,
Y un hombre lo levanta casi muerto.

La imágen del Señor se hizo pedazos
Dejando ilesa aquella criatura
Cosas del cielo son, que con sus brazos
Proteje la inocencia y la hermosura.

Mas al abrir sus ojos un momento,
Mirándose en los brazos de D. Cárlos,
Sufrió su corazon tal movimiento,
Que en el instante tuvo que cerrarlos.

Que no se puede ver el bien que se ama
Tan de cerca radiar en nuestro pecho;
Y tiene el alma que apartar la llama
Para no verse el corazon deshecho.

Y asi como la luz, tiene la frente
Su inmenso foco que el amor enciende,
Y es preciso sufrirlo lentamente
Pues todo fuego devorar pretende.

Por eso el cuerpo de la bella Elena,
Desasirse queria de esos brazos,
Que la tenian de vergüenza llena,
Su corazon partiendo en mil pedazos.

Y alguna frace mal articulada,
Tan solamente pudo dirigirle,
Y el no dejarla allí abandonada,
Entre sollozos alcanzó á pedirle.







ELENA.

Los dias ardorosos del verano
Iban templando un tanto sus rigores,
Y erguíanse las flores
Que el campo agreste siembra con su mano.

A la orilla inferior del ancho rio,
Que lleva un nombre de habladora fama,
Se eleva una capilla,
Que una historia sencilla,
Pero tal vez ensangrentada un tanto,
Ha bautizado aquel terreno santo.

Pues es fama el haberse allí encontrado
En el tiempo en que ardian las hogueras,
Dos rubias cabelleras,
Que cual plantas hermosas de ese prado,
Por mas que con la tierra las cubrian,
Indefenible aroma despedian.

La piedad de esos dias,
Que en todos puntos un milagro hallaba
En una noche que terror causaba
De un clérigo que estaba en agonias,
Casi al ponerse las pupilas frias,
Las últimas palabras escuchaba. }

Cruento es el hecho para ser narrado
En estos tiempos claros,
Que el fanatismo solo en los avaros
Es hecho consumado,
Pues miéntras brille el oro, sus miradas
Confusas se verán mas no cansadas.

Señalando un cuaderno el moribundo,
De betusta figura en un armario,
Hizo leer al actuario,
Con sentimiento al parecer profundo,
El siguiente episodio que á fé mía.
La Inquisicion firmaba cada día.

“Convictos y confesos entregamos,]
“Al brazo secular de vuestras leyes,
“Al muy impío Policarpo Reyes,
“Que á fuego condenamos;
“Miéntras Carlota lleve un Sambenito,
“Con el vil nombre de su esposo escrito.”

Seguia aquel cuaderno designando
El programa terrible del suplicio,
Y allá de vez en cuando,
Para curar la corrupcion y el vicio,
Algun divino apóstrofe se hallaba,
Pidiendo por el alma,

Miéntras el cuerpo impío se quemaba,
No del martirio la anhelada palma,
Sino el baldon que una familia ahogaba;
Pues siempre en los edictos se ordenaba
Regar con sal las casas de los reos,
Cuyos bienes el clero confiscaba,
Rayando acciones, anulando empleos,
Y hasta con la ceniza se borraba,
Nombres, familias, timbres y trofeos.

Tuvo lugar la ejecucion terrible,
Cuando el sol se encontraba en el ocaso:
La escena para todos fué visible,
Y el patíbulo al raso
Se hallaba levantado en el otero,
Donde la voz fatal del pregonero,
Dió á los ministros la señal postrera,
De encaminarse el reo hasta la hoguera.

Distaban doce varas á la pira,
Y en el trayecto de las seis primeras,
Reyes sereno á su Carlota mira,
Y al seguir las postreras,
Con una hoja de patente filo;
Como cortar un hilo,
Fijando sus miradas en el cielo,
La garganta se hiere á sangre fria;
Y á poco se veía
Su cabeza rodando por el suelo.

La ira desató de los sayones,
Esa protesta enérgica del fuego,
Que la plegaria, la oracion y el ruego
Convertia en carbones,

Antes de que subieran al empleo,
Y en infernal delirio,
Con la extorcion de horripilante aspecto,
Era horrible el efecto
Que á el alma le causaba ese martirio.

Pero ah! crueldad la de ese tiempo nécio:
El Tribunal creyéndose insultado,
Hizo ahorcar á su lado
A la infeliz Carlota, como el precio,
De la desobediencia del consorte;
Y de esta accion llegando hasta la Corte
La noticia exhorada,
Con las palabras del Oficio Santo,
Con vergüenza y espanto
De los tiempos de luz que en pos siguieron,
Estampados se vieron
Del monarca los sellos aprobando,
Aquella ejecucion y acto nefando.

Mas volviendo otra vez á la sentencia:
Inmensa fué la admiracion y el miedo
Que vino á apoderarse de la Audiencia,
Y que yo le concedo,
Al ver que en su presencia,
Yertos los dos cadáveres se hallaban,
Y por mas que buscaban,
Con el auxilio de la santa ciencia,
Y exorcismos, hacian,
Las cabezas allí no se vían:
Milagro ó no milagro el hecho es cierto,
Que poco apercibido
Se retiró el concurso compungido,
Dejando aquel lugar todo desierto.

De año en año seguian
Los corrillos narrando este suceso;
Y algunos pretendian
Descifrar los secretos de aquel preso;
Mas un temblor terrible
El Santo Oficio á todos infundía,
Y era caso imposible
Mirar sus actos con la luz del día;
Y si algun hecho el Tribunal tramaba,
En baja voz se hablaba;
Pues un adagio todos repetian
Si de la Inquisicion hablar querian.

De ese tiempo los tímidos vecinos,
Que en aquellos suburbios habitaban,
Solos por aquel sitio no pasaban,
Sin ántes repetir salmos divinos
En el aniversario de ese día,
Que segun ellos un clamor se oía,
Cuando al viento flotaban
Estas dos cabelleras que miraban.

Desde aquí proseguia el manuscrito,
Despues de mendigar mil oraciones,
Confesando las viles detracciones
Que un génio del cocito,
Pudo inventar para perder á Reyes,
Cubriéndose de entónces con las leyes,
Que á todos protejian,
Menos á los herejes que tenian
Talentos ó fortuna,
O adoraban tal vez la media luna.

En conclusion venia confesando
El clérigo cuitado,
Que en plenitud estaba disfrutando
De los bienes del pobre ajusticiado.
Y para alijerar su vil conciencia,
Al modo de esos tiempos tan piadosos,
Legaba con dignísima paciencia
Unos fundos valiosos,
Para que edificaran la capilla,
Que por cierto no fué una maravilla,
Siendolo sí el haber abandonado
A pesar de un encargo postrimero,
En un solar ya casi inhabitado,
A la infeliz Elena que vivia
Sin saber su existencia á quien debia,
Y la imágen que vió tales fierezas,
La vírgen se llamó de las Cabezas. 31

Mas como la bondad y la hermosura,
En todos tiempos se abre su camino,
Esta niña graciosa y con ventura
Con su virtud labraba su destino.
Salian de sus manos mil primores:
Animaba las flores
Que su aguja formaba en blanco lino:
En la Iglesia su acento era divino:
Por donde quiera que una fiesta habia,
Su modestia y su gracia se aplaudia;
Y de ese rio en la ribera amena,
Haciendo palpar cien corazones,
Y encendiendo vivísimas pasiones,
La muy hermosa Elena,
Crecía como límpida azucena.

Y esta es la flor hermosa que ha plegado
Sus perfumados pétalos de espuma;
Que lleva en sí como liviana pluma
D. Cárlos tiernamente enamorado.

Que inclinando su tallo
Como las flores que ante el sol se humillan,
Sus pudorosas tintas ya no brillan

Volviendo del desmayo,
Que el prólogo ha formado de su vida,
Por que ha de ser de quien la tiene asida.

Caballero, murmura humildemente,
Triste es la situacion en que os contemplo,
Debida á un rasgo de virtud ejemplo,

Escuchadme indulgente:
Vuestros anhelos se hallan engañados:
No soi lo que pensais por mi presencia;
Ignoro hasta el autor de mi existencia:

La pública clemencia
Me ha brindado los dones que poseo,
Si alguna virtud tengo es la paciencia
Pero con ella muy feliz me creo.

Antes de que sus lábios prosiguieran,
D. Cárlos puesta en tierra una rodilla,
Le habla como hablar siempre debieran
Los que un amor pretenden sin mancilla,
No como el jóven de impetuosos brios,
Que atravieza los montes y los mares,
Deshaciéndose en tiernos disvarios

Y eróticos cantares;
Sino con aquel fuego verdadero,
Que despues de las locas aventuras,
Forma la herencia de las almas puras,

Que anhelan el amor por lo que es bello,
Por lo que es grande, por lo que es sublime,
Cuya fruiccion del corazon esprime,
Cuanto innoble contiene un ser plebello.

Que me importan dictados ni blasones,
Ni grandes cruces que en la noche brillan,
De hombres nécios cargados de pasiones
Que ante la luz de la verdad se humillan.

Tan solo con mi espada,
Sobre la espalda del corcel mas ágil,
Heraldicas figuras de trizado,
Como quebrar pudiera un vaso frágil.

Y en ellos que he encontrado? . .

Una esencia mefftica é inmunda,
Cuyo feter la sociedad inunda:
Perniciosas abejas que circulan,
Solo colmenas guarnecidas de oro,
Que paradoja llaman al decoro,
Y hasta la misma adulacion adulan.

Cansado de una Corte bastardeada,
He atravezado un mar lleno de azares,
¿Y de engreirme aquí con alamares
Que los llevo por honra de mi espada?

¡No, alma de mi vida!

Yo he respirado el aire de los valles:
Es para mí la patria muy querida,
Mas no la corrupcion que anda en sus calles.

Puedes creerme alma mía,
Lo que te digo ante la luz del día:
Entraña por entraña, alma por alma.

Debemos de cambiar en este instante:
De mis torneos tu serás la palma
Que en todas partes busco delirante:
Tu acento es del diamante la cizura,
Que ha partido las fuentes de mi pecho;
Si antes veía un porvenir estrecho,

Hoy eres mi ventura.
Y la grata vision que en mis ensueños,
Ha formado mi mente vigorosa:
Flor cultivada en un Eden, hermosa,
Que la misma modestia te engalana,
Y que mis lábios te darán mañana
El dulce nombre de mi amada esposa.



CUASIMODO.

QUAYABA una mañana de colores,
Con un centro de nácar en el cielo;
Y á lo lejos se oían los rumores
Que por limpiar el suelo,
Hacian los piadosos moradores.

Diríase que un huésped soberano,
Habíanle anunciado al vecindario,
Que suponiendo al sol algo lejano,
Magnífico escenario
Deseaba prepararle con su mano.

Improvisábanse álamos erguidos,
Trasformando las colles en jardines,
Y de todos los sitios mas floridos,
Las dalias y jasmines,
Parecian hallarse reunidos.

Agua fragante el suelo humedecía:
Las cintas se cruzaban matizadas,
Mientras de techo en techo se veía,
Las nubes simuladas
Cargadas de mistura y de ambrosía.

Oh! mañana colmada de esperanzas,
Llenas de fé, de místicas sonrisas,
Que por tu santo amor, cantos y danzas,
Tus perfumadas brisas,
Guardan con las del cielo semejanzas.

¿Por qué tan pronto tu fulgor apagas,
Rayo de luz que alumbras la alegría,
Si tiene el corazon tan hondas llagas,
Y en la mitad de un día,
No puedes ni alibiar á los que alpagas.?

Despiertas con tu aroma la esperanza,
Y apenas aparece el sol radiante,
Hasta el zodiaco tu vision se lanza,
Cuyo eje de diamante,
Haces girar ufana en lontananza.

Y vuelves cuando el mundo ha contemplado
Los signos de esa banda abillantada,
A sembrar otra flor en cada prado,
Donde ya deshojada
Encuentras la que habias cultivado.

Que son así las flores de la vida,
Hijas de la esperanza siempre ingrata,
Mientras el hortelano mas las cuida,
Esa madre homicida
Con el exceso de su amor las mata.

Y parece crueldad privar la mente
De estos efluvios é inocentes doues,
Que con las aguas vivas de una fuente
Que mana en sensaciones,
Componen la entidad del ser viviente.

Por eso es que se encuentra reunida
La familia que el zéfiro sustenta,
Desde la albaca á la azucena erguida
Y hasta su faz presenta,
La violeta que está siempre escondida.

Por eso cada frente se ilumina,
Y en cada corazon arde una llama,
Cuando el guilguero sus amores trina,
Y el zéfiro su rama.
Movi6 al salir la estrella matutina.

Y empieza á regentar en sus dominios,
Confundiendo la luz de las estrellas,
El poseedor de los tesoros ígneos,
Y al esconderse aquellas,
Del astro rey acatan los designeos.

Y sigue duplicándose el gentío,
Y de mil flores las colmadas fuentes,
En donde las nayádes de ese río
Se ven resplandecientes,
Cual si fueran espigas del Estío.

La rica sederia del Oriente,
Sale á lucir sus lienzos recamados:
Las veredas conviértense en estrados;
Y se absorve el ambiente
De aquellos sitios todos perfumados.

Mas pisando un momento los umbrales,
De un bien situado templo en ese valle,
Que de tristes y pobres arrabales,
Formó la hermosa calle,
Que Lima vió desde sus sitios reales;

Entrando como digo, en esa hermosa
Pero pequeña iglesia que regia,
De aquella parroquial feligresía,
La conciencia piadosa,
Místico amor el corazon sentía.

Poética inocencia de esos dias,
¡Cuánto se pudo hacer con tu terneza!..
Corazones de niños reunías,
Que siempre la fiereza
Hizo agrestes con tantas tiranías.

De ese templo no habia un solo claro,
Que no tuviera un especial adorno,
Cuadros, vajillas, todo dije raro
Se contemplaba en torno
De ese lugar de la creencia amparo.

En un altar colateral se hallaban,
Utensilios sagrados y opulentos,
Que á la primera vista demostraban,
Que á muy pocos momentos,
Allí dos voluntades se enlazaban.

Ciertamente, que estaba decidido,
Dar la mano D. Carlos á su Elena,
En la aurora mas bella y mas serena,
De un domingo florido,
Que de amor y piedad el alma llena.

Mas oh! desgracia, en la anterior velada,
La noche presenci6 terrible escena,
Cuando al concluir se hallaba su jornada,
Que el corazon de Elena
Vino á enlutar en su hora mas desecada.

Daban las tres en la Matriz y al ruido,
Levemente aplicado á su ventura,
De esa hermosa paloma el blando nido,
Sin rayar la mañana
Quedó de sus encantos destituido.

Oxilando con ira sus dos brazos,
De gran valía un alto personaje,
De anchas hevillas de oro y ricos lazos
En su negro ropaje,
Media el pavimento á largos pasos.

Por el embozo que su rostro tapa,
Que era su prometido creyó Elena;
Mas al ver una insignia en la zolapa,
Un grito se le escapa,
Reconociendo á Carbajal con pena.

Y sin dar tregua á la aturdida amante,
Con la tozca habla de esos tiempos r6cios,
Rogó primero, amenazó al instante,
Y cual un traficante,
Solicitó el amor con varios precios.

Alivia mi penar siquiera un dia,
El orgulloso Oidor casi postrado,
Escúchame un instante, le decía,
Y luego habrás cambiado
Tu suerte ingrata cuando seas mía.

Solo tornando tu mirar divino,
Dueño serás del brazo mas pudiente:
Regado de oro tienes el camino,
Por donde derepente
Puedes andar luciendo tu destino.

Cintas, encajes y apreciados lienzos,
Se hicieron para tí linda doncella:
Tus dias de placer serán inmensos,
Si alumbrase mi estrella
El sí, de mis amores mas intensos.

.....
Gracias os doy Señor con toda el alma;
Pero apesar de vuestra ciencia humana,
Os puedo responder con toda calma,
Que no es vuestra palma,
Al haberme juzgado tan liviana.

Lleva mi frente ideas mas morales:
No sucumbe mi amor en tal contienda:
Guardad señor, guardad vuestros caudales:
Si quereis que me venda,
Compradme con honor no con metales.

Si no tengo un gran nombre que mostraros
Hija de la horfandad, pobre materia:
Id á buscar señor pechos avaros,
Y no compreis tan caros
Los que muy bien están en la miseria.

Dejadme pues en mi morada oculta,
Sin doradas promesas ni placeres,
Sin esa vanidad que el mundo abulta,
El pan de las mujeres,
Puedo ganar y aquí nadie me insulta.

Las fraces de un raquítico hidalguelo,
De secundario nombre en la nobleza,
Fátuamente ha volado tu cabeza,
Y puede echar al suelo
La suerte que te brinda mi franqueza.

Muy justo es el desvío en tu hermosura,
No lo dudes Elena, eres dichosa;
Y es muy triste desprecies tu ventura,
Por la infatuada prosa
De un hidalgo que raya en la locura.

Si te ha hablado de amor el fementido,
Valiéndose tal vez de una aventura;
Muy pronto debes cosechar olvido
En el campo perdido,
Donde tu amor sembraste con ternura.

Inícuamente te hallas engañada,
Criatura inocente y candorosa:
Tu misma fé te forma la celada,
Donde tal vez llorosa
Te encontraré mañana abandonada.

El capitan D. Carlos de Quintana,
Habiendo en Lima su mision cumplido,
Por órden del Virey muy de mañana,
Debe haber ya partido
Llevando pliegos de órden soberana.

Y cuando aquella comision concluya,
Y te creas feliz con sus mentiras;
Aquel espadachin que tu alma arrulla,
Y por quien hoy deliras,
Te entregará una mano que no es suya.



LA MADRE MARIA.

Así como en el rostro se presenta,
Una señal del sentimiento interno,
Los síntomas del tiempo son la imprenta
Ya en verano ó invierno,
Que á los hombres anuncian su ventura
O el instante fatal de la amargura.

Parece pues que aquel hermoso día,
Cuyo rostro conserva la memoria,
Cansado de mirar tanta alegría
Y hastiado de su gloria,
Sombreando de la tierra la esmeralda,
A la felicidad volvió la espalda.

Tal se miraba de un siniestro aspecto,
Rodeada la campiña de esa orilla,
Do el constante sonido de un insecto
Se escucha y ya no brilla,
El sol de ayer que vió tantos amores,
Sino el que debe deshojar sus flores.

En la noche anterior ¡oh qué vileza! . .
De un solar á la puerta se paraba,
De temible color una calesa,
Que á poco sepultaba
Una muger que al implorar clemencia,
Claramente mostraba su inocencia.

Y es el caso que el tigre D. Ramiro,
No pudiendo vencer virtud tan rara,
Ni haber causado un mínimo suspiro,
Con su pasión forjára,
La negra intriga de ese tiempo en boga,
Usada por la espada y por la toga.

Esa noche leyendo distraído,
La dilatada nómina de causas,
Que el Tribunal había fenecido
Hizo dos grandes pausas:
La primera indicaba su sorpresa,
Y la otra le inspiró grande vileza.

Había descubierto el triste origen,
De la infeliz Elena en este pliego,
Y los instintos que los vicios rigen,
Trasmitiendo su fuego,
Le hicieron creer el logro muy palpable
De su deseo ruin y miserable.

Mia será! . . se dijo satisfecho,
Muy apesar de aquel verboso hidalgo:
Vive Dios! que es inmenso mi despecho:
Si hoy airoso no salgo,
Con las promesas de mi labio ardiente,
Le haré sentir el peso de mi frente.

Y sin mas esperar, toma la pluma,
Desdoblando un siniestro pergamino;
Y antes que aquella noche se consuma,
Lo manda á su destino:
Era una delacion en tal terreno,
Que hizo el violento efecto del veneno.

Acusábase á Elena de hechicera:
¡Sublime quid pro cuó de su hermosura;
Y antes que el sol su nueva luz trajera,
La justicia en figura,
Delante de la puerta se presenta,
Con aquella litera que amedrenta.

Ordena al alguacil que en tal distancia,
Se instale miéntras el prepara el lance;
Y del sitio en que envano su arrogancia,
Compuso un mal romance,
Cuando Elena burló toda esperanza,
Dió la voz de cumplirse su venganza.

La justicia de entónces era muda,
En materia de cultos y de rito:
Era bastante una ligera duda
Para formar delito;
Y descendiendo de familia impía,
Se debia contar con la agonía.

Esta es pues la razon porque impasible,
El instrumento fiel de esa justicia,
Condujo á Elena en situacion horrible,
Sin demostrar propicia,
Ni una sola mirada ante su llanto,
Hasta el dintel del Tribunal muy santo.

Pero siendo el Oidor de gran valía,
Con los cruzados de la fé romana,
Asegurando que él la entregaría
La siguiente mañana,
La celda de un presbítero juicioso,
A Elena le sirvió de calabozo.

Hay otra iglesia sobre la alta orilla,
Del mismo hermoso, enflorado río,
Que linda con la esbelta torrecilla
De un reló que al impío,
Le anunciaba que estaba sentenciado,
Y en aquel sitio ya desamparado.

Si las aguas que lamen sus cimientos,
Pudieran transmitir lo que han oído,
En esos subterráneos aposentos
Donde se han sumergido,
Innumerables víctimas, se oyera,
De esa generacion la historia entera.

Mas lector, si curioso lo averiguas,
Debe saber la crónica ese averno,
Cuyas puertas de ingreso son contiguas
Al cementerio interno,
Partiendo allí la catacumbe horrenda,
Que formó de San Pedro la prebenda.

Esos sitios que el vulgo no miraba,
Cuya extension causára grande espanto,
Muy bien la Inquisicion aprovechaba,
Pues no se oía el llanto,
Del penitente que á su seno entrára,
Para no verle mas al sol la cara.

Un salon espacioso que aun existe,
Alumbrado por tétricas ventanas,
Era el primero, cuyo aspecto triste
En todas las mañanas,
El inconfeso un rato visitaba,
Hasta que al fin convicto se mostraba.

Pues una imagen de la Virgen santa,
Bajo la vocacion de los Dolores,
De un misterioso estrado se levanta,
Que aumenta los temores,
Del cristiano que implora su clemencia,
Al mirar que se mueve en su presencia.

Las siete espadas que su seno herian,
Se hallaban preparadas de tal suerte,
Que á un incúo aparato obedecian,
Ya para dar la muerte,
O ya para absolver al penitente
Que á todo se mostraba complaciente.

¡ Blasfemia horrenda ante la imagen pura
Que abre su manto negro en los pesares:
A la madre de un Dios, tal impostura,
Hace llorar á mares
El corazon que vive esperanzado,
Con la santa doctrina que ha heredado.

Un resorte fatal do se postraba
La destinada víctima á la muerte,
Los brazos de la imagen despegaba,
Y al caer casi inerte,
Las cuchillas ocultas de su manto
Ahogaban al morir su último llanto.

Y otro aun mas horrendo todavia,
De la efígie en el centro calculado,
A una profunda fosa desprendía,
Dejando sepultado,
Con el recuerdo de su triste historia,
Un cadáver sin nombre y sin memoria.

Y aquel ministro de olorosa fama,
Que esos horribles sitios vigilaba,
Evadirse no pudo de la llama
Que su alma devoraba,
Cuando encontró en su celda casi oscura,
Un tesoro de gracia y de hermosura.

Poniendo en juego el arte de sus labios,
Con su saber queria persuadirla;
Y en sus frases mezclando los resabios,
Deseaba confundirla,
Haciéndole mirar licitamente
El fuego audaz de su pasión ardiente.

Y cuando nada había conseguido,
De aquella piedra bien aquilatada,
Temiendo la vindicta enfurecido,
Dejarla sepultada,
Al mirar tan heróica resistencia,
Premeditó su pérdida conciencia.

Entonces con la dulce melodía,
Que el Evangelio presta al Ministerio,
Empezó á funcionar la hipocresía,
Y al aspecto mas sério
Tornándose él presbítero al instante,
En confesor se convirtió el amante.

“Tan solo por sondear tus intenciones,
“Y rasgos de tu impía decendencia,
“Usé tan mundanales expresiones,
“Forzando mi obstinencia:
“La hora de la prueba ha terminado,
“Confiesa pues tu último pecado.”

Y cuando solo oyó trivialidades,
Que la infancia presume ser delitos,
El sibarita las tornó en crueldades,
Poniendo en mil conflictos
El aterido corazon de Elena,
Que sucumbió al rigor de tanta pena.

La compuncion humedeció sus ojos,
Y era entónces tan bella cual la auroꝛa,
Que al encontrar heridas entre abrojos,
Sus tiernas flores llora;
Y ese llanto que vierte su ternura,
Realza la belleza y la hermosura.

Lágrimas hay de poderío tanto,
Que hacen plegar las frentes mas altivas:
Magdalenas que abaten con su llanto,
Entre palmas y olivas,
Al corazon audaz que todo hiere,
Y de una lágrima al contacto muere.

Que es la brasa candente que devora,
El corazon del hombre por doquiera,
Y que tan solo una mujer que llora,
Con su faz hechicera,
Puede apagar tornando la bravura,
En una faz de angelical dulzura.

Pero cuando habla el interés se apaga,
Toda la luz que alumbra el pensamiento;
Pues esa lengua de metal que estraga
El corazon hambriento,
Grita muy alto en su hora de locura,
Para escuchar la voz de la ternura.

Por eso aquel Neron con mano airada,
Señalando el altar donde existía
Esa imagen por tantos insultada,
A Elena conducía,
Porque la vida de esa joven bella,
Era de su vergüenza la centella.

¡Madre Maria! . esclama en voz terrible,
Aquí teneis esta alma arrepentida:
Elena se postró: se hizo invisible,
Y su voz dolorida,
No queriendo escuchar el asesino,
La abandonó entregada á su destino.

LA SACRISTIA.

En la mañana del lluvioso día
Que siguiera al domingo de las flores,
Sobre un caballo que la crin tendía,
Desafiando del tiempo los rigores,
Un gallardo jinete se veía.

Parecía indagar con los vecinos,
Algun perdido objeto en esa aurora,
Recorriendo por todos los caminos,
Que su mirada perspicaz devora,
En busca de dos ojos peregrinos.

Adonde estás aliento de mi vida,
Unico bien de mi alma enamorada:
¿Fuistes acaso la vision mentida
Que al disiparte en nube perfumada,
Te holgas de ver una ilusion perdida?

¿Quién puede haber robádome tu aliento,
En este Eden que guarda la inocencia?
¡Pero qué horror!... terrible pensamiento,
Tal vez del interés la inícuca ciencia,
Me arrebató mi amor en un momento.

Tal vez la fiera de ávidas miradas,
Que ayer este rebaño contemplaba,
Al recordar algunas estocadas,
Que otro tiempo mi diestra le asestaba,
Sus venganzas me tenía preparadas.

Pero infeliz de tí, que á tanto precio,
Quieres lavar la sangre de tu afrenta:
Si en manejar la espada has sido nécio,
A los cobardes el amor no alienta,
Almas heróicas quiere y brazo récio.

Así pues divagando continuaba,
Mientras su leal corcel marchaba al paso;
Y al llegar hasta un grupo en que se hablaba,
De un lance que por cierto era del caso,
Por su Elena D. Cárlos preguntaba.

La flama de una lámpara mortuoria,
Parece que alumbró su rostro ardiente,
Por que toda su sangre derepente,
De aquella noche al escuchar la historia,
Cerca del corazón formó su fuente.

De entonces nada vió, nada sentía:
Solo hablaban sus brazos al crisparse;
Y cuando de su amada el nombre oía,
Su mano se afirmaba en el engarce,
Que su luciente espada sostenía.

Y sin mas escuchar dió en los hijares
Del alazan mas noble y generoso,
Partiendo del ribazo hasta los lares,
Que ocupára el palacio vanidoso,
Prometiéndose hacer mil ejemplares.

Mas como en esa historia figurase,
El nefando y sacrílego aparato,
Que con la Inquisición tiene su enlace,
Llegando al sitio se detiene un rato,
Como si el mismo cielo le avisase.

Un indígena anciano se ocupaba,
De abrir el templo de un moderno Jano,
Cuya nave tan solo se mostraba,
Cuando la muerte con su fria mano,
Para el hombre un suplicio preparaba.

Y al preguntar D. Carlos si sabia,
De una jóven que habian delatado,
Con la mas inhumana villanía;
El anciano con rostro demudado,
Tal vez algun misterio le escondía.

Uniendo al ruego entónces en bolsillo,
Que en todos casos rinde la balanza,
El viejo sacristan cerró el pestillo,
Despues de haber sorbídose un polvillo;
• Para poder hablar con mas holganza.

Señor, le dijo, mas que ese regalo,
Me mueve la piedad y la justicia:
No me creais de corazon tan malo,
Pues jamás mis suspiros los exalo,
Por el rostro falaz de la avaricia.

Un sentimiento innato de mi raza,
Mi compasion reúne á vuestras penas:
Por buen cristiano sirvo en esta casa,
Mas anoche han heládose mis venas,
Con una accion que á la crueldad traspasa.

Encargado de asear los interiores,
Pero sin comprender ninguna trama,
Alumbrando la imágen de Dolores,
Una doliente voz oíó que esclama,
Y reparo en el manto unos rumores.

Me acerco á él venciendo mis temores,
Y al alzar el vestuario con anhelo,
Quedó mi cuerpo convertido en hielo,
Viendo una jóven bella entre dolores,
Casi colgada de su hermoso pelo.

—¡Y qué hiciste infeliz! prorrumpo luego,
D. Carlos con la sangre en sus pupilas:
Respóndeme que hiciste, porque el fuego
Quema mis penas y mi espada afilas,
Con tus acentos, habla, te lo ruego.

Qué hice Señor? . . repite el buen anciano,
Lo que la humanidad me aconsejaba:
Rompiendo aquella máquina mi mano,
La libré cuando ya se desmayaba,
Mas noté que su cuerpo estaba sano.

Entorpeciendo aquel resorte horrible,
El cabello que adorna su hermosura,
Dió lugar al milagro más visible,
De ese cruel Tribunal mentís terrible,
Que hizo palpar la vírgen de ternura.

Y os puedo ya entregar prenda tan bella,
Que vuestro nombre al despertar me ha dado:
Espero pues me perdoneis por ella,
El no haber vuestra dádiva aceptado,
Pues yo de aquí no quiero ni una huella.

Dos gritos de alegría se escucharon:
D. Cárlos en sus brazos tuvo á Elena:
Y en el mismo alazan ambos volaron,
Cuando aun la ciudad estaba llena,
Del nebuloso manto que rasgaron.

• Y allá en la Iglesia de sangrienta historia,
Que al olvido se hallaba relegada,
Ignorando que honraba una memoria,
Para dejar sellada su victoria,
Quedó con él su Elena desposada.

Y como es innegable que hay nobleza,
En todos los hidalgos bien nacidos,
D. Cárlos por Anselmo se interesa,
Y ambos de aquel anciano agradecidos,
No quieren que sucumba en la pobreza.

Bien por bien y nobleza por nobleza,
El sacristan había permutado,
Y desde entónces su lealtad empieza,
Pues no habiéndose de ellos separado,
Los sirvió hasta morir con su fineza.

.....
.....
.....
Momentos hay,
Que elevan el espíritu,

A la region etérea
De los ángeles,
En que el alma contempla
Un cielo límpido,
Bello cual la esperanza
De los mártires.

Horas de intenso amor,
Que en notas fáciles,
Recita el láblio
Con ardor magnético,
En que el alma abandona
Sus adláteres,
Por descifrar
Sus pensamientos fervidos.

En que el azul
Del cielo se dilata,
Formando espirales las nubes de rosa:
Vibra el amor
Y la existencia es grata,
Cruzando el espacio donde el alma goza/

Se oye cantar
La fuente bullidora,
Los vientos murmuran lo íntimo del alma:
Se vé la luz
Que el semblante colora,
Y el hombre disfruta su envidiable calma.

Cuando en (simpática) tinta
Moja su pluma el amor,
Y absorbe un mar de ilusiones
La esponja del corazón.

Cuando basta una palabra,
Una palabra de amor,
Para contar de uno en uno
Los hilos del corazon.

La poesia es la gloria
Que acá se forma el amor:
Gozándola vive el alma
Y se mueve el corazon.

No hay flor lijera y lozana
Que no haya sentido amor:
El amor es la esperanza,
La vida del corazon.

No hay suspiro en el espacio
Que no repita el amor,
Por que las aves y el hombre
Cantan con el corazon.

La desgracia y la fortuna
Nacieron tambien de amor,
De algun amor contrariado
Y algun feliz corazon.

Por que es amor cuanto existe:
La misma tierra es amor;
Y el dia que nadie se ame,
No habrá un solo corazon.

Amor mueve al universo,
Porque es Dios el mismo amor;
Pues su nombre se halla escrito
Enmedio del corazon.

POEMA

No hay poemas, no hay cantores,
Ni hay virtudes sin amor;
Pues no hay cabeza que piense
Sino late un corazón.

Sentir es vivir queriendo:
Amar es vivir de amor,
Que es amor el sentimiento
Conque existe el corazón.

OTRA FLOR.

UN rio manso corre ocultamente,
Que no deja escuchar ningun sonido,
De la ciudad al lado prominente,
Sin ser tal vez de muchos sorprendido.

Sus aguas van lamiendo los cimientos,
De algunas heredades que comueve,
Donde se van filtrando por momentos.
Y algunas vez á demoler se atreve.

Cruel tributo le pagan los hogares,
Por donde asoma un rato su semblante,
Por que si él les propina el agua á mares,
En cambio los absorve á cada instante.

Antes de entrarse á la campiña hermosa,
Ha sido ó no un capricho de este rio,
Formar una península graciosa
Que todos la contemplan con desvío.

Pero es preciso verla y contemplarla,
Cual se encontraba en esos tiempos bellos,
Y al recordar sus huéspedes pintarla
Siguiendo fiel la narracion con ellos.

Una cerca de rosas perfumadas,
Y un sembrado de juncos y frutillas,
Formaban dos murallas codiciadas
De aquel hogar en la derecha orilla.

En la opuesta se hallaba un enrejado,
Cárcel graciosa de otras bellas flores,
Que con su mano Eleña habia sembrado
Para verlas crecer con sus amores.

Terminaba el terreno una enramada,
Donde el jasmin mostraba su blancura,
Unido á aquella vid que fué plantada,
Por quien probára su primer dulzura.

Levantábase al centro una morada,
No de muy dilatadas dimensiones,
Que cobijaba una familia honrada,
Y el amor de dos nobles corazones.

Sin arabescos, cuadros ni festones,
Sencilla y blanca se ostentaba erguida,
Presenciando mil gratas emociones,
Enmedio de una tierra enflorécida.

Los transeuntes á veces contemplaban
La bella situacion de aquel albergue;
Y cuando un rato á verlo se paraban,
Solian murmurar con rostro alegre:

Felices deben ser los que aquí moran:
Tan hermoso exterior bien lo revela;
Si alguna vez los que aquí viven lloran,
Será aquel llanto en que el placer ríela.

Entre flores, y oyendo las sonrisas
De estos dos arroyuelos cristalinos,
Solo se pueden aspirar las brisas,
Y los cantares, del amor divinos.

Vive la dicha léjos del tumulto,
Huyendo siempre el rostro á la opulencia
Para evitar el orgulloso insulto,
Que el poderoso lanza en su presencia.

No se engañaba el vulgo, eran dichosas
Las almas de D. Carlos y de Elena;
Pues entre aquellas flores pudorosas
Nacia otra mas límpida azucena.

Fruto anhelado de un amor tan tierno:
Consuelo de una historia tan terrible,
Siempre gozando del licor materno
Que sintiera el dolor era imposible.

A la naturaleza no se engaña,
Suplantándole el fruto de otra rama,
Y el ser que bebe una sustancia estraña,
Traiciona aquel amor con que la infama.

Que es momento muy plácido y sereno,
Aquel en que una madre dá su vida,
Por ese aliento que llevó en su seno,
Del corazon la parte mas querida.

Que el amor bastardee la nobleza,
Por esa tez que conservar procura:
Siempre será en el mundo una fiereza,
Preferir á los hijos la hermosura.

Por eso es que el amor vive en los prados,
Probando el sinsabor y la dulsura,
Con mas ardiente fé que en los estrados
Donde se llama á la virtud locura.



JUNTO A LA CUNA DE BEATRIZ.

.

.....

EN una linda mañana,
De esas mañanas de Abril,
En que se resbala el alba
Con viento grato y sutil.

En ese instante que el hombre,
Todo lo siente vivir,
Desde la planta sin nombre,
Hasta su propio existir.

De puro amor suspirando
Una muger se veía,
Mientras seguía oxilando
La cuna que esta mecía.

Muy bello era el pensamiento
Que la seguia inspirando,
Aquel suave movimiento
Con que estaba asi cantando.

Duerme hija querida
De mi corazon:
Cierra tus pupilas,
Cierralas mi amor.

Unica esperanza
Con que sueño yo:
Consuelo de mi alma.
Mandado por Dios.

Qué hermosa te veo,
Mi fragante flor,
Dormida en tu lecho,
Angel del Señor.

Bella es tu sonrisa,
Bello tu candor:
Prenda que la vida,
No la cambio, no.

Flor de mis amores,
Rie en tu placer,
Allá en los albores
Del Dios de Israel.

Creo que en sus nubes
Yo te alcanzo á ver;
Junto á los querubes
Que moran con él.

Respiras? qué gloria!
Si será por mí? . .
¡Qué dulce memoria!
Aquí estoy, aquí!

Cómo te has venido
Da los cielos? . . dí. . . .
¿Madre no has tenido
Que te amára allí? . .

Llena de alegría
Te he seguido, . . sí. .
Nunca se desvía
Mi aliento de tí.

Volaste y tu vuelo
Veloz lo seguí:
Volviste y he vuelto
Siempre junto á tí.

Duermete hija mia,
Que á tu lado estoy:
Duermete querida
De mi corazon.

Perla preciosa de alumbrado oriente,
Fulgor de inteligencia prematura,
Beatriz escuchó la voz vehemente
De aquella madre llena de ternura.

Aun no tenía un lustro de existencia,
Y ya era de gracias un tesoro,
Que cuenta el corazon con una herencia,
Que no consiste en los blasones de oro.

De una madre nacida entre pesares,
Criada en la desgracia y los dolores,
Aprendió los eróticos cantares,
Que la hicieron crecer entre las flores.

Cuanta labor salia de las manos,
De esa esposa solícita y amante,
De los dedos graciosos y livianos
De Beatriz contaban un instante.

Que en un mismo telar las dos hilaban,
Las dos á un movimiento obedecian,
Mientras las dos á un tiempo recitaban
La cancion con que ambas se dormian.

Y cuando con la risa despertaban,
Rodeadas del rubor de la inocencia,
Otra vez las canciones empesaban,
Y otra vez renovaban su paciencia.

Que no es otra la vida en los hogares
De la gente mediana, en todo el mundo:
Comer con el sudor, llorar á mares,
Y solazarse apenas un segundo.

Por eso no se extragan las pasiones,
Que en el gran mundo crecen sin medida,
Y se aquilatan mas los corazones,
Y el alma tiene mas lozana vida.

Asi es como el ingerto en los jardines,
Queriendo parodiar á la natura,
Profana el grato olor de los jasmínes,
Por forjar otra flor tal vez impura.

Y propagando aquella dinastía,
Siempre bastarda, extraña y sin aroma,
Procura desvirtuar día por día,
La flor sencilla que otro nombre toma.

La pobre Elena en su existencia humilde,
Con trabajo aprendió el abecedario,
Que le enseñó á Beatriz tilde por tilde.
Sin distraerse en su trabajo diario.

La escacés el carácter siempre ablanda,
Y el saber que rehuye la nobleza,
Al corto esfuerzo que la ciencia manda,
Lo aprende el pobre cuando el rico empieza.

Por que el cerebro es un ingenio raro,
Cuyas poleas piden ligereza:
La voluntad es un aceite caro
Y cabalmente abunda en la pobreza.

Desde entónces mostraba claramente,
Beatriz su precoz inteligencia,
Y se notaban en su altiva frente,
Los rasgos que ha estudiado una alta ciencia.

Su erguido cuello, su aire desenvuelto,
Cierta fascinacion en sus miradas,
Unida al caminar de un cuerpo esbelto,
Eran muestras de mando anticipadas.

Que muchas veces nace en la campiña,
Donde la voz del lujo no ha sonado,
Alguna pobre pero altiva niña,
Cuyo destino nadie ha adivinado.

Así han salido reyes y profetas,
De donde el vulgo nunca lo creía,
Y las inteligencias mas discretas,
No han bebido tal vez de la ambrosía.

En tanto que la luz de este pimpoyo,
Llenaba aquel albergue de alegría;
Sin advertir tal vez ningun escollo,
En cuerpo y gracias, Beatriz crecía.

Mientras su amante madre procuraba,
A su hija enseñar cuanto sabía,
El anhelante padre delineaba,
Las letras que solicita escribía.

El dulce acento de su voz pedía,
La aplicacion de un músico instrumento,
Y el mismo amante padre distraía,
Sus horas de solaz y de contento.

Habia entónces por demas sencillo,
Un aparato de metal sonoro,
El cual ni por su precio ni su brillo,
Mostraba el fausto de las liras de oro.

Tañiase con gracia y ligereza,
Requiriendo tal vez destreza suma,
Y dábanse á sus notas tal limpieza,
Con el auxilio de una débil pluma.

✓ Sobre él los dedos de Beatriz corrian,
En direcciones rápidas y ciertas,
Y los acordes claros que se oían,
Proclamaban dos manos muy expertas.

Muchas veces oyeron los vecinos,
Un aire alegre, algun romance sério,
Y el barrio conocia ya sus trinos,
Y cuando preludiaba en el salterio.

Corta, muy corta se mostró la dicha
En aquella morada encantadora,
Pues cuando la fortuna se encapricha,
Sus intentos medita de hora en hora.

Y como es cierto que el constante encono,
Del jurado enemigo no descansa,
Y arrastrando su frente por el trono, .
De esa negra fortuna siempre avanza.

Con su influjo planteaba cada dia,
Una convinacion de nueva traza,
El Oidor que tan solo apetecia,
Tragar venganza, instinto de su raza.

Que en ese aspecto musculoso y récio,
Que lleva tanta sangre en los pulmones,
No debe haber una alma de alto precio,
Y deben ser sangrientas las pasiones.

Y como en los consejos mas privados
Del Virey, su opinion prevalecia,
Sus inscuos intentos vió logrados,
Pues cuanto couselaba conseguia.

Muy apesar de la lealtad visible,
Que D. Carlos mostraba en sus acciones,
Supo decir con altivez punible,
Que odiaba del Virey las opiniones.

Por que era en esos días temerosa
La delacion contra una inteligencia,
Que en aquel tiempo como accion piadosa,
Se entregaba á una hoguera sin clemencia.

Por que el gran trono del saber se hallaba,
Ocupado por testas razuradas,
Y el fanatismo sangre y sal sembraba,
Para obtener cosechas prebendadas.

Sin embargo la luz de la conciencia,
Que á la fuerza centífrega del cielo,
Tiene al fin que rendirle su obediencia,
De la sana verdad mostraba el vuelo.

Y aun entre los mas grandes corifeos,
De muchas clericales propagandas,
Se hallaba un génio audaz que en sus torneos,
Llevaba ufano á la virtud en andas.

Que nació con el hombre la grandeza,
Que se vincula en la razon preclara,
La que conoce á Dios por su pureza,
Por su inmenso poder, no por su cara.

Mas no obstante la lucha proseguia,
Entre el hombre pudiente y el mediano:
El que podia hacer cuanto pedia,
Y el que solo contaba con su mano.

La mano que á ese Oidor le subyugára,
Con estocadas nobles y certeras,
Que ya rendido ante el valor dejára,
A la mas vengativa de las fieras.

Un día que mas tierno acariciaba,
La frente de su hija idolatrada,
Vióse á un gendarme que la voz vibraba,
Para impartir una órden celerada.

Se mandaba á D. Cárlos regresase,
De Madrid á la Corte soberana,
Y sin permitir que replicase,
Era la órden de partida mañana.

Ya se habian fundado las causales,
E instrucciones selladas que llevára,
Trama feroz, preludio de los males,
Que Carbajal sin compasion forjára.

Aquí fueron las lágrimas sentidas,
Que humedecieron tan feliz morada,
Para tornar sus sendas mas floridas,
Del dolor en la playa abandonada.

Como pues separarse de esas prendas,
Que el tesoro formaban de su vida:
Sus ideas de muerte eran horrendas,
Creyendo á su familia ya destruida.

Surcar la mar para llegar á España,
Era rodear una mitad del mundo,
Y una extorcion sobre manera extraña,
Sentia de un segundo á otro segundo.

Cuando ya la hermosura de esa hija,
Reclamaba el amparo de su padre,
Y una sencilla educacion prolija,
Era constante en practicar la madre.

Tan dilatada y peligrosa ausencia
Para esos dos ensueños de su mente,
Derribaba tal vez en su presencia
Cuanto de bello aspira el ser viviente.

Oh! tu mordaz envidia, cuanto puedes!
Debe el infierno levantarte un templo:
De seda y oro son tus viles redes,
Y cres de la crueldad único ejemplo.

Que valen para el terco poderoso,
La horfandad, la miseria, el desamparo:
Frases perdidas son, si él es dichoso:
Ruegos perdidos son por que es avaro.

No obstante, aquella noble bizzarria,
Que tanto el alma del Oïdor hiriera;
Sin recordar su audaz altanerïa,
Llega á rogar tal vez la vez primera.

Y presentando el cuadro lastimero,
Que iba á dejar partiendo esa mañana,
Pídele cual pidiera un pordiosero,
Librarle de una ruina tan temprana.

Pero oh! qué horror! de Carbajal el seño,
Gozando en la desgracia de D. Cárlos,
Puso en la comision tan firme empeño,
Que sus ruego no quiso ni escucharlos.

Entónces á manera de un torrente,
Que ha detenido un cause momentáneo
Cual se viera saltar su espuma hirviente
Dijo al erguice con la diestra al cráneo.

Almas que se lleva el viento
Inteligencias de barro,
Almas pegadas al hueso,
Vale mas no haceros caso.

Para vosotras no hay cielo,
Que aquel que brilla mas claro:
No tener es vuestro infierno,
Y el tener vuestro paraíso.

¿Qué comprendéis de virtudes?
Todos son cuentos de antaño:
De metal son vuestras nubes:
Vuestro porvenir de fango.

Una lógica de fierro,
Piden cerebros de mármol:
La pólvora vuestro pecho,
Solo puede perforarlos.

El santo laud del cielo,
Como podreis escucharlo;
Cuando al percibir sus ecos,
Haceis burla de sus cantos.

La luz del genio es radiante,
Tiene á la virtud por faro:
De los necios el ultraje,
Nunca puede intimidarlo.

Lo que no saben desprecian:
Lo que ignoran siempre es malo;
Y miéntras ellos se ciegan
El mundo mira mas claro.

Yo partiré, pero tened presente,
Que á donde quiera que vaya,
Tendré siempre pendiente
Mi espada con que aterro á la canalla.

Y que no siempre el hado se enfurece
Del que espera en el cielo:
Que si el mar se enbravece
Hay en la tierra un sitio de consuelo.

Yo sondearé las negras intenciones
De vuestra faz mentida;
Y al fin veré en girones
La fama que llevais enaltecida.

Que tambien la fortuna duerme un rato
Bajo el dorado techo;
Y aunque de genio ingrato,
Pernocta de los pobres en el lecho.

Entónccs cuando el sol de bienandanza,
Torne su disco ardiente,
Vereis en lontananza,
Eso que hoy desechais tan libremente.

.....
Así pasó la escena tempestuosa,
Que enmudecido á Carbajal dejára,
Tal de Quintana fué la voz furiosa,
Que no pudo mirarle cara á cara.

Y con aquellas fraces oficiales,
Que el vehículo forman del engaño,
Le dijo que eran órdenes reales,
Que podian concluir dentro de un año.

Y él para sí tenía meditada,
La traslacion del infeliz Quintana,
Cuando el buque fondease en cierta rada:
Tal es de ruin la envidia, y de inhumana.

Iba á darse á la vela en esa tarde,
Un navío cargado de oro y plata,
Destinado á un monarca que Dios guarde,
Cárlos. . si mi memoria no es ingrata.

Producto de sangrientas embajadas,
En ese nuevo mundo que le diera,
La fortuna de cuatro camaradas,
Aunque tal vez de muy bastarda esfera.

Era el rico y suntuoso contingente,
Que el Perú á su Señor le remitía,
Con el sudor perenne de su frente,
Perforando su suelo noche y día.

Era la sangre inyecta y triturada,
Entre piedras imbuidas de codicia,
Que pagaba con leyes simuladas,
En una real pragmática ficticia.

Por que el monarca que ama muy deveras,
Hace llegar sus brazos paternales,
De sus hijos á todas las praderas,
Pues para reyes no hay antemurales.

Recorren la ancha esfera de sus lares:
Oyen por sí, decretan por su mano:
Quieren ver lo que ven sus militares,
Y oirse proclamar por soberanos.

Recordar la doblez que dominaba
En esos tiempos rudos del logrero,
Nos hace presumir que el alma esclava
Era tal vez de un mísero venero.

Grupos de hombres inermes se mandaban,
Con el nombre de mitas á las punas,
Cuyas duras entrañas oradaban,
Para hacer de otros hombres las fortunas.

¡Cuánta lágrima allí no se virtiera!
¡Cuánto retraso en el cerebro humano!
Hacer gastar una existencia entera,
Por sustentar el interés villano.

Y luego ni esa cruz que tanto hiciera,
En los tiempos heróicos del cristiano,
Llegar solia en la hora postrimera,
Si el indio no la hacia con su mano.

Que para doctrinar aquellas gentes,
Mucha piedad los reyes desplegaron:
Ciertamente que rios afluentes
De sacerdotes al Perú llegaron.

Pero era mas la sórdica codicia,
Que envenenaba luego las pasiones;
Y el dorado falaz de la primicia,
Hacia hasta olvidar las oraciones.

Era un ingente capital las almas,
Giado por un banco religioso,
Cuyo interés eran benditas palmas,
Y cantidades de oro su reembolso.

Plugiera á Dios que esto verdad no fuera !
Que harto tiembla la pluma al estamparlo,
Mas la mia infeliz no es la primera
Que ántes de ahora ha tenido que narrarlo.

Al fin surcó la nave corpulenta,
Lamiendo el agua del humilde Océano,
Que con su hermosa faz siempre alimenta,
Las aventuras de extranjera mano.

Mandábase en registro al fiel Quintana,
En union de otros nobles turbulentos,
Como siempre, por orden soberana,
Con que se cobijaban mil intentos.

Pero la parte horrible de esta escena,
Era el llanto infeliz de dos bellezas,
Que de la playa de esa mar serena,
Mandábanle á D. Cárlos sus ternezas.

El albo lienzo que enjugar solía,
El tierno llanto de la pobre Elena,
Retorcido en sus manos le decía,
Que era imposible resistir tal pena.

Pues cruzándolo un rato en su garganta,
Cual si fuera el dogal de la agonía,
Con decidido esfuerzo y firme planta,
Su existencia fatal concluir quería.

Pues al ruego y constante diligencia,
De Beatriz el lance se frustrára;
Y aunque ella misma odiaba su existencia,
Daba esas muestras de firmeza rara.

Madre mía, decíale angustiosa,
El tiempo pasa y la impostura muere,
Y mañana tal vez pura y radiosa,
La fiel conducta de mi padre impere.

No siempre el mal se oculta en sus disfraces,
Que á su vez la virtud se abre camino,
Y creo mas en Dios que en esas fraces,
Que echan incienso al mísero destino.

Así la hija hablaba enternecida,
Cuando al tender su vista al mar inmenso,
Pudo reconocer la planta erguida,
Del padre que agitaba un blanco lienzo.

Aquí faltó el aliento á ese querube,
Que hacía alarde al contener su pena,
Fomentando la aureola de una nube,
Que ella no pudo contemplar serena.

Y prorrumpiendo en llanto lastimero,
Cuando el cañon de la partida suena,
Sin reparar al sitio en que estuviera,
Cae sin sentido en la mojada arena.

Renueva entónces su valor la madre,
Para auxiliar al ángel de su vida,
Y desde lójos le promete al padre;
Que ella conservará á su hija querida.

Y así abrazadas como dos estátuas,
Cual la muger de Lot de que hay memoria,
Tuviéralas por locas ó por fátuas,
Quien no viera desgracia tan notoria.

Tal fué el aspecto en que ambas se quedaron,
Mirando aquella nave en lontananza,
Que ni una sola frace articularon,
Viendo volar su amor y su esperanza.

¡Qué cuadro tan sublime para aquellos,
Que hacen del sexo débil abandono!
Que cuando una muger llora por ellos,
Se tienen por amantes de buen tono.

Si aquellos Lovelaces de esta era,
Sintieran el amor de la inocencia,
Otra la suerte de las bellas fuera,
Del doméstico hogar otra la herencia.

Mas si en las cortes esta plaga crece;
Para bien del honor y el buen sentido,
Tambien ejemplos de bondad ofrece,
El que su vano influjo ha sacudido.

Por eso el alma noble y generosa,
Del buen Quintana de temible saña,
Llora al dejar á su hija y á su esposa,
Accion tan noble que ennoblece á España.

Por que negar que en esa tierra hermosa,
Se ha criado el valor y la hidalguía,
Es ignorar su historia en verso y prosa:
Es empeñarse en ocultar el día.

Cuando se ven las cosas por el disco,
De la sana moral y del progreso,
Es mirar como mira el bacilisco,
Ver en la humanidad solo el exceso.

Esa sangre inyectada está en la nuestra:
Cruzado nuestro amor está con ella;
Y en cada noble accion que el alma muestra,
Se conoce de España una centella.

Querer la patria es otra accion mas pura:
Herir al imbasor y honrar al hombre:
Que el matar por matar es gran locura,
Y es mucho al fin la afinidad del nombre.

Batirse por doquier de brecha en brecha,
Cuando quiera soldarse la coyunda,
Es para todos una accion bien hecha;
Pero afrentar sus padres, muy inmunda.

La sangre debe hervir en el patriota,
Para salvar su hogar de la ignominia:
Por su honra verterla gota á gota;
Mas en bondad perder, nunca una línea.



AUSENCIA.

¿CÓMO quién sondear pudiera aquel secreto,
Bajo cuya influencia siempre oxila,
La mano que el placer señala en feto,
Y la mano que luego lo aniquila!

El bien y el mal en cruda pugna existen:
Fatal sentencia en el paraíso escrita:
Los mismos soles que la tierra visten,
Hacen brotar vegetación maldita.

No hace un segundo que la mente ufana,
Ha respirado el aura de la gloria,
Y ya la vé fugaz cual sombra vana,
Dejándole un vacío en la memoria.

Ni la misma inocencia se halla esenta,
Del perenne vaiven de la inconstancia:
Ella á la humanidad mata y alienta.
Ya sea en la vejez ó ya en la infancia.

Este es pues el perpétuo movimiento
Que al humano cerebro tanto agita:
Cuadratura veraz del pensamiento,
Que la frente levanta ó precipita.

Hasta el intenso amor núcleo de todo,
Tiene su divergencia en opiniones,
Ya sumiendo á los hombres en el lodo,
Ya enjendrando sublimes emociones.

Nace la flor y el viento la estremece,
Sin reparar su virginal belleza:
Mientras el sol sus tallos robustece,
La dobla el huracan con su fiereza.

La tierna tortolilla que en su nido,
Con el amor materno comunica,
Siente á la vez del proyectil el ruido,
Que en alas del placer la sacrifica.

La madre que se engolfó en las caricias,
Del tierno niño que en su seno oprime,
Con pena y llanto paga las primicias,
Si de la infausta muerte lo redime.

Los primeros suspiros del amante,
Que presumen hallar tierna acogida,
Suelen morir en el segundo instante,
Haciendo al pecho una sangrienta herida.

Hasta la patria ¡Oh Dios tiene sus horas,
Que hace entiviar la adoracion ferviente,
Cuando se ven erguirse almas traidoras,
Para iusultar de la virtud la frente.

Cuando ese amor que el cielo multiplica,
Se hace servir para doblados planes,
Y el lauro que á su frente se dedica,
Se coloca en estúpidos titanes.

Así la vida és y siempre ha sido,
Pues cuando ya no exista esta balanza,
El mundo su mision habrá concluido,
Y el reinado tambien de la esperanza.

Si el dolor con dolor siempre se cura:
Si la esperanza á la esperanza mata:
Si el placer y el suplicio tanto dura,
Ni un Gordiano este nudo lo desata.

Y es preciso seguir obedeciendo
Ambas fuerzas de inércia y movimiento:
Esa para poder vivir muriendo,
Y ésta para vivir del pensamiento.

Si todo lo nacido está sugeto,
A ese perenne codigo inmutable,
Para Elena y su hija este secreto,
Vá á pronunciar su fallo inapelable.

Aquel dichoso albergue de otros dias,
Que cobijó el placer y la pureza,
Sus cantos ha trocado en agonias,
Y ha rodiado sus sitios de tristeza.

Alli donde se abrian los jasmínes,
Absorviendo el aroma de la brisa,
Se hallaban señalados los confines,
De esa pobre morada con ceniza.

La mutiflor que entónces ostentaba,
Rosas en muchos grupos apiñadas,
Seca y abandonada se encontraba,
Sus ramas por la incuria mutiladas.

Ya no se oían risas ni cantares:
Solo una endecha remedaba el viento:
“¡Sin padre y sin esposo están mis lares!
“¡Quién me podrá curar este tormento!

“¿Por qué has huido sombra de mi vida, ?
“¿Por qué no te contemplo á cada instante, ?
“¿Por qué al hacerme tan punzante herida,
“Mi corazón dejaste agonizante?

“¿Por qué también no le arrancaste al ménos,
“Cuántas fibras le habías anudado;
“Si entre los mas mortíferos venenos,
“Es la ausencia el veneno mas graduado?

“Mas no es á tí mi queja dolorida,
“Que si hay virtud abrigase en tu pecho:
“Quéjome á la desgracia de mi vida,
“Mi triste cuna y porvenir estrecho.

“Quéjome al signo que nacer me hiciera,
“De los seres al lado mas sensible,
“En cuya triste y reducida esfera,
“Que la mujer se eleve es increíble.

“Si ha nacido para ella la esperanza,
“Es la esperanza de las flores bellas:
“Servir con sus aromas á la holganza
“Con que el aliento se deleita en ellas.

“La senda hermosa se hizo para el hombre.
“Que puede con su brazo y su firmeza,
“De las tinieblas levantar su nombre,
“Aliando el corazon á la cabeza.

“La mujer su dominio circunscribe,
“En el hogar donde su amor vigila,
“La gran consigna que de Dios recibe,
“Con la cual sus encantos aniquila.

“Pues parece creada solamente,
“Para guardar la viña en el desierto,
“Donde la viva luz de un sol ardiente,
“El corazon de sed le deja muerto.

“Vive de amor y hasta el amor se aleja,
“Cuando ella pone en él sus esperanzas,
“Y se complace en escuchar su queja,
“Y se convierte en dios de las venganzas.”

¡Cuándo Señor los siglos se iluminan,!
¡Cuándo la humanidad será una sola!
Pues los dos seres que hácia tí se inclinan,
Una ley indolente los inmola!

Cuándo los lábios de las hijas de Eva,
Podrán beber las aguas de esa fuente,
Que á las regiones del saber eleva,
Llena de gloria el alma inteligente.

Entónces ellas combatir podrían,
Por doquiera sus tristes aventuras:
Y ya á mansalva no las heririan,
Los hombres con sus ricas armaduras.

Y cuantos lances evitar pudiera,
Que solo en fuerza del verboso acento,
Consigue el hombre en su feliz carrera,
De la mujer venciendo el pensamiento.

De poder á poder fuera el combate:
Lealtad por fé y engaño por falcía,
Si su voz el sofístico relato,
Pudiera combatir con bizzarria.

Pero por que aspirar á tanta altura,
Esta porcion que Dios ha conminado:
Si su vida colmada de amargura,
Ha sido herencia del primer pecado.

.....
En esta triste y desolada vida,
Pasáronse tres años de amargura,
Con la esperanza ya casi perñida,
Y de la hambre sufriendo la tortura.

A mendigar llegó de puerta en puerta,
La pobre Elena un misero sustento,
Compreso el corazon y el alma yerta,
Que no pensó llegar á tal momento.

De la mujer entónces las labores,
Se hallaban al esclavo vinculadas,
Y con la sangre azul y los colores,
Regentaban familias ólasonadas.

La idea del trabajo en la alta cuna,
Era un baldon para la raza humana;
Y el hombre que nacia sin fortuna,
Era contado entre la hez villana.

La ciencia padecia el ostracismo,
Las artes se tenian por oficios,
Y era el orgullo el insondable abismo,
Que repetía el eco de los vicios.

La paz del labrador, los artefactos,
Ignorabanse aun lo que valían;
Y solo ansiaban conservar intactos,
Pergaminos que á siglos trascendian.

Por eso aquellos seres que caían,
De la desgracia en el fatal camino,
A la piedad del público acudían,
Colmando de vergüenza su destino.

Así es como cruzaban los senderos,
Clamoreando con voces plañideras,
Infelices que fueron pordioseros.
Víctima del boato y sus quimeras.

Y aunque Elena podia con sus manos.
Procurarse el sustento de la vida,
Sus esfuerzos llegaron á ser vanos,
Pues del pesar se hallaba consumida.

Para colmo de tantas desventuras,
Se presentó en su hogar un hombre extraño,
Que le dice entre emblemas y figuras:
Quintana hace que ha muerto mas de un año.

Aun no habia apagádose el acento,
Y ya tendida en tierra se encontraba:
Tal fué el dolor tan cruel y tan violento,
Que el corazon apénas palpitaba.

El fatal instrumento huyó al instante,
Mostrando á Beatriz aquel estrago;
Y ella al alzar la madre agonizante,
Miró en el suelo de su sangre un lago.

Cuál seria el pesar de aquella hija,
Contemplando al amparo de su vida,
Casi espirando, con la vista fija,
Y la esperanza de vivir perdida,

Pero el cielo está abierto á los clamores:
Hay siempre un ángel para un mal supremo;
Y si á un lado se aumentan los dolores,
Se vé la luz de Dios al otro extremo.

Un anciano de rostro venerando,
Que tenia en la casa su aposento,
Tan triste cuadro estaba meditando,
Y á Beatriz se presentó al momento.

“No te conturbes ángel candoroso,
“Que la piedad del Ser Omnipotente,
“Tiene en la tierra su constante gozo,
“En escuchar la voz del indigente.

“Aunque mi frente veas qnebrantada,
“No vivirás lanzada al desamparo,
“Por esa madre fiel no temas nada,
“Pues ya la vida en su mirar reparo.

“Llora pues hermosa niña,
“Que solo es llanto la vida:
“Llora con la frente erguida,
“Y alibia tu corazon.

“Llora, que llorando brotan,
“Los sublimes sentimientos;
“Y con los gemidos lentos,
“Se desahoga el corazon.

“Que mi llanto has provocado,
“Con el tuyo dolorido:
“Tus lágrimas me han herido
“Lo íntimo del corazon.

“Llora y jamás te avergüences
“Ante las que nunca lloran,
“Y que sus penas devoran,
“Rompiéndose el corazon.

“Llorar! qué dicha tan grande!
“Qué placer! oh qué consuelo! . .
“A llorar enseña el cielo,
“Abriéndose el corazon.

“Pues que la lluvia remeda
“El llanto de los mortales,
“Cuando alibian sus raudales
“De la tierra el corazon.

“Desdeña el semblante enjuto,
“Que no ha conocido el llanto,
“Sino el azar y el quebranto,
“Que desgarrar el corazon.

“Ah! desdeñado altamente,
“Que tal semblante no inspira,
“Mas que la negra mentira
“Que ennegrece el corazon.”

Y á breve rato la convulsa Elena,
Pudo mirarse en brazos del anciano.
Que la auxiliaba con la faz serena,
Acariciando con piedad su mano.

Y cuando Beatriz y Elena estaban,
Del cruel dolor un tanto mitigadas,
No las abandonase le rogaban,
En su cuello ambas manos enlazadas.

Entónces el anciano reclinando
Sobre su diestra la abatida frente
Con triste aspecto y con acento blando,
Pudo empesar la narracion siguiente.

Viví en la ciudad mas populosa,
Donde las ciencias altamente crecen:
En donde el lujo y la mujer hermosa,
Cada dia admirables amanecen.

Donde el poder de la palabra impera,
Y es la algazara la que ahoga el llanto:
Do la invencion el corazon venera,
Y el grito de la guerra causa espanto.

Allí donde el engaño se ha elevado,
Al arte de falaz palabreria:
Donde el que miente mas es respetado,
Y se hace gala en prolongar el día.

Franca, muy franca aquella tierra ha sido,
Desde el tiempo que vió su humilde cuna:
Fué su hermano un león que al ver dormido,
Le arrancó francamente su fortuna.

En esos tiempos mi ardoroso genio,
Buscaba en todas partes á la ciencia;
Y de buen grado concedia el premio,
Al que fundaba en el saber su herencia.

Lo que mas pululaba en esos dias,
Era la hornilla oculta y misteriosa,
Que hizo vagar las esperanzas mias.
Llegando á creer su fuerza prodigiosa.

Fué la velada de los hombres sabios,
Que pedian al cuarzo endurecido,
El oro que el placer en sus resabios.
Prodigamente habia consumido.

Y aquel metal que el corazon hechiza,
Correspondia cruel tantos afanes:
Que el oro que la tierra cristaliza,
Se descubre con pulsos de titanes.

Conocido el error cesó mi mente
De conquistar con sueños la fortuna;
Pero las luces que guardó mi frente,
Aproveché despues de una en una.

De esos laboratorios cavernosos,
La cábala nació y la nigromancia;
Y en el prestigio fueron asombrosos,
Lo que al oro buscaron con instancia.

Admirable me hice en esos juegos,
Que hacen maravillar la turba intonsa:
Que las convierte en ignorantes ciegos
Las invisibles vueltas de una peonza.

Cien veces presenté patentemente,
Separada del tronco una cabeza,
A la cual se escuchaba balbuciente,
Girando en el tablero de la mesa.

Tal es el arte y la vulgar mirada,
Que en un sitio aparente y apropiado,
Si hay por medio una luna conuinada,
Lo que está unido mira separado.

Mas tarde mis anhelos se extendieron,
De la filosofia hasta sus reales,
Y en libertad completa se pusieron,
Mis acciones é ideas liberales.

Ví descorrerse la tupida venda,
Que fuertemente ciñese al colono,
Y descifré la mística leyenda,
Que levantó sobre una cruz su trono.

Plano hermoso de sabias dimensiones,
Que abraza el mundo á todos convocando,
Sin distinguir la fé de mil naciones,
Que sus muros sobre él van levantando.

De norte á sur, de Oriente al Occidente,
La túnica del Cristo está tendida:
El que promulgue su egoismo, miente,
Pues por todos los hombres dió su vida.

Estas ideas claras y sencillas,
Pude atreverme á balbucir un día,
Y tuve que lanzarme á las Antillas,
Que á este pensar llamaban heregia.

Hasta donde el sayon mas esquisito,
Del Tribunal que todo lo absorbía,
Se encaminó llevando el sambenito,
Que por la Inquisicion se me pondría.

Y con aquella insignia repugnante,
Que al hombre de sus hijos segregaba,
Sin escuchar mi suplica un instante,
Hízose al punto á mi conciencia esclava.

Pues cuando quise respirar un tanto,
Fuera del calabozo en que me hallaba,
Un suplicio miré con grande espanto,
Que en lontananza levantado estaba.

Y hacíaseme el cálculo en minutos,
Del tiempo que quedaba á mi existencia,
Y con los ojos por demas enjutos,
Fingia un sacerdote su paciencia.

Y blandía al Señor de cielo y tierra,
Señalando las cifras de una esfera,
Que iba á herir á aquel metal que encierra,
El sonido de la hora postrimera.

Un incidente entónces no muy raro,
Paralizó la ejecucion tremenda:
No habia ejecutor y era bien caro,
Encontrar un sayon para esa ofrenda.

Que era por cierto insoportable y récio,
Con un hombre subir á la potencia,
Y hacerlo agonizar por un vil precio,
Ante un pueblo perdiendo la vergüenza.

Y en clerical acuerdo se dispuso,
Del Perú á la Audiencia remitirme,
Y el proceso se dió por inconcluso,
Para mas tarde á brasas reducirme.

Como una presa codiciable en Lima,
Que á los herejes tanto horror tenia,
Se me paseó con el baldon y estigma,
Que el Santo Oficio decretado habia.

En todas estas negras aventuras,
Mi pobre esposa siempre me seguía,
Salvando mares, cuevas ó llanuras,
Queriendo compartir la suerte mía.

Y el vulgo inculto que en su faz veía,
Dibujado el candor y la inocencia,
De su llanto y fátigas se reía,
Censurando la fé de su conciencia.

Mas subiendo el sarcasmo á cierto grado,
Que hace llegar la burla hasta el conflicto,
Con otra delacion me ví abrumado,
Y de furor me confesé convicto.

Eso faltaba á la crueldad de un clero,
Que á toda luz la humanidad quemaba,
Que el convertir la inteligencia cero,
Era el eterno afan que lo ocupaba.



DE COSTUMBRES.

97

¡Me falta aliento! . . el alma se revela
Al recordar su suerte desdichada!
Siento una angustia, el corazon se hiela
Dejo mi historia pues algo empesada.

.....





.

.

.

.

.

.



OTRA INTRIGA.

Hay pensamientos en la frente humana,
Que ocupan gran espacio y atormentan;
Que al escribirlos el cerebro sana,
De lo contrario en lo interior revientan.
Así el fuego eléctrico se afana,
Por esconder sus rayos en la tierra,
Y audaz se lanza á la distancia inmensa,
Con la velocidad que el alma piensa.

¿Cómo pues detener en su carrera,
La inspiracion que al porvenir alcanza,
Si los ensueños de una vida entera
Despiertan con el sol de la esperanza?
Se vé doquier una inscripcion severa,
Que dice al ser inteligente ¡avanza!
Tuya es la fuente que del cielo mana,
Tu espiritual estirpe es soberana.

Dos senderos se encuentran en la tierra:
El abrojo y la flor crecen sobre ellos,
Que el triunfo trae la idea de la guerra,
Y alumbra al mal el bien con sus destellos.
Ningun camino al hombre se le cierra:
Por ambos marchan nobles y plebellos:
La conciencia es la única que elije,
Cuando del vicio ó la virtud se rije.

Ambas fuerzas se muestran poderosas:
Tienen sus goces, su poder, su gloria:
De ambas el hombre forma grandes glosas,
Y ambas dejan perenne una memoria.
Goza la envidia de horas muy dichosás,
Si puede herir una virtud notoria,
Que en el mundo del mal es grande alarde,
Hacer triunfar una traicion cobarde.

No en vano pues la religion pagana,
Le hizo un altar al génio del averno;
Que la atricion es una herencia humana,
Y es el temor un sentimiento interno.
En nuestros tiempos claros el infierno,
Se halla en la tierra y su poder tirano,
Consiste en estudiar prolijamente
Como doblar de la virtud la frente.

Su escuela es abundante en el sofisma
Se aquilatan con oro las pasiones;
Y en cada dia su progreso abisma
Viendo el efecto audaz de sus lecciones.
Que es muy hermoso y halagüeno el prisma
Que hace multiplicar las ilusiones,
Del ser que quiere fomentar su vida
Con la sangre que absorbe de una herida.

Así es como se lanzan al sendero,
De la diatriba con furioso empeño,
Los que forman de acíbar un reguero,
Y un porvenir despues no muy risueño.
Que el tiempo tiene un juicio tan severo,
Que hace del hombre su moral diseño,
Para mostrarlo en la ocasion primera,
Que ante la luz solar juzgarlo quiera.

Y no vale la excusa del dinero:
Méenos la farza de buscar sustento:
Que los hombres de bien deben primero,
Morirse de hambre que vender talento.
De esas frentes venales el letrado,
Se puede descifrar en un momento:
Vivir holgados zahiriendo al mundo,
Y haga Dios lo demas en un segundo.

A tan famosa escuela pertenece,
El Oidor D. Ramiro de mi historia,
Que cada dia en opulencia crece,
Como honra y prez de esa mundana escoria.
Pues su talento de intrigante ofrece,
Rasgos curiosos de feliz memoria,
Que en muchos lances su sangrienta pluma,
Lo elevó del favor hasta la espuma.

Pues los carruajes, ciervos y libreas,
Y el boato que aspira la nobleza,
Siempre estaban ardiendo como teas,
Iluminando el tren de su grandeza.
Poco importaban ciertas manchas feas,
Que muy visibles son en la pobreza,
Pues el Débito en hombres de esta clase,
Forman su orgullo y formidable base.

Pensar en deudas, son vanos temores,
Entre la gente trápala de tono,
Y abrir un jubileo de deudores.
Es hacerse la corte en propio trono.
Quien no sabe inventar gracia y favores,
Del cuitado acreedor constante abono,
Puede buscar talento en otra parte,
Pues de vivir prestado ignora el arte.

Triste es usar lenguaje tan marcado,
Para pintar costumbres anticuadas;
Mas no se cortan flores en un prado,
Donde están las malezas arraigadas.
Si el anatema se halla preparado,
Para borrar mis rígidas plumadas;
Aunque despues se me eche en el olvido,
Ya yo con mi conciencia habré cumplido.

Siguiendo pues la narracion del caso,
El orgulloso Oidor, de sus deseos
Retrocedido habia un solo paso,
Volviendo á sus antiguos devaneos.
A la infeliz Elena un nuevo lazo,
Con uno de sus fieles corifeos,
Le pudo preparar tan diestramente,
Que casi llega á doblegar su frente.

Si con la pluma se trastorna ahora,
El compaz de un Estado y de sus leyes,
De un sacristan la plática sonora.
Hacia entónces claudicar los reyes.
Pues si una mano toca seductora,
Del timorato en los sensibles muelles,
Tras la perciana de un confesonario,
Se conspira de un modo temerario.

Entre los mas constantes comensales,
Que los deceres siempre bendecía,
Un sacerdote de ínfulas reales,
Era el resorte de Su Reñoria.
Aquel que doctrinaba en sus rituales,
A la piadosa Elena cada día,
Comprando con el pan de la creencia,
Para el Oidor su tímida conciencia.

Que habia sacudido sus cenizas,
La brasa del amor de Don Ramiro,
Que hubiera dado el corazon en trizas,
Por conseguir de Elena algun suspiro.
Fueron pues condiciones muy precisas,
Que el confesor debió poner en giro;
Entre ellas conseguir con su talento,
Que Beatriz entrára en un convento.

Trama infernal cubierta con el manto,
Que luce por doquier la hipocresía,
Que en todas direcciones hizo tanto,
En el siglo que tanto se creía.
Dieron principio la tortura y llanto,
Cuando esta criatura se engreía,
Con los rayos de luz que en un momento,
Aquel anciano dió á su pensamiento.

Que ya en Mentor se habia constituido,
El protector de aquella horrible escena,
Y de la experta niña habia emprendido,
Su educacion que deleitaba á Elena.
Habia algunos clásicos leído,
Y en instruccion tan sabia y tan amena,
Daban muestras de prendas prominentes,
Sus rasgos por doquiera inteligentes.

Esa pesada piedra tan temible,
Que apenas puede la mujer moverla,
Para su mano se hizo mas movable,
Y se atrevió tal vez á demolerla.
Llegó á conferenciar lo que imposible,
Pudiera creerse en tan sencilla perla;
Pues dijo que su espíritu adoraba,
De puro amor á un Dios que no quemaba.

El director espiritual empieza,
Encomios prodigando á la clausura,
Donde debe guardarse la pureza,
De cualquiera inocente criatura:
Pues descubría en Beatriz firmeza,
Y cierta comprension de alta finura,
Que si en las letras su teson seguía,
Tendrían que acusarla de herejía.

Y la piedad de Elena que vagaba,
Del evangelio en el eduvio santo,
La hizo quedar del sacerdote esclava,
Venciendo al fin su maternal quebranto.
Pues aunque Beatriz le razonaba,
Ya con su lucidez, ya con su llanto,
Elena repetía en voz severa,
Que consagrarse á Dios su vida entera.

Cuando toda esperanza era perdida:
Cuando ninguna reflexion bastaba,
La pobre niña triste y compungida,
A tan cruel sacrificio se entregaba,
Y para comenzar su nueva vida,
Sólomente una gracia mendigaba.
Un tiempo en que pudiera su ternura,
Agradecer su inefable ventura.

Quedó pues señalado un plazo fijo,
De la mitad de un año estrictamente,
Y aquel anciano enternecido dijo,
A Beatriz tocándole la frente:
En recompensa de mi afan te exijo,
No desprecies tu luz inteligente,
Y ántes de clausurarse tu existencia
Que vea yo el producto de mi ciencia.

Y Beatriz en su expansion mas pura,
Para llegar á complacer su anhelo,
En aquella actitud que el hombre jura,
Un tema le exigió mirando al cielo.
Y él que estudiar su corazon procura,
Dijo al saber su religioso celo:
Pésame de tu ingenio en la balanza
La Caridad, la Fé y la Esperanza.

Y aquella tierna poetiza emprende,
Entre las musas su primer tarea;
Y cual violenta mariposa hiende
Por el bello idéal que su alma crea.
A la region etérica se suspende,
Y al encontrar una sublime idea,
En tantos pensamientos sumergida,
Llegó á quedarse en su ilusion dormida.

Pasó el letargo cual la nube pasa,
Descubriendo el azul de un cielo claro;
Y en él una vision que su alma abrasa,
Vino á formar su celestial amparo.
Se lanza luego y con su pluma traza
La simple narracion de un sueño raro,
Que el ilustrado anciano escucha atento,
Gozando ufano en su precoz talento.





TRES VIRTUDES.

ERA una noche de amargura y llanto;
Del hondo abismo el huracan silbaba,
Y el retronar de la centella ahogaba,
Tres suspiros del mundo pecador.
Luego una nube blanca y perfumada,
Distínguese á lo léjos en el cielo,
En cuya cima con purpúreo velo,
Se deja percibir el Redentor.

El aire brama y las estrellas huyen,
Escondiendo su brillo peregrino:
Todo calla á las voces del destino,
Que al hombre anuncia su cercano fin.
El cielo surca un ángel magestuoso,
De hermosas álas y talar vestido,
Previendo al viviente distraído,
Que se aduerme en los goces del festin.

Levanta! dice con sonoro acento,
A un infeliz que gime en la miseria,
Excecrando inhumano su materia,
Levanta! dice, al cielo tu clamor.
Que mas luego quizá será muy tarde,
Y ya tu alma en extremo corrompida
No alcanzará piedad en la otra vida;
Mas nada atiende y muere en su furor.

Hiende los aires la celeste imágen,
Por un sendero de carmin y fuego,
Y su vuelo ~~detiéndolo~~ muy luego,
Ante un soldado que espirando está.
Habla le dice, que salvarte puedo,
Si la sangre que viertes es honrosa:
Ya inclinaba su frente temblorosa
Con una sorda imprecacion quizá.

Triste mision del encargado exelso:
Nada ha logrado de los dos humanos;
Y al punto vuela atravesando llanos,
Hasta un rey que moria sin piedad.
Soberano, respira, no te turbes:
Una sola palabra de confianza,
Murmura un cerafin sin esperanza,
Pues ya marchaba al mundo de verdad.

El hijo de Dios se hallaba
En áurco sitial sentado,
Y en su derredor se oían
Los estampidos del rayo.

Mil arcángeles armados
De relucientes espadas;
Y una multitud de sombras
Que veneraban sus plantas.

Eran los recién nacidos,
Muertos sin ser bautizados,
Malogradas criaturas
Que casi no respiraron.

De la existencia en el alba,
Por sí mismas se elevaron;
Y hoy habitan en la gloria
Del Dios que las ha creado.

Pobres almas inocentes,
Aun no han sido juzgadas;
Y vuelan cual mariposas
Junto á la divina llama.

Se esparcen y se amontonan,
Sobre el poderoso trono,
Que al momento las discipa,
Con un rayo luminoso.

Así es que se hallan vagando,
Cual errantes torbellinos,
De hojas secas por el suelo,
Que el Bóreas ha desprendido.

Hojas que arrancó el otoño,
Y con la brisa se agitan,
Que nacieron y murieron
En la aurora de la vida.

Entre estas almas se mira,
Una delicada y blanca,
Del coro de cerafines
Algun tanto separada.

Esta es el alma de un niño,
Que murió al abrir sus ojos
A la luz de la existencia,
Llorándola un rato solo.

Su vida tan presurosa,
Permaneció en el destierro,
Tan solo el tiempo que gasta
El humano pensamiento.

Nada supo de los hombres,
Y sin embargo brillaba,
En él esa inteligencia
Que Dios al hombre señala.

El Señor se preparaba,
En este mismo momento,
A juzgar las nuevas almas,
Que á sus piés había puesto.

La muerte pálida y seca,
Que aguardaba muy severa,
En el tribunal exelso,
De Cristo la órden suprema.

Para encaminar sus pasos,
Hácia los mares, los prados,
Hácia la choza, los campos,
O alcázares soberanos.

Pero el Señor nada dijo,
Viendo tres almas confusas,
Con semblantes afligidos,
Divagando entre sus dudas.

Suspiraba la primera
Con media voz y decía:
Ay! ¿cuál puede ser la pena,
Que la justicia divina,

Le puede imponer al hombre,
Que se ha visto condenado,
A vivir con mil sudores
Y con amargos trabajos?... .

¿La misma vida no ha sido
Para este pobre viviente,
El suficiente castigo
Que su mano darle puede?... .

¿Qué otra cosa he recibido
Al comenzar mi existencia,
Que el llorar y siempre fijo,
Como facultad primera?

¿Qué mas el mundo me ha dado,
Que puros padecimientos,
Mientras mas vida mas largos,
Sin un día de consuelo?

Sufrieron nuestros autores,
Todo el castigo del cielo;
Pero ya tuvieron goces,
Y pagaron lo que hicieron.

Por su voluntad llegaron
Al árbol apetecido,
Y del guardado manzano
Comieron, no así sus higos.

Que como yo van gimiendo,
Por indecentes temas,
Y todo sin decoro
Desde el paternal pecado.

Des ayres cío la segunda,
Con una voz mas oscura,
Y aunque tímida y confusa,
De esta manera se expresa:

¿Por qué la cédula tengo,
Del Señor Omnipotente,
Si escrita mi frente lleva,
Con sangrientos caracteres?

¿No me he tenido veinte años
Sufriendo tantas penas,
Prisiones, ratos amargos
Con la guerra y mis heridas?

Mi brazo siempre ha peleado,
Contra naciones armadas,
Y entre los campos contrarios,
Contra la lanza y las balas.

He presentado mi pecho,
Y gota á gota he vertido,
Por veinte heridas de fuego,
La sangre ante mi enemigo.

Luego ni un rato he gozado
El aliento de la vida,
Sin mirar á cada paso
Siempre la desgracia mía.

Me separé de una madre
Cuando se empieza á quererla:
Mi nombre no dejo á nadie,
Ni sucesor en la tierra.

El mismo Dios ya no puede
Inventar otro suplicio,
Comparado con aqueste
Que en el mundo he padecido.

.....
La tercera tres lamentos,
Hondamente balbucía;
Y con carácter mas serio,
Entre su dolor se esplica.

Nada valen esas pruebas
Si llego á exponer las mias:
Si la desgracia y miseria
Han sido vuestras fatigas,

Miéntras yo me he visto triste
Con el fausto y los placeres,
Estruendosos festines
Y con la opulencia siempre.

Poderes, gloria, riquezas
Tuve en el mundo, lo juro:
Todo lo gocé en su esfera
Apesar de haber creído.

Que es vanidad y miseria
Cuanto en la vida se tiene;
Asi me he engolfado en ella
Con un anhelo perenne.

Rey de los hombres me he visto
Y de mi trono elevado
Los miraba distraídos
Y pude al fin contemplarlos,

En medio de sus bajezas,
Su ingratitud y malicia;
Mientras tanto, en mi existencia
Nada de eterno veía.

La maldad y la desgracia
Gobernaban muy severas
Y yo pude conservarlas
A mi derecha é izquierda.

Cual dos génios predispuestos
A exterminar las familias
Con sus malvados anhelos
Nacidos de la avaricia.

Así pues el Rey Supremo,
Conocerá por si mismo,
Que me dió un pesado cetro
Que he llevado entre peligros.

Pues me ha dejado en el mundo
Sin hábiles consejeros,
Sin una luz de su influjo,
Ni un rayo de sus consuelos.

De esta manera se quejan
Aquellas almas precitas,
Esperando el anatema
Que no tardará en herirlas.

El alma jóven escucha
Con asombro y conmovida,
Entre un temor que le asusta
Y su confianza le entibia.

Su opinion á nada inclina,
Y oyendo á todos murmura,
Preguntándose á sí misma,
Como en medio de una duda.

¿Será verdad que el Eterno
Ha impuesto aquellas tareas
Tan difíceles? . . no creo,
O entónces, todas son penas.

Y quién sabe allá en la tierra
Por siempre la raza humana,
Mandado está que padezca
Por la justicia sagrada.

El hijo de Dios que mira
En el fondo de las almas.
Estas dudas adivina,
Y dulcemente le habla.

De los réprobos las quejas,
Te han por un rato turbado,
Y la causa de sus penas
Estás de saber tratando.

Esa terrestre existencia,
Que Dios hale señalado
Al hombre como una prueba,
Para prodigar su amparo.

Y has temido que mi padre,
Haya mandado á sus hijos
Por las montañas errantes,
Sin darles ningun auxilio.

Vas á juzgar por tí misma:
Quiero que tu vida entera,
Sirva de juicio y que digas
A estas almas su sentencia.

Desciende pues á los hombres:
Sucesivamente vive,
En esas tres condiciones,
Para que mejor te esplices.

.....

Al concluir la voz sagrada,
Su voluntad se practica
Y ya en el mundo se hallaba,
El alma en humana vida.

Principiando aquella triple
Orden, que Dios le impusiera,
Desde la cabaña triste
Hasta la régia diadema.

Y miéntras tanto en el limbo,
El resultado esperaban,
Que traer debia el niño,
Las tres malogradas almas.

.....

Llegó el dia designado,
Y el alma viajera vino,
Y luego se convocaron
Las cuatro en el mismo sitio.

Dios en su trono se hallaba,
Y las tres almas confusas,
Con sus trémulas miradas,
Al pié del sόlio se agrupan.

La del pobre, del soldado,
Y del monarca á la izquierda;
Y al otro costado santo
La alma viajera que espera.

Habla, dijo el juez del cielo,
Y dá un ejemplo patente,
De la justicia en mi reino,
Y en el mundo de que vienes.

¡Sudó bastante tu diestra,
Para ganar el sustento,
Cόmo á esa sombra primera
Diariamente y sin consuelo?

Así lo ha dicho ella misma
Quejándose en mi presencia:
Dí, si siempre la desdicha
Has encontrado en la tierra.

Sí, contestó el alma luego,
Y aun acaso mas Dios mio:
Yo trabajé y con exceso
La miseria me ha rendido.

Pero siempre á mi socorro
Una estrella ha caminado,
Siempre esa estrella que el lodo,
Transforma en un rio claro.

Si Señor, me daba fuerzas
Para todo soportarlo,
Las cotidianas miserias,
Y mi penoso trabajo,

Mi aliento, acababa el frío,
El cansancio y la pobreza;
Y ella en perenne camino
Me alumbraba siempre bella.

Y su luz en lontananza
Hacia mi vista traía,
Por una luz encantada
Del paraíso las delicias.

Donde todo corresponde
A los vivientes por cierto:
Do las obras de los hombres
Las juzga un poder secreto.

Donde el mismo Dios repara
La felicidad perdida,
De aquel que humilde le clama,
Siempre con el alma limpia.

Entonces las penas mías
No me eran ya tan amargas,
Por que esa estrella divina.
Era la misma esperanza!..

La voz sagrada interroga:
¿Y tu delicado cuerpo
Como pudo en las zozobras
De la guerra, y como luego,

No se ha contagiado tu alma
Con el militar sarcasmo,
Ni has vendido en la batalla
Tu espada á ningun tirano?

Tu mismo Señor previste
Esta terrible desgracia;
Pues al hombre que milita
Por libertar á su paria,

Le destinaste un arcángel
Para protector divino,
Para que doquier que marche,
Resguarde su pecho limpio.

Tú mismo sí, me confiaste
Una mision generosa,
Y me diste el estandarte
Que asió valiente mi tropa.

No combatí por mí mismo,
Para saciar mis pasiones,
Cediendo á impulsos inícuos,
En la guerra y sus favores.

He peleado puramente
Por los derechos del hombre;
Y por el pueblo mas débil,
He dado mi sangre entónces.

Por los mandatos del cielo,
No por interés impuro:
Cumpliendo el deber primero,
Sin el metálico influjo.

Así la frente llevaba
Sin muestras de cobardía:
Era certera mi espada,
Y serena mi justicia.

Padecí, nunca lo niego,
Por aquellos que ahora viven,
Llamándome en sus recuerdos,
Su libertador insigne.

Por que yo me aventuraba,
Con la bandera raída,
Por la imbadida muralla,
Y la gloria les traía.

Siempre en mis pasos seguro,
Con mis sanos pensamientos,
Ceder mi conciencia supo,
Al buen impulso del pecho.

Y secaba mis heridas,
Que eran ménos dolorosas,
Con la santa idea fija,
De un Dios que habia en la gloria.

Sanábame esta esperanza
Y luego... no se por qué...
Nueva existencia me daba
El impulso de la Fé!

Siguió un momento de calma
En el tribunal excelso,
Y luego Jesus levanta
Su régio y divino acento.

Te resta la última prueba,
Que debe ser mas difícil,
Por que tambien en la tierra
Dorados timbres tuviste.

Te has ceñido una corona
Y disfrutado sus dones;
Y con tu palabra sola
Gobernaste muchos hombres.

Gloria, alcázares, poderes,
Todo en el mundo has gozado,
Y visto á tus piés mil veces
Todo un pueblo subyugado.

Por esta vez la indigencia,
No se ha llegado á tus puertas;
Ni las heridas de guerra,
Ha sentido tu grandeza.

No Señor de los Señores,
Pero en cambio me seguían,
Los festines y sus goces
Que me absorbían la vida.

Del reposo y la indolencia
Me fastidiaba la brisa,
Y con la vida opulenta,
Mil tentaciones sentía.

Distante de la miseria,
De la escacés me olvidaba;
Y hartos desabridos me eran,
Los deleites y sus causas.

Altamente colocado
Miraba acaso á los pueblos,
En sus míseros desbarros,
Cual scres muy imperfectos.

Y algun momento sentía,
Que un tanto se minoraba,
Por esa porcion mezquina,
Mi estimacion soberana:

Como un panal distinguía
La humanidad apiñada,
Que con mi dorada silla
Hubiera podido ahogarla.

Mi alma quizá en ese rato,
Con tantos placeres fijos,
Del mal no hubiera triunfado
Sin una vírgen que vino,

De los coros de Maria,
Que me brindaba su manto,
Cuando los vicios blandían
Sus brazos envenenados.

Siempre vino á mi socorro,
Y moderaba mi orgullo,
Y me presentaba todo,
Como al campesino rudo.

Sin cesar me comparaba,
Con la inferior criatura,
Ocultándome el alcázar
Bajo la humilde casucha.

Y únfame con los hombres
Esta vírgen de bondad
Ya con el rico ó el pobre
Por que era la Caridad!....

He aquí toda mi cuenta
Dios de las misericordias:
Luego dejé aquella esfera
Por subir á vuestra gloria.

.....
Nada respiraba en torno
Del Señor Omnipotente,
Y su voz tan solamente
Despues de un rato se oyó!....

¿Habeis escuchado atentos,
Vosotros tres pecadores,
Que no son todos rigores
Los que el cielo os señaló?....

•
¿Qué nunca el hombre se mira,
Sobre el mundo que transita,
Entre el penar y la cuita
Sin una mediana luz?....

Y si así habeis sucumbido,
Renunciando estos tres faros,
Bien pudiera yo apartaros
De la peana de mi cruz.

Pero fidos almas incautas,
Y ántes que dudar del cielo,
Fijad en él vuestro anhelo,
Y os alumbrará Jesus..



ELECCION DEL PRIMER AMOR.

POBRE flor sentenciada al ostracismo,
Cuyo seno cargado de ambrosía,
Se inclina hácia al abismo
Al sentir el calor del medio día.

Sedienta del rocío,
Que hace mover su corazon marchito,
Debe escuchar tal vez en el estío
De una pasion el grito.

Que no se arranca así la flor lozana,
Llena de esencia, de gentil semblante,
Que se halla en la mañana
Que hace latir un corazon amante.

Si al deleite la flor fué consagrada,
Es el amor la ofrenda de la vida;
Y una alma enamorada,
Tiene en el mundo su mision cumplida.

Que es imposible detener al viento,
Cuando al mar embravece;
Y es siempre muy violento,
El primer soplo que el amor ofrece.

Nacer y amar es una idea sola,
Del corazon constante movimiento,
Pues la flor sacrifica su corola
Por amar un momento.

Y es tal de bello, de sublime y grato,
El primer pensamiento que él inspira,
Que el corazon al disfrutarlo un rato,
Con mas violencia gira.

Cuando la pubertad levanta el velo,
Que ha cubierto el secreto de la vida,
Una ilusion sentida,
Forma la base del primer anhelo.

Casi siempre es un sueño venturoso,
Que hace escuchar promesas lisonjeras,
Que las hijas de Adan con grande gozo,
Disfrutan las primeras.

Ellas se forman la ilusion sublime,
Que adornan con las galas del deseo;
Y del amor que encierra este recreo,
Su última gota el corazon esprime.

Siempre el primer amor es inocente,
Bello objeto enjendrado en la memoria;
Y es la mujer quien siente
El primer episodio de su historia.

Muchas veces se ha visto á la fortuna,
Copiando la ilusion de una doncella,
Que ha logrado gozar desde su cuna,
La realidad mas bella.

Así el diseño que trasára un día
Beatriz en sus horas mas serenas,
Mientras mas lo veía,
Corria mas la sangre de sus venas.

Que la electricidad del pensamiento
Tiene su foco en el amor intenso;
Y es el placer muy denso
Para mirar su fuego tan violento.

Gozábase en sus gratas fantasías,
Mirando en derredor de su hermosura,
Seres que con locura,
Le brindaban su amor todos los dias.

Aquel de una mirada fascinante,
De engalanado aspecto y bizrraia,
Su fé le prometía,
Y para siempre un porvenir brillante.

Pernoctaba en las noches silenciosas
Al pié de su ventana,
Por contemplar hermosas
Sus miradas de amor en la mañana.

Ricos arneces por doquier lucía:
De joyeles cubiertos sus bridones,
Mostrando la hidalgia,
Que con furor se engolfa en las pasiones.

Que pocas veces el amor se anida,
Donde los goces colman la existencia,
Por que es la pura esencia
Que exalan los pesares de la vida.

Que del goce al amor hay gran distancia.
Y es el placer la brasa,
Que en cenizas convierte su arrogancia,
Cuando el prestigio del delirio pasa.

No así la llama del amor sensible,
Que vá lamiendo el corazon por grados,
Haciendo indescribible
El puro Eden de dos enamorados.

Por eso Beatriz sentía en su alma
Un gran vacío que llenar queria;
Con ese amor que da la poesia
En su envidiable calma.

Y por eso al objeto que veía,
En medio de sus sueños de ventura,
Faltaba todavia,
Mucho de heroico en su gentil figura.

Solo habia escuchado vanidades,
Trascendiendo al incienso del dinero;
Y ella queria ver entre deidades
Su tierno amor primero.

Era un galan apuesto D. Roberto,
Héroe tal vez en toda correria;
Y en el juego y amores tan experto,
Que á nadie le cedia.

No le faltaba ingenio y travezura,
Que es el talento mayorazgo ingente,
Que tanto sirve al pobre en la amargura,
Como en sus aventuras al pudiente.

Hijo de un alto personaje en Lima,
Que brindaba el influjo de palacio,
Miraba por encima
Aquella juventud de corto espacio.

Rodeado de famélica clientela,
Entre festines, algazara y danzas,
Tenian siempre su cerebro en vela
De amor las esperanzas.

No era bastante el sol en su carrera,
Para alumbrar sus varios amorios;
Y acudía á la luna placentera,
Que otros lances de amor miró sombríos.

Que esos dias aun semifeudales,
Hacían declinar á la nobleza,
En dispendiosas fiestas bacanales
Para lucir su alteza.

Los nobles por suburbios apartados,
En altas horas de la noche oscura,
Se hallaban disfrasados,
Entre el pueblo de humilde catadura.

Que no tenía rádios suficientes,
El círculo esmaltado de las cortes;
Y al conquistar amores inocentes,
Movian mil resortes.

¡Hermosura infeliz la que nacía
En un hogar honrado y sin fortuna,
Si su amor le pedía
Un pretendiente de dorada cuna!

Era preciso un corazón de acero,
Para oponerse á dádivas brillantes;
Y un pobre jornalero,
Su propio honor cambiaba por diamantes.

Así marchaban desbastando erguidos,
Los que tuvieron límpidos pañales:
En matar el honor comprometidos,
A fuer de sus caudales.

Que la limpieza de la sangre humana,
Fué destilada en aparatos de oro;
Y era una avilantez mostrar decoro,
Entre la hez villana.

En una de esas noches sin mancilla,
Que los anhelos del amor dilata,
En que la luna con mas fuerza brilla,
Entre celajes de zafiro y plata.

Sus rayos imbadian la persiana,
De una reja accesible á las miradas,
De un orgulloso amante que se afana,
Cen fraces perfumadas,

Por hacer sonreír á la hermosura,
Que en gratos sueños por doquier miraba,
Fingiendo galanura
De esta manera su pasión mostraba.

.....

Concédame la suerte
El día de mirarte,
El día de poseerte
Y tierno acariciarte.
Y en tanto que mil besos
En mi frente coloques,
Y en dulces embelesos
Al dios de amor invoques;
Tu tímida sonrisa
Anuncie mi fortuna,
Con perfumada brisa,
Seretados á la luna.
Tu viendo sus fulgores
Platear la azul esfera:
Yo, viendo los colores
De tu faz hechicera.
Y sombrear en mi frente
Tus trenzas enrisadas,
Y tus manos torneadas,
Sentirlas de repente,
Que á mis labios vehementes
Impidan el gemido,
Y que ellos imprudentes,
Sintiendo tu latido,
Se lanzen al instante
Frenéticos de gozo,
Y que un beso ardoroso
Resuene en tu semblante.

Oh! sí al mostrar el día
Sus cortinas doradas,
Mirára yo agitadas
Tus mejillas rosadas,
Tus ojos de zafir.
Y en torno mio hallára
Tu embalsamado aliento,
Y mi pensar violento
Se aliviára un momento,
Mirándote dormir.
Cuando la aurora bella
Al ver tu sueño blando,
Te fuera contemplando,
En tanto que llorando
Pudiérate mirar.
Y mis ardientes lágrimas
Rodáran por tu seno,
Y que despues sereno,
Mi lábio de amor lleno
Pudiéralo besar.
Cuando la luz viniera
De la primera estrella
A tu faz pura y bella
Y siempre junto á ella
Sentarme á suspirar,
El aura de tu boca
Mirar tu rostro hermoso
Tu dormir delicioso
Y doquier vigoroso
Sentir tu palpar.

.....
.....
Mas ay! que el genio que constante enciende
La brasa del amor,

Inícuamente sus favores vende,
Gozando en el dolor.

El se complace en agitar la llama
Con que hace padecer,
Viendo girar doquier de rama en rama,
La fé de una mujer.

Que escucha lisonjera una promesa,
Y no puede advertir,
Que otro amador quizá con mas terneza,
Le hará mejor sentir.

Que apenas se dibuja en su memoria,
La mas bella ilusion,
El rapazuelo de maldad notoria,
Le dá otro corazon.

Y por eso en el mundo apasionado,
No hay contento cabal;
Y el ser humano nunca ha disfrutado,
Un amor sin ribal.

Que tienen sus defectos como Aquiles
Los hombre por doquier,
Así como de un cuadro los perfiles
Sombra deben tener.

Y parece engreirse la fortuna,
Con su poder sin fin,
Cuando arrebatá al hombre ante la luna
Su mas rico botín.

Que una delicia un sinsabor predice
Lo afirma la razon:
Que no hay bien que en el hombre se eternice
Del mundo es la opinion.

Pues no distante de ese hogar se hallaba
Un tímido galan,
Que era la imagen que Beatriz soñaba
Con incesante afan.

La habia visto un dia en su ventana,
Regando un alhelí;
Y de su rostro la luciente grana,
Se convirtió en rubí.

Que es un choque violento que conmueve
La primera ilusion,
Que hace tornar en fuego aquella nieve
Que enerva el corazon.

La lluvia que caía de su mano,
Sobre la erguida flor,
Para ese amante que le hablaba en vano,
Era lluvia de amor.

No podia tornar con sus gemidos
Su inclinado mirar;
Que siempre los afectos mas sentidos,
Se suelen ocultar.

Y luego ruborosa y distraída,
Cubriendo su arrebol,
Plegó su faz como la flor herida
Por los rayos del sol.

Una rosa que apenas se entreabría,
Que Beatriz plantó,
Cuando su mano protectora huía,
El tierno amante vió.

Entónces la centella destructora
Que da á la mente ardor,
Fué la luciente estrella precursora,
Del vehemente amador.

Tomando aliento el corazon henchido,
De esperanza y de fé,
Canta su amor con el semblante erguido,
De aquella rosa al pié.

Y así es como dirige á su semblante,
Cual tierno trovador,
Ese aunque pobre esperanzado amante.
Sus acentos de amor.

.....
Quien tu semblante mira,
Hermosa flor de Abril,
Sin duda se imagina
Que eres la mas feliz;

Pero ¡ay cuánto se engaña!
Quien piensa así de tí,
Por que no es tuya el alba,
Ni vés el sol salir.

Cuando jamás la aurora,
Te ha visto sonreir,
Ni el olor de otras rosas
Percibes nunca ahí.

Oh! cuánto no darías
Por ver en su zenit,
Al que en tu seno abriga
Su creación sutil.

Después de dos estíos
No vivirás allí,
Pues tu penar continuo
Va inclinando tu astil.

Siguiendo así tan triste
En tu misión servil,
¿Con qué esperanza vives
Sobre la tierra... dí?....

¿Tal vez con los alhagos
De una mano infantil,
Tu desventura un rato
Llegaste á no sentir?... .

¿O sin tener amores
Doblando la cerviz,
De la nobleza absorves
El vano frenesí?... .

Ay ángel de las selvas
Tus alas de carmin,
Solo extenderse anhelan
Por medio del zafir.

Allá está tu esperanza,
Tu amor, tu porvenir,
Al travez de las auras
Tan caras para tí.

Allá tendrás caricias,
Que no te harán morir,
Si cuanto el prado brinda,
Lleva la vida en sí.

Si acá esperando el día
Triste sueles dormir:
Con las nocturnas brisas
No dormirás allí.

La diosa de los bosques,
Gozándote . . ¡ay de mí! . .
El placer de los hombres
Tal vez te hará sentir.

Torna tu raudo vuelo,
Terrestre querubin,
Adonde todo es bello,
Donde hay amores mil.

Vuela y jamás recuerdes
Lo que has llorado aquí,
Por que tambien se muere
De un recuerdo infeliz.

Aun tienes lozania,
Oh tú la flor gentil
La flor de las campiñas,
En donde yo nací.

Cuánta esperanza encierras
Hermosa flor de Abril,
Sin duda allá en tus selvas
Serás la mas feliz.

Si ha dormido ó no tranquila
De Beatriz la memoria,
Luego lo dirá la historia
Que es el perenne espejo de la vida.
Pues si han corrido cuatro horas
De congoja y de tormento,
Otras cuatro el pensamiento
Vino á oprimir una punzante herida.

La imaginacion ardiente
De esa hija del Parnaso,
Ya del zenit á su ocaso
Tristemente se había encaminado.
Y esos primeros destellos
Que brinda un amor punzante,
Cortaban como un diamante
El cristal de su pecho enamorado.

Ya no encontraba sociego:
Sin direccion caminaba,
Y si á sus flores miraba,
Veía ahí la imagen de su amante.
Sentia dentro del alma
Un confuso laberinto;
Y elegia por instinto,
La hora de estar de su rosal delante.

Por que en él veía el signo,
Con que la simbolizára,
Aquel lábio que narrara,
La clara historia de su vida entera.
Y queria preguntarle
Las palabras que ha escuchado,
De ese tierno enamorado,
Mostrándole su faz tan hechicera.

Que cuando se ama de veras
De todo el alma se encela,
Hasta de la luz que riëla
Del objeto adorado en el semblante.
¡Oh que ley tan inhumana!
Decía en su amargo llanto,
Es ocultar el quebranto
De un corazon de amor casi espirante.

Y mirando fijamente
Las hojas de aquella planta,
Vé que en sus tallos levanta,
Un objeto que embarga sus sentidos.
Era un papel que cruzaba
Un lazo color de cielo,
Que ella tomó con anhelo,
Del corazon doblando los latidos.

.....
“¿Será una carta de él? . . ¡pero cuál de ellos!”
.....

Esta es la lucha horrenda que en el alma,
Roba de una mujer la dulce calma.

Su corazon se agita:
Tiembla al abrir la caja de Pandóra,
Y su deseo mas y mas se exita.

A un varonil arbitrio acude luego,
Que es descubrir el nombre del que escribe;
Y como si en la carta hubiera fuego,
Fuerte impresion su corazon recibe.

Aquellas líneas nadie las firmaba:
Eran ecos de una alma enamorada:

Era la voz de un ser que desahogaba,
El pesar de una vida acongojada,
Y en el papel su corazon pintaba.

Asi es que Beatriz entre la duda,
Fijó con avidez la vista ardiente:
Leyó sus líneas silenciosa y muda,
Queriendo descifrar intimamente,
Por el estilo de ambos amadores,
Por cual hablaba ese papel de amores.

.....
¡Quién puede oir mis débiles lamentos:
¡Quién escuchar mi lastimero canto! . .
¿De un corazon con lágrimas deshecho,
Quién ha de ver el último quebranto?

Cantares hay que llenan de armonías
Esos del alma esféricos espacios:
Ecos de amor de bien templada lira,
Sonada al pie de góticos palacios.

Dulces memorias, ilusiones bellas,
Cuyas palabras de placer se adornan:
Flores sin nombre que el aliento siembra,
Sobre la tierra en que los hombres lloran.

Vuelos que emprende ufana la esperanza,
La frente ornada con violáceas flores,
Firme la voz, brillante la mirada,
Partiendo el horizonte en cien colores.

Pasos que huellan la morada ignota,
Para el futuro inmenso destinada:
Discos de luz por donde el hombre asoma,
La frente audaz lanzando una mirada.

No así serán mis tristes alaridos,
Sin mas sonidos que el que arranca el llanto:
Morir debió mi voz con el suspiro,
Que el corazon me ha devorado tanto.

A qué cantar mi estrella sin ventura,
Pidiendo al cielo acentos infinitos,
Si he de morir sin que me alhaguen nunca,
Esos lanzados por el alma gritos.

Opreso el pecho, el corazon raído,
Llevando siempre una ilusion perdida,
Debo cruzar la esfera donde aspiro,
Dolores mil para una sola herida.

Llevando humilde mi destino escrito,
Veré girar la luz de la alborada:
Siempre tendré el dolor en mi camino,
Al despertarse el aura sonrosada.

Si hay esperanzas, porvenir, sonrisas,
Veré gozarlo todo en mi presencia:
Me rodearán los ecos de alegría,
Para insultar el ay! de mi indigencia.

Cuando la faz del mas hermoso dia,
Cubra de luz todo el azul sereno;
Yo tal vez abatido en mis fatigas,
Apuraré la hez de mi veneno.

Ese variado son de los placeres,
Me hará velar las horas mas sombrías,
Horas en que la mente se adormece,
Con la ilusion de esperanzados dias....

Ah! qué tropel! qué estruendosa orgia,
Viene á aumentar mi postracion, mi duelo:
¡Cuántas miradas sobre el mundo fijas,
Pidiendo gracia y sin hallar consuelo!

¡Cuánta beldad humilde y prosternada!
Arrastrándose al pié de una fortuna:
Víctimas todas, al placer se lanzan
Sus guirnaldas rompiendo de una en una.

Para poseerlas ay! el mundo entona
Con argentada lira su ventura,
Y se sonrie si orgulloso agosta,
Los tallos de la infancia y la hermosura.

¡Cuánta virtud perdida en esos mares
Donde bogando á la infeliz se mira,
Surcado siempre por suntuosas naves
Que nécio el hombre en su indolencia aspira.

Mas . . dónde vas? oh pensamiento mio! . .
Con tu mirada y tu atrevido vuelo:
Sigue escondido pues cuando deliro
De hito en hito contemplando el cielo.

Horas de duelo, á que venis ahora,
Para aumentar mi ardiente frenesí;
Vuestra velada luz el alma agobia,
Idos por Dios! . . dejadme sonreir.

Mustio el semblante, lá mirada enjuta,
Vuestra influencia por doquier sentí:
Me llamais al dolor, á la amargura,
Cuando el sol se levanta en el zenit.

Cuando he sentido el aura de las selvas
Cuando el murmurio de la frente oí
Me arrebatáis mis ilusiones bellas
Me haceis llorar debiéndome reir.

Yo tambien ansío un corazon tranquilo,
Que ardiente cante su porcion de amor:
Siento tambien aquel ardor divino
Que al hombre y á la flor un Dios le dió.

¡Ráfagas puras de envidiable otoño!..
¡No volveréis á confortar mi sien!..
¡Se han acabado acaso vuestros soplos
Para el que os llama la postrera vez?....

¡Se han ido ya para sentirlas nunca
Las ilusiones del amor!.... decid!..
Respondan vuestras auras siempre puras
¡Muere tambien el corazon así!..

¡Es el amor acaso una tormenta
Que el ancho mar de la pasion sintió,
Que con el vuelo del alcion se aleja,,
Para volver tal vez con mas furor?..

¡Es el amor quizá la blanca nube,
Purificada en el crisol del mar,
Que el encumbrado artífice la bruñe,
Para llevarla al trono de Jeobá?..

¡O es el amor tal vez la llama intensa
Que por grados consume el corazon,
Que en todo el mundo su contacto quema,
Dejando siempre el infortunio en pos?..

¿Qué me decís cantores de los bosques
Vosotros que bordais el arrebol? . .
¿Sufrís al recitar vuestros amores,
Cuál sufre el hombre al demandar su amor? .

Os amais como se aman las estrellas,
Mezclando ardientes su occilante luz:
Vuestras delicias son en las praderas,
Se abrazan ellas en la cruz del Sur.

También contemplo vuestro amor hermosas,
Que os levantaís de vuestros tallos mil;
Cuando el galante Abril os enamora,
Pura la esencia del placer sentís.

Pura cual Dios la derramó del cielo,
Como un tiempo la pude concebir,
Cuando ignoraba que existía un fuego,
Que en el mundo se llama frenesí.

Plugiera á Dios que en el amor el hombre,
Se os pareciera al ménos una vez;
Destilaría el corazón entónces,
Del puro amor la delicada miel.

Por que también en mis dorados sueños
Vuela un objeto de velada faz,
Que á donde quiera que la mente llevo,
Allí perenne en mi memoria está.

¿No le habeis visto hermosas de los prados
Bajo la sombra de ningún rosal? . .
¿Cuándo escucháis el arroyuelo manso
No os ha traído el viento su cantar?

Sucna su voz como la cuerda herida
Por la mano febril del trovador,
Que ardiente canta al acabarse el día,
Llena de amor su postrimer canción.

Esa es mi amada, mi ilusión, mi gloria
Que en el desierto del dolor perdí,
Dadme aunque sea una esperanza sola
Que desfallezco sin su amor!... lo oís!..

Genios que atravezais la selva humbría
Una esperanza os pido por piedad:
!Decidme que buscáis á mi querida
Y que algún día la podreis hallar!....

Hermosa es como el albor del día,
Pueden la fé sus ojos difundir:
Como un rayo de luz recta y pulida,
Se destaca en su rostro su nariz.

Como la caña que ha doblado el noto,
Sobre la copa triste de un ciprés;
Así su cuerpo lo he sentido hermoso,
Suprema dicha! que un instante fué!

Sus lábios son el manantial mas puro:
Mi sed de amor en ellos mitigué:
Contando estoy sus risos de uno en uno:
Siento al día su ardor mas de una vez.

Si allá en las selvas la encontrais dormida
Cuando se empieza el sol á despedir
Flores del valle, embalsamad la brisa
Que es otra flor la que guardais allí....

No demoró el amante presuntuoso,
En practicar segunda serenata,
Que es de los pretendientes el coloso,
Aquel que puede usar zancos de plata.

Y cual fiera que husmea en el rebaño,
Conociendo al cordero sentenciado;
En juego puso la doblez y engaño,
Para cruzar al triste enamorado.

Esa es la suerte de este mundo innoble:
La sencillez y la pureza muere;
Pues del rico la carta siempre es doble,
Y en el juego de amor gana si quiere.

Gustaba la nobleza de emboscadas,
Pues contaba con nécios que la adulan,
Que por servir las razas galonadas,
A la ruindad el crimen acumulan.

Lo que hoy apellidamos policía,
Era una paradoja muy remota,
Y el que mas paniaguados reunía,
Mandaba en jefe la villana flota.

Cuando la noche su capuz tendía,
No bastaban edictos ni carteles,
Cada cual su individuo defendía,
Pues no valian nombres ni oropeles.

Preciso era tenderse á media calle,
Por que eran emboscadas las esquinas,
Y afortunado quien libraba el talle
De las dagas lucientes y asesinas.

Las decantadas rondas nada hacían,
Mas de cien veces al favor vendidas,
Que á fuer de las consignas que tenían,
Eran tal vez las mismas homicidas.

En sendas capas ocultando el seño,
Eran apariciones del abismo,
Ciertos esbirros de feroz empeño,
Que eran de la alta noche el despotismo.

Sin embargo fué el tiempo en que fijaron
Un guardador de esquinas y senderos,
Que en las calles de Lima pernoctaron
Convertidos en nécios pregoneros.

Cuantas veces un sueño venturoso,
Fué malogrado con la voz grosera,
Que anunciaba con tono estrepitoso,
La oracion de las ánimas postrera.

Aunque otras veces con acento herido
Remilgándose en tétrica armonía
Al concluir un insipido silbido
Se escuchaba con fé la Ave-Maria.

Otros anexos el pregon tenía,
Mezcla de lo divino y lo profano;
Pues si la tierra un tanto se movía,
Se avisaba también aunque ya en vano.

¡Bien hayan esos tiempos de letargo!
En que el cerebro apenas se movía;
Mas confesar debemos sin embargo,
Que el movimiento el oro lo tenía.

En una de esas noches D. Roberto,
Ardiendo en celos su orgulloso pecho,
Su inventiva veloz y genio experto,
Le hizo al instante abandonar el lecho.

Y convocando cuatro camaradas,
Les comunica el plan de sus intentos,
Que aquellas almas por demas taimadas,
Juraron practicar sin argumentos.

Que cuando el oro suena, se ensordece
La conciencia de todo aventurero,
Y hasta el temor que el crimen siempre ofrece,
Lo quita la presencia del dinero.

Se convino en formarse la celada,
De aquella cuadra en uno y otro lado,
Para impedir al trovador la entrada,
Si es posible matando al desdichado.

Y luego que emprendió la caravana,
Se encaminó Roberto á la morada
De Beatriz que estaba en su ventana,
Pensando en sus amores extasiada.

A corto instante se escuchó una flauta
Que modulaba tonos lisonjeros
Que hizo pensar á la querida incauta
En sus ratos de amor mas placenteros.

Al levantar su adolorida frente,
De D. Roberto reconoce el traje,
Y todo aquel encanto de repente,
Vino á tornarse en un mortal coraje.

Y no obstante su audiencia concedía,
Que hay momentos azas comprometidos,
Y ante la mas feroz fisonomía,
Se tienen que rendir grandes cumplidos.

Así tuvo que oir entre latidos,
Las palabras de amor que dirijia,
Mezcladas con frenéticos gemidos
Ese amante con tono de hidalguía.

Y para conmover lo mas sensible,
Que en la mujer descubre su cariño,
Fingiéndola una partida irremisible,
Lloróle así como llorára un niño.

Duélete de mi penar,
Hermosa prenda querida,
Y no irrites mas la herida
De tu rigor y desdén.

Considera que se acerca
El momento de partir,
O mas bien el de morir
Léjos de mi único bien.

Cuando algun día rucuerdes,
Mi nombre, mi adversa suerte,
No dudes que ya la muerte
Haya venido por mí.

Entónces ay! prenda mía,
Serás mi único consuelo,
Y verás que hasta en el cielo.
En Dios pensaré y en tí.

Ah! si vieras el tormento
De un corazon desgarrado,
Querida, por un momento
Consolárasme á tu lado,
Curando mi mal violento
Con tu favor.

Entónces tantos pesares
Angustias y privaciones,
Se tornarian en mares
De gloria, y dos corazones,
Elevarian cantares
Al dios de amor.

Quizá cuando llore á mares,
Gozarás de dulce calma,
Y yo sin ver los altares,
De mi religion, el alma
Tal vez en otros lugares
Debo exalar.

Ah! siquiera allá en tu lecho,
Si feliz sueño te embriaga,
Dame un lugar en tu pecho
Que solo el morir me alhaga,
Quando de amor un despecho
Me hace llorar.

Mas qué digo! y tu hermosura!
Quedará en el mundo en tanto,
Y esa bella criatura
Por quien vivo en puro llanto,
¿Será por fin la ventura
De otro amador?
¿Cómo santo cielo pueda
Morir sin tocar su mane!

Cómo en otros sitios quedo
Por un destino tirano,
Que señaló con su dedo
Tanto rigor!!!

Pero ah! si viera tu semblante hermoso,
Lucir sereno en la floresta bella,
Y tu mirar doquiera esplendoroso,
Cual en el cielo luminosa estrella.

Entónces nada mas me faltaria,
Que sentirme estrechado por tus brazos,
Y ver radiar la luz del medio dia,
Cuando fueran eternos nuestros lazos.

Despues de este placer no mas placeres,
No mas fortuna en este mundo vano:
No mas delicias y no mas mujeres,
Despues de disfrutar tu linda mano.

Entónces corra el orbe en su armonía,
De natura la sabia consonancia,
Que á tu lado por siempre amada mia,
Volverán mis placeres á su infancia.

No siempre acierta el mal en sus proyectos,
Pues la embriaguez de la crueldad es nécia,
Y cuando piensa andar con pasos rectos,
El raciocinio su furor desprecia.

Era Roberto perspicaz no hay duda,
Que el sofisma aprendió con mucho empeño;
Pero es que en todo la bondad se escuda,
Con el eco del bien siempre risueño.

POEMA

En un sitio en que manos laboriosas
Que han sembrado en la tierra su fortuna,
Para verla en espigas magestuosas,
Tuvo Fernando su mediana cuna.

Si es un jardín la Italia de la Euroapa,
Tiene el Perú también una ensenada,
Donde forma la mies lujosa ropa,
De una villa por todos ponderada.

Cuanto es hermosa en su floresta, es bella
En las beldades que en su seno abriga:
Satélite de Lima y clara estrella,
No hay quien al ver su faz no la bendiga.

Tarma se denomina y sus senderos,
Se ven bordados de un verdor variado:
Esmeralda en que todos los viajeros,
Un aliento feliz han respirado,

Tiene sus timbres en su historia honrosa,
Que han podido llegar al heroismo;
Pues ha imbadido la salvaje choza,
Mientras todos vivían del cinismo.

Y pudo un tiempo enaltecer sus lares,
Anexando suburbios productores,
Sin esperar en brazos militares,
Que hacen pagar con mengua sus favores.

Sus hijos se lanzaron en un día,
Reuniendo á su esfuerzo su dinero,
En el cual adquirieron nombradía,
Mas de la que tuviera el misionero.

Pues pusieron á raya los salvajes,
Formando paso libre al sacerdote,
Que llegó á doctrinar en los parajes
Donde ya la existencia no era un lote.

Y hasta las piedras que á la cruz bendita
En la intemperie habian sustentado,
No fueron ya el cimiento de una hermita
Sino de un templo por la fé fundado.

A tal altura levantó esa villa
La heroicidad que el corazon anhela,
Que una honrosa mencion bastante brilla,
Hecha por un Virey de alta clientela.

Y no muy tarde lo dirá la historia
Que con tanta indolencia sigue oculta
Cuando esta patria de feliz memoria
Ha tiempo ya que se le llama adulta.

Ha tiempo ya que sus acciones grandes
Deben formar republicana escuela
Y no estar sepultadas en los Andes
Donde hasta el nombre del Perú se hiel.

Se hiel por que el aire turbulento
Que la conquista levantára un día
Apagando la luz del pensamiento
Quiso posar una nacion sombría.

Por que tan solo en las tinieblas puede
Sojuzgarse la humana inteligencia
Y solo á ciegas sus derechos cede
Sin hacer una heróica resistencia.

Oh! cuando el suelo que ha pisado **Manco**
Llegue á mirar de Oriente al Occidente
Ya no será de la vergüenza el blanco
Y podrá levantar su altiva frente.

Patria infeliz, heróica prisionera
Que las migajas del saber te dieron
Los que te hollaron por la vez primera
Y tu genio inmortal no conocieron.

Que ignoraban la fuerza de tus montes
Que de tus hijos el pensar negaron
Y hoy al mirar tus grandes horizontes
Vienen á confesar que se engañaron.

De uno de estos próceres descende
Aquel poeta y fervoroso amante
Que á Beatriz el corazon suspende
Para hacerlo caer agonizante.

Tal es la fuerza audaz del magnetismo
Que el aliento difunde en los sentidos
Que sucumben de amor al parasismo
Los corazones mas endurecidos.

Y ella no pudo resistir el fuego
Que esos ojos radiaron en su frente
Cuando á sus flores propinaba el riego
Viendo la luz de su mirada ardiente.

No es el amor tan ciego cuando mira
La vil celada que un rival inventa
Y cuando trasa la órbita en que gira
Con la firmeza que doquier le alienta.

Fernando que tenia en perspectiva
Una escena tal vez ensangrentada
Al anuncio feliz de una misiva
Tomó un arbitrio con que fué frustrada.

Las avanzadas de ambas avenidas
De los serenos poco se cuidaban
Y pasaban la noche distraída
Con las coplas que aquellos recitaban.

Las señas del amante conocian
Y meditando en ellas no pensaban
Si no en vaciar los frascos que traían
Y en la charla soez que murmuraban.

Y cuando aquel bujido de palacio
La última flecha habia disparado
Se oyó un acento á no lejano espacio
Como la voz de un tierno enamorado.

Ambos se fijan en la sombra extraña
Reconociendo al fin la de un sereno;
Beatriz inter tanto no se engaña
Por que esa voz le conmovió su seno.

Y escucha atenta el dolorido canto
Que ese infeliz modula tristemente,
Cubriendo el rostro con su burdo manto
Y levantando hasta el zenit la frente.

EL CANTO DEL SERENO.

Duerma el mundo así tranquilo,
Mientras yo las horas velo,
Que duerma mientras vigilo,
Sin encontrar otro asilo
Que las miradas del cielo.

Duerme, que nada te afana
Cuando la noche te absorve:
Tu esperanza es la mañana,
Que con sus labios de grana
Cubre de besos el orbe.

Duerme, así, que yo he nacido
Para guardar tus beleños,
Para gozarte dormido,
Y ni un recuerdo te pido
De tus argentados sueños.

Tu disfrutas en las horas
De tu loca fantasía,
Todo el presente que adoras;
Mientras que yo pierdo ignoras
Todo el porvenir de un día.

Si apenas descubre el cielo
Su arrebolado semblante,
Solo vivir es tu anhelo,
Y en mí son horas de duelo
Las horas de un sol brillante.

Pobre de mí! que contando
Los momentos de la vida,
Debo de estar, y hasta cuando
Sabe Dios! iré velando
Una existencia dormida.





D. RAMIRO DE CARBAJAL.

Así la escena en sombras principiada,
En sombras terminó benignamente,
Y la trama feroz quedó burlada
Por la luz de la aurora diligente.

Pero aquel sol que levantar debía
La frente ornada con hermosa aureola,
Daba principio al mas infausto día
Para otro ser que ante su luz se inmola.

Esa pasión de inmensas proporciones
Que el Oidor D. Ramiro no olvidára,
Al corazón de Elena hecho girones
Otros nuevos tormentos le prepara.



Aunque es costumbre literaria antigua,
Pintar el personaje de una historia,
Por que todo lector siempre averigua
Su carácter que guarda en la memoria.

Aunque todos comienzan por el rostro,
Por su torvo mirar su frente altiva,
Para formar el genio de algun monstruo,
O del ideal que la ilusion aviva.

Esto de raro tiene mi escritura,
Pues pensando en los hechos que me inspiran,
Antes que dibujar la catadura,
Pinto la accion que mis pupilas miran.

Pero siendo preciso ver patente,
La figura, el semblante y los modales
De mi Oidor en cuestion, incontinente,
Paso á pintarlo en rasgos generales;

Traído de una alcurnia prominente,
El marcado apellido que disfruta,
Si se mira su cuna en lo ascendente,
Sangre muy negra su blason enluta.

Salvo aquella manía presuntuosa
De la preposicion del apellido;
Y alguna otra no ménos ingeniosa
Que al partirlo tambien saca partido.

Lo que es este, en fracciones ó completo,
No ha dejado de helar algunas venas:
Si estampado lo tuvo algun decreto,
No fué por cierto sobre cosas buenas.

Pues nadie ignora la alta nombradía,
Del que al indio y tambien á los hispanos,
Hizo bañar en sangre al claro día,
Víctimas siempre de sus propias manos.

Que apénas todos pronunciar oían.
De Carbajal el nombre tremebundo,
Mitayos y colonos se escondían
De su aterrante acento en un segundo.

Como el terror tambien se va heredando,
Y la subasta se hace en los estrados,
Los puestos del poder iban optando
Los hijos de estos célebres malvados.

Que toman fuerte apego á los destinos,
Que públicos se llaman siendo ocultos;
Y siempre del poder en los caminos,
Aprenden solo á prodigar insultos.

Este lenguaje escucha el pueblo intonso,
Sin penetrar su fondo viperino;
Y el lacayo con él se hace un Alfonso,
Y el intrigante vil un Agustino.

Que cuesta poco el fabricarse un nombre
Cuando se pisa en superior peldaño;
Pues para ver que un público se asombre,
Basta saber citar leyes de antaño.

Unos cuantos festines succulentos,
Cuadros de fama y vastos anaqueles,
Forman de un gran Señor los argumentos,
Que vienen á llenar sendos papeles.

Así es que ya la Audiencia era la zona,
De donde nunca por jamás salía;
Y estaba siempre bien con la corona,
Si algún Virey cesaba ó fallecía.

Para esto hay una táctica certera,
Que se aprende en el roce del bufete;
Hablar del bien comun siempre por fuera,
Aunque en oculto de él se haga un juguete.

Así es como acumulan preeminencias,
Los que están avezados á la intriga;
Y el título consiguen de excelencias,
Y recojen de un grano cien espigas.

Que en la carrera cívica era un fuerte,
A un Virey conducirle la cartera,
Desde donde el privado daba muerte
A toda esa clientela pordiosera.

Pues luego un patrimonio vinculaba
La idea de haber sido secretario,
De la persona real que gobernaba,
Creyéndole un andante formulario.

Para todo su voto se pedía,
Y él con semblante por demas erguido,
Con algun episodio conclusa,
Cuando se hallaba asaz comprometido.

Muchas veces habia dirimido,
En ruidosas cuestiones de importancia;
Y su orgullo lo habia suspendido,
Donde tiene su trono la arrogancia.

Cuando surgian crisis conciliares,
Y era preciso demandar rescriptos,
Era el que iba hasta los santos lares,
Habiendo puesto él mismo los edictos.

Rumbosamente pernoctaba en Roma,
Mendigando su entrada al Vaticano;
Y de cuanto escuchaba hasta una coma,
Relataba con tono sobrehumano.

Y con aquellas ínfulas que aprende
Quien visita la tierra ultramontana,
Volvia describiendo lo de allende,
Cual si su patria fuera la romana.

Trascendiendo á Venecia se mostraba,
Hasta en el raro traje que vestía;
Y por doquier que de su encargo hablaba,
Su audiencia pontificia introducía.

Ni el mismo Dux de aquel dormido lago,
Historiaba como él los monumentos;
Y la topografia de Cartago,
No se habia escapado á sus talentos.

Esta es la propension de aquellos seres,
Que figurar los hizo la fortuna:
Que opacamente ven los caracteres
Con el auxilio de aumentada luna.

Que antes de confesar su poco alcance,
Ante el saber de clases subalternas,
Preparan siempre con malicia el lance
Que estudian de la intriga en las cavernas.

Lo cierto es pues que al fin se canonizan
Con el auxilio de talento ageno,
Los que mas altos escalones pisan,
Que oro y destino todo lo hacen bueno.

Es pues mi Carbajal vivo retrato
De la parte moral que dejo escrita,
Por que su humanidad largo relato
Para pintarla exacta necesita.

Mas si se agrega su semblante enjuto,
Mirar de ardilla y su color bronceado,
La descripcion de mi héroe en un minuto
Creo por ahora haberla terminado.

Y volviendo á anudar la escena triste,
Que aquella infausta nueva produjera,
En la llaneza del narrar consiste,
Tornar la mente á esa ilusion primera.

La tregua que impartiera aquel agente
De su maquiavelismo clandestino,
Todo el furor de su cerebro ardiente
A conmover en un instante vino.

Medio año de esperar era un tormento
Mas que bastante para aquel orgullo,
Que en el jardin de amores mas violento
Pretendía arrancar ese capullo.

Tardanza en el amor es de plevellos
Que turbia sangre llevan en sus venas:
La sangre azul del noble y sus centellas,
Corren veloces del temor ajenas.

Que en la corte el amor se mata él mismo,
Si no goza el placer cuando se asoma:
Que fué para hez del platonismo
El arrullo sin fin de la paloma.

Gorgee en vano el ruiseñor su anhelo:
Abrase tarde de la flor el seno:
Que lentamente se derrita el hielo,
Que en la corte el amor siempre es veneno.

Corre su cáncer cual batiente llama,
Que va lamiendo el combustible inerte;
Que aunque el honor con sus dolores brama
Gotas de fuego entre sus llagas vierte.

Cual dorado brebaje en medicina,
Es el brillo y el roce de la seda,
Que corroe el candor como estrinnina
Que las entrañas desgarrando queda.

Ese brevaje es la ilusion mentida,
Que ha concebido un corazon sencillo;
Que ha creído en la charla entretenida,
De un cuerpo que no tiene mas que brillo.

No habian trascurrido tres semanas,
Y ya el Oidor se hallaba decidido,
Con sus ínfulas siempre soberanas,
A desplegar su plan mas atrevido.

Meditaba volver á donde Elena,
Cuando ya se encontrase abandonada;
Y á fuer de la miseria y de la pena,
Su voluntad creía conquistada.

Esta es siempre la lógica del mundo,
En esta y en sus épocas pasadas:
Triste es decirlo y con dolor profundo,
Son las Lucrecias siempre muy contadas.

Muchos lunares de vision siniestra
La humanidad descubre por doquiera;
Y hay tambien rasgos que el honor nos muestra
Muy comunmente en la mediana esfera.

Si algo nace adherido al individuo,
Que con ningun motivo se desprende,
Es el honor que por su afan acíduo,
Por fuerza ni se compra ni se vende.

Pero hay almas tambien carbonizadas
Que por sentir la flama de los vicios,
Se lanzan al placer tan infatuadas,
Que no llegan á ver sus precipicios.

En una noche de siniestro aspecto,
Un carruaje parose en la morada
De la infeliz Elena, cuyo efecto
La puso en un momento atribulada.

Llamaron á la puerta con imperio,
Que es así como llama la grandeza,
Y luego el seño de un semblante serio
Se dejó percibir con lijereza.

Las miradas de Elena divagaron:
La turbacion enmudeció su lengua;
Pues sus recuerdos luego se abismaron
En aquella pasion de tanta mengua.

Volvió á mirar al fénix, renaciendo,
De un lodazal de indómito deseo:
Al alto juez ante sus piés pidiendo,
Con la humildad y postracion de un reo.

Que cuando el aguijon de la impudicia
Sigue punzando el corazon humano,
Miéntras mas años cuenta mas se envicia,
Y del crímen se pierde en el océano.

Y arrostrando por todo, le asegura
Trasformar la desgracia de su vida
En un Eden, si mitigar procura
El vivo ardor de su mortal herida.

Y asi postrado repitiendo el ruego,
Suplicando su amor de trecho en trecho,
Casi á su rostro comunica el fuego,
De un ósculo fatal de su despecho.

Aquí el incendio de su amor produjo,
Esa explosion del alma vulnerada,
Que á Elena á un abismo la condujo,
Tanta altivez de una pasion menguada.

Y como lleva el rayo á las quebradas,
La horrenda voz de su mortal centella,
Así prorrumpe Elena en carcajadas,
Y su insolencia con sus plantas huella.

Que un bolsillo rodaba por el suelo,
Con que el avaro Oidor la seducía;
Y que ella luego contemplando al cielo
Oro y persona altiva maldecía.

Esta fué la señal de la batalla,
Que debia empezar una alma pura,
Cubriendo el corazon con esa malla
Que á la virtud el triunfo le asegura.

Se dió principio á un diálogo sangriento
Entre la esposa y seductor vehemente:
Ella á negar su maldecido intento
Y él á conseguir su amor ardiente.

ELENA.

—¿Qué descais hombre sin alma
Si me habeis asesinado,
Echando al suelo la palma,
Que en el desierto me ha dado
La grata sombra de amor?

¿Quereis borrar con falcía,
El nombre que en mi memoria,
Veo brillar cada día,
Y que guardarlo es mi gloria,
En medio de mi dolor?

Habeis fraguado una trama,
Para saciar un deseo:
Si el infierno no os reclama,
Yo os divulgaré por reo
De este crimen sin perdon?

Publicaré en media plaza,
La negra accion de un malvado,
Que cuando amor lo rechaza,
El por su rango escudado
Lo asalta como un ladron.

Idos pues ántes que el cielo,
Pueda alumbrar vuestro rostro,
Que la noche os dé su velo,
Por que si descubro al monstruo,
Puede morir con baldon.

Dejadme en la hambre inventada,
Por un anhelo villano,
Señor del alma manchada,
Todo herirá vuestra mano,
Méenos mi leal corazon.

D. RAMIRO

—Basta Señora de virtud preclara:
Heroína sin par de estas praderas,
Que quereis convertirme en guarda fieras.

Vive Dios! que he escuchado con paciencia
El silbido feroz de una serpiente,
Que ha intentado morderme de repente.

Puedo pisar furioso su cabeza;
Pero un lenguaje viperino y nécio,
Sabedlo! que altamente lo desprecio.

Por conmiseracion os he traído,
Un consuelo, que habeis vilipendiado:
Ya sentireis el fuego de mi enfado.

En mi grandeza, en mi opulencia y fueros,
Me habeis herido denigrando mi alma;
Pues debemos rifar calma por calma.

No la podreis gozar tranquilamente,
Hiriendome á mansalva en el orgullo,
Que habeis pasado el tiempo del arrullo.

Se hizo el desdén para el boton deseado,
Que aun no ha soltado su fragante aroma,
Mientras ya en voz la languidez asoma.

¿Dónde está muger, á donde
La hermosura que ostentabas?...
¿Dónde estan muger, responde
Las gracias con que hechizabas
Causando grato dolor?....

Huyeron ay! seductoras,
Dejando triste memoria:
Bien haces muger si lloras,
Por que ya no es ilusoria
Tu imágen para el amor.

La hermosa y cándida frente,
Con que un tiempo enamorabas,
No tiene ya el aliciente,
Con que mil hombres postrabas
A tus orgullosos piés.

Hoy se lee tan solamente,
Cerca de tu caballera,
El anatema imprudente,
Que con su mano altanera,
Te ha trazado la vejéz.

Angel de mil sueños fuiste,
Cuando en primavera estabas:

Un mundo ante ti rendiste;
Y cuando engreída te hallabas,
Brindaste solo desdén.

Mas hoy con el seco estío,
Tu rostro se ha marchitado;
Y al rigor del cierzo impío,
Perdiste el color rosado,
Y el amor con él también.

Ay que pena! ya tu aliento,
No despide aquel aroma,
Que arrobaba el pensamiento,
Cuando cual blanca paloma,
Volabas sobre el placer.

Ya no mas amor inspiras
Con tu rostro macilento,
Y solo al son de otras lirás,
Puedes cantar el contento,
Que disfrutastes ayer. . . .

ELENA.

Encarnizaos leopardo,
May digno sucesor de aquella fiera,
Que en esta patria tanta muerte hiciera.

Deborando insaciable,
El corazon cuyas plegadas alas,
No se alzarán con el furor que exhalas.

Doblado está mi tallo,
Por que un gusano vil lo ha carcomido;
Pero la flor que anhela no ha caído.

Me insultas inhumano,
Pretendiendo apurar mi sufrimiento,
Con las angustias de un veneno lento;

Mas tu feroz sarcasmo,
Enaltece mi frente adolorida,
Que á un fiel amor sacrificó la vida.

Que pase la hermosura,
Como se aleja el sol de un meridiano,
Dejando solo un resplandor lejano:

Que pase la belleza,
Como se apaga del placer la llama,
Que el puro amor solo lealtad reclama.

Si mientras el rocío,
Permanece en las flores rozagantes,
Consintieran amarse los amantes;

Adios! flores hermosas,
Que mas que olor otras virtudes llevan,
Si solo en el placer su frente elevan.

Tiene una flor el alma,
Que la virtud cultiva con su aliento;
Y que vive cual vive el pensamiento.

Jamas habeis tocado
Los pétalos sagrados de estas flores,
Que á vuestra vista mudan de colores.

Que el aliento cargado
De miasmas corruptoras las marchita,
Pues la flor que toqueis será maldita.

Si creis haberme herido,
Al trazar inmolada mi hermosura,
Me haceis gozar en la emocion mas pura.

Me habeis pintado el tiempo,
Que rara vez el corazon alcanza:
Amar hasta que mere la esperanza.

Me haceis cantar en la pira,
Como esos benditos seres,
Que aterraron la mentira
De los paganos Alferes,
Y entonaron contra su ira
Las alabanzas de Dios.

Asi seguiré cantando,
Contra la infamia y la intriga,
Cuando sigais insultando,
La imágen que mi alma abriga,
Mientras esteis delirando
Con una pasion feróz.

Habeis soltado imprudente
Vuestra tupida careta,
Teniendo escrita en la frente,
Esa pasion indiscreta
Que no podeis ocultar.

Me habeis robado el abrigo,
Para alcanzar vuestros fines,
Y sois el nécio enemigo,
Que ladra cual los mastines
Lo que nunca han de alcanzar.

Doblasteis vuestra rodilla,
Para encontrar en el suelo,
La frente que no se humilla;
Y al verla fija en el cielo,
Quereis insultar su honor.

Quien dirige á las estrellas,
Su saliba venenosa,
Se le convierte en centellas,
Que en toda frente orgullosa,
Forman estragos, Señor.

Dejad quieta esa laguna
En donde el dolor espera
Que el viento de la fortuna,
Traiga con la primavera
La nave del corazón.

Tornad el rumbo á otros mares,
Para encontrar maravillas,
Que por vuestros alamares,
Y doradas campanillas,
Cedan á vuestra pasión.

Lo que es esta alma que exhala,
Tal vez el último aliento,
A vuestra grandeza iguala
El heroico sufrimiento,
Que llevará hasta morir.

En mi hogar habeis tendido
Un manto de eterno luto:
Perdió la esposa el marido,
La hija al padre en un minuto:
¿Mas quereis hacer sufrir?....

En altas horas de esa noche horrenda,
Un lejano gemido se escuchaba,
Y haciendo jiros por estraña senda,
Un rodaje siniestro se alejaba.

La jóven Beatriz que estaba orando,
Viendo tal vez la imágen de su amante,
No pudo darse cuenta cómo y cuando,
Aquel rumor pasára por delante.

Y sintiendo el latido que previene
Cualquier desgracia al corazon sensible,
En su oído el gemido se detiene
Haciéndole pensar un lance horrible.

Salta del lecho y se encamina luego
Al aposento de la triste Elena,
Que elevaba tal vez su último ruego,
Bañada en sangre y con la faz serena.

Hija mia!... prorrumpe adolorida:
Encárgate de mi alma en este instante:
Consagra á Dios las flores de tu vida:
Muero por madre y por esposa amante.

Elena!.. Elena!.. idolatrada madre,
Quién es aquel infame que te ha herido:
—“No lo preguntes, no! si aun tienes padre,
Díle pues que por él he sucumbido.

Y haciendo esfuerzos para abrir los ojos,
Y para balbucir algunas frases;
Después de hacer su exclamación de hinojos,
Abandonó sus miembros ya incapaces.

Aquí el dolor de la hija infortunada,
La hizo caer sobre su cuerpo inerte;
Y con la misma sangre fué bañada,
Anhelando sufrir la misma muerte.

La daga cruel se hallaba á poco trecho,
Y hubiérala tomado si sus fuerzas,
Con el ríco latido de su pecho,
No hubieran sido á su intención adversas.

Y solo entónces reparó en la herida,
Que pudo restañar con su pañuelo,
Dándole así un momento de mas vida,
Dándole así un instante de consuelo.

Cuando tiene una víctima cumplida,
Esa misión que el mundo se la encarga,
En la misma ara queda consumida;
Pero si no es así, su vida alarga.

Ya para atestiguar la frente infame,
Que ha encargado su crimen á la muerte;
O ya cuando el verdugo la reclame,
Para hacerla sufrir la misma suerte.

La insufrible soberbia y ciego anhelo,
Que harto en el pecho del Oidor hervia,
Cual se remonta el águila en su vuelo,
En brazos del placer se suspendia.

Y contemplando su region tan alta
Se preguntó insolente una mañana:
Tu eres rico Ramiro ¿qué te falta
Para arrancar aquella flor liviana?

Basta pues de invernáculos y rejas:
Si has podido alejar al hortelano,
¿Cómo es que ahora deshojarse dejas
La flor que tienes cerca de tu mano?

Tuyo es el triunfo, sí, todo te sobra,
Desde el dinero hasta tu altiva fama:
Si esto no basta á concluir tu obra,
Cejando tu valor vence la dama.

Y sin mas divagar en argumentos,
Juró vencer la recatada esposa,
Poseído de negros pensamientos
Si su empresa no le era venturosa.

Asi es que habido el diálogo terrible,
Que le fué tan contrario á su bandera;
Mirando que su amor era imposible,
Recurrió á la venganza de una fiera.

Presumiendo la vida de Quintana,
Y tal vez su presencia vengadora,
Desprendió con furor la daga insana,
Para hundirla en el seno que enamora.

Y huyendo espavorido no repara
Que el acero que deja en ese pecho,
Por el nombre que en su hoja se grabara
Puede muy pronto divulgar el hecho.



.

MOTIVO DE UNA COPLA.

En fúnebre episodio acontecía,
Quizá contemporáneo de esta historia,
En el mayor santuario que existía,
Del mismo que hoy pretendo hacer memoria.

Triste, muy triste era el aspecto entónces,
Que todas las iglesias demostraban,
Por que siempre al sonido de sus bronces
Los ecos de la muerte se hermanaban.

Los átrios se miraban descubiertos,
Sin una cerca que impidiera al ménos,
Contemplar la morada de los muertos,
Y pisar con descaro esos terrenos.

Aun no habia el lujo introducido
Los ostentosos nichos de esta era,
Y el hombre al parecer era inmiscuido
Con ese polvo de que Dios lo hiciera,

Solamente la cruz se contemplaba
En esa tierra abierta para el hombre,
Y aquel que entre su seno descansaba,
No tenia inscripcion, cifra ni nombre.

No habian mausoleos ni florones,
Ni crecian arbustos ni euramadas,
Y los huesos se hallaban en montones,
Y por doquier las cujas colocadas.

Sin embargo, el orgullo se atrevía,
A colocar sus restos en lugares,
Donde con simulada idolatría
Venian á enterrarse en los altares.

Y era mas grande y noble quien moraba
De una iglesia quizás junto del ara,
Pues habia cadáver que ostentaba
Como de un santo su inscripcion preclara.

Aquellos cuerpos á la iglesia entraban,
Llenando la ciudad de mil clamores,
Y aquel que muchas teas lo alumbraban
Gozó de la fortuna los favores.

Que á todo pone término la muerte,
Ménos á la arrogancia del dinero,
Que aquel acto sublime lo convierte
En el festin mas nécio y vocinglero.

Cada noble difunto promovía
Una ostentosa procesion de duelo,
Y las sumas que el lujo consumía,
Eran del deudo un celestial consuelo.

Sencilla humanidad que no alcanzaba
A comprender el plan preconcebido,
De un círculo que todo lo heredaba,
Tan solo á cambio de un clamor fingido.

Sin comprender que el templo es la morada,
Donde el alma sin pompa escandalosa,
Se hace sensible á la oracion sagrada,
Y sube á Dios humilde y silenciosa.

Oh que tiempos de cándida inocencia,
Que el placer del dolor no distingúan,
En que apenas hablaba la conciencia,
Y en que los hombres por vivir vivían.

Pero esto no impedía que se hicieran
Allí mismo las fiestas y bureos,
Y que atronantes fuegos se prendieran,
Viendo estos sitios llantos y recreos.

Era el tiempo en que el caso sucedía,
De aquellos matutinos festivos,
Donde el pueblo de Lima concurría
Al romperse del alba los cristales.

Fiesta inocente de candor y vida,
Que nos legara el Hijo de Maria,
Con celestial sonrisa embellecida
Entre cantos de amor y de alegría.

Un circunspecto clérigo ordenaba
En la iglesia este culto tan sencillo,
Y en medio de sus pláticas mostraba
De la limosna el colosal platillo.

La desnudez del niño censuraba:
De los pastores el total olvido;
Y amargamente siempre deploraba
El ingrato Belen que habia escogido.

Y llegó su fervor á tal altura,
Que en la nave del templo se instalára,
Mostrando á la Divina Criatura
Por quien pedia con piedad muy rara.

Aunque sea una flor, les repetia,
Una obejilla, un dije el mas pequeño,
Formará de este niño la alegría,
Y sin llorar conciliará su sueño.

Este lenguaje tierno y cariñoso,
Tal efecto produjo entre los fieles,
Que todo el vecindario presuroso
Se agolpó de la iglesia á los dinteles.

Y resultó una ofrenda extraordinaria,
Por que tomó la vanidad su empeño;
Pues con lo que produjo esta plegaria
Pudo formarse un porvenir risueño.

Las tiernas niñas de dorada cuna,
Varias ficticias flores presentaban,
Cuyas hojas llevaban de una en una
Monedas de oro que al sonar brillaban.

Y con esas palabras que enamoran,
Cuando las vierte humilde la inocencia,
Las tiernas gracias de Jesus imploran
Las ofrendas poniendo á su presencia.

La hija de aquel noble propietario,
Un becerrillo de oro deposita:
Esta una joya, aquella un relicario,
Ya con su cifra ó relacion escrita.

Y las ofrendas tal sobrepujaron
La humilde invitacion de aquella fiesta,
Que tanto sus valores calcularon
Que se llegó á formar gloza funesta.

Como se iba notando cada dia,
Que del niño el ajuar no se mudaba,
Sin embargo que el padre retenia
Lo que todo el concurso contemplaba;

Las fingidas pastoras reunidas,
Al piadoso presbítero le hablaron
Haciendole entender que eran crecidas
Esas ofrendas que en Belen dejaron.

Mas él, poniendo en juego su talento,
Y el entremes siguiendo con destreza,
Desarrolló un gracioso pensamiento,
Que en el acto inventára su cabeza

Hijas mias, les dijo, habeis traído
A la sacra familia tal ofrenda,
Que entre tanta obejilla y su balido,
Os lo juro, no se como me entienda.

En el pasto tan solo ya he gastado,
Las hojas de esas flores esmaltadas,
Y en saumazos al niño y su lavado,
Algunas cantidades llevo empleadas.

Y en medio de la risa y la algazara,
Pudo pasar el lance con maestria;
Y de aquella oblacion que se tragára,
No se habló una palabra al otro dia.

Pero si en este exordio terminára,
La escena que al principio he prometido,
Nada de lastimero se encontrára,
En lo poco que llevo referido.

El presbítero aquel desempeñaba
En esa Catedral la Sacristia,
Y por todos los medios procuraba
Aumentar su clientela cada dia.

Entre tanta humildad que demostraba,
Con el sexo sensible especialmente,
De vez en cuando tanto lo miraba,
Que era su vista eléctrica corriente.

Con tal sagacidad acariciaba,
A varias feligreses en la entrada,
Que horas enteras de algo conversaba,
Con una cierta plática inspirada.

Unos decian es su confesada:
Otros decian que era una devota;
Y finalmente no decian nada,
Pues nadie seca el mar gota por gota.

No obstante aquella gente circumspecta,
Decia, esta conducta censurando,
Que el sacerdocio es cosa muy perfecta,
Para oirle sandeces conversando.

Que despues de las fraces consabidas,
Que deben escuchar los penitentes;
Las demas son palabras corrompidas,
Que á el alma llevan aires pestilentes.

Que siendo el sacerdote la figura,
De un vaso de cristal muy trasparente,
El aliento vulgar es la tintura,
Que lo viene á opacar visiblemente.

Y que siendo una flor harto sensible,
De la mujer el corazon violento,
Que se llegue á incendiar es muy creíble
De una palabra al mas lijero viento.

Que la franqueza y el consejo llano,
Solo debe de usarse entre familia;
Y en el confesonario es muy profano
Quien con tales confianzas reconcilia.

Lo que es para nosotros comprendemos,
Que hay en las vinajeras vino tinto,
Y en todo ramo sirve, segun vemos.
La mulcta feliz de Sexto Quinto.

Que si tenemos hijas, las veremos
Acercarse al lugar de penitencia;
Y hasta á la comunión asistirémos,
Para ir resguardando su inocencia.

Que si es preciso el alimento al alma,
No debe estarse en un banquete diario,
Y todos pueden conseguir su palma
Cumpliendo bien el religioso anuario.

Que en todas sus parábolas la Iglesia,
Pide las buenas obras con anhelo;
Y se debe tener por Virgen nécia,
La que tan solo vé del suelo al cielo.

Para expresarlo todo en pocas frases:
Tenemos la conciencia tan movida,
Que en seguir el Caton somos tenaces:
Basta con observar Pascua Florida.

Y en fin, decian tanto que mi pluma,
Si á llevar la palabra se ofreciera;
Se perderia entre la densa bruma
De esa gente de lengua tan ligera.

En una noche pues en que radiaba,
La luna en la extension del campo santo,
Dentro su celosía se encontraba
Nuestro buen sacristan lleno de espanto.

Siendo la hora de nona percibía,
Que una sombra en la senda se ocultaba,
Y sin embargo con su sangre fria,
Paso por paso al sitio se acercaba.

Un llanto llegó á su oído,
Llanto de intenso dolor,
Que hácia una tumba se ha ido,
Llanto es sin duda afligido,
De una mujer que ha perdido
Algun objeto de amor.

¡Será acaso el alarido
De una esposa sin fortuna,
Que su dolor la ha traído,
Al sitio en que su marido,
Yace en la tumba dormido,
Sin esperanza ninguna?

¡O una jóven sin sentido,
Delirando con su amante,
Acaso hasta allí se ha ido,
Creyendo que su querido,
Aun en polvo convertido,
Pueda escucharla un instante?

Pero nó! ¿se habrá atrevido,
Quizás una amante tierna,
Por su amado? ¿habrá podido!
Quién sabe! . . no se ha sufrido,
Y con paso distraído,
Viene á cebar su linterna.

Mas el llanto que ha sentido,
No es de una mujer no mas:
Tres sollozos ha advertido,
Que en verdad le han sumergido,
Y por grados ha sentido,
Huir de su alma la paz.

Tres almas allí han gemido:
Tres gemidos ah! son ciertos:
Tres llantos ha percibido:
Si de amor se encuentra herido,
Dile pues lo que han querido,
Angel guardian de los muertos.

Al sitio se han dirigido:
Colvulso llega al paraje,
Donde vió oh qué latido!
Un ángel entristecido,
Con el semblante abatido,
Dentro su negro ropaje.

Viendo un ángel compungido,
Quiere arrojarse á sus piés:
No sé que le ha detenido,
Y al hablar, mas afligido,
Otro se le ha aparecido,
Quizá con mas linda tez.

Antes su semblante erguido,
Llevar no pudo esta vez;
Y casi ya enmudecido,
Murmuró: piedad os pido,
Que el alma me habeis herido, ...
Y se aparecieron tres.

Que de una madre lloraban,
Tres vírgenes sin fortuna,
El amor que ántes gozaban;
Y ante el cielo se quejaban
De su suerte una por una.

Que eran tres pobres doncellas,
Sin abrigo maternal:
Puras como las estrellas,
Que elevaban sus querellas,
Al divino Tribunal.

El cibarita que mira,
La realidad por completo,
A su albergue se retira,
Con el corazon inquieto
Y en silencio asi delira.

Estas flores tan hermosas,
Lanzadas al huracan,
Se acercan aquí piadosas,
Y á estas horas espantosas
Sabe Dios adonde irán.

Transitando abandonadas,
Por esas sendas del mundo,
Pronto serán deshojadas,
Y esas hojas perfumadas
Marchitas en un segundo.

Y con estas reflexiones,
Segunda vez concurrió,
Y en esos mismos zanjones,
Resando sus oraciones,
A la primera encontró.

Niña, le dijo asombrado
¿ En estas horas de horror,
Sin haber premeditado,
Venis á un sitio rodeado
De tristeza y de pavor?

Señor, respondió llorosa,
Por la madre que he perdido,
Me enterraria en la fosa
Que cubre su faz hermosa,
Antes que echarla en olvido.

Con su muerte hemos quedado
Sin tener un pan seguro;
Y hasta el sitio que ha dejado,
Con crueldad nos ha usurpado
Un albacea perjuro.

No lloreis, que yo mañana,
Un aposento os daré;
Pues la caridad cristiana,
Todos los dolores sana
Si no se pierde la fé.

Como á su cargo tenía
El presbítero un solar,
Que era de esa sacristía
Anexa capellanía,
Bien lo pudo ejecutar.

Y al otro día se hallaba
En su vivienda instalada,
Una infeliz que rogaba
Por el ser que se apiadaba,
De una jóven desgraciada.

Del mismo modo aparece
La otra hermana á ese lugar;
Y otra vivienda le ofrece,
Antes que su salmo rese
Llegándola á consolar.

Como la última faltaba,
En el sitio se quedó;
Y del mismo modo hablaba
A la que también brindaba,
La vivienda que aceptó.

Nada de pecaminosa
Esta donación tendrá
Si en esta acción tan piadosa
No se trasluce otra cosa
Que mas tarde se verá.

Y en efecto, el muy cuitado
Puso en práctica su plan
Habiendo luego empezado
Por la primera que ha hablado
Con su satánico afán.

Como los fondos se hallaban
En muy opuestas distancias
Las tres niñas ignoraban,
Donde las otras estaban
Sintiendo mortales ansias.

Y el amaestrado jesuita,
Jugaba tan bien el lance,
Que á las tres las solicita,
Sin dejar por do transita,
Señales para su alcance.

Si su objeto al fin lograra,
Decirlo nadie lo intenta;
Por que la trama es muy rara,
Aunque yo bien le apuntara
Tres pecados á su cuenta.

¡Qué cierto es que en este mundo,
Todo se llega á saber;
Y el secreto mas profundo,
Vive oculto hasta el segundo
Que el velo empieza á correr.

Un ciego siempre instalado
En la puerta principal,
Mientras se hallaba encorbado,
Con su muleta al costado
Al recibir medio real;

Todo en redor escuchaba
Haciendo inmenso caudal;
Pues mientras todo pasaba,
Muchas veces se ocupaba
En formar un Madrigal.

Era un agudo poeta,
Satírico sin rival;
Y aunque su faz era prieta,
Heria con su zaeta
Mucha gente principal.

Tal su ingenio improvisaba,
Que lo solian rodear,
Personas que retrataba,
En el verso que inventaba
Sin un punto discrepar.

Se hallaba un dia sentado,
De San Pedro en el umbral,
Cuando lo habian rodeado
Varios, y el Padre citado
Que oían su Madrigal.

Los concurrentes le exigen
Alguna improvisacion;
Mas viendo él que no se elijen
Los temas que al fin dirijen
A una tal composicion,

Se dá por nulo aquel ciego,
Pues no sabe adivinar,
Aunque su frente de fuego,
Siempre forjaba muy luego
Lo que quiso improvisar.

Entónces el cibarita,
Que divertirse intentó,
Un pensamiento le cita
Cuya idea estaba escrita
Sobre el contiguo reló.

Quince minutos faltaban,
Cuando el esquilon sonó;
Y al ciego todos miraban,
Pues los versos aguardaban
Que el muy luego principió.

Y encontrándose presente
Un presbítero y no mas,
El gran ciego inteligente,
Le trazó muy frente á frente
Esta quintilla á compaz.

"Tres cuartos para las tres,
"Ha dado el reló vecino;
"Y lo que me admira es
"Que siendo reló teatino
"Dé cuartos sin interés."



LA PRIMERA CONSPIRACION.

.....
.....
ENTRE los mas notable monumentos,
Que la ciudad de la Epifania encierra,
Hay uno colosal cuyos cimientos
No ha podido destruir nunca la guerra.

Basa sus piés en piedras de granito,
Para contar su secular historia,
Que desgraciadamente no se ha escrito,
Pero puede exigirse á la memoria.

Cuando la nieve se liquida al fuego
Del sol que asienta allá en la Cordillera,
Sus duras plantas humedece luego,
Despues de estar regada la pradera.

Tiene una vista de Argos fascinante,
Cuando mira á la sierra y á los mares;
Y cuando se halla rico y abundante,
Causa temor oírle sus cantares.

Es áquel elefante corpulento,
Que sobre su ancha espalda va pasando,
La inmensa multitud que yo no cuento,
Pues tendría que estar siempre contando.

Así como las damas se hermosean,
Levantando un adorno en su cabeza;
El tiene uno en que todos se recrean,
Por su estructura y singular belleza.

Sobre aquel destacado se veía,
Aquella estatua ecuestre de un monarca,
Cosas de Dios! que al suelo se caía,
Cuando á ese rey le acometió la Parca.

Felipe quinto de feliz memoria,
Que cabalgado en su corcel miraba,
Para honra de su clero y de su gloria,
La multitud que allí se ajusticiaba.

Raros adornos contenía el muro,
De aquel arco volteado con maestría,
En ese tiempo por demas oscuro,
Que á todo el fanatismo acometía.

Ya se habia diezmado la existencia,
Lo bastante por actos religiosos;
Y empezando á alumbrarse la conciencia,
Se oían sus ruidos tumultuosos.

Y de aquellos que habian sucumbido,
Bajo el cordel teníanse colgados,
Varios trozos del hombre envilecido,
Con el negro baldon de ajusticiados.

Bajo de este arco nadie se figura,
Que exista un subterráneo abovedado,
Cual si fuera una inmensa sepultura
Donde tanto se hubiera ejecutado.

Se ven aun las piedras cinceladas,
Que sobraron tal vez de aquella obra,
Que servian de sillas bien deseadas,
Y por cierto no estaban muy de sobra.

Una especie de grieta muy fornida,
Era la única entrada que tenia,
Que cien veces á riesgo de la vida,
Con otra piedra un tanto se cubría.

Trozos de encima ardian débilmente,
Que daban una luz tan vacilante,
Que á momentos quedaba de repente,
El concurso sin verse ni el semblante.

Reuníanse allí cuando en el sueño,
Reposaba la ninfa de esc río;
Y sus nayades en letal beleño
Iban gozando en su letargo impío,

Una centena de hombres resentidos,
Con tanta ejecucion de mil amigos,
Que habian escuchado sus gemidos,
Y del suplicio fueron los testigos,

No se secó esa lágrima furtiva,
Sin haber abrasado muchas frentes;
Pues fué vertida en una llaga viva,
Que harto sufrian esas pobres gentes.

Todos adivinaron el sentido,
De haber llorado al arrojar su manto:
Que era un baldon mirar nn rey fingido,
Que solo gobernaba con el llanto.

Para la multitud este incidente,
Fué desapercibido en ese instante;
Mas no del personal inteligente,
De aquel hijo del sol tan arrogante.

Pues en medio del grupo se citaron,
Para tratar del caso en los lugares,
Donde los mas intrépidos hablaron,
Sin que hubiesen testigos oculares.

Recien habian dos ejecutado,
Por que en la confesion un penitente,
Siniestramente habia confesado,
Lo que el mal confesor dijo imprudente.

Que al tratar de colonos, el secreto,
No se guardaba al indio entorpecido,
Por que el conquistador disfruta el veto,
Contra la ley del pueblo que ha adquirido.

Horrendo fué el suplicio' de estos párias,
Que despues de sufrir la última pena,
Siguieron las afrentas temerarias,
Que nadie mirará con faz serena.

Pues se mandó pasar á las esposas,
Conduciendo á sus hijos de la mano,
Debajo de esas cuerdas afrentosas,
Ultimo exceso del furor tirano.

El sitio concertado era la hueza
Que en un lejano templo se encontraba,
Entre cuyos escombros y maleza,
Tristemente esta gente se enterraba.

Pero á pesar de tanto desamparo,
En que eran sepultados estos reos,
Crecía allí un ciprés de astil tan raro,
Que le formaba á todos mausoleos.

Bajo este emblema del dolor profundo,
Los indios de la danza se juntaron,
Y ante los cráneos y á la faz del mundo,
Salir de esclavos con fervor juraron.

En torno del arbusto levantaban,
Con ese canto triste del peruano,
Que yarabí de guerra apellidaban,
De libertad tal vez grito lejano.

Y luego aquel que hacia de caudillo,
Cuando hubo ya sus planes delineado,
Dijo furioso: "que se apague el brillo
"Del sol que nuestra estirpe ha venerado,

"Si el hijo de esta tierra no se lanza
"A recobrar la herencia de sus padres,
"Poniendo tregua á la feroz matanza,
"Que ha llegado á afrentar á nuestras madres."

Y despues acercándose al ramaje
Del árbol que escuchára el juramento,
Una hoja arrancando en su coraje,
Les hizo comprender su pensamiento.

A corto instante todos ocultaban
Dentro del pecho de ciprés su rama,
Y cada uno mirándola juraban
Buscar la libertad que tanto se ama.

Ahora que el lector sabe el intento
De aquella subterranea concurrencia,
Lo voy á conducir á aquel cimiento
De que ya tiene alguna inteligencia.

Dadas las doce en la Matriz dos hombres,
Perteneientes á la parte indiana,
Despues de haber cambiado ambos sus nombres,
Y de haber hecho una pezquiza vana.

Bajaron una ranfla que caia
A una especie de peine de dos lozas,
Que cuando la sesion se concluia,
Y siempre con miradas misteriosas,

Volvian á ocultar de tal manera,
Que aun cuando algun transeunte se fijára
En aquella ensenada, no pudiera
Imaginarse aquella puerta rara.

Cuando el peñasco estaba separado,
Con el auxilio de otros camarados,
Ya el concurso se habia presentado
Con las señales antes conuinadas.

Pues para entrar mostraban un momento
La rama de ciprés al centinela,
Que minucioso hacia su recuento /
Con una rara y singular cautela.

Por que sabiendo el número preciso
Que formaban aquellos conjurados,
Se dispersaban todos de improviso
Si en completo no estaban congregados.

Y siendo esta consigna muy severa,
La voz del centinela se esperaba,
Antes de darse la señal primera
Con que aquella sesion se principiaba.

En esta vez el número fué exacto,
Y estando los achones encendidos,
Se arrodillaron todos en el acto,
Quedándose un instante sumerjidos,

En esa adoracion que de sus padres
Todos ellos habian heredado,
Y que desde el regazo de las madres
El corazon habia conservado.

Que los conversos por la sangre y fuego
Mentidamente asisten al santuario,
Donde tal vez dirijirán su ruego
A otro ser de esplendor extraordinario.

Que no tan fácil puede desbastarse
Del corazon el árbol primitivo,
Ni pueden las creencias abrazarse
Dejando al ser en clase de cautivo!

Si este en la nueva religion no mira,
De la igualdad las pruebas abundantes,
El convensor inútilmente inspira
Actos de fé entre esos circunstantes.

La condicion humana está labrada
Con la balanza fiel de la justicia;
Y en asuntos de creer no admite nada
Que al egoismo rinda la primicia.

Asi es que miéntras mas cubre á los hombres
Con su equidad la religion mas pura,
En su libro suscríbense los nombres
De otras naciones do su luz fulgura.

Y cuando se haga universal su amparo,
Abriendo el cielo á todos los vivientes;
Será del mundo el mas hermoso faro,
Y se harán todos de la Cruz creyentes.

Volviendo á mi relato: Comenzaron
En aquel subterráneo las sesiones,
De las cuales mas tarde resultaron
De la emancipacion las opiniones.

Habia un jefe de marcial semblante,
Que tenia al costado sus tenientes,
Bien comprobados en valor constante
Que servian de intrépidos agentes.

Preciso es recordar que en la sentencia,
Que precedió á la ejecucion pasada,
Para impedir la idea de inocencia,
Se encontraba una cláusula aumentada.

Versaba aquesta en medio del proceso,
Sobre que los convictos persistian,
En adorar al sol de cuyo exceso,
Varios testigos luego suscribian.

Y no era un falso testimonio al menos,
Puesto que no se hallaban convertidos,
Los que vieron talados su terrenos,
Mientras ellos quedaban oprimidos.

Pues es verdad que en las nocturnas juntas,
Con religiosos actos principiaban,
Y despues de unas táticas preguntas,
Su anterior juramento renovaban.

Sentado estaba el jefe en una piedra,
Teniendo por delante otra cuadrada,
En donde estaba cual sagrada hiedra
La rama de ciprés recién cortada.

Dos pedazos de encina relucian,
Al costado del símbolo sagrado;
Y todos se acercaban y ponian
De ciprés su fragmento conservado.

Y cuando el jefe estaba convencido,
De la lealtad de todos los presentes,
Haciendo el movimiento convenido,
Daba cuenta de asuntos muy urgentes.

Apu-Inca llamábase el caudillo,
Del Cuzco oriundo, de valor probado,
El mismo que lloró en aquel corrillo
De la danza que ya hemos relatado.

Muchos nobles Caciques se encontraban
Entre aquellos cien hombres decididos,
Que en comarcas lejanas habitaban
Y se hallaban tambien comprometidos.

A difundir la idea entre sus deudos,
De romper la coyunda ensangrentada,
Que para cimentar sus grandes feudos
La conquista tenia remachada.

Un hombre muy notable se veía,
Junto á la base del maciso muro,
Que la oxilante luz repercutía
La tez sedosa de su rostro oscuro.

Era un hijo del Africa valiente,
Que la igualdad de circunstancia hacía,
Decidido y probado combatiente
En esa santa causa que emprendía.

Gática se llamaba y tan astuto,
Que pudo descubrir muchos secretos,
Que dieron á esta empresa grande fruto,
Siendo lego de padres recoletos.

Por largo tiempo comprendió las miras,
De una órden inmensa que existía,
Que con doblez y sórdidas mentiras
La riqueza del pueblo se absorvía.

El comercio se hacía con descaro,
Con los frutos del suelo y la conciencia,
Por aquellos Mercurios de arte raro,
Universales dueños de esta herencia.

Y tal llegó á crecer este cinismo,
Que á resentirse la moral llegára,
Pues con la cifra que usa el cristianismo,
Un licor muy nocivo se marcára.

Y en la playa mirábase apilada
La vacija del líquido mordiente,
Cual si fuera la pila consagrada
Que el pecado venial lava indulgente.

Tornando la mirada al lado opuesto,
De aquella sala triste y cavernosa,
Podia traducirse por funesto
El verse allí una raza sospechosa.

Pues un anciano de semblante sério,
De la estirpe europea se encontraba,
Simbolizando un singular misterio,
Donde el color del Set solo se hallaba.

Pero ese anciano que doquier seguía,
La inspiracion de emancipar al hombre,
De aquella grey los planes instruí,
Aunque hasta entónces se ocultaba el nombre.

El habia lanzado sus miradas,
En la hora que el Inca sollozaba,
Y de esa triste escena sus pisadas,
Los condujo á la iglesia ya citada.

En cualquier grupo en que penetra el sabio.
La expansion de los hombres adivina,
Cuando demuestran sin abrir el lábio
La intencion que sus rostros ilumina.

Cuan provechosa era esa mania,
De los antiguos reyes que escuchaban
Lo que tal vez su orgullo no queria,
Y con ello sus yerros enmendaban.

Que el núcleo del poder no está en las armas,
Está en domar la voluntad aviesa,
Que para gobernar cuerpos sin almas,
Sirve tan solo la feroz destreza.

Por otra parte, el sabio que describo,
Filósofo profundo en sus tendencias,
Sabia bien que un dogma primitivo,
Era un muro de inmensas resistencias.

Y tomando por base este cimiento,
Para abatir el duro despotismo,
Su saber se esmeraba en dar aliento,
A las formas de antiguo sabeismo.

Y sobre la creencia de los astros,
Que los Incas habian venerado,
A la moral siguiendole sus rastròs
Un plan de ilustracion habia formado.

La luz del Sol, sus bienes en la tierra,
Como generador de la materia:
Su eléctrico poder que todo encierra,
Era para él contemplacion muy séria.

Y á mas de aquella accion de arrodillarse,
Al ver que se levanta en la pradera,
Les dijo que debia de estudiarse
La duracion triunfal de su carrera.

Les dijo que al salir era la vida:
Que en el zenit mostraba su grandeza:
Que imágen del pesar es su caída,
Y del morir, hundirse su cabeza.

Que así nace la luz de la esperanza,
Que el porvenir á proclamar empieza:
Que el hombre abyecto es la semejanza,
De la noche que cubre á la bajeza.

Que cuando el sol salía mas radiante,
Era para alumbrar á los virtuosos;
O para devorar al intrigante,
En sus intentos negros y alevosos.

Y mas tal vez les dijo, que escucharon.
Con la veneracion que inspira el genio;
Y todos por su Mentor lo tomaron,
Que era darle por cierto el mayor premio.

Allí tambien se hallaba en un asiento,
El indio sacristan de esa aventura,
Que en un sitio contiguo á ese aposento
Causó á D. Cárlos ratos de amargura.

Tambien entró á servir con dobles miras
De ese templo al jesuita fementido,
Que del cielo jamás temió las iras
Echando tanto crimen al olvido.

Y probó la constancia de su empeño,
Descubriendo el lugar que está descrito
Presentándole á todos el diseño,
Que volver á trazar no necesito.

Volviendo pues á la sesion nocturna :
Los diversos caciques dieron cuenta,
Y en una manta que servia de urna,
Se hizo una eleccion tal vez sangrienta.

Tratóse de vengar la afrenta infame
Que á dos esposas é hijos se infiriera,
Y dijeron: la sangre se derrame
Del delator en la ocasion primera.

Por que de esta ciudad á pocas leguas,
De patria el primer grito levantando,
A un cruel gobernador sin darle treguas
Se alzó la rebelion asesinando.

Y un vil esbirro pudo delatarlos,
Cuando en tranquilo sueño reposaban,
Que dió por resultado el inmolarlos,
Del cual la pronta muerte decretaron.

El nombre que salió del escrutinio,
Desempeñó sin duda el cometido ;
Por que siendo un patriótico designio
Era un timbre entre todos adquirido.

Para hacer comprender la llama intensa,
Que seguia invadiendo los hogares,
Referiré la femenil defensa
Que no ha tenido muchos ejemplares.

Micaela la esposa de un patricio,
Que por su santa causa ajusticiaron,
Pasó tambien debajo del suplicio
Con cuya accion su vida le afrentaron.

Ella era hermosa y su rival tenia,
Que buscando el momento de venganza,
Se presentó insolente en ese dia,
Y la insultó con altivez y holganza.

Pues aguzando de la lengua el filo,
Y sin mirar su pálido semblante,
Viendo á aquella infeliz sin un asilo
No dejó de afligirla ni un instante.

El mas negro baldon que le imputaba,
Era la idolatría de su esposo,
Y con esta crueldad regocijaba
Su corazon en tan sangriento gozo.

La infeliz Micaela sin embargo,
En una débil frase que expresára,
Olvidando un instante tan amargo,
Le dijo en un momento cara á cara :

Si tienes corazon tan insolente,
Y pretendes vengarte, miserable,
En el cerro que miras á tu frente,
Te aguarda Micaela imperturbable.

Acepto el desafio, dijo luego,
La soberbia mestiza Margarita,
Que era sirvienta de un feroz manchego,
Que del otro manchego algo le imita.

Sin embargo que el tiempo era de hogueras,
Y mucho al Santo Oficio le temian,
De la esposa las formas hechiceras,
A un tiempo afecto y compasion movian,

Y hubo mujer que se atrevió á prestarse,
De testigo ocular de esa reycrta,
Y algunas mas llegaron á enfadarse
Estando de la cárcel en la puerta.

El reto fué adquiriendo proporciones,
Tomando el populacho á su cuidado,
El desafio y firmes expresiones
Que en el suplicio habian escuchado.

No faltó otra mujer que se ofreciera,
Para hacer alistar bando contrario:
Que era ya el fanatismo aquella fiera
Que echó despues un cuerpo extraordinario.

De donde resultó que en toda forma,
Un torneo se habia improvisado,
Tomando de los hombres esa norma,
Que en el ánimo tanto se ha arraigado.

Reñido fué el combate allá en la falda
Del cerro que impasible presenciara,
Aquella accion donde volvió la espalda,
La peruana legion que allí peleára.

Tan señalado triunfo era preciso,
Recordar con un templo en aquel cerro,
Que á todos diera el religioso aviso,
De haber vencido de la España el hierro.

Y aludiendo á las fuerzas colosales,
Del que llevó á Jesus sobre sus hombros,
Despues de celebrar fiestas triunfales,
Se colocó una cruz en sus escombros.

El día que siguiera al de la afrenta
El pueblo circundaba esa montaña,
Do estaban todos con la vista hambrienta
Por contemplar de una mujer la zaña.

Era de ver la rabia desplegada,
Por estas dos mujeres furibundas,
Que sin blandir la adarga ni la espada,
Peleaban como fieras iracundas.

Margarita se hallaba ensagrentada,
Apesar de su cuerpo mas esbelto;
Mas Micaela en cambio era esforzada,
Y por doquier de un ánimo resuelto.

Del combate la suerte fué notoria,
Al declararse por la infiel hermosa;
Y el vulgo vió completa su victoria,
Saliendo la otra en fuga vergonzosa.

Sirvió de gran aliento esta contienda
A la gran multitud que allí estuviera,
Que hizo á los hombres arrancar la venda,
Que el nécio fanatismo les pusiera.

Y de entónces tomaron por bandera,
La manta de esa férvida amazona,
En cuyo centro un hombre le prendiera,
De aquel ciprés una triunfal corona.

Que así es como se forman las naciones,
El estandarte que una historia encierra,
Que hace sentir tan nobles sensaciones
Y conquista la gloria entre la guerra.

Miéntras tanto seguian discutiendo
Los que pensaban sacudir el yugo,
Hasta que aquella encina pueda ardiendo
Darles la luz con su nutrido jugo.

En toda reunion de conjurados,
Un objeto tan solo prevalece,
Y los planes se encuentran combinados
Contra aquel personal que se aborrece.

Llena la historia está de estos ejemplos,
Desde Roma hasta el plan de los Almagros,
Por que ni en las baldosas de los templos,
Contra el puñal hiciéronse milagros.

Que seguirán los Césares muriendo,
En todos los palacios de la tierra,
Miéntras la aspiracion siga creciendo,
Apoyada en la suerte de la guerra.

No tuvo pues determinado intento,
Esta conjuracion primera en Lima,
Que dirigida por un gran talento,
Era su objeto de mayor estima.

Sabia bien el venerable anciano,
La abyeccion en que el pueblo se encontraba,
Y á su mejora con altiva mano
Su inteligencia audaz se encaminaba.

Esas juntas tenian doble objeto:
Escolásticos planes de enseñanza,
Y mantener el intelecto inquieto
De dulce libertad con la esperanza.

Asi es que el sabio Méntor procuraba,
Que aprendiesen las letras sus adeptos;
Y que si un dia la ocasion llegaba,
Practicasen sus planes mas perfectos.

Y no fueron tan vanos sus anhelos:
Pues peruanos de clara inteligencia,
Criados en las punas y en los hielos
Pisaron el santuario de la ciencia.

Distinguíase entre ellos un cacique,
Indio de altiva y anchurosa frente,
Que supo un dia dibujar el dique
Que pudo hacer morir la hispana gente.

Con líneas muy certeras y estudiosas,
Previniendo recursos y avenidas,
Topografia fiel tan ingeniosa,
Cual de manos juiciosas y aguerridas.

Lo que es en la palabra el gran caudillo,
Habia adelantado inmensamente,
Dando expresion á su mirar sencillo,
Con un estilo claro y afuente.

Pues en él se esmeraba á cada instante,
El anciano instructor de esta leyenda,,
Y por cierto marchaban adelante
Los hijos del Perú por esta senda.

Despues de los trabajos mas urgentes,
Se dió expansion al genio entusiasmado,
Y en discursos humildes y elocuentes,
Cada uno se expresaba por su lado.

Entónces Apu-Inca dirigiendo,
Una mirada ardiente á la Asamblea,
Desde el sitio en que estaba presidiendo,
Dijo en la voz que el corazon emplea.

¿Te atreverás laud entristecido
A levantar la voz del sentimiento?
¿O has de legar tus cantos al olvido
Cual los suspiros que arrebatara el viento? . .

¿Aquellas cuerdas de inmortal sonido,
Te fueron dadas para estar prendidas,
Sin responder al eco dolorido
Del corazon donde infeliz te anidas? . .

No te atreves laud? . . cuando en el alma
Devorador incendio me atormenta,
Viendo dormir en indolente calma
Esta porcion que el Hacedor sustenta.

Quedas sin voz, enmudecido, incierto
¿Temes acaso dilatar tus notas!
¿Preferiré morir al verte yerto!
Veré mas bien todas tus cuerdas rotas!

En otro tiempo te pedí canciones,
Gratos concientos, tiernas armonías;
Ahora te pido estruendosos sonos,
Con que cantar las esperanzas mías.

¿Ah si la mente en su ilusion te alcanza!
Ni dulces trobas, ni amoroso arrullo
Te hará verter, que el alma se abalanza
Sobre otra esfera de mas santo orgullo.

Bella es la amada que alza mi esperanza,
Grande, sublime, cual ninguna existe:
Yo no alcanzo á mirarla en lontananza
Cuando del cielo el resplandor la viste.

Que apenas llevo al encendido Oriente,
Su inspiracion que sin cesar me agita;
Siento llegar sus fuegos á mi frente,
Y aun mas allá su voz me precipita.

Aun mas allá de las barreras de oro,
Que el astro rey le forma en su carrera:
Aun mas allá la inspiracion imploro,
Para cantar mi adoracion primera.

América del Sur! . . hija del cielo:
Perla prendida en lo mejor del mundo:
Bordado de astros te cobija un velo,
Querube de la tierra sin segundo.

Yo tengo acentos para tí Señora,
Hijos del corazon, rasgos vehementes,
Siempre con ellos mi alma se atesora:
No son sublimes pero son valientes.

Tú la ilusion del que anheló tus huellas,
En sus beleños por la vez primera:
Del que buscó tu nombre en las estrellas,
Y en las hondas del mar tu cabellera.

Si tiene acaso el orbe un paräiso,
Do la esperanza y la ilusion termina,
En tí tal vez el mismo Dios lo hizo,
Y eres sin duda su obra peregrina.

Eres quizá la prometida herencia,
Para el hebreo pueblo destinada,
Donde aspira delicias la existencia,
Y se lleva la vida enamorada.

Creados para tí fueron los llanos,
Las praderias, la estendida vega:
La fortuna te puso entre las manos,
Cuanto tal vez en su locura entrega.

Sobre el cristal de la parlera fuente,
Tras la colina, en la feraz campiña,
Siempre tu imagen gira resplendente
Doquier llevando tu ilusion de niña.

Ah! si elevar pudiera yo el aliento,
En alas de mi ardiente fantasía:
¡Cuánto decir quisiera el pensamiento!....
¡Cuánto entonar la pobre lira mia!....

Con los lucientes rayos que despides,
De tu eminente, enardecido asiento,
El porvenir del Continente mides,
Y tu nombre doquier repite el viento.....

¡América del Sur! brillante estrella,
Tiempo, es hermosa en que tu luz se eleve,
Que eres extensa como rica y bella:
Tu grandeza á negar nadie se atreve.

Al levantar tu frente el Soberano,
Que las naciones por doquier dirige:
Dueño inmutable del destino humano,
Tu porvenir al bendecirte, elije.

¿Quién dió sus lauros á la antigua Roma?...
¿Quién de los pueblos la hizo soberana?...
Su audácia!... y ¿quién un dia la desploma
Viendo extenderse su grandeza insana!...

La Libertad!... la Libertad sagrada,
Que en todo tiempo levantó su esfera:
Divina luz como de Dios formada,
Que detiene al tirano en su carrera.

¿Qué se hizo Cartago tu potencia
Sobre el caudal de dilatados mares?
Tambien tú, te quedaste en la inclemencia
Por gobernar de pueblos centenares?

Y tú Venecia, envanecida un dia,
Sobre el cieno que besa tus umbrales,
¿Qué ha sido pues de tu alta bizzarria
De tu flotante lujo y tus caudales?

¿Acaso te lanzaste á ser tirana,
Viéndote erguida y dueña de las aguas,
Y en tu ambicion y tu opulencia vana
La esclavitud de otras naciones fraguas?

Y apénas mueves tu orgullosa flota
Para comprar las ondas del Oceano;
Queda en tus manos la cadena rota,
Que eslabonára tu poder tirano.

Patria del Cid y márgenes del Sena!
Detened vuestros pasos de gigante;
O del Atlántico á la mar serena,
A un mundo entero le arrojaís el guante.

Y tú también Albion que señoreas,
El peñazco que basa tu existencia:
Guarda también tu nombre de las teas,
Que consumen al fausto y la opulencia.

Que cuando de los libres la trompeta,
Lleve su voz del Este al Occidente;
Verá caer el mundo su careta,
Para servir la Libertad de Oriente.

Libertad! Liberiad! palabra eterna:
Primer grito que sale de la cuna:
Fuego inefable, llama sempiterna,
En que se inmola el génio y la fortuna.

Tú eres la luz, la misteriosa aureola,
Que haces cantar en la flamante pira,
Al mártir que perece por tí sola:
Libertad, quien te adora no delira.

Se eleva en brazos del amor mas puro,
Quien por tus lauros y tu amor suspira:
Alma del mundo, faro de ventura,
Cuanto hay viviente en tu presencia jira.

A tí tan solo la mision sagrada
De levantar mi América querida,
A tí está oh Libertad confiada:
Oh cuándo Cielos! la veré cumplida!

En su levante al sol esplendoroso,
¿Dó está el poder que detener pudiera?
No hay brazo audaz que al astro magestuoso
De Libertad sujete en su carrera.

Cunde su fuego animador la tierra:
El és la luz que todo lo ilumina:
Manda en la paz, dirige entre la guerra,
Y nunca, nunca su esplendor declina.

Para extender soberbia su mirada
De esclavitud en su luciente esfera,
Armada está hoy la Europa tan osada
Para caer mañana la primera.

.....

.....

Un aplauso se había establecido,
En esas silenciosas reuniones,
Que sin hacer el mas pequeño ruido,
Expresaba sentidas emociones.

Era la accion de levantar los brazos,
Y estrechar á un amigo tiernamente,
Repitiendo la imágen de estos lazos,
Mientras mas el afecto era creciente.

Así es que muchas manos se miraron,
Redoblando ese signo de alegría,
Cuando aquellas palabras se escucharon
Que habrían victoreado en pleno día.

No tardó en levantarse el personaje,
Cuyo semblante oscuro he diseñado,
Que era notable por el raro traje
Que tomó para estar mas disfrazado.

Sirviendo á los ceráficos hermanos,
Era de lego el traje que vestía,
Para internarse mas en los arcanos
Que oculta por doquier la hipocresía.

De modo que soltando la capucha,
Y acariciando su lustrosa frente,
Cual si estuviera en medio de la lucha,
Empezó á perorar con voz rugiente.

Mas ó ménos los términos que usára,
Voy á dejar que el mismo los refiera,
Viéndose así la situacion bien rara,
En que la raza de Africa existiera.

Oidlo pues, los que gozais ahora
De un aire que encerrado se tenia,
Cuando España era la única Señora,
Que todo el aire libre se absorbía.

Te he escuchado sediento de venganza,
Aun mirando la imágen del suplicio;
Y cada vez se apaga mi esperanza,
Viendo en tu suelo prosperar el vicio.

Tú, tal vez lograrás con tus alientos,
Para tu patria un cielo de ventura:
Para los negros son los sufrimientos,
Y una existencia llena de amargura.

Tú, tal vez esas frases levantando,
En medio del hogar de tus hermanos,
Podrás juntar un invencible bando,
Y harás morder el polvo á los tiranos.

Yo debo proseguir entre esa raza,
Que cada vez lo racional le quitan,
Los que venden su vida en media plaza;
Por que en cambio el dinero necesitan.

Para los tuyos se hacen ordenanzas,
De proteccion bastante simulada;
Para nosotros son las acechanzas,
Y doquier la picota ensangrentada.

Merced á aquel Señor de tanta ciencia,
Que el Solon del Perú siguen llamando,
Un infúco baldon es esa herencia,
Con que á los nuestros siguen afrentando.

Persiste en boga el rollo innominioso,
En donde sin pudor se nos flajela;
Y la justicia de hoy no tiene embozo
Para segñir una egoista escuela.

Pues siendo el delincuente algun hispano,
Los azotes convierten en dineros;
Y es tan soberbia la tirana mano,
Que hasta en el crimen reconoce fueros.

Para ellos en el negro no germina
Mas que la sangre propia del trabajo,
Por que mas claro ven la luz divina,
Esos del Manzanares y del Tajo.

Nos han quitado el bien de la familia,
El aire de la tierra en que nacimos;
Y cuando á todos la piedad auxilia,
En la ruindad aqui solo vivimos.

Nos vén como animales vencuosos:
Un propio hogar no quieren consentirnos;
Y á la férula de amos pretensiosos,
Debemos para siempre reducirnos.

Nos han denominado la sizaña,
Y se nos niega entrar en los hogares,
Llegando á creer que nuestra piel les daña
El lustre de sus ricos alamares.

Pero esperad señores de la tierra,
De tanta placa y tan dorado lecho,
Que es un alma tambien lo que se encierra
Del Africano en el ardiente pecho.

Esperad que la luz vaya creciendo,
Y ya vereis cual es la diferencia,
Entre la sangre que hoy estais vendiendo,
Y la vuestra que enloda la existencia.

Ya vendreis á medir con los compases
Los grados de apertura en las cabezas,
Cuando vuestras gavetas tan voraces
Dejen estas comarcas en pavezas.

Mi pobre raza sufrirá por cierto,
La lenidad del tiempo todavia;
Pero sabed que no tenemos muerto,
El cuerpo que azotais con mano impía.

Seguirémos las huellas del indiano,
Que tras su dicha está la dicha nuestra:
Yo pelearé á la izquierda del peruano,
Por que en su causa Dios tiene la diestra.

Otro aplauso arrancaron estas frases,
Dictadas por tan hondos sentimientos,
Que si de perdonar son muy capaces,
Son capaces tambien de actos sangrientos.

Mas el anciano incógnito gozaba,
En todos estos rasgos de vehemencia;
Y ese plantel de libertad regaba
Mezclando al agua de la fé la ciencia.

Y para amenizar estas lecciones,
De moral y derecho imprescriptible,
Procuraba subir á las regiones
Del mundo que voltea en lo invisible.

Vosotros que adorais al sol radiante,
Debeis saber su magnitud y fuerza,
No como un cuerpo siempre rutilante
Cuya accion ya es propicia ó es adversa.

Es tan sabia su marcha y proporciones,
Que aplicadas al curso de la vida,
Al espíritu dan grandes nociones
Para hacer la existencia mas querida.

Esta es pues la razon por que en la tierra,
Fué la primera imágen adorada,
Cuando la luz venciera en esa guerra
Que hacia el caos á su impresion sagrada.

Conforme se levanta en el Oriente,
Hace sentir la idea del progreso,
Alzándose grandioso é imponente,
Dándole aliento al corazon opreso.

En esa hora el hombre ha comprendido,
Que tiene que trazarse algun camino:
Que en la indolencia no ha de estar dormido,
Si ha vislumbrado su inmortal destino.

Piensa en mover la tierra y su intelecto,
Y aprovecha la sangre de sus venas,
En formarse un sendero mas directo
En las conquistas de sus obras buenas.

Que no de pan tan solo se alimenta
Del humano la parte pensadora,
Si en el alma del hombre se aposenta
La idea de su ser, dueña ó señora.

Dios! que conmueve la primer sonrisa:
Dios que nos hace ver la luz primera
Dios que ha podido alzar de la ceniza
El águila del cosmos altanera.

Que se le vé sondeando los abismos,
Y á la tierra encumbrando hasta los cielos,
Cuyos rasgos de amor serán los mismos
En todos los distintos paralclos.

Que apenas nace un hombre lo proclama
Hijo por el bautismo de su gloria,
Que en todas horas su esplendor derrama,
Y en todas partes vive su memoria.

Seguid á ese astro pues en su salida,
Y aprended la moral que os ha inspirado,
Que es muy indigno proseguir la vida,
Sin haber el espíritu ilustrado.

Seguidlo ahora en su marcial conquista,
Cuando su inmensa curva va trazando:
Cíclope formidable cuya vista
Las estaciones va determinando.

Esto divulga el fruto del trabajo,
No en trasformar la faz de la materia;
Haciendo al itsmo del cerebro un tajo,
Para el alma salvar de la miseria.

De esa miseria que adormece el genio,
De esa pobreza ruin del pensamiento,
Que del castigo no distingue el premio,
Por que es mision tan solo del talento.

l Pero seguidle aun por las praderas,
Donde deben dormirse sus fulgores,
Por que inspira emociones lisonjeras,
Cuando empaña sus vívidos colores.

Entónces es que sus miradas riela
Sobre el mas esquisito sentimiento:
El puro amor que tanto nos revela,
Llevándonos de Dios hasta el asiento.

Su intensidad declina en un instante,
Para hacernos sentir una sonrisa,
Que el hombre goza al ver su alma triunfante
Del no saber que tanto tiraniza.

Pero ah! que triste es continuar ahora,
Levantando la faz del Occidente,
Y distinguir el rádio en que se adora
Tan solo á la materia impertinente.

Este es el lado opuesto que oscurece
Cuanto ha aprendido ufano el pensamiento,
Donde la inteligencia se adormece,
Y cobra el mal su envenenado aliento.

Si hay luz aquí es la luz de un cuerpo inerte,
Que han bruñido los hombres con sudores:
Sol que devora el alma y da la muerte,
Y que su peso aumenta los dolores.

Allí hay falsía, corrupcion y luto,
Tiranía insufrible y dominante,
Do nunca la virtud logra su fruto,
Que el vicio corta allí como el diamante.

Si tan terrible noche no pasára,
Para radiar la límpida mañana;
Tal vez el corazón desesperara,
Viendo que ya era su esperanza vana.

Pero esto mismo su valor le alienta,
Cuando del cieno el hombre se levanta,
Sacudiendo ese sueño que atormenta,
Para mirar la luz con firme planta.

Si deseais encontrar aquel acero
Imantado en el polo de la vida,
Tomad de la Verdad el buen sendero
Y mirareis la tierra apetecida.

Oídme pues que voy á bendecirla
Delante de los hijos de este suelo
Y ojalá que yo pueda describirla
Como la pude recibir del Cielo.



LA VERDAD.

I.

ASTRO de luz vivificante y pura,
Por donde quiera que tu aureola gira,
De la justicia el triunfo se asegura,
Y se aterra el dragon de-la mentira.
Tú eres verdad la mística hermosura,
Que hoy incesante el universo admira:
De la inmortalidad perenne estrella,
Eres Verdad la emanacion mas bella.

II.

¡Quién pudiera cantar tu grande historia
Del Santo Rey en el laud sagrado,
Y dejar incrustada tu memoria
En la humana porcion que has procreado!

Mas siendo tu la antorcha de la gloria:
Lira de Dios, del hombre gran legado;
Un solo punto de tu disco ardiente,
Debe pedir un canto omnipotente.

III.

Dulce armonía de las almas grandes,
Que por doquier se admire tu belleza,
Y cuando usana el universo mandes,
Corone Dios tu virginal cabeza.
Desde el umbral de los plateados Andes
Quiere entonar mi lira tu pureza:
Perdona si la voz que te saluda,
En tu presencia va á quedarse muda.

IV.

Perdona, si los ecos de la tierra
Débiles llegan á tu frente erguida,
Cuando tal vez tu atmósfera se cierra
Para formar tu invulnerable egida.
Cuando tal vez en su continúa guerra
El vicio á la virtud le hace una herida;
Pero apenas la sangre se renueva,
Vuelvel y sus cantos á tu trono eleva.

V.

Por que la gloria, el lauro inmarcescible,
Para el triunfo del mal jamás se hiciera,
Que el acero de Dios es invencible,
Y en todas partes la verdad impera.

Si alguna nube con semblante horrible,
Sus claros rayos enturbiar quisiera;
Rasga su tul la fúlgida mañana,
Y entónces la Verdad es soberana.

VI.

Así es como aniquila las grandezas
Que han tenido principio en los sudarios,
Señalando con sangre las cabezas
Que un día solo ostentan los falsarios.
Por que al otro concluyen las proezas,
Las intrigas, los planes temerarios,
Cuando un canto del velo se levanta,
Y enseña la Verdad su firme planta.

VII.

La inocencia no tiene otro valuarte:
Ella es de los tiranos el profeta:
Levántase unas veces como Marte,
Y otras se lanza y rasga una careta.
Delante de ella palidece el arte:
Tan solo la indigencia algo la inquieta:
Hija de Dios al fin, ante su nombre,
Castiga el crimen perdonando al hombre.

VIII.

Así es como aniquila las naciones
Que abundan en orgullo y en venganza,
Cubriendo con sus alas mil regiones
Que anima con el sol de la esperanza.

Consulta las ruidosas opiniones,
Y aun en medio tal vez de la matanza,
Es tal su influjo sobre el ser tirano,
Que hace caer las armas de su mano.

IX.

Qué seria del hombre sin su influjo,
Cruzando siempre el mar de las pasiones,
Adormecido en su indolente lujo,
Haria ley sus vagas opiniones.
Y esa impiedad que en Israel produjo
Plagas de horror, en todas las naciones
Cundiria á torrentes, si no hubiera
Quien denodado la Verdad dijera.

X.

Esa débil mitad que el hombre cuida,
Por su mision de amor y de consuelo,
En un dia sería destituida
De cuantos dones recibió del Cielo.
En tanto, la Verdad, con fuerte egida,
Firme en la lid y con vehemente anhelo;
A la mujer y al hombre ha proclamado,
Los dueños hoy de cuanto Dios ha dado.

XI.

Siguiendo así la intrépida cruzada
Que el Ser Eterno encomendó á su arcano,
Desciende al corazon con mano armada,
Y conquista la fé del buen cristiano.

Hace que cumpla la mision sagrada,
Que en un dia escribió de Dios la mano,
Pues su tendencia es alumbrar la mente
Para adorar la diestra omnipotente.

XII.

Querúbe tutelar de la existencia,
Grande es tu empresa, formidable y fuerte:
Sobre tus hombros llevas á la ciencia,
Y con tu voz conjuras á la muerte.
La mentira confiesa su impotencia,
Con espresiones de vergüenza al verte,
Que á donde tiene el Sol su nacimiento,
Le has levantado á Dios un monumento.

XIII.

Sacrosanta Verdad! tuya es la fuerza,
Tuyo el poder que ostentas incesante:
Con el espejo de tu imagen tersa,
Reflejaste la luz desde el levante.
La ignorancia emprendió su lucha adversa,
En que la vanidad, necia bacante,
Correo del Setentrion al medio dia
Prosélitos buscando en su agonía.

XIV.

Pero á donde, si el Dios de las batallas,
Forjó los dardos de tu grey sagrada,
Que destrozaron las tupidas mallas,
Y al sol paró la punta de su espada.

A donde, si hoy entronizada te hallas,
Y tienes á tus piés encadenada,
La Hipocresia, que al pisar tu trono,
Te confiesa en frenético abandono.

XV.

Generadora fuerza, por do quiera
Haces prodigios de valor constante:
Como animada flor corres lijera,
Y el néctar de la fé viertes fragante.
La misma poesia es la primera
Que sigue en pos de tu harpa, y delirante
Si tu favor disfruta, solo canta
La inspiracion que fulguró tu planta.

XVI.

Y aquellos cuadros de inominia y luto,
Que alguna vez el Vate preconiza
Le tienen que pagar grande tributo,
O ella les niega su inmortal divisa.
Que no es honroso que descienda al bruto
La creacion final que al mundo heriza,
Cuando el dedo de Dios con fuego escribe
Las esperanzas con que el hombre vive.

XVII.

Tambien ha sido la Verdad proscrita:
Cruzó del ateismo el gran desierto;
Pero hoy que fuerte la conciencia grita,
Su áncora suelta en bonancible puerto.

Y el hombre audaz que su insector agita
Por la causa eficiente, queda yerto,
Viendo espirar la humana inteligencia,
En el umbral de la divina ciencia.

XVIII.

Inefable Verdad! . . nuncio del Cielo,
Tú has preparado el sitio en que te hablamos,
Tú en Jerusalem rasgaste el velo,
Y tú eres la palabra que buscamos.
Tú hiciste levantar fuego del hielo,
Tú eres la fé, la relijion que amamos,
Tú la empezaste consagrando un monte,
Que en el Cielo termina su Orizonte.

XIX.

Déjame pues cantarte con el alma,
Con este corazon que me has ungido,
Ya sea en la tormenta ó en la calma,
Ya escuchando del rayo el estampido,
Que al suelo hace caer la esbelta palma;
Cuando lanza la tierra su gemido,
Y el amverso forma la armonía,
Que á tu nombre dirige noche y dia.

XX.

Que yo no encuentro idioma mas fecundo
Que la naturaleza cuando gira:
Cuando se mueve un mundo en otro mundo.
Y hacen sonar las cuerdas de tu lira.

La vibracion del hombre es un segundo,
Que sin romper los átomos espira:
Que hablen por mí la inmensa voz del trueno,
La magnitud del Cielo, el mar sereno.

XXI.

Aquella nube nacarada y pura,
Que hace brillar tus caracteres de oro,
Cuando el rey de los astros se apresura
Y enciende humilde tu supremo coro.
Cuando el prado presenta su hermosura:
Cuando el hombre pronuncia: ¡Yo te adoro
Evangélica voz, Verdad sagrada,
De la justicia vengadora espada.

XXII.

Tú formarás de la familia humana,
Esa tribu feliz que has anunciado,
En la iglesia vestida de oro y grana
Que la teara y el cetro han venerado.
El agua viva de tu fuente mana:
Tú cres Verdad, el último legado,
Del que hizo arder el lumínar primero,
Para dar la existencia al orbe entero.

.....
No fué un aplauso el que ahora respondiera
Sino un murmullo en toda la asamblea;
Pues á un sordo rumor que se sintiera
Todo este grupo en su evasion se emplea.
Que el vigía que estaba por de fuera,
La luz miró de una lejana tea,
Y el aviso que dió tan diestramente
Dispersó en un instante aquella gente.



EN LA CASA DE D. RAMIRO.

PUENSO llevar á mi lector amado,
Al interior de un aposento hermoso,
Que segun ese tiempo estaba-ornado,
Con un lujo soberbio y presuntuoso.

A muy corta distancia de la plaza,
Mostrando los indicios de grandeza,
Una notable y corpulenta casa,
Daba á entender del dueño la nobleza.

Del uno al otro extremo se estendía,
Una enorme cadena ennegrecida,
Que á todos los transeuntes prevenía,
Que era la entrada entónces prohibida.

Signo era aqueste de grandeza tanta,
Que en muy pocas moradas se encontraba,
Que el que un toison llevaba en su garganta
De aquella distincion solo gozaba.

Cual si un soberbio moro vegetara
En aquella mansion de alta valía,
Un inmenso turbante se formára
Sobre el fróntis marcial que ella tenia.

Mas penetrando al patio en que se hallaba
La servidumbre en grupos afanosos,
Muy fácil el curioso adivinaba,
Que los bienes de allí eran cuantiosos.

Pues se hallaba pendiente de una viga,
Que figuraba un leon muy corpulento,
Una balanza que con gran fatiga,
Los caudales pesaba en un momento.

Que era quitar el tiempo á la fortuna,
Fijarse en cantidades miserables;
Y allí no se contaban de una en una
Las unidades entre vulgo amables.

No habian talladuras ni festones,
Que el arte consistía en lo fornido;
Y el dibujo tan solo en los blasones
Estaba por entónces recibido.

Como la noche su capuz mostraba,
Un faro inmenso se iba preparando,
Que cinco antorchas siempre sustentaba,
Que débilmente estaban alumbrando.

Pasando á contemplar la sala hermosa
En donde los estrados se instalaban,
Preciso es detallar cosa por cosa,
Del lujo que esos tiempos admiraban.

Que aunque parezca de interés ninguno,
Meditar en los muebles de otra era;
Cada objeto nos trae uno por uno
Quizá el recuerdo de una vida entera.

• ¿Quién no vió con respeto en su familia
La silla en que su abuelo descansaba:
En donde conciliando su vigilia,
Horas de holganza á sus esclavos daba?

¿Quién no ha guardado un dije ennoblecido,
Con el antiguo tacto de un pariente,
Que algun signo tal vez tiene esculpido,
Recuerdo de una época pudiente?

Y aun cuando mas no fuera que mirarse,
Recorriendo esas cosas historiadas
Por nuestros padres, deben contemplarse,
Como prendas tambien privilegiadas.

En tal concepto, describiendo sigo,
El cuadrilongo de esta sala antigua,
Cuyo mueblaje á designar me obligo,
Si es que bien mi memoria lo averigua.

La propension habia de elevarse,
Un escalon mayor que el pavimento,
Para así mas ó ménos figurarse,
De la nobleza el superior asiento.

Estrado se llamaba este aparato,
En donde el Señorío se agrupaba,
En banquillos forrados de brocato,
Que muy blando por cierto no se hallaba.

Lo que es para sentarse el sexo récio,
Eran unos arieres formidables,
Las sillas que les daba un alto precio,
Las tachuelas de cobre imperdurables.

Leones rampantes, mónstruos fabulosos,
Y águilas duplicadas se veían,
En butacas de aspectos magestuosos,
Que gentilicias cifras relucían.

En estas catapulcas formidables,
Se ostentaba el tizú de rica lama;
Y esas de carro capas impermeables,
Con que se ha conquistado tanta dama.

Lo que es en la vajilla, era estupenda
La ostentación que en juego se veía:
Que estaba allí la plata á suelta rienda,
Y para todo este metal servía.

En los sitios tal vez abandonados,
En el mas ruin desvan de esa morada,
Manejaban la plata, los criados
Que allí traían á cincel cortada.

Al fresco se pintaban las paredes,¹
Subiendo el costo de estos ornamentos,
A una gran cantidad que en sus mercedes
Prodigaban los nobles opulentos.

No se había importado todavía
Esa hoja olorosa y corrosiva,
Que en el celeste imperio se bebía,
Y otra sustancia usaban nutritiva.

Era el cacao, la planta prodigiosa,
Que daba un néctar grato y succulento,
Cuya celebridad hasta hoy reposa
En dictámenes de hombres de talento.

En saga le seguía otra bebida
De muy sentido aroma por doquiera,
Por la gente española apetecida,
Que se importó de la Oriental frontera.

Muy curioso era el modo de tomarla,
En recipientes raros é incrustados:
Todos sorbiendo tubos entre charla,
Era una reunion de abombillados.

Y aquella yerba oriunda de la Plata,
Perpetrando un solemne disparate,
Por que entre un fruto su bebida es grata,
Sin otra causa, le llamaron Mate.

Esto aumentado en medio del cortejo,
Con ricos y macisos peveteros:
Con las garrafas de ese vino añejo,
Y de grata mistura los pucheros.

Las salvillas de plata, bien colmadas
De rica pasta y dulces conventuales,
Servidas por esclavas alhajadas,
Sin pisar del estrado los umbrales.

Por aquí su merced, por allá usía,
Esa expresion de mi amo á cada instante;
Cuando el mismo zahumerio repetía
La palabra de "Esencia" tan fragante.

Este sí era el Dorado verdadero,
Que regó la fortuna de ambrosía,
Que la adarga de hispano caballero
A corta fuerza conquistado había.

Pasemos ahora al lado mas sensible,
Donde habita el cerebro y las pasiones;
Y veremos si el lujo es compatible,
Con lo que pasa el alma en sus rincones.

Esta casa rumbosa, la habitaba
Carbajal el Oidor de alta presencia,
Cuya riqueza en proporcion se hallaba,
Del nombre que gozaba su influencia.

Su envanecida esposa se miraba
En la única hija que tenía:
Francisca se llamaba y ostentaba
Del Oidor la brillante pedrería.

Quince veces había presenciado
La Pascua de Diciembre tan hermosa:
Y hasta entónccs no había disfrutado
Sino ilusiones de jazmin y rosa.

Por entónccs las madres se cuidaban
En alejar la pluma, de la mano
De sus hijas, que siempre vigilaban
Con un cierto rigor, tal vez tirano.

Sin comprender la fuerza vencedora,
Que ejecutan los pechos comprimidos,
Que hasta en la nube que la luz colora,
Encuentran siempre signos comprendidos.

Si á esto se agrega, ese formal divorcio
Que habian con los libros decretado;
Se verá que no estaban en consorcio,
De ese saber que Dios nos ha legado.

La educacion venia á limitarse,
Para una jóven noble y recatada:
En que debia siempre confesarse
Con un varon de rectitud probada.

Para la juventud de la alta clase,
Habia disyuntiva conocida:
Si diariamente no se confesase,
Iba á un convento á consumir su vida.

En el caso primero se encontraba
La donosa Francisca tan querida,
Que en su propio Oratorio comulgaba,
Por estarle vedada la salida.

Y el mismo sacerdote que oficiaba
En ese rico altar de la familia,
A la inocente niña confesaba
Y le anunciaba el dia de vigilia.

Parece que los génios se atrajeran,
Como entre dos imanes de gran fuerza,
Que aunque ellos mismos separarse quieran,
Esta misma atraccion les es adversa.

Era pues capellan de nombradía,
En esta casa de respetos tantos,
Ese individuo que el lector un día,
No lo contó por cierto entre los santos.

El de la escena criminal de Elena,
Que casi pereció en el aparato,
Que hizo llenar el corazón de pena,
En ese templo de recuerdo ingrato.

Y como su papel es de importancia,
En esta triste por demás historia,
Debo trasarlo aquí sin arrogancia,
Para un recuerdo dar á la memoria.

Este instrumento ciego en los proyectos
De Ramiro que todo lo invadian
Se llamaba Teran cuyos preceptos,
Todos en esa casa obedecían.

Simulaba su escuálido semblante
Una virtud que á todos les mostraba;
Y ese aspecto doquier edificante,
En el que todo su poder fundaba.

Bien podía decirse que marchaba,
Descansando sus ojos en las lozas;
Pues su vista jamás se levantaba,
Aunque fuera por sendas escabrosas.

Que guardaba tan solo su pupila,
Para ver como tigre en la montaña;
Siendo en la noche mas infiel que Atila
Para insultar la religion de España.

Magro y erguido y con la frente baja,
Todo el mundo en la calle le veía;
Y ostentando el sayal de su mortaja,
Su beatitud al cielo suspendía.

Y esperando mas tarde una Encomienda,
En donde doctrinar solo al dinero,
Era de un hermitaño la leyenda,
Y del Oficio Santo el escudero.

Hay un arbitrio mas entre los hombres,
Que intentan ocultar sus impresiones,
Cual si quisieran disfrazar sus nombres,
Para inculcar dudosas opiniones.

— Consiste pues, esta feliz idea,
En dos biombos bastantes transparentes,
Do se esconde la vista y se recrea,
Burlando así miradas inocentes.

Tras de estos bastidores engañosos,
Se estudian las escenas con maestría;
Y á los que tienen ojos anchurosos,
Se les quita la luz en pleno día.

Y por esto mi clérigo llevaba,
Dos empañados lentes ajustados,
Cuando ya de sermones se trataba,
O de algunos certámenes privados.

Por que entónces sus ojos lo vendian,
Al fingir lo contrario de su intento:
Que hay ciertos hombres que á los cuervos criar
Para perder la vista en un momento.

Pero aunque sea tras de un muro espeso,
Hay conjuntos que todos adivinan:
Tal es de fuerte el sello del exceso,
Que hasta puede marcarse lo que opinan.

Una frente escabrosa y dilatada:
Unos labios sin sangre y afilados,
En su favor nunca nos dicen nada,
Por que son signes siempre malhadados.

Cuerpo que se doblega antes de la hora,
Con la genuflección del fingimiento,
Debe de sustentar alma traidora,
Y un corazon de aspiracion hambriento.

La regla en esta vez era tan tija,
Que aun en aquellos tiempos de inocencia,
Con investigacion no muy prolija
Podia traducirse su conciencia.

Que era tal el descaro que tenia
Para explotar la espiritual hacienda,
Que el sagrado pastor siempre queria
Formar caudal tan solo con la ofrenda.

Todo esto, sin embargo del gran celo
Que el Virey por doquiera desplegaba,
Para poner en transparencia el velo
De un clero audaz que todo lo abarcaba.

Llevando su dominio hasta la altura
De mirar en muy poco el patronato:
Desmintiendo el carácter de dulzura,
Que á los ojos de Dios es siempre grato.

Esto lo patentiza un entredicho
Del poder de la iglesia y de la espada
Que divulgando un mundanal capricho
Al Virey se negó la "Paz" sagrada.

Hoy sin razon plausible se alza al cielo
El grito de impiedad en esta tierra,
Cuando se ve cumplir con mas anhelo,
Todo el ritual que nuestra iglesia encierra.

Pues ya no se oye tanto el clamoreo
De aquella corrupcion en los conventos,
Y está olvidada la palabra "Ateo"
Y á la fé se levantan monumentos.

Si es una garantía indispensable,
Decir verdad en lo que voy narrando;
Habia una conducta muy laudable,
En los hombres que estaban gobernando.

La ruindad se ocultaba en la maleza,
Primera yerba que cubrió estos prados,
De tallo humilde y poca gentileza,
Aunque con frutos siempre afortunados.

Sea por conservar la joya hermosa,
Que el destino á la España le brindára:
Sea por una pompa generosa,
En que el cetro reinante se esmerára.

Se distinguieron manos muy certeras,
En gobernar las riendas de este imperio:
Por lo demas, las plumas venideras
Desatarán la red de este misterio.

Bregando por doquiera entre los vicios,
Que en todas partes fomentaba el oro,
Se les miró cegar los precipicios,
Y con tezon salvando su decoro.

Esto es muy raro en tiempo en que la fuerza,
Estaba por la fé representada;
Y era empeñarse en una lucha adversa,
Los vicios corregir de una Cruzada.

El ejército estaba coronado,
Y con la cruz heríase á mansalva,
Cuando los herodianos del Primado
Eran mas altos que la luz del alba.

Mas siguiendo al presbítero del caso,
En sus varios intentos cavernosos,
Le verémos forjar paso por paso,
Otros lances tal vez mas tempestuosos.

Como estaba á su cargo la conciencia
De la bella Francisca, desde luego,
Principiando á ilustrarla en su creencia,
Prendió en su pecho un imprudente fuego.

Esa noble capilla no tenia
El aparato en que hace el penitente,
De sus pecados la emision sombría,
Y al confesor mirábase de frente.

Mas siendo el sexo débil vergonzoso,
Se habia preparado una cortina,
Al espaldar de un camapé lujoso
Para operarse esta funcion divina.

La noble jóven reclinada un tanto,
Tras de aquel tafetan siempre onduloso,
Venciendo al fin su natural quebranto,
Pudo cumplir este acto religioso.

El muro divisorio era tan leve,
Que á poca instancia que Teran hiciera,
Con ese afan que el corazon se mueve,
Vino á tocar su suave cabellera.

La jóven inocente atribuyendo,
A un casual incidente este percance,
Su rostro tras del genero poniendo,
Con no poco rubor olvidó el lance.

Era en el veinte y cuatro de esos meses
Que tanto animan la piedad cristiana,
Que Teran confesaba por dos veces
Aquella criatura tan lozana.

Víspera hermosa, plácida y amena,
En que de amor y plata hay gran derroche:
Que por antonomacia es noche buena,
Y en que mas bien se pasa mala noche.

Y como en esta Pascua tan florida,
La cristiandad de Lima comulgaba;
Despues de optar su absolucion cumplida,
En esta obligacion Francisca estaba.

Pero qué horror! el tentador maldito,
Siguió instigando al clérigo menguado;
Pues faltábale aun el requisito,
Que estaba por los cánones mandado.

Vino á reconciliarse esa paloma,
Sin traerle un pecado de importancia;
Mas él entónces su semblante asoma,
Y empieza á perorar con arrogancia.

No aquel diario sermon tan consabido,
Para lavar las manchas del pecado,
Sino otras frases que iban al oído
De Francisca en un tono almivarado.

Si llegó á comprender la jóven bella,
Lo que esas frases esplicar podian,
No lo podré decir, por que es á ella
Que en ese instante el corazon le herian.

Y sin embargo: tiempos de ignorancia,
O mas bien de maldad y sacrilegio:
Al otro día en esa rica estancia
Se comulgó con aparato régio.

Tienen pues los secretos de esta vida,
Mas ó ménos edad en todo asunto;
Pero al sonar de amor la cuerda herida,
Cosa fatal! . . todo se sabe al punto.

Piensan ciertas personas bien nacidas,
Que la gente soez no tiene oídos;
Y en sus actos se ven tan suspendidas,
Que en ella creen distintos los sentidos.

Presumen como el dómine del aula,
Que amándose en latin muy diestramente,
La gente esclava dormirá en su jaula,
Por que se encuentra de ese idioma inciente.

Sin recordar que hay un lenguaje externo,
De cierta ortografía en los amantes,
Que aunque se hable en los muros del infierno,
Lo pueden comprender los ignorantes.

Así es que los criados de esta casa,
En ciertas hurtadillas de esa niña,
Como sahuezos de excelente raza,
Cazaban la perdiz entre la viña.

Del estado en que estaba el comparendo,
De esos dos contrincantes en amores,
Mis lectores podrán seguir oyéndo
Lo que se hablaba en esos interiores.

Que era una "Casa grande" de esos días,
La misma Babilonia en su figura,
Con tanto su merced, tantos usias,
Conservando un galpon en miniatura.

Dejo pues encargado a dos amantes,
Que en esa esclavatura se encontraban,
Trazar las circunstancias agravantes,
De esa causa de amor que ellos miraban.

Por que según el diálogo siguiente,
Entre Jacinta y Juan el jornalero,
Se sabrá la amargura de esta gente,
Que poner en sus lábios hoy prefiero.

JUAN.

Que desgraciada es mi suerte,
Jacinta del alma mia:
Para mi la vida es muerte
Y noche el mas claro dia,
Porque vivo en duro afan.

Tú existes entre placeres,
En el estrado sentada,
Y eres entre las mujeres
La mujer mas alajada,
Que ha pisado este zahuan.

Con este color de cieno,
Y el precio de mi cabeza,
Tengo bastante veneno
Para seguir con presteza,
Los que al cementerio van.

Tú estás cubierta de aromas,
Con tu gracia y tus primores,
Y cuando al patio te asomas,
No sabes tu los dolores
Que tus ojos causarán.

Miéntras tanto noche y dia,
En el jornal meditando,
Se alarga mas mi agonía,
Cuando me están recordando,
Apenas las cinco dan.

Duro trabajo es por cierto,
Trabajar sin esperanza;
Que es llevar un cuerpo muerto,
Y una alma que al fin se cansa
De servir á tanto Adán.

Tú no haces caso Jacinta,
De la pena que me aflige,
Porque soy color de tinta,
Y eres siempre el bello dije
Que acariciándote están.

Pero es preciso que entiendas,
Que ese amor no es como el mio,
Y que esas lucientes prendas,
Las regala el señorío,
Solo por el "que dirán."

JACINTA.

Cuánto te engañan los ojos,
Pobre Juan cuando miras,
Que entre punzantes abrojos
Vivo escuchando mentiras,
Mirando un falso esplendor.

Yo cambiaría gustosa
Mis adornos por tus fuerzas;
Pues con ellas orgullosa,
Podría hacer muy diversas
Mis esperanzas de amor.

Tú trabajas noche y día,
Vendiendo el agua en la calle;
Y yo de sed y agonía,
Puede ser que me desmaye
En un desierto de horror.

Por que pasan por mis ojos
Visiones de tanto bulto;
Y sufro tantos sonrojos,
Que me acostumbro al insulto
Que acompaña á mi dolor.

Que cuando la niña hermosa
Amanece con la luna,
Es como el Sol ardorosa,
Que me quema de una en una
Las alas del corazón.

Yo he de adivinar sus gustos,
Cuando le riso el cabello;
Y con sus ojos adustos
Me planta en la cara el sello,
Dejándome allí un baldon.

Así entre aroma y jazmines,
Sirviendo de tantas cosas,
Miro y callo cosas ruines,
Por que estas niñas donosas,
Génios del infierno son.

JUAN.

Pobre Jacinta de mi alma,
Comprendiendo tus pesares,
Por darte un rato de calma
Haría mil ejemplares,
Cuando te miro llorar.

Pero desde hoy te lo juro,
Que yo emplearé mis dos brazos,
En el trabajo mas duro,
Por conseguir esos lazos
Que hartó me has hecho esperar.

Si tu esquivez no me aleja
Las miradas de tus ojos,
Si escuchas de amor la queja,
Si es posible hasta de hinojos
Desea servirte Juan.

Ya verás cuanto se avanza
En un amor inocente,
Con esa grata esperanza
Que un cielo pinta luciente,
Que tanto anhela mi afán.

Desde hoy tu suerte es la mia,
Y á mis brazos la confío:
De esta frágil alcancía,
Saldrá tu precio y el mio
Después de dar mi jornal.

Si alcanzo á ver ese dia,
Aunque negro y sin fortuna,
Te juro Jacinta mia,
Que ni el blanco de la luna
Será para mí un rival.

Juan te servirá de amparo,
Tú de Juan serás el cielo,
Que aunque este cielo es tan caro,
Con mi sudor y mi anhelo
Al fin lo podré mirar.

Que dentro la piel osura
De este triste jornalero,
Hay tambien una alma pura
Y de amor arde un bracero
Que nadie puede apagar.

Pero pasando Jacinta,
A otro asunto diferente,
Miro que un cielo se pinta
En esta casa pudiente,
Que tiene un feo color.

Percibo algunos rumores,
Ciertas palábras ambiguas,
Que aunque no somos doctores,
Sabes bien que las antiguas
Son mas sábias por su edad.

Pues la tia Catalina,
Que en la noche anda resando,
Siente andar por la cocina,
Y ha visto de cuando en cuando....
Serán las penas... quizá.

Pero lo que es yo una noche,
Que por cierto no resaba;
Sentí un rumor en el coche,
Que si al menos no rodaba,
Poco le llegó á faltar.

Y á corto rato y sin ruido,
Antes de abrir la mañana,
Veo que salta del nido,
Un pájaro con sotana,
Que luego se echó á volar.

JACINTA.

Está visto que tus ojos
Alcanzan mas que los míos,
Lo cual no me causa enojos;
Pero son ojos impíos,
Los que tales cosas ven.

Que vision ni que patraña,
Que ruido ni que sotana:
A tí la vista te engaña,
Y cuando te dá la gana,
Crees lo que muchos no creen.

JUAN.

Pues Señor, si tu de adentro
No ves lo que yo estoy viendo:
Digo que estando en el centro,
Ya estás la vista perdiendo,
De tanto al centro mirar.

Yo te probaria un tanto,
Lo que ya se habla en la calle,
De un milagro de ese Santo;
Pero juro por tu talle,
Que tambien lo has de negar.

Dicen que aquel esqueleto,
Que ahora tanto se persigna,
Es en intrigas discreto,
Y cuya conducta indigna,
Se empieza ya á traslucir.

Dicen que corre parejas
Con el grande D. Ramiro,
Y en relaciones añejas,
Allá no sé en que retiro
Hizo á una jóven morir.

En esa trompa maldita,
Que ha inventado el Santo Oficio,
Que á los muertos precipita,
Hasta un hondo precipicio
Donde no se ven jamás.

Que nuestro amo es de los malos,
Esto ya está bien probado;
Pues la marca de cien palos,
De mi cuerpo no han borrado
Veinte años que llevo atrás.

Y si refranes prefieres,
Y á sus verdades te inclinas:
"Puedo decirte quien eres,
Si se con quienes caminas"
Ya me debes comprender.

JACINTA.

Puede estar todo muy bueno,
Pero yo no creo tanto;
Pues de la lengua el veneno,
La reputacion de un santo
Quisiera comprometer.

Ese Señor hoy dirige
Muchas conciencias honradas;
Y es tanto lo que se aflige
Por todas sus confesadas,
Que no es posible dudar.

Con su palabra edifica:
Es un gran pozo de ciencia:
Encanta cuando predica;
Y es modelo de paciencia,
Siempre para confesar.

JUAN.

Baya Jacinta, te fias
En las pajas de un infierno,
Que están por encima frias;
Mientras tanto el fuego interno
Pronto las encenderá.

Para entónces te prometo
Probarte que no soy ciego;
Y que este santo sugeto,
Ha de descubrir muy luego
Las uñas de Satanás.

.....



DOS FUEGOS.

¡OH que hermoso es el fuego! . . quien lo mira,
Parece que en sus llamas encontrára,
Toda ilusion que el corazon aspira
En su semblante de belleza rara.

Tiene la llama intensa aquella grana,
Con que se cubre el trono esplendoroso:
Tiene al oro tal vez en su mañana,
Y hasta el azul de un cielo magestuoso.

Tiene de la crueldad el paso lento
Y la electricidad de las miradas,
Cuando quema las bases de un cimiento,
Y devora las torres elevadas.

Nació como naciera la existencia,
De un átomo tal vez imperceptible;
Y al presentarse erguido su presencia
Es la faz de un dragon el mas temible.

Es hipócrita y falso como el mundo,
Cuando halagüeño el combustible lame;
Pues se humilla al mirar en un segundo,
Cuanto ha causado con su lengua infame.

En guardar un secreto es inviolable;
Hasta la última letra destruyendo;
Sin embargo no sale responsable,
De otros secretos cuando sigue ardiendo.

Siendo núcleo de todo en él se encierra,
Cuanto de bueno y malo se concibe:
El alumbra en la paz, quema en la guerra,
Y siempre á todos devorando vive.

Se podría expresar sin arrogancia:
Que es y no es la existencia de la vida;
Y que segun su fuerza y circunstancia,
Es el veneno y la salud querida.

Pero existe otro fuego mas profundo,
Que abraza en lo invisible la existencia,
Que si el primero vivifica al mundo,
Este es del alma la primera esencia.

Su llama ardiente prende sin sentirla,
Rodeando al corazon de un fuego lento;
Y cuando el hombre audaz quiere medirla,
Tiene la longitud del pensamiento.

Si el fuego material está encargado,
De hacer vivir y aniquilar la vida;
Este otro fuego puede ser sagrado,
O ser del hombre su fatal caída.

Grande será, sublime y adorable,
Si entra en el amor de lo infinito;
Pero será temible y despreciable,
Si ha de formar la hoguera del delito.

Esta mision tiene ahora sobre el alma
De ese genio inmoral que llevo escrito,
Que de hoja en hoja romperá la palma
Que ha doblegado con su amor maldito.

Cuando el vulgo murmura algun concepto,
Cuya veracidad no es muy completa,
El nos anuncia un hecho aunque imperfecto.
Pues no alcanza á crear como el poeta.

Por eso las palabras que han vertido
Jacinta y Juan con natural llaneza,
Un velo muy espeso han descorrido,
Y la verdad á descifrarse empieza.

Habian trascurrido algunos meses
Que persistía Juan en sus amores,
Que al tomar cada vez mayores creces,
Solian producir vagos rumores.

Hay baldones que siguen deshonrando,
A todo el personal de una familia;
Mientras un velo denso está aumentando,
El eterno sopor de la vigilia.

Y la mancha se extiende á cada instante,
Con muestras muy marcadas de ignominia;
Y cada vez su aspecto horripilante,
Es del honor una fatal insignia.

Por manera que el cuerpo del delito,
Tiene una muy rarísima excelencia,
Que al mirarlo de cerca de hito en hito.
Parece que no existe su presencia.

Y al contrario se mira en la distancia,
Sin acudir á lunas de gran fuerza,
Ese mismo delito aun en su infancia,
Bien corpulento en su mision perversa.

Asi es que sin obstáculo seguia
Teran en sus nefandas relaciones,
Y aun en el pleno resplandor del día
Dirigia á Francisca sus sermones.

Era una mezcla horrible el tal lenguaje,
De palabras divinas y profanas,
Auxiliadas tal vez de algun visaje,
Cuando apenas corrian las persianas.

Que era un castillo bien fortificado
El nombre de virtuoso que llevaba;
Pues siempre humilde en su sillón sentado
Con el breviario solo conversaba.

Enigmáticas frases circulaban,
Tal vez con ese libro combinadas;
Y no quiero saber lo que resaban,
Débilmente esas almas desgraciadas.

Mas la verdad del caso no dilata,
Por que el tiempo camina con presteza;
Y el nudo mas dificil se desata,
Cuando ya el crimen muestra su cabeza.

La farsa no podia continuarse,
Pues la naturaleza no consiente,
Que de su imagen lleguen á burlarse
Con lenguaje mentido é insolente.

Y acercándose el tiempo atribulado,
De palparse el delito del sujeto;
El infame creyéndose acusado,
Se porto como el ser mas indiscreto.

Pues sumergida en el mayor conflicto,
Francisca por su estado inconsolable;
Al no volver Teran quedó convicto,
De aquel crimen horrible y detestable.

Aquella nueva Adriana abandonada
Llorando su vergüenza nada hacia;
Y entónces que la ropa no era holgada,
Mucho mas al pudor comprometía.

No tuvo mas arbitrio que entregarse
A esas manos llamadas mercenarias,
Que llegando el momento de ampararse,
A los nobles les son muy necesarias.

Dos lágrimas bastaron á Jacinta,
Para hacerla mas fiel de lo que fuera;
Y en sus ojos de fiorbo al fin se pinta
Ese amor de su raza zalamera.

Le hizo mirar el lance tan sencillo:
Con tal destreza manejó el asunto,
Que era un gran artillero en su castillo
Mandando disponer punto por punto.

Ella misma lanzó la mala nueva
De haber caído enferma su señora;
Y ella tambien el médico le lleva
Que habia combinado previsora.

De modo que llegado el caso horrible,
Con la velocidad de una centella,
El tal alumbramiento hizo invisible,
Ella por todo y para todo ella.

Así es como retornan los villanos
De la nobleza todos los sonrojos,
Con su propicias é inocentes manos,
Para salvarla cuando está de hinojos.

Que en este mundo lleno de ruindades
Asi los nobles cubren agujeros
Y se salvan sus nécias majestados
A costa de los míseros pecheros.

Que aquella sangre roja despreciable,
Practica el bien que el corazon le inspira;
Miéntras la sangre azul es impermeable,
Y lentamente para el siervo gira.

Mas seguia la crisis todavia,
Y si el Señor Oidor nada miraba;
La madre de la niña algo sentía,
Que con cierto candor disimulaba.

Mas que por madre por su orgullo un dia,
Tuvo que penetrar en el misterio;
Pues con su trato femenil queria
El lance manejar de un modo serio.

Asi es que con promesas y sollozos,
Entre la luz del alba y la mañana,
Valiéndose de agentes sigilosos,
Marchó el infante á una mansion lejana.

Pero llegó la vez que D. Ramiro,
Discurrió mas allá de lo que usaba,
Y observó con malicia aquel retiro
En que su hija por siempre se ocultaba.

Vino la esplicacion con mil tormentos
Para poder cauterizar la llaga,
Que aunque causára fuertes sufrimientos,
Era preciso exterminar la plaga.

Esa langosta vil que él mismo habia
Hecho volar al centro de su casa,
Que arrazaba su honor cuando dormia
Para probarle que era de su raza.

El cráter del volcan dió el estallido,
Vomitando torrentes de su lava;
Pues Carbajal hubiera derretido,
Cuanto en esa hora su furor miraba.

Su venganza tomaba dimensiones,
Que con sangre la mente delineaba;
Y toda cuanta habia en sus pulmones,
En su oxilante corazon se hallaba.

La no presencia de Teran mostraba,
La plena conviccion de su conflicto;
Pues el menguado clérigo esperaba,
La fatal explosion de su delito.

Y recluso en su celda noche y dia,
Meditó hacer su crimen ilusorio,
Simulando una vida muy sombría
De San Pedro en el místico Oratorio.

Apesar de encontrarse D. Ramiro,
Bien cierto de quien era el delincuente,
Con la arrogancia del soberbio Ciro.
A un solo grito reunió su gente.

Deseaba desahogar su rabia insana,
Y un ejemplar castigo decretando,
Con la ley de ese tiempo tan tirana
Que los amos seguian observando.

Segun su parecer, eran culpables,
Todos los que servian á Francisca;
Y sus sentencias dando irrecusaables,
Se convirtió su casa en la morisca,

Todo fué sangre, cepos y cadenas,
Flajelacion constante y ostracismo;
Y acabado el catálogo de penas,
Vino á concluir por maldecirse él mismo.

Nada le resultó de este castigo,
Si no es saber que allí ninguno entraba,
Y llevar él la conviccion consigo,
Que de Teran el crimen no pasaba.

Este era pues el preámbulo preciso,
La ecatombe de azotes inhumana,
Que practicar en su morada quiso
Antes de su venganza soberana.

Pues tardando Teran en presentarse,
Aunque el clero era entónces tan temido
Tuvo al fin su furor que prepararse
A vindicar su honor tan ofendido.

Su primera tarea fué escribirle,
En términos ambiguos aunque duros;
Pues no alcanzaba el corazon á herirle,
Mientras se hallase en sus sagrados muros.

Muy óbvia y natural fué la respuesta,
Como en iguales lances acontece;
Pues una enfermedad hartó se presta
Para toda disculpa que interese.

Mas Carbajal al mismo tiempo habia
Hecho su delacion ante el Prelado,
De tal modo que al punto lo inducia
A llamar prontamente al acusado.

El efecto fué pronto y decisivo,
Que era el Prepósito hombre circunspecto,
Que por su Orden pusiera el correctivo
Mas increíble pero el mas perfecto.

Presentadas las pruebas al culpable,
Con el aspecto serio del Prelado,
Su hipocresía le era inescusable
Y todo fué de plano confesado.

Entónces aturdido el buen anciano
Que á su justicia unia su talento,
Un arbitrio encontró aunque inhumano,
Para la honra salvar de su convento.

Pues tomando el escándalo sus creces,
En momentos que la Orden se atacaba,
Era entregar en manos de los jueces
Esa honra que tanto vigilaba.

En un mal de tan grave trascendencia,
Un remedio tan solo se encontraba,
Teniendo que chocar con la influencia
De Carbajal que tanto figuraba.

Y el respetable anciano revestido
De la gran dignidad del Juez severo,
El medio cruel que habia concebido,
Empezó á practicar con grande esmero.

Teniendo bien seguro al acusado,
En una noche oscura y silenciosa,
Con tres fuertes agentes combinado,
Ejecutó la accion mas horrorosa.

Pues tendido en la tierra el delincuente,
Cual un Bortolomé, fino escalpelo,
El don generativo derepente
Quitó al rasgar su pudoroso velo.

Horrible fué el suplicio ejecutado,
Por la vindicta de esa Compañía,
Cuyo plantel se hallaba sindicado.
Por la tiara y el cetro que regía.

Concluido el acto se encerró al paciente
En oscuro y distante calabozo,
Procurando curarle prontamente
Con un facultativo sigiloso.

Pero el hecho hasta aqui no era concluido;
Pues Ramiro esperaba á su misiva,
Pronta contestacion que habia exigido,
Con su amenaza por demas altiva.

De manera que al dia subsiguiente,
Carbajal se encontraba constituido,
En la celda del padre inteligente,
Que en silencio lo habia recibido.

Sin rodeos ni preámbulos tardios,
Pasó á increpar el hecho consumado,
Denigrando con verbos muy impíos
La conducta del clérigo menguado.

Pero cual fué su asombro y extrañeza,
Cuando aquel buen anciano le dijera,
Que era inútil su afán y su fiera,
Desde que allí Terán ya no existiera.

Que presintiendo el giro que tomaba,
Una averiguacion escrupulosa,
Sin duda con el miedo procuraba,
Pronto poner sus piés en polvoroza.

Harto trabajo el creerlo le costára,
A ese genio engolfado en su venganza;
Y tal vez al respeto allí faltára,
Sin ver de la verdad la semejanza.

Y para comprobarle sus acertos,
El circunspecto clérigo le dijo,
Que por medio de agentes muy expertos
Debia saber su paradero fijo.

Y mostrando un papel, leyó lo escrito,
Que á la letra decia lo siguiente:
"Terán para librarse del conflicto
Se ha encaminado al Cuzco prontamente."

Acto contínuo otro papel poniendo
A esa sucursal "Encarga y Ruega,"
Que ocultamente y sin hacer extruendo
Haga de él al Oidor formal entrega.

Con este documento era bastante,
Para alhagar á su alma vengadora,
Encargando á un esbirro en el instante
De mano diestra y vista previsora.

Pero otra idea se fijó en su mente,
A la que al punto el corazon se aferra:
En persona buscar al delincuente,
Y sacarlo del centro de la tierra.

.....
.....
A pocos dias de estos incidentes,
Ante el Virey Ramiro se encontraba,
Y entre asuntos del mando diferentes
Con enfática voz así le hablaba:

Los vasallos parece que olvidáran,
Dar un fiel cumplimiento á aquellas leyes
Que muchas magestades encargaran
Para acudir al lustre de los reyes.

Se resisten algunos comarcanos
Por estar de V. E. algo distantes,
A rendir los tribunos soberanos
Con algunas excusas denigrantes.

Ya el derecho de "Lanzas" se ha extinguido:
El de "Cobos" apenas se realiza;
Y hasta el tomin de fábrica ha venido
A convertirse en una vil pesquiza.

Muy pronto el "Quinto" negarán quien sabe,
Si no se acude en tiempo y sin demora,
Y de estos reynos se verá la nave
Fluctuando en el peligro de hora en hora.

La vista de V. E. solo alcanza
Al círculo que forman los suburbios,
Y el importante asunto de finanza
Llegará á convertirse en mil disturbios.

Ni aquellas grandes Mitas se vigilan
Que inmensamente rinden por afuera;
Mientras aquí los pleitos siempre oxilan
Y el erario se atraza en su carrera.

Que con mandas y costas ne es posible,
Seguir nuestras tareas tan ingratas,
Ni hemos de hacer aquí un papel risible
Y tan solo esperar medias annatas.

El número efectivo está distante,
Donde la tierra muestra sus tesoros,
Y debe estar la vista por delante,
Que tambien los cristianos se hacen moros.

Fueron estas palabras tan marcadas,
Con tanto aplomo por su autor vertidas
Que el leal Virey mostraba sus miradas,
Con tales argumentos convencidas.

Y despues de una pausa muy lijera,
Al presentar á Carbajal su diestra,
Se la llegó á estrechar cual si quisiera
Abrirle el corazon con llave maestra.

Pero el arte que se usa en los palacios,
Se ha llegado á estudiar de tal manera,
Que á oscuras se recorren sus espacios,
Mucho mas en asuntos de cartera.

Pues decididamente el Virey dijo:
Señor de Carbajal, lo he meditado,
Y una vez mas de vuestro celo exijo,
Para el rey un servicio señalado.

Nadie mejor que vos en tal empresa,
Puede lograr un pingüe resultado,
Con la sagacidad y la destreza
Que habeis en muchos casos demostrado.

Vuesencia me confunde, me anonada,
Respondió muy sumiso D. Ramiro;
Mas solo mi persona no es llamada
A cumplir este encargo que no aspiro.

Mis atingencias de la Audiencia, el foro,
De mi familia inmensas atenciones;
Y lo que es mas, por mi honra y mi decoro
Debo yo de alejar murmuraciones.

En este asunto cruzan intereses,
Que se pueden glozar en mal sentido;
Y no quiero esponer á estos reveses
Las hojas de servicio que he adquirido,

—Descansad D. Ramiro en la conciencia
Que de vuestra lealtad el Virey tiene,
Y no haced una fuerte resistencia
Hoy que vuestro servicio nos conviene.

Habeis ya comprobado á dos monarcas,
Con gran fidelidad, vuestros anhelos,
Y hoy al tratarse de las reales arcas
Debeis multiplicar vuestros desvelos.

Sois pues Visitador de real Hacienda,
En la jurisdiccion del Vireinato:
Vuestra mision á todo fuero estienda
El poder que le doy mas ámplio y lato.

Tributarios, Mitayos, Encomiendas,
Impuestos generales y franquicias,
Capellanías, bulas y prevendas,
Ventas de oficios, diezmos y primicias.

Todo liquidareis con grande esmero,
Y al poder balancear las cajas Reales,
Vuestra conducta ante el monarca espero,
Que obtendrá las mas nobles decretales.

Conforme á la real cédula expedida,
Por el Despacho Universal del Trono,
Dejo en vuestra persona conferida,
La Dignidad que con mi firma abono.

Mas oxilára una litera andante,
Que el aguilillo paso que llevaba,
Y podria copiarse en su talante
Al caballo en que el Cid se remilgaba.

La blanca espuma entre su boca herbia:
No podian sus riendas levantarse;
Pues del ginete la intencion sentia
Muy antes que él pudiera imaginarse.

Lo que es el personaje que ostentaba,
Como á un ángel llevándolo en el aire,
Por donde ufano su esplendor mostraba
Iba luciendo su marcial donaire.

Abundante en salud, rico en dinero:
Con un abdómen mas que prominente,
Era inútil llevar ningun letrado,
Para decir que era hombre muy pudiente.

Ibale en zaga un escudero erguido,
No del color de Sancho ni su aspecto,
Que era un chalan de Lima el mas lucido,
Y en requebrar corceles muy perfecto.

Llevaba un alazan algo terciado,
Pero de unas pisadas centellantes,
Que estaba el animal como azogado,
Al sentir las espuelas oxilantes.

Un brillante esmeril muy cincelado,
Cruzábase delante de la silla,
Que mil veces habia vomitado
Muerte y horror en la gentil Castilla.

Cabalgaba el ginete con denuedo,
Y su rostro brillaba de alegría,
Cuando ordenaba con un solo dedo
El corcel que su cuerpo sostenia.

Era Juan el amante afortunado,
Que ninguno habrá echado en el olvido,
El mejor edecan que habia encontrado
Ramiro para estar bien guarnecido.

Los esclavos muy pronto perdonaban,
Las ofensas de un amo en su persona,
Porque la libertad lejos miraban,
Y en muy firmes cabezas la corona.

Y los amos bastante equivocados,
Crefan que esas gentes respiraban,
Solo para servirlos prosternados
Y ningun sentimiento cobijaban.

Pero volviendo al caballero andante,
De la rolliza y festival figura,
Procuraré seguir mas adelante
Lo que mi pluma describir procura.

El otro hidalgo andaba deshaciendo
Agravios de una dama fabulosa,
Y hoy el mio se afana persiguiendo
La estampa de Terán no muy hermosa

Aquel acometía á los castillos,
Que miraba tal vez su fantasia;
Mientras este captura en sus bolsillos
La plata, Dulcinea de hoy en dia

Con el Quijote de la antigua España,
Se burló la tenaz caballería:
Con el hidalgo del Perú y su saña,
Se insulta del favor la idolatría.

Aquel rompía lanzas con destreza,
Con la fiebre mental de adquirir gloria:
Los quijotes de ahora en su torpeza
Solo consiguen denigrar su historia.

Rasgos de honor aunque dementes fueran,
El de la mancha demostraba ufano:
Los hijos dalgos de hoy muy bien quisieran
No ser los sanchopanzas de un tirano.

La Barataria Insula persiguen,
Los que hoy pretenden mas que el escudero;
Y quiera Dios que su hambre y sed mitiguen,
Con pan de orgullo y agua de dinero.

Que ha sembrado Ramiros mi Ramiro,
Que tal vez se hallarán ya muy crecidos,
Por que el orgullo crece en un suspiro,
Mas los genios del mal crecen torcidos.

Pero sigamos la feroz jornada,
Que vá á emprender el héroe de los montes,
En la ciudad del Inca tan mentada,
Para arrazar sus aureos orizontes.

Preciso es confesar que el pensamiento
Que á Carbajal seguía dominando,
Era poder vengarse en un momento
De aquel infúco crimen tan nefando.

Por mas que aquel afan de enriquecerse,
Fuese la idea fija de su mente,
Cuando sentía el corazon moverse,
Era para aumentar su rabia ardiente.

Que corra pues como correr pudiera,
Una zaeta disparada al viento,
Sin mirar el verdor de la pradera,
Ni meditar un solo pensamiento.

Que los transeuntes, siendo poderosos,
Cabalgan en la plata que es lijera,
Para la cual no hay lances peligrosos
Y hace sin comentarios su carrera.

Y mas en esos tiempos de obediencia,
Que la persona de un Oidor de Lima,
Marchaba trascendiendo á Su Excelencia,
Mirando aquellos pueblos por encima.

Llegó por fin á la ciudad valiosa:
Roma de los antiguos peruvianos,
De tantos reyes la mansion suntuosa
Ricos en su poder mas no tiranos.

Bien hubiera querido el tal enviado,
No llevar un carácter tan visible;
Y ántes que todo hablar aquel Prelado
Para cesar su afan irresistible.

Pero oh desgracia! el hombre del Estado,
Tiene que convertirse en cumplimientos,
Cuando se halla quizá mas contrariado
Y sufriendo el dolor de sus tormentos.

La ovacion de su entrada fué suntuosa:
Ofrecimientos de local, festines:
Solo faltaba una triunfal carrosa,
Sendas de flores, cajas y clarines.

Y miéntras mas incienso se le echaba,
Y miéntras mas crecía la algazara,
Mas en su pecho el corazon se ahogaba
Por encontrarse en situacion bien rara.

Tener que hablar de grandes intereses,
Con magistral aspecto financiero,
Que habría abandonado una y mil veces
Sintiendo el corazon como un brasero.

Sin embargo, la edad que tanto sabe,
Pudo encontrar la tabla salvadora;
Y de la diplomacia con la clave
Para su empresa se buscó la hora.

La noche le aguardaba en su entrevista,
Con otro hijo de Loyola astuto,
Que la respuesta tuvo al punto lista,
La cual llenó su corazon de luto.

Pues el formal presbítero relata,
Como Terán llegára á aquel convento,
El que observando una conducta ingrata,
Lo abandonára luego en un momento.

Pero rompiendo el sello de una esquila,
Que con misterio la sacó de su arca,
Leyó: Terán hace diez horas vuela
Queriendo refugiarse en Cajamarca.

Todo el aliento le faltó á Ramiro:
Creía estar oyendo un cuento de Adas,
Pero dando á su aspecto un nuevo giro,
Pudo mirar sus fuerzas recobradas.

Me dareis esa esquila Señor mio,
Murmuró con acento mas pausado:
Yo tardaré en tomar al muy impío,
Pero lo encontraré, pues lo he jurado.

Y tomando el conciso derrotero,
De la marcha que hacía el fugitivo,
Salió al dintel del cuarto y su escudero,
Con mano fiel le presentó el estribo.

No era posible andar como alguaciles,
Tras la pista de un prófugo tan listo;
Y eran á mas ocupaciones viles,
Y el lance al fin podia ser mal visto.

De suerte que cediendo á lo ofrecido
Por un gran personaje acomodado,
Se encontró D. Ramiro constituido,
En un local igual al Obispado.

De mas es referir que hubo sarao,
Rendimientos, protestas y cumplidos:
Se habló de la vainilla y del cacao,
Que eran obsequios muy apetecidos.

Lo que es para cumplir con grande esmero,
La importante mision que le llevaba
De tributos trató al Encomendero,
Y al Receptor sobre el impuesto hablaba.

Llegó á faltarle espacio á aquella noche,
Cuando el solaz funesto se introdujo,
Donde por gala se hace un gran derroche
Y se suele perder solo por lujo.

Se habia adivinado el elemento
Del orgulloso héroe de mi historia,
Que al mirar de onzas de oro un regimiento,
Perdió de sus dictados la memoria.

Entre aquellos taures de gran tono,
Llevaba la palabra un rudo hispano,
Que al apostar mostraba el abandono,
Con que miraba ese oro tan villano.

Decía, que al jugar el hombre debe,
Jugar como el soldado entre la guerra:
Que el que á ganar bastante no se atreve
No merece vivir sobre esta tierra.

Sí Señor! prosiguió con mas desnudo,
Los que en el Cuzco habitan sobre el oro,
Para perderlo nunca tienen miedo,
Que miétras mas se apuesta hay mas decoro.

Pues aquí se ha jugado al sol radiante,
Antes que iluminara la mañana;
Y se habría jugado el gran diamante,
Que tanto guarda una arca soberana.

No hicieron mal efecto estas razones,
Por que la vanidad iba creciendo,
Y cada vez crecian las porciones,
Que ante el azar se estaban reuniendo.

Llegó el fragor á dominar la mesa:
Solo hablaba el dinero y no los hombres;
Y sin mas tratamientos de nobleza,
De los puntos ofanse los nombres.

El erario que andaba en la gaveta
De D. Ramiro, se perdió sin ruido,
Y al mirar su derrota tan completa,
Hubiera hasta sus títulos perdido.

Pero llegó la hora mas suprema,
En que es preciso confesar de paso,
Que el jugador figura el mismo emblema
De la formalidad en este caso.

Por que hay una lealtad extraordinaria,
En las grandes ofertas de tapete,
Que aunque raya tal vez en temeraria,
Se cumple como el rey cuando promete.

Apénas se paró un solo momento,
El amante infeliz de la fortuna,
Cuando miró con grande cumplimiento,
Las ofertas cumplidas de una en una.

Mas la diosa negaba sus favores,
Y Carbajal seguia padeciendo,
Que á la fatalidad en sus amores
El desdén de la suerte estaba uniendo.

Y á que seguirle mas en sus tormentos,
Para verle perder hasta el sentido,
En esa lucha horrible de avarientos,
En donde hasta el honor habia perdido.

Pues ya se oían cancelar impuestos,
Y hasta saldar los cálculos fiscales,
Con un sistema de contar funesto
Al incremento de las cajas reales.

Estaba al fin llenado el comctido,
Pues Carbajal dejaba chancelado,
Mucho mas del recaudo consabido
Que ante el Virey habia demarcado.

Y para mas colmar su desventura,
En su estado mental que daba grima,
Arrastrado tambien por su locura,
Perdió la casa que tenia en Lima.

¡Cuántas grandes misiones de importancia
Copiarán este cuadro desgraciado,
Por escucharse siempre la arrogancia
De un ser que por la intriga se ha elevado!

Y cuando con candor y con franqueza
Descubre el bien un ciudadano honrado,
Confunden su intencion con la vileza,
Por que no se le ve condecorado.

Pero dejemos emprender en tanto
Al soberbio Ramiro otra jornada,
Con un semblante que causaba espanto,
Despues de aquella noche malhadada.

Tal vez con esa idea dominante,
Logre adquirir un tanto de su calma,
Que si el oro ha perdido en un instante
Puede en otro tal vez perder el alma.

LUZ BELLA.

FIGURAOS un espacio en lontananza,
Por la luz de un relampago alumbrado,
Tan grande como grande es la esperanza,
Y que está por tinieblas circundada,

En el centro se mira una gran masa
Con una forma circular inmensa,
Que la penumbra de la tierra traza
Entre el raro color de niebla densa.

Tiene todo el aspecto de un planeta,
Sumergido en las sombras del averno;
Y en el aire este cuerpo se sujeta,
La voz obedeciendo del Eterno.

Un ambito estendido lo rodea,
Figurando la enorme graderia,
En que un inmenso pueblo se recrea,
En un acto tal vez de idolatría.

Allí se ven monarcas coronados,
Por doquiera sus cetros levantados,
De todas las naciones congregados,
Que otro aparato régio están mirando.

Se contemplan ciudades esparcidas,
De cúpulas soberbias y empinadas,
Tristes jerusalenes destituidas
De esas piedras por Dios valorizadas.

Sobre ese enorme globo oscurecido,
Hay de granito un trono cincelado,
Cuyas columnas de un aspecto erguido
Un poderoso rayo ha destrozado.

Sin embargo, se vé su arquitectura,
Modelo de la ciencia de otros dias;
Y puede contemplarse su hermosura,
A pesar de sus formas tan sombrías.

Elevado es su asiento que figura
La ruina de un gran templo abandonado,
Donde en vano sentarse un rey procura
Que al fin al mundo en pié se ha presentado.

No lo cubre la púrpura luciente
Que turba de los pueblos la mirada:
No lleva cetro, espada ni tridente,
Ni en su cuerpo la malla abrillantada.

Luce de Adan las formas baroniles,
Y una musculatura fascinante:
Tiene de la belleza los perfiles,
Y brilla su mirar como el diamante.

No calza la saldália del romano,
Ni la veste adornada de los persas,
Que al levantar su brazo soberano,
Dirije del poder todas las fuerzas.

Solamente su frente está ceñida,
De una corona en ángulos cortada,
De valiosos carbunclos guarnecida,
Con que á la multitud tiene asombrada.

En cada movimiento de su diestra,
Círculos encendidos se desprenden,
Que al punto que ha mostrado su siniestra,
Cual mundos nuevos por el aire hienden.

Parece que quisicra hacer la guerra,
A ese mundo de sombras que le ofende,
Y del centro candente de la tierra,
Saca esa lava que su soplo enciende.

Tal en su afán soberbio se le mira,
Conspirando al engaño y la falcía;
Y á donde quiera que su frente gira,
Forma una hoguera su mirada impía.

Creyérasele un Mago en las esferas,
Deseando derribar la obra del mundo,
Y en el sitio fatal de sus canteras,
Poderlo fabricar en un segundo.

Sus prestigios deleitan y envanecen,
Tiene á la humanidad en prespectiva;
Y aunque sus sombras todo lo oscurecen,
Su ciencia es muy profunda y persuasiva.

El descubre la entraña de los montes,
Para en rieles mostrar el oro puro;
Y en medio de sus negros horizontes,
Hace gozar un cielo prematuro.

Sus procélitos llenan las comarcas,
Y aunque su gran bandera está raída,
Tiene Príncipes, Papas y Monarcas,
Que le adoran tambien en su caída.

Por que él reina en la parte mas extensa,
Donde tiene su corte el pensamiento:
Allí en donde el alma solo piensa,
En gozar del placer á fuego lento.

Cuando la frente humana ya no alcanza,
Todo el saber que pide su egoismo,
Por contemplar el sol de su esperanza,
Piensa en salvar la fosa de un abismo.

Quiere mirarse el hombre en esa gloria,
Que con su génio audaz no ha conseguido;
Y olvidará tal vez hasta su historia,
Si en brazos del placer queda dormido.

No preguntéis quien es aquel adleta,
Que á sus pulsos el mundo se conmueve:
No lo queráis saber, que su zaeta
La mejor frente á devorar se atreve.

Por que este génio por doquiera intenta
Formar del Bien las gradas de su trono;
Y con la envidia audaz que lo alimenta
Poderlo pisotear en su abandono.

Que no pudiendo ser la Luz tan Bella,
Que al universo alumbra en lo invisible,
Emplea solo su tenaz centella,
Hiriendo al hombre con venganza horrible.

Guardaos de prosternar vuestra rodilla,
Al ver lucir sus aparatos ígneos,
Que el Mal tambien por muchas horas brilla,
Cuando está Lucifer en sus dominios.

No lo busqueis en la carrera humana,
Con aquellos ridículos disfraces,
Con que se engaña á la razon liviana,
Y se dominan almas incapaces.

Que sin protuverancias en la frente,
Penetra muy erguido en todas partes:
Que es para el mal, el génio inteligente,
Y es dueño de las ciencias y las artes.

Como hermoso galan entra en amores:
Como un gande político en la guerra;
Y hace siempre el papel de Monseñores
En todos los palacios de la tierra.

Donde ménos transita es en los prados,
Ni en cabañas de humildes labradores,
Que es amigo de timbres y dictados,
Entre un mundo esmaltado de colores.

En la intriga venal de los empleos:
En ese roce eléctrico del alma,
Donde un deseo engendra cien deseos,
Es donde busca su triunfante palma.

Porque tiene un lenguaje edificante:
Canta sus ilusiones con dulzura:
Su inspiracion recita como el Dante,
Para hacerse adorar en su locura.

Trazado así el Satanaz del mundo,
Génio del mal de tan fatal memoria,
Un personaje de saber profundo
Tengo que describir en esta historia.

Era este el Preósito citado,
Presbítero profundo en sus escritos,
Que en toda la Orden era muy nombrado,
Entre sus grandes hombres eruditos.

Hacía honra al siglo en que vivía
Con sus conocimientos avanzados;
Y el sermon que su frente discurría,
Era un ritual de los demas prelados.

Muy á pesar de defender con juicio,
La Regla dominante de Loyola,
No transijia nunca con el vicio,
Ni la supersticion que al hombre inmola.

Era tal el respeto que inspiraba,
Su conducta tan noble y tan laudable,
Que ese convento en su saber fundaba,
Del Instituto la existencia estable.

Era pues aquel ser que por sí solo
Con la sabia moral que difundia,
Lejos de consentir nunca en el dolo,
Era enemigo cruel de la falcía.

Tan ilustradas sus palabras eran,
En los dogmas su pluma tan notable,
Que aquellos de su siglo le creyeran
De una imaginacion incomparable.

El es quien describiera las facciones
Del génio que en los ámbitos del mundo,
Figura entre las varias religiones,
Como rey que gobierna en el profundo.

Sacando á luz la idea del progreso,
Le arrancó la careta á la ignorancia;
Y por dejar su pensamiento impreso,
Seguia siempre en su incansable instancia.

Los enemigos de la luz querian,
Zaherir sus escritos bienhechores;
Y por todos los medios pretendian
De sus ideas ser los detractores.

Sin embargo, la fuerza de su ciencia,
Y la imparcialidad de sus acciones,
Le hicieron sostener esa influencia
Que adquirieron sus rectas opiniones.

Si he trazado el carácter circunspecto
De este gran personaje tan severo,
Es para distinguirle del concepto
Que tuvo esa Orden por el mundo entero.

Pues aunque reunia los talentos,
Con el fin egoista que aspiraba,
No conseguia siempre sus intentos
Y la virtud allí tambien se hallaba.

De este varon insigne el pensamiento,
Era á los hombres dar un solo credo;
Y al elevar tan grande monumento,
Nada se comparaba á su desnudo.

Era inmensa su empresa, pues tocaba
De todo un clero el interés sensible;
Y la clara moral que promulgaba,
Era de una potencia irresistible.

Levantando su frente hasta los cielos,
Hacia descender sobre los hombres,
La magestad de un Dios que en sus anhelos
No distingue á los pueblos por sus nombres.

Decia que Israel era el emblema
De los seres virtuosos en la tierra;
Y que solo pesaba su anatema
En la maldad que el corazon encierra.

Decia que los hombres han nacido
Desde el primer albor de las edades,
Para un pueblo formar siempre escogido,
Sin cruentos sacrificios ni crueldades.

Que Dios de las batallas nunca ha sido,
Ni ha podido ordenar huestes sangrientas,
Ni en cenizas ciudades convertido,
Ni á su voz se han formado las tormentas.

Si tiene el mundo un centro escandecido,
Do la materia está en efervescencia,
Nunca su sabia mano lo ha elijido
Para una indefinida penitencia.

Por un amor que el hombre no ha alcanzado.
Por no tener del ángel la pureza,
La luz del universo ha reflejado
Al darle vida á la naturaleza.

Su epopeya entonaron los Profetas,
Con la primera inspiracion del mundo:
Fueron de su grandeza los poetas,
Cuyo lenguaje es hoy arto profundo.

A sus predecesores les dejaron
En el cuarzo incrustado el oro puro;
Pues con símbolos siempre se inspiraron
Y hablaba Dios tras del follaje oscuro.

A la interpretacion inteligente,
Que en la verdad se vá robusteciendo,
Toca abrir ese Libro que es la fuente
De todo lo que el hombre está creyendo.

Bajad hasta el pretil de esa cisterna
Que una agua pura mana de su seno:
Si la sabeis beber, salud eterna
Conseguireis, sinó, será un veneno.

Si quereis discifrar con el talento,
La parte material de esos renglones,
Esperimentareis el sufrimiento
Llevando el corazon siempre en jirones.

Si pensais encontrar la miés segada,
Sin apartar fatídica zizaña;
Sabed que vuestra frente en su jornada,
Mientras mas se envanece mas se engaña.

Si escarneceis aquel lenguaje humilde,
Imágen del candor y la pureza,
No entenderéis ni aun una sola tilde,
Ni el velo correreis de su belleza.

Ese libro es el harpa que han herido
De Salen las palmeras empinadas,
Que conmueve á los montes su sonido,
Que escuchan hoy las almas inspiradas.

Un abundante bálsamo escondido,
Lleva en su seno para toda herida,
Que cuando el corazon con él se ha ungido,
Siente correr mas plácida la vida.

Sus páginas parecen saturadas
Con un aroma misterioso y santo,
Que del hombre las horas desgraciadas
Suele aliviar con envidiable llanto.

Todo hombre allí puede mirar su historia:
Toda penalidad tiene un consuelo:
No hay recuerdo del alma, ni hay memoria
Que no se encuentre al levantar su velo.

Quien os aleje de ese libro, intenta
Dejar entre tinieblas vuestros ojos,
Si en sus secretos la razon se alienta
Al separar la flor de los abrojos.

Ni como proferir que esa vertiente,
Pueda jamás estar envenenada,
Ni que el inmenso amor de un Dios clemente
Pueda formar con ella una celada.

Si ese libro es la mesa del banquete,
Que ha preparado Dios á los virtuosos;
En las bodas que el cielo nos promete,
Deben haber manjares provechosos.

Como pues al mirar hijos sedientos,
Puede esprimir el sumo de la yedra,
Ni como un padre al ver hijos hambrientos, .
Puede cambiar el pan por una piedra.

Abrid aquellas páginas hermosas,
Abridlas y embebed vuestros sentidos,
Que encontrareis las plantas olorosas
De los valles de amor siempre floridos.

Si cantais con el Rey afortunado,
Sabreis pulsar una armoniosa lira;
Y al corazon del cieno levantado,
Sacudireis la hez de la mentira.

Si penetrais en el sentir profundo,
Que balbuciera Job entre sus penas;
Verdadero valor dareis al mundo,
Que de oro y plata forja sus cadenas.

. Aprestareis la grande fortaleza,
Con que dirige el justo su plegaria;
Y ante la iniquidad tendreis firmeza,
Para afrentar la envidia temeraria.

Que es su historia un espejo de la vida,
Que está repercutiendo las edades;
Y en sus palabras hay ciencia escondida
Escrita con la luz de las Pleyádes.

Levantad el sudario de ese siervo,
Y buscad la verdad en sus cenizas;
Y no seais como Elifaz el cuervo,
Que se gozaba en ver su cuerpo en trizas.

Cuando levanta el justo su querella,
No le digais que su alma se envanece:
Planta en el justo Tribunal su huella
Y en él, humilde vindicarse ofrece.

Cederle á el alma lo que á el alma toca,
Es imitar la rectitud del cielo:
No le selleis á la Verdad su boca
O hareis del hombre un Leviatan de hielo.

Acudid á este libro que es la Siega,
Abundante en espigas elevadas:
Su poética voz el alma riega
Y enaltece las frentes angustiadas.

Bebed pues de esta fuente primitiva,
Que la quietud del tiempo transparenta:
El corazon saciad con su agua viva
Que á las virtuosas almas alimenta.

Que cada nota suene en vuestro oído
Como el harpa tañida por el viento,
Como del bosque el desigual zumbido
Que conmueve el poder del pensamiento.

Que cada frace encuentre semejanza,
Con los dolores de la vida humana,
Para abrirle el camino á la esperanza,
Y hacerle un dique á la pasion tirana.

Llevad consigo este laud sagrado:
Templadlo y retempladlo á cada instante,
Que su acento es acento enamorado
Que siempre inspira un corazon amante

Su voz se eleva al Cielo en armonías
Que llegan hasta el coro del Eterno;
Y al quererlo pulsar manos impías,
Lleva sus truenos al profundo averno.

Arca es su seno que un tesoro encierra:
Deposita el aliento de la vida:
Abriéndolo el dragon salta la guerra,
Si lo abre la Virtud, la Paz querida.

A tí humanidad, á tí te invito,
Para abrir esta urna sacrosanta:
Medita bien lo que hay en ella escrito,
Y la vista de tu alma al fin levanta.

Ved hasta aquí el sentir de un hombre austero:
Honra de aquellos tiempos atrasados,
Que no obstante llevaba un vil letrado,
Por que en su grey hervian los malvados.

Pero no es en la ermita únicamente,
Donde el alma del sabio fructifica;
Que en medio del tumulto impertinente,
El hombre grande el porvenir fabrica.

Allí á travez de anhelos incitantes,
En donde el vicio y la virtud se chocan,
Tiene el alma deseos palpitantes
Que á vencer ó morir siempre provocan.

Y este genio que habia meditado,
Por largos años su perenne idea,
Con brazo audaz y espíritu esforzado,
Toda su inspiracion en ella emplea.

Testigo presencial de ese tumulto
Que la reforma religiosa hiciera,
No contestó el agravio con insulto,
Por que él giraba en superior esfera.

Todas las controversias escuchaba,
Cirniendo la verdad de todas ellas;
Y su talento así compaginaba,
Una constelacion de ideas bellas.

Y entre su gran sistema planetario,
Con que intentó alumbrar la frente humana,
La Religion sublime del Calvario,
La órbita ocupaba soberana.

Los cielos describió de Tolomeo,
Y avanzando su pluma con maestria,
Repitió la expresion de Galileo,
Desde el Austro á la luz del Mediodia.

Y no encontrando código mas santo,
Que el de Jesus dictado en la Judea,
Piensa, y escribe su famoso canto
En que tal vez toda su vida emplea.

Cual si su pluma fuera el escalpelo
Para operar la disceccion del alma,
Corta y descorre de la Biblia el velo,
Y siembra en ella un triunfante palma.

Se atreve á predecir que Jesucristo,
Debe venir al mundo entre su gloria,
No como el Redentor que el hombre ha visto,
Sino á dar de grandeza fé notoria.

Que allanará la faz de las naciones,
Para elevar su trono majestuoso;
Y todas las impuras religiones,
Piedras serán de su sitial coloso.

Que una octaviana Paz llenando el mundo,
Con la prosperidad de la justicia,
Pondrá á la humanidad en un segundo
Ante su majestad siempre propicia.

Que muy distante de esta habrá una era,
Para finir los dias del Planeta,
Cuando de Dios entre su inmensa esfera,
La santa voluntad se halle completa.

Pero afirma tambien que esta esperanza,
Estriba en la doctrina inmaculada,
Que guarda una divina semejanza
Con la Hostia que fué sacrificada.

Se cumplirá la prediccion, si un día
No se cambian las sabias expresiones,
Que pronunciára un Dios en su agonía
Para llenar de uncion los corazones.

Si no se pone en pública subasta,
De esa víctima el fruto incomparable;
Y entre oro y piedras su valor se engasta
Como materia ruin y miserable.

Si no se omite su bondad sublime,
Incólumes guardando sus mandatos,
Y no se vé la humanidad que gime,
Bajo sus herederos tan ingratos.

Si en su vestido humilde no se juega
La holganza y la fortuna de la vida,
Haciendo en él la ascardalosa Siega,
Del Cristianismo cancerosa herida.

Sabias, muy sabias sus palabras eran:
¡Quién pudiera copiarlos con fineza!
Otros vendrán que al bien estar prefieran
La redencion del alma y su grandeza.

.....

.....



OTRA INCURSION DEL OIDOR.

AHORA vamos en busca de Ramiro,
Que se encuentra en el valle afortunado,
Que por su aspecto y de su rio el giro,
Por el de promision yo lo he tomado.

Como expertos y erguidos centinelas,
Se elevan los nopales en su orilla,
Que contemplan dos líneas paralelas,
Donde de plata una serpiente brilla.

Si no tiene racimos tan hermosos,
Como los de Canan, tiene el sarmiento
Que reunió tesoros fabulosos,
Al mandato del rey mas opulento.

Si leche y miel no mana en esa tierra,
Que con su corte honrara aquel imperio;
Primeras líneas de una historia encierra,
Que fué para la España un gran misterio.

Tiene una prominencia prodigiosa,
Donde Pizarro cual Moisés pudiera,
Mirar de lejos la ciudad valiosa,
Rico botin de su ilusion primera.

Desde este Nebo en la comarca indiana,
¡De cuantos sinsabores se curaron!
Los que con su cortante toledana
Una cruz en su tierra señalaron.

“Cumbe” grandioso, espléndido atalaya,
Rodeado de verdor y de hermosura,
Que al imbazor puedes poner á raya,
Apenas plante el pié sobre tu altura.

Tú eres otra termópila admirable,
Corpulenta vanguardia de tus hijos,
Que haciendo la agresion siempre palpable,
Defiendes tus hogares y cortijos.

Tú le dijiste atrás á los guerreros,
Cuyo valor á todo acometía,
Que solo con discursos lisonjeros
Desplegaron despues tanta osadía.

Y si dejaste undir en tus espaldas,
Del soberbio caballo la herradura;
Rodando habrían ido por tus faldas,
Si Ataliva no cede en su bravura.

Sobre esta misma altura se encontraba,
Un descendiente fiel de esa conquista,
Carbajal el Oidor que contemplaba
De Cajamarca la frondosa vista.

Despues de haber paseado en su memoria,
Cuantas ideas de ambicion tenia,
Hizo promesa de olvidar la historia
Que acontecióle en el Cuzco habia.

Y en efecto, pisando las praderas,
De esa ciudad de tan fatal jornada,
Sus esperanzas fueron lisonjeras
Cuando salió á su encuentro una embajada.

Las mismas ovaciones se le hicieron,
Con las mas humildosas cortesías:
Harto se le alhagó y hartó mintieron,
Que estos actos se ven todos los dias.

Y volvieron las mismas discusiones,
Sobre reales impuestos y alcabalas;
Y de las mitas, rentas y pensiones,
Recorriéronse todas las escalas.

Tan ilustre viajero es muy probable
Disfrutara en suntuoso alojamiento:
Ricos manjares, lecho confortable
Y otros dignos anexos al intento.

Pero sabe el lector la pesadilla,
Que sigue atormentando su cabeza;
Y que la rabia el pecho le acuchilla,
Mientras no cumpla el fin de su fiereza.

Así es que su primera diligencia,
Fué presentarse á aquella prelación,
Que debía poner en su presencia,
A Terán, según orden que tenía.

No debía causar gran extrañeza,
Que el fugitivo astuto y diligente,
Manejase su asunto con presteza,
De modo de no hallarse allí presente.

Por manera que el clérigo encargado,
Por la Orden central que estaba en Lima,
Puso, al Oidor un tanto esperanzado
Con una acción que su venganza anima.

Pues concluido el saludo y rendimiento,
Debido entre personas de alta clase,
Lo condujo al contiguo alojamiento,
En donde él mismo con Terán hablase.

Pero al llegar quedóse estupefacto,
De tal manera el circunspecto anciano,
Que D. Ramiro comprendió en el acto
Que había fugado el clérigo villano.

Todo puso el Prelado en movimiento,
Con investigaciones minuciosas:
No dejó de buscar ni un aposento,
Y fueron sus pesquisas afanosas.

Trascurrido un momento se presenta
Delante del Oidor con una esquila,
Que en escritura por demas violenta
La evasión de Terán se le revela.

Trazábase su fuga tan violenta,
Sin descanso en las postas ni un instante,
Que aunque fuera en su alcance un regimiento,
No le podría nunca echar el guante.

Con su cuerpo lineal sobre un caballo,
Sin igual en su paso de aguilillo,
Haciendo el viaje mas veloz que un rayo,
Se hallaba en las goteras de Trujillo.

Aqui el semblante del Oidor tomaba
Toda la palidez de la retama;
Y cuando su furor casi le ahogaba,
Con una imprecacion su frente inflama.

Le seguiré hasta el centro de la tierra,
Prorrumpió sacudiendo el pavimento:
Mi honor se va empeñando en esta guerra,
Y el primer choque debe ser sangriento. .

Prevenme Juan de nuevo el equipaje,
Para emprender tras del cobarde hoy mismo,
Que he de saciar con sangre mi coraje,
O en esta empresa perderé el bautismo.

Las palabras apénas se apagaron,
Y ya el lacayo habia distribuido
Los arneses que pronto se hevillaron,
Que era de Juan el lance apetecido.

Y era por cierto esta aventura ingrata,
Para su corazon enamorado,
Pues cada dia mas que se dilata,
Lo aleja de su objeto idolatrado.

Y es consiguiente, en tanta inteligencia,
En tanta luz y tantos resplandores,
Elevan su saber á una potencia,
Que se pierden de vista estos Señores.

En los hombros del águila altanera,
Los suspende el valor de una encomienda;
Y hablan con tanta ciencia allá en su esfera,
Que acá en la tierra no hay quien los comprenda.

Creen imposible que haya inteligencia,
Donde la prespicacia se cultiva;
Y que la planta humana en la inclemencia,
Por un milagro se mantiene viva.

Es indudable que la luz en foco,
Debilita por grados la mirada,
Y que el orgullo viene poco á poco
A ser un miope que no mira nada.

Si esto se vé en la escala ciudadana,
El aspecto se aumenta en los empleos,
Donde la inteligencia mas mediana
Suele ostentar los pulsos filisteos.

Si el empleo creciera como crece
La planta productiva... ya se entiende....
Mas quien sin flores pronto fruto ofrece,
O ha comprado favor ó su honor vende.

Podria perdonarse á la fortuna,
Estas elevaciones á su antojo,
Si aquellos que protege, hasta la luna
No quisieran llevar todo su arrojo.

Pero Señor! parecen esos rayos
Que Júpiter forjára en el empirio,
Y es el mundo un enjambre de lacayos,
Para ellos cuando están en su delirio.

Que rueda de Sesóstres, ni que axiomas,
Cuando el orgullo en la locura raya:
Miéntras él vive respirando aromas,
El oro sirve á todo de pantalla.

Era esta pues la órbita anchurosa
En que jiraba mi hombre de fortuna:
Gran magistrado de opinion famosa,
Adquirida tal vez desde su cuna.

Su intolerante génio en el bufete,
Tenia proporciones colosales:
Tratando á todos como al vil grumete,
Harto insultantes eran sus modales.

A esa pobre milicia de aspirantes,
Que se halla en todo centro de oficina,
Llamaba con apodos denigrantes,
La vil polilla que al erario arruina.

Distincion por talentos ó hidalguia,
Era para él manzana prohibida;
Que en su sacra persona se absorvia
La pretension de una soberbia erguida.

Si ha de buscarse un símil semejante
A sus aspiraciones temerarias,
Nuestra historia nos pone por delante,
El carácter soez de D. Pedrarias.

Indómito como él, nada cedía,
Si de un honor ó de interés se hablaba;
Y con una estudiada hipocresía,
Trabajos clandestinos preparaba.

Si la murmuración se levantaba,
Tenía tanta infamia su experiencia,
Que hasta la luz de la verdad soplaba
Dejando á oscuras todo su influencia.

Sobre los fondos la eternal plegaria,
Jamás se desprendía de sus lábios:
Era su arma feroz parlamentaria,
Y en este asunto sus discursos sabios.

Quitar empleos, suprimir pensiones:
Siempre en su boca el Margesí, la Alzada,
El rayo, las galeras, las prisiones,
Era su gran caballo de embajada.

Siempre absolviendo á medias las consultas,
Oyendo sin oír las opiniones,
Eran sus providencias siempre incultas,
Convirtiendo sentencias en sermones.

Y siendo Oidor, su empleo desmentía,
Por que á nadie su audiencia le prestaba;
Y en la causa que á él no convenía,
Sordo como un difunto se mostraba.

El arma de la imprenta no se usaba,
Con que hoy se juega tanto á todas manos;
Mas el Hombre-Gaceta se encargaba,
De servir por dinero á los tiranos.

Y esos grupos parlantes circundaban
Las personas notables del Gobierno,
Y con sonantes tipos divulgaban
Toda la algarabía de un infierno.

Si en esta digresión me he distraído,
Es para figurar las opiniones,
Que en esta capital se han esparcido
Cuando el Virey mostró las instrucciones.

Por que si él sostenía paniaguados,
Que le hacían la corte á su dinero;
Era mayor el grupo de insultados
Por su carácter insolente y fiero.

Pues la historia de Elena se sabía,
Y una que otra intriguilla ultramontana,
Y casi medio Lima padecía,
Por su conducta indómita y tirana.

Terminado este exordio seguirémos,
Los pasos de Ramiro en su pesquisa,
Aunque Terán parece, según vemos,
Que todos sus esfuerzos magnetiza.

.....

.....



1

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

ENTRADA DEL OIDOR Á TRUJILLO.

EN la hondulosa franja que ha formado
El Pacífico Mar del Continente,
Entre arenas y flores se han fundado,
Ciudades de un aspecto floreciente.

Una tal vez gozó las simpatías
Del que trajo la Cruz á estos lugares,
Y en ella quiso recordar los días
De sus primeros hechos singulares.

Con una muy prolija diligencia
Sus muros levantó con simetría,
Y á su aspecto le dió cierta presencia
Que entónces la Metrópoli tenia.

De las flores le han puesto el apellido,
Por que en verdad se mira la floresta;
Pues con su vista embriágase el sentido,
Y el alma su alegría manifiesta.

Allí se halla el solaz de los prendados:
De los poetas la ilusion sentida;
Y recuerdos tal vez que están marcados,
Para todo el trascurso de una vida.

Pero volviendo al centro las miradas,
Quiero pisar los reales de este plano,
Cuyas crónicas fueron mal glosadas
Con un criterio por demas liviano.

Hija de un héroe esta ciudad hermosa,
Pudo muy bien fundar su bizarria,
No como el vulgo llama, presuntuosa,
Sino por los derechos que tenia.

Al siguiente año que naciera Lima,
Pizarro ha levantado sus cimientos;
Y fué para él de la mayor estima,
Gastando en su esplendor muchos momentos.

Aquella gran persona de esa era,
Poderoso Marquez del Atabillo,
Recordando la patria en que naciera
Quiso ponerle el nombre de Trujillo.

Su predilecta hija le llamaba,
Y copiando de Lima las facciones,
El con su mismo brazo delineaba
De sus correctas calles los girones.

Y mas tarde su clero que procura,
Obedecer su órden soberana,
Hiso la Catedral que es miniatura
De la que es hoy la Metropolitana.

Que ostenta aun la obra prodijiosa,
Que la moderna edad hoy ha copiado;
Y lo que tiene mas de portentosa,
Es no haber en un punto discrepado.

Pues las faces se ven dia por dia,
De la luna que muestra su carrera,
Que la misma del cielo fallaría,
Miéntras la de la tierra está en su esfera.

A esta ciudad sus pasos dirijia,
El mas empecinado de mi historia:
Mi D. Ramiro Carbajal que ardia,
En sus deseos de dinero y gloria.

Por la aciaga portada que he pintado,
Su humanidad debia presentarse,
Siempre en sus ruines planes engolfado,
De que el lector no debe ya admirarse.

Juan el esclavo alegre le seguia,
Pues en la costa su ilusion se hallaba,
Porque su alma y su cuerpo padecia,
Desde que ausencia y frio soportaba.

Lo que es aquí su corazon se anima:
Piensa escuchar los ecos de Jacinta,
Y como en un recuerdo á Lima,
En sus miradas se pinta.

Ah! que suspiro y lánguida mirada;
Le arrancó esa ciudad que tanto amaba;
Pues de Jacinta oyó la voz plateada
Cuando la sed de amor su agua saciaba.

Respecto á nuestro héroe de alta estima,
Pensando en su fortuna á toda costa,
A la dicha portada se aproxima,
Para cernirse allí como langosta.

Pues fallidos sus planes anteriores,
Llegó á formar los mas desesperados:
Impuestos inventó de mil colores,
Gabelas y derechos ignorados.

Pero una idea fué mas culminante,
Que por dequier su corazon domina:
Mandar recolectar en el instante
La plata que existiera macuquina.

Era muy terminante la ordenanza,
Que mandaba fundir estos caudales;
Y D. Ramiro tuvo la esperanza,
De aprovechar de estos decretos reales.

Fundida ó no fundida marcharia,
Para la Casa Real de la Moneda;
Y si merma tenia ó no tenia,
Siempre el recíduo en su poder se queda.

Oh que honradez, que providad, que celo,
Miente el hombre detrás de un buen empleo;
Mas quien de su conducta toque un pelo,
Sin mas ni menos se convierte en reo.

¿Quién no ha visto á estos seres absorbentes,
Decantar la pureza de un destino,
Cuando con bien forjados expedientes,
Se hacen ricos del modo mas divino?

Y bajarán al Sol y á las estrellas
Al descubrir un fraude miserable;
Y sin dejar las mas pequeñas huellas
Desplegaron un celo inimitable.

Molineros del mundo, cuya harina
Suelen llevar en bongo á sus graneros;
Y con aquel afrecho que origina,
Quieren alimentar los jornaleros.

Perdónalos Señor, porque no saben,
Que nosotros sabemos lo que quieren;
Pues mientras todo el mundo ellos se traguen,
Otros verlos comer tal vez prefieren.

Pero no debes perdonar á aquellos,
Que conociendo estómagos tan grandes,
Embaucados con discursos bellos
Les darán á comer hasta los Andes.

Triplicáronse aquí las ovaciones,
Para el Señor Oidor comisionado;
Pues se formó el gentio en dos cordones,
Apenas se le habia divisado.

La vecindad de nobles le acompaña,
Para el mas distinguido alojamiento,
Y él con su gesto y su indomable zaña,
Marchaba como el rey mas opulento.

Los saludos apenas devolvía,
Que entraba como el juez muy prevenido,
Con el aspecto y la mirada fría
Para solo cumplir su cometido.

Su primera pregunta se dirige
A investigar do está la "Compañía,"
Por que también el lance que le aflije
Le pone mas adusto cada día.

La sucursal jesuitica se hallaba,
Donde aun permanece hasta estos días;
Pues de la plaza el cuadro se observaba,
De su iglesia de tantas agonías.

Que el vértice de un ángulo ha formado,
Dentro de cuya escuadra mantenía,
Ese santo poder que le fué dado
Por todas las conciencias que absorbía.

Hoy tan solo vestigios han quedado,
De ese antiguo esplendor tan temerario,
Que recuerdan los males que han legado
Los frutos de un desleal confesonario.

Aquí los agazajos y cumplidos,
Fueron de una manera mas decente;
Pues parece que estaban prevenidos
Los hombres á batirse frente á frente.

A estos alientos dan lugar por cierto,
Las demasias de un orgullo insano,
Que presumiendo ser el mas experto,
Se rinde á discrecion tarde ó temprano.

En el mundo sociable no se usaban
Nuestros brindis correctos y concisos,
Y de otro modo llano se saldaban
En los bodorrios tales compromisos.

Creían que eran actos muy paganos,
Aquellas orgullosas libaciones,
Que antes del Cristianismo los Romanos
Usaban en sus régias reuniones.

El valor de un banquete lo apreciaban
Por la abundancia en viandas succulentas,
Por el añoso vino que apuraban,
Y el tráfico incesante de sirvientas.

Desperdiciar, destruir sin miramientos,
Y hasta arrojar al aire la vajilla,
Era hacerle al orgullo monumentos
En la edad de la toga y la golilla.

En cada comilona de esta clase
Se levantaba de babel la torre,
Y el vino le formaba aquella base
Tan delesnable que el placer recorre.

Y sin embargo, habian distinciones
En ese bombardeo tan nutrido,
Y en esas andanadas de expresiones
De donde alguno resultaba herido.

Por que aquel que quedaba circunscrito,
Solo á comer sin contestar cumplidos,
Se torturaba en el mayor conflicto,
Pues eran á él los tiros dirigidos.

Mas si no habian brindis elocuentes,
La usanza de ese tiempo preparaba,
En esos agazajos imponentes
Las coplas que algun quidan recitaba.

Y para hacerse el acto mas completo,
Seguíase la historia sostenida,
Alegoria fiel de aquel Sujeto
A quien se dedicaba la comida.

Tan estudiada estaba ya la escena,
Que el que debia hacer las tentativas,
Planteaba la cuestion con faz serena,
Buscando circunstancias alucivas.

Asi es que distribuidos los asientos,
Estaban los papeles repartidos,
De modo de seguir los argumentos
Al principal objeto dirigidos.

Habia otra costumbre tambien rara,
Para obsequiar personas de alta clase:
Que en medio de las viandas se encontrára
Lo que su empleo y nombre recordase.

Agregando á estos signos exteriores,
Los guisos provinciales que apreciáran,
Y hasta las mismas frutas y las flores
Aunque con peso de oro se compraran.

Todo esto se encontraba en esas bodas,
Mas que un banquete de Canan nombradas,
Que un Coloso ostentaban como en Rodas
Con sus enormes piernas almendradas.

Levantaba en el brazo como un faro,
Una arca tan cōlmada de dinero,
Que era ya un signo muy patente y claro,
Para no comprenderlo el mas grosero.

Fué pues tan diestro el escultor dulcero,
En formar las facciones del diseño,
Que el busto sin tener ningun letrado
Se llegó á conocer sin mucho empeño.

La tal estatua vino á convertirse
En blanco de la sátira punzante:
Todo fué parodiarla y sonreirse
A la par de la burla mas picante.

Uno decía: es el Perú pudiente,
Que de un paso salvando las Antillas,
Al Monarca le lleva el gran presente,
Para adquirir Toison y campanillas.

Otro: que era el Goliath de los impuestos,
El nomplus ultra de la Real Hacienda,
Que haciendo de honradez nuecas y gestos,
Conquistaba para él una prevenda.

Aquel: que figuraba el fiel retrato,
Por su fornido cuerpo y sus señales,
De uno que pretendía el Vireinato
Repartiendo en la Corte sus caudales.

Por aquí — que era el lobo del Erario:
Por allá — la cabeza de Medusa:
Este — de Mahoma el dromedario:
Aquel — de la ambicion la hipotenuza.

Y se cruzaban chistes, carcajadas,
Entre las puas propias de esos días,
Que solo les faltó las mazcaradas,
Y un paseo con caja y chirimias.

Ya era bastante el lance para el caso
En que el orgullo de Ramiro hervía,
Dando á su rabia un dilatado plazo
Para lanzar la voz que contenía.

Mas meditando luego que el percance,
Reclamaba el poder de su experiencia,
Con tal maestria manejára el lance,
Que dió una gran lección de su prudencia.

Mas los que han traducido por cordura,
El modo de portarse en D. Ramiro,
No han penetrado el fondo de impostura
Que encuentra su alma en el mas leve giro.

Presumia el Oidor que sus contrarios,
Ante el Virey lo habrían calumniado,
Y andar allí con pasos temerarios,
Era insinuar un fallo anticipado.

De modo que fingiendo en el banquete
Una satisfacción muy palaciega,
Tomó papel en ese vil sainete,
Y con falcía á su soláz se entrega.

Y á todos agasaja y compromete
A consumir el generoso vino,
Que convertir quisiera en un mozquete.
O en la misma lanzada de Longino.

Mas con sus ojos de Argos remarcaba,
Una por una esas fisonomías,
Que en la cartera del rencor guardaba
Para la cruel venganza de otros días.

Ya es de presumirse que el castillo
Que Ramiro en el aire habia formado,
Se derribó en el suelo de Trujillo,
Y que su plan se hallaba contrariado.

Todo pues se redujo á memoriales,
Sustanciados en forma circumspecta,
Y los "ruegos y encargos" magistrales
Para hacer del tributo la colecta.

Que hay una Tauromáquia en los empleos,
Que es muy precisa en el civil torero,
Que si la entiende adquirirá trofeos,
Si no, perecerá en el bramadero.

Así es que en donde menos presumia
El Real Visitador cumplir su encargo,
Tuvo que soportar su alta osadía,
Tragándose el brevaje mas amargo.

Yo no sé como no se canonizan
Los que el cilicio del avaro visten,
Cuando con él su cuerpo y alma trizan,
Y mas que un santo su dolor resisten.

Parece blasfemar! . . . pues yo creyera,
Que aspiran mas la gloria del dinero,
Cuando Satan sus goces exajera
Cada vez que á una cifra aumenta un cero.

Bueno es tener, gozar y sus anexos,
Cuando la beatitud no se ha elegido;
Pero adquirir con hábitos perversos,
Es tener corazon muy corrompido.

Terminada una escena tan ingrata,
Se retiró el Oidor á su aposento,
Con el pesar que su esperanza mata
Y empieza á trastornar su pensamiento.

Para curarse un tanto de su enojo,
Encamina sus pasos al convento,
Donde tercera vez busca su arrojo
La venganza que forma su tormento.

Pensaba desfogar todas sus iras
Si en el claustro á Terán no le encontraba;
Y declarar al fin que eran mentiras
Del Prelado que la Orden veneraba.

Que ¡cómo un reo así puede burlarse
De una requisitoria tan prolija,
Que en tres jornadas no ha podido hallarse,
Y mas teniendo una morada fija?

Con estos pensamientos se encamina,
Cuando la luz del sol se concluía,
Hasta ese templo que formaba esquina,
Y se anunció en su antigua portería,

Todo el claustro se puso en movimiento,
Al oirse su título y persona;
Pues todos presunieron al momento,
Algun mandato real de la corona.

Que como ya tenemos prevenido,
La Jesuítica Orden se encontraba,
En un estado bien comprometido,
Por lo mucho que de ella circulaba.

Y era el tiempo en que todos se esmeraban
En mostrar lo contrario de sus planes;
Y en la Orden las virtudes simulaban,
Deseándola salvar con mil afanes.

Se presentó el Prelado á recibirlo,
Rindiéndole el mayor acatamiento,
Y consiguió á su celda conducirlo
Para cederle un distinguido asiento.

No fué preciso que el Oidor hablase
Del objeto que allí lo encaminaba;
Y antes que D. Ramiro interrogase,
El respetuoso anciano contestaba.

Su señoría viene á reclamarme
Un indigno presbítero — no es eso?
Que á mi también acaba de burlarme
Cuando por un mandato estaba preso.

Aquí teueis la esquila que me escribe,
Quien manda de Jesus los Regulares,
Donde severamente le prohíbe
Un momento salir de estos lugares.

Mas encontrando un cómplice en la noche
Ha quebrantado la órden su vileza,
Y por la puerta nominada Moche
Ha emprendido su fuga con presteza.

Pero segun los datos que he tomado
De mis comisionados de confianza,
Hasta Lima su viaje ha meditado,
Y de cunplirlo lleva la esperanza.

Su carácter le impide el ocultarse,
Pues el último Breve ha prohibido,
Las falsas cabelleras colocarse,
De modo que será bien conocido.

Solo en su claustro puede hallar abrigo,
Y el Prepósito siendo circunspecto,
Lleva por cierto la prision consigo
Y del castigo vá en camino recto.

Basta Señor! . . prorrumpe enfurecido
El orgulloso Oidor—basta de engaños,
Que vuestro Gran Prepósito ha mentido,
Y seguirá mintiendo largos años.

Pero le juro á fuer de caballero,
Que al presentarme en Lima, su falsía,
Publicaré con voz de pregonero
En todo el resplandor del mediodia.

Y esto diciendo se dispuso el viaje,
Que por el mar debia de emprenderse,
Para dar mas ventaja á su coraje,
Pues la farsa acabó de conocerse.

Sin embargo que el clero dominaba
En esa edad muy poco mariuera,
Que siempre el testamento se formaba
Antes de hacer por mar una carrera.

Un galeon que cruzaba por la costa
Vigilando al Pirata ultramarino,
En su cámara incómoda y angosta
Condujo á D. Ramiro á su destino.

Cosa rara! . . y las ínfulas del puesto,
Que tantos rendimientos reclamaba,
Tuvieron que viajar como en arresto,
Cuando el canto del gallo se escuchaba.

Miseria humana! expuesta á la mudanza
Con que siempre entretiénese la suerte,
Que hasta en el esplendor y bienandanza
Mezcla los sinsabores de la muerte.

Si con mas calma hubiera meditado,
Una salida digna de su rango,
No se le habría tanto criticado
Hasta llenar su propio honor de fango.

Pues en corrillos todos indagaban
La causa de tan súbita partida,
Y toda su visita la glosaban
Con los mas negros rasgos de su vida.

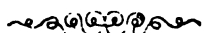
Que es muy veloz la fama de lo malo,
Y desempeña su mision gratuita,
Cuando por justo precio y con regalo
Le sirve al bien cuándo la necesita.

¡Cómo un Señor de tantas campanillas,
Privado del Virey, con tantos fueros,
Que disfruta el blason de ambas Castillas,
Contado entre los inclitos guerreros!

Puede correr cual corre un fugitivo;
Sin duda la traicion que meditaba
Ha motivado tan veloz arribo
— En ese vecindario así se hablaba.

Pero entre tanto el héroe del tributo,
Va cortando las ondas del Oceano,
Pensando herir con el puñal de Bruto
Cuando tenga la víctima en su mano.

.....
.....
.....



LOS CALABOZOS DE SAN PEDRO.

CUANDO el oscurantismo gobernaba
Las pudientes naciones de la tierra,
Todo en medio de sombras se forjaba,
Ya fuera entre la paz ó entre la guerra.

Siempre el sistema sigue á las ideas,
Y desde que á la luz se combatía,
Con la oxilante flama de las teas
Se hacía lo que se hace en pleno día.

Por doquiera imperaban las cavernas,
Inmensas, subterráneas galerías,
Contínua lóbreguez, penas eternas,
Y en las tinieblas llantos y agonías.

Como la sierpe el hombre se enterraba
Intentando roer la planta humana,
Y por cada raiz que mutilaba,
Le derribaba de oro una manzana.

Y mientras Dios formára el paraíso,
Con los rayos del sol iluminado,
El interés bajo la tierra lo hizo
Cuando era el oro el capital pecado.

El poder del misterio se prestaba
A la elucubraci3n del pensamiento,
Y en los sótanos todo se operaba,
Bajo una Regla de infernal talento.

Las ciudades se hallaban sostenidas
Sobre unas catacumbas dilatadas,
Que servian de pérfid3s guaridas
Para las mas inf3cuas emboscadas.

Y siendo Lima el centro de opulencia,
Que dominaba todo el Vireinato,
En ella se formó con preferencia
Un subterráneo y tétrico aparato.

Y como aquella Regla de Loyola,
En la árc3a de San Pedro recidía,
De esas sendas no habia ni una sola,
Que á este centro comun no conducía.

Y es tan veraz el rasgo que describo,
Sobre esta propension de hacer cavernas,
Que hasta en la misma época en que vivo
Tengo que ver un templo con linternas.

Se puede entrar aun en la arqueria
Que hace una inmensa nave tenebrosa,
Que hasta hoy le llaman "Penitenceria,"
Donde se hizo tal vez muy rigurosa.

De una techumbre apénas elevada,
Por los discos de un mármol trasparente,
Atravieza una luz ya desvirtuada
Que el pavimento alumbra débilmente.

Pues cuando está reverberando el día,
La contricion al corazon domina,
En este sitio que huye la alegría,
Sintiéndose una lumbré vespertina.

Parece continuar la galeria
Que ha carcomido de la tierra el seno,
Tal se anda allí con una faz sombría
Cuando está la ciudad en día pleno.

Es indudable pues que estos lugares,
La clave del secreto han contenido,
Y que en el centro habrán otros pilares
Sobre los cuales se hayan erigido.

Tal vez allí se encuentren edificios,
Verdaderas señales de los planes
De esos que fueron héroes en los vicios,
Y de la hipocresía los titanes.

En esos tiempos su exterior se hallaba
Con todo el aparato necesario,
A ese plantel que el Orbe dominaba
Con todo su poder extraordinario.

Y ménos la ciudad donde existían;
Pues allí ciertas causas sustanciaban,
Cuyos reos á Lima se traían,
De modo que el camino no miraban.

Y se encontraba á un hombre en el pasaje
Con oscuros anteojos que traía,
Y llevaba tal vez distinto traje
Del que aquel individuo se vestía.

Y los comisionados entregaban,
Bajo de una consigna responsable,
La persona del reo que guiaban
Con una exactitud inimitable.

La falta de Terán era tan grave,
Que en otro tiempo habría sucumbido,
Al transitar la subterránea clave
Que á mi lector trazar he pretendido.

Mas la Orden se hallaba en fiscalia,
Y entónces sus adeptos procuraban,
Comprobar su inocencia en claro día
Contra aquellos que tanto la insultaban.

Y era Terán el cuerpo del delito,
O mejor, la cabeza de un proceso,
Que seguian del modo mas perito
Para probar que era inocente el preso.

Y el Prepósito insigne que fincaba
En la marcha de la Orden su doctrina,
Aunque sus malos pasos no ignoraba,
Con houradez salvarla determina.

Pues era su intencion tan avanzada,
Que hasta el jeneralato pretendia,
Para mostrar su Orden vindicada
Desde que el nombre de Jesus tenia.

Si el medio que adoptó no era muy bueno,
Sirvió para impedir las apariencias,
Acortando la marcha de un veneno
Que harto avanzaba en todas las conciencias.

Terminado aquel acto extraordinario,
Que con Terán se hiciera antes de ahora,
Sabe el lector se puso al temerario
En un lugar donde la luz implora.

Sobre la puerta de este calabozo,
El letrero de Lima se leía,
Y á otro se le pasó muy pururoso
Cuando el Oidor de esta ciudad partía.

Esc segundo albergue contenia,
Sobre el dintel de su pequeña entrada,
Del Cuzco la inscripcion algo sombría,
Con gruesos caracteres delineada.

Cambiadas con el Cuzco las esquelas,
Y al noticiarse de Ramiro el caso,
Cuando el Oidor calzaba las espuelas,
Daba Terán á Cajamarca un paso.

Ordenando el Prepósito al instante,
Que al reo se pasara al aposento,
Que el letrero tenia por delante
De esta bella ciudad puesto al intento.

Y con grande sigilo trasladaban
Su cuerpo adolorido todavia,
A este lugar en donde lo instalaban
So pretexto de obrar la cirujia.

En el mismo sentido se operaba,
Cuando el Oidor á Cajamarca vino;
Pues entónces al reo se ordenaba
Que en el claustro tomase otro camino.

Designándole al punto el calabozo,
En donde ya se le quitara un grillo;
Y que decian ser el mas famoso
Porque llevaba el nombre de Trujillo.

Marchaba por sí mismo, pues la herida
Felizmente quedó cicatrizada;
Y estaba su salud restablecida,
De esa horrible incision inusitada.

Los proveidos su curso proseguian
Del Prepósito siempre á los Prelados,
Que todos los percances le impartian
Por agentes que estaban preparados.

Cuando de Cajamarca se dirige
A Trujillo el Oidor con su visita,
Ya ese Prelado con furor le exige.
Al fugitivo que su rabia irrita;

Tambien en este claustro se ordenaba
La traslacion del reo libremente,
A ese lugar que Lima se llamaba
En un aspecto ya convaleciente.

.....

D. RAMIRO EN EL MAR.

HAY una transicion en la existencia,
Que hace en el alma una impresion marcada,
Y es cuando el hombre cambia con violencia
De un elemento á otro su morada.

El marino que va siempre flotando,
Que sus arterias siguen la marea,
En su oxilante albergue está gozando,
Y quizá en el peligro se recrea.

Y su aspecto lozano y placentero,
Lleno de vida patentiza al mundo,
Que puede ser feliz el marinero
Viviendo solo sobre el mar profundo.

Pero lanzad al hombre del Oceano,
Sobre el puerto que mira á la distancia,
E intentareis el arrancarle en vano
Los primeros recuerdos de su infancia.

Todo es pensar en las hinchadas velas,
En la esbelta figura de su nave,
Y escuchará tal vez los centinelas,
Y hasta el sonido del timon quien sabe.

Que así conforme crece la distancia,
Crece el afecto del objeto amado,
Que tal vez se le amaba en la ignorancia.
Y hoy ese mismo amor ya es inspirado.

Por el contrario el hombre ciudadano,
Multiplica el poder de su memoria,
Cuando se entrega en brazos del Oceano,
Sin olvidar ni un punto de su historia.

Hablan las ondas misterioso idioma,
Y en esa senda que la quilla traza,
Entre su espuma algun objeto asoma
Que lentamente el corazon le abrasa.

En esa via lactea se retratan
Todos los signos que la mente anhela:
Y mientras mas las olas se dilatan,
Mas sublime la imagen se revela.

Que tiene el alma un místico alfabeto.
Clave ocular que toca el pensamiento.
Que mientras el espíritu está quieto
Se siente mas su melodioso acento.

Y que harpa mas sonora y mas sublime,
Que el Oceano pulsado por el viento,
Que hace escuchar cuando su seno oprime
Las notas que modula el sentimiento.

Así pues caminaba D. Ramiro,
Contemplando la costa en la cubierta,
De ese galeon donde lanzó un suspiro
Cuando miraba su esperanza muerta.

El tambien meditaba á su manera,
Como siempre medita el ambicioso,
Cuando vé que se opone á su carrera
De la desgracia el cielo tempestuoso.

Y en efecto el nublado de su suerte,
Fatídicos celajes estendiendo:
Parecia el ropaje de la muerte
Que iba toda su mente oscureciendo.

Sin embargo su adleta pensamiento
Formulaba otros planes atrevidos,
Que dan á su ambicion mayor aliento
Aunque tal vez con sangre están teñidos.

Que el hombre que se encuentra endurecido,
Cuando á la edad el vicio está avezado,
Se enmendará cuando hayan dividido
El alma de su cuerpo amortajado.

Un Señor de su alcurnia y de sus fueros,
Con Omnímodas tantas en la Audiencia,
En ese mar de asuntos financieros,
Puede elevar muy alta su potencia.

De asuntos contenciosos solamente,
Puede implantar un ramo productivo;
Pues formándose un cálculo prudente,
Hay fortunas pendientes de su archivo.

Marchaba pues la nave á poco viento,
Mas del Callao al verse la bahía,
Muévase con furor el Elemento
Cuando aquel puerto entre la mar se hundía.

Se hizo el conflicto general doquiera,
Pues los buques anclados se perdian,
Mientras cubria el agua la ribera
Y en tierra y mar los hombres perecian.

Y un panorama horrendo figuraba
Aquella poblacion que iba flotando,
En sus casas que el agua levantaba
Donde la multitud ibase ahogando.

Pues llamaban "barracas" las viviendas
Que sobre ruedas eran colocadas,
Formando un semicírculo de tiendas
Que á todas partes eran trasportadas.

Y como aquel siniestro sucediera,
En altas horas de una noche oscura,
Quien ese torbellino un rato viera
Creria un carnabal en su locura.

Que esos cuerpos nadando iluminados,
Se quemaban volviéndose unas fraguas,
Cuyos incendios eran apagados
Del mar furioso entre las mismas aguas.

Y esa horrenda catástrofe miraba
Carbajal que se hallaba en lontananza,
Cuando casi el galeon ya zozobraba
Y él de vivir perdía la esperanza.

El agua hervía aun y los marinos
Procuraban huir á la distancia,
Sin derroteros, rumbos ni destinos,
Sintiendo solo de salvar el ansia.

Pasó la noche al fin y el mar sereno
Se presentó en la aurora que seguía,
Cuando tenía ya dentro de su seno
Toda la población que ayer vivía.

Dejó de ser tal vez porque naciera
Otra muy bella población al lado,
Que por la perspectiva que tuviera
Nombre de Bellavista se le ha dado.

Por esa rada se hizo el desembarque
Del tal Visitador de Real Hacienda,
Que allí se había trasladado el parque
Todos huyendo de la mar horrenda.

Ya sea por el pánico que hallaba,
En esta Capital mi personaje,
Ya fuese por que nada se ignoraba
De sus varios percances en el viaje;

Rindió su comisión tan llanamente,
Y con tal frialdad fué recibido,
Que en su semblante estaba muy patente
El golpe que su orgullo había sufrido.

Mas siendo aquí donde concluye el tema
De la firme venganza de Ramiro,
El pensamiento que su frente quema
Dióle á su corazon distinto giro.

Y lanzándose luego hasta el convento
Donde tuvo principio esta aventura,
Increpar al Prepósito es su intento
Con todo el estridor de su bravura.

En tanto que Ramiro se encamina
Forjando ya los rayos de su enfado,
Una escena no menos peregrina
Entre Jacinta y Juan se ha contemplado.

Y como el escudero y la criada
No son mudos por cierto al explicarse,
El diálogo formado á la llegada
Me parece muy digno de escucharse.

.....

JACINTA.

Con que al fin llegaste Juan:
Te ha deseado el alma mia,
Como los ciegos que van
Buscando un seguro guia,
Entre su penoso afan.

Oh que horrible confusion,
Que angustias y que agonias,
Ha sufrido el corazon,
En estos amargos dias
Pidiéndole á Dios perdon.

Era un grito esta ciudad,
Cuando las casas caían,
Y mas con la oscuridad;
Pues las gentes no sabían
Donde buscar libertad.

En esas horas de horror,
Se vieron raras escenas;
Pues sin buscar confesor,
Las confesiones mas plenas
Se le hicieron al temblor.

Allí se vendió el ladron,
El adúltero, el falsario;
Y por alcanzar perdon,
Reunióse en el Sagrario
De riquezas gran porcion.

Y era de desesperar,
Ver escribanos corriendo,
Para un papel rubricar,
Donde iban muchos cediendo
Sus bienes para un altar.

Lo que mas me horrorizó
Fué ver los predicadores;
Pues cuando el mal sosegó,
Tornáronse en acreedores
Y harta deuda se cobró.

Pues no habia pecador,
Que no legase á un convento,
Con el pánico terror,
Tal vez el solo aposento
Que adquirió con el sudor.

Ella me llegó á jurar
Que si yo la conducia,
Tanto me habría de amar,
Que esclava no viviria
Jacinta de Salazar.

La ansia de mi libertad,
Y mi lástima primero,
Hicieron á la verdad,
Que yo marchára lijero
Tras de mi felicidad.

Noche oscura se elijió
Para efectuar la visita;
Y todo se preparó
Tal que de la Señorita
Nadie su salida vió.

Una idea me ocurrió
Que ella aceptó en el instante,
Cuando al Oratorio entró,
Pues se hallaban por delante
Hábitos que aquel dejó.

Era por cierto de mas,
El esplicarle el asunto;
Pues se colocó el disfraz,
Y ambas salimos al punto
Yo delante ella detraz.

Como de la Catedral
La niña nunca pasaba,
Y el Señor de Carbajal
Este permiso le daba
Solo en un dia pascual;

Por todo me preguntó,
Por las iglesias, las casas,
Y tanto en esto se empleó,
Que traslucí ciertas trazas
Que no me comunicó.

Como al párbulo llevé
Yo misma la noche aquella,
Y con sigilo entregué
Sin dejar mínima huella
A la nodriza que hablé;

Era pues mi direccion
Hasta el mismo Noviciado,
Que se encuentra en el jiron
Que de San Pedro al costado
Hay seis cuadras á renglon.

Mas luego que iba á pasar
Me preguntó por la iglesia;
Y yo tambien sin pensar
En lo que decia nécia,
Le llegué á comunicar:

Que allí estaba D. Terán
Preso por las infidencias,
Que al fin las castigarán
Y segun las diligencias
Bien caras le costarán.

Ah Señor! . . cuánta afliccion!
Parece que le causára,
Esta franca confesion,
Pues ví correr por su cara
Lágrimas de compasion.

Al fin pudimos llegar
Do estaba el niño escondido,
Y todo fué contemplar
Al parbulillo dormido,
Y verter de llanto un mar.

Yo tambien me enternecí,
Que era al fin mujer como ella,
Y con mi alma le ofrecí
Que seguiria su estrella,
Y á todo me decidí.

Luego se tranquilizó,
Y á nuestra casa volvimos:
Con mil cariños me habló,
Y entre ambas nos prometimos
Silenciar lo que pasó.

Pero quien creyera Juan,
Que al transcurrirse ocho dias,
Se buscan con mucho afan
Ventanas y celosías,
Y con la niña no dan.

Yo que luego comprendí,
Con que traje había salido,
Corriendo me dirijí
Donde estaba ese vestido
Y en su sitio no lo ví.

Bien mi secreto guardé,
Mientras ardía la casa:
Me hice pedazos, lloré,
Corrí á la calle, á la plaza
Y á todas les pregunté.

Mas á la Oracion salí
Prometiéndome encontrarla,
Y al punto me dirijí,
Donde solía llevarla
Pero ella no estaba allí.

Entónces me atribulé,
Se trastornó mi cabeza:
Yo todo y nada pensé,
Y al conocer mi flaqueza
Tal empresa abandoné.

El sitio en que se hallará
La Señorita Francisca,
Otro lo descubrirá,
Por que esta es una morisca
Que yo no la entiendo ya.

JUAN.

Ay Jacinta te he escuchado
Contemplando tu afliccion,
Y todo lo que has contado
Me ha hecho mas enamorado
De tu ardiente corazon.

Yo tambien tengo otra historia
Que hace llorar y reir
Que tambien tenemos gloria,
Los que del mundo en la noria
Nacimos para servir.

Muchas veces te he jurado
Mi fervorosa pasion;
Mas no te has imaginado
La pena que me ha causado,
Tan maldita comision.

Y estos amos infatuados
Se han llegado á presumir,
Que oído y ojos cerrados
Llevan siempre sus criados
Que nunca han de discurrir.

Si tu has tenido temblores
Llantos y tribulacion,
Lances de muchos colores,
He visto yo entre señores
De muy alta distincion.

Que el tal Oidor con su orgullo
Y maniatada ambicion,
Ha formado tal murmullo,
Que hasta el ser criado suyo
Me ha causada confusion.

Si es en el Cuzco ha jugado,
Jacinta, vas á temblar,
La casa en que estoy parado,
Que si no la ha rescatado
La deben de reclamar.

Mas siguiendo á la carrera
A este Señor Huracan,
Ha sido tan altanera
Su comision que quisiera,
No haberlo seguido Juan.

Pero lo peor fué en Trujillo
Pues se le hizo un carnabal,
Esto es, de macho y martillo,
Donde con disfraz, de pillo
Se le trató en general.

Lo que es aquella pesquiza
Que tanto le atribuló,
A mi me causaba risa,
Pues de su incesante prisa,
Todo el mundo se burló.

A lo ménos hasta ahora
Yo no alcanzo á conocer,
Y mi pensamiento ignora,
Como ese hombre se evapora
Cuando lo van á prender.

Pero pasando á lo serio,
Te debo tambien contar,
Que del mar bajo el imperio,
Fué portento ó fué misterio
El poder al fin salvar.

Que mas que estando en la tierra
Mi alma y mi cuerpo sufrió,
Que si mi lengua no yerra,
Fué la mas terrible guerra,
Que la tierra y mar formó.

Pues las casas persistían
En quedarse sobre el mar,
Tal en grupos se veían,
Que tan solo cuando ardían
Las miraba naufragar.

En fin Jacinta, el espanto,
Abriendo el día cesó,
Y te juro que ví tanto,
Que me parece un encanto
Lo que esa noche pasó.

Mas la historia no he contado
Que al principio prometí,
Y tal como me ha pasado,
Cuando me hallaba embarcado
Quiero referirla aquí.

Todavía me horrorizo
Del mal modo de pensar,
De quien libertarme quiso,
Cuando la propuesta me hizo
De una muerte ejecutar.

Fué tan grande la tortura
Con que se me amenazó,
Que mi muerte era segura,
Si en esa hora de locura
Yo contestaba que no.

Dije pues que sí, Jacinta
Con los labios nada mas,
Y ya la faz fué distinta
Del Oidor que al fin me pinta
Su intencion de Satanaz.

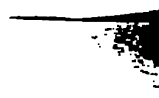
Me dijo que allá en la esquina
Que se llama de Gaspar,
Un amor que fué su ruina
Y que siempre lo asesina,
El queria asesinar.

Por que en un fatal momento
Que sus insultos sufrió,
Fué su orgullo tan violento,
Que un puñal dejó sangriento
En el pecho que adoró.

Que ese puñal lo vendía
Siempre en cualquiera ocasion,
Por que su nombre tenía,
Y pronto sobre él vendría
La terrible acusacion.

Que si esa arma conseguía
Para él de tanto valor,
Mi libertad suscribía,
Y que aun á mas me daria
Defensa, plata y favor.

Cual será la angustia mía
Jacinta del corazon,
Cuando toda mi alegría
La convierte enagonia
Tan amaga refleccion.



UNA FALAZ VINDICACION.

Si la vindicta pública es temible
En el extenso tribunal del mundo,
Otra vindicta existe irresistible
Con carácter tal vez mas iracundo.

Esta venganza es contra el que intenta,
Descubrir el engaño inveterado,
De un círculo que solo se alimenta
De lo que á otro círculo ha diezmado.

En aquel tiempo que historiando sigo,
Se encontraba la miés tan abundante,
Que era la Religion el haz de trigo
Que siempre estaba del altar delante.

Es verded que no habian holocaustos,
Ni ecatombes de víctimas humanas;
Pero habia oblacion, habian faustos
Que arruinaban fortunas soberanas.

Entónces fué que el vulgo no creyera
Que un solo Dios á un templo lo llenára,
Y cual la idolatría produjera
Las imágenes que él multiplicára.

Y por cierto que él mismo no inventaba,
Pues que no inventa he dicho antes ahora:
La Orden que en labrarlos se ocupaba,
Era de esta invencion dueña y señora.

Esta fué la ruidosa Compañía,
Que sin pudor tal nombre se pusiera;
Que talento y virtudes corrompía,
Por alcanzar la Meta en su carrera.

Compañía entre el ocio y la mentira:
Sociedad del embuste y la falsía,
Cuyos caudales la ignorancia gira,
Para locupletarla cada día.

Ya deben presumirse los resortes,
Que en esta vez esa Orden tocara,
Embaucando á los Reyes y sus córtés,
Duplicando el caudal de hipocresía.

Así es que el punto negro que aparece,
Formado por Terán con su imprudencia,
Inmenso afán y agitacion ofrece
A sus adeptos de temible ciencia,

Sin embargo el Prepósito citado,
Salía de este círculo vicioso,
Que los mas de esa grey habian formado,
Pues era en sus principios muy celoso.

El escándalo, dijo, en estos dias,
Que tanto se vigila este convento,
Tocará las postreras agonias,
Y todo cae á tierra en el momento.

Yo anhele vindicarlos por ahora,
Para despues patentizar al mundo,
Que en esta oscuridad hoy se elabora
El libro que dará un saber profundo.

Y haciendo estas solemnes reflexiones,
Esperaba al Oidor con impaciencia,
Para sufrir tal vez reconvenciones
Que el sabría cortar con su experiencia,

Apénas sus palabras se apagaban,
Se oyó en su puerta un golpe decidido;
Y al momento dos legos le anunciaban,
El nombre del Oidor que habia venido.

Fué tan extraordinaria aquella escena,
Que encomiendo este diálogo temible,
A los dos combatientes en la arena
Que debe presenciar el triunfo horrible.

CARBAJAL.

Guarde Dios de Loyola al fiel soldado,
Que con tanta maestría evoluciona:
Que en esta vez, parece ha conquistado,
Para su frente una mural corona.

Es preciso que entienda mi Prelado,
Que he venido á sufrir último lance,
Pues cuando Carbajal es engañado,
Sabe Dios su venganza á donde alcance.

Si vuestro brazo la evasion prohija,
De un criminal que al juez le pertenece,
De voz tal vez reparacion exija
Que ya esta burla demasiado crece.

En mi persona, en mi destino y fueros,
Una farza como esta no consiento,
Y si hemos de tratar cual caballeros,
Esplicacion os pido en el momento.

EL PREPÓSITO.

Serenaos Señor, os he escuchado,
Con el respeto que el dolor me inspira,
Dolor de ver un nombre mancillado,
Y por lo cual vuestro furor delira.

La persona que hablais, nunca ha mentido,
Y os va á probar de un modo irrefragable,
Que vindicar vuestra honra ha decidido,
Y que su cumplimiento es muy probable.

No he perdido de vista al fugitivo,
Por medio de un exámen muy prolijo,
Tal es que hoy mismo al preso lo recibo
Y á una récia prision se encuentra fijo.

Os debo presentarlo en el momento;
Pero antes de irritar vuestra venganza,
Una gran confesion haceros sienta
Que hace al crimen mudar de semejanza.

Hará dos horas traje al delincuente
De un modo muy secreto á mi aposento;
Y como al mas rendido penitente
Le hice mirar su vil procedimiento.

Poniéndole delante el gran abismo
Que habia abierto al clero recatado,
En donde iba á soterrarse el mismo
Dejando al sacerdocio mancillado.

Mas cuan grande seria mi sorpresa,
Al repetirme que era un inocente:
Que podia probarme su pureza,
Mas de un modo tal vez poco decente.

Ansiando ver vindicacion tan clara,
Bajo obediencia le mandé cumpliera,
Pues temia tambien que me engañára,
Y hasta ese extremo el criminal mintiera.

Pero Señor! el hombre se ha salvado:
Es una imputacion la mas gratuita,
La cual por su pudor no ha comprobado,
Hasta que al fin hacerlo necesita.

CARBAJAL.

Basta Señor Prepósito! . . . os lo exijo —
— Señor Oidor, lo palpareis al punto —
— Yo os aseguro ser harto prolijo
Por convertir al vivo en un difunto.

.....

A corto rato un lego conducía,
Con sus prisiones á Terán el reo,
Que tratando al Oidor de Usñoría
Le hizo el acatamiento de su empleo.

Sin contestar Ramiro le dirige
La terrible amenaza de su acero,
Y que compruebe su inocencia exije,
Respondiendo Terán — Así lo espero.

Ya que el baldon y el hierro me amenaza,
Debe ceder mi natural vergüenza;
Pues del crimen que mi alma hoy rechaza,
Llevo en mi cuerpo la mejor defensa.

Y sin mas esperar cubrió sus ojos,
Con el simple sayal que se vistiera;
Y ambas personas vieron con sonrojos,
Que ese infeliz hombre completo no era.

Terrible fué la turbacion y espanto,
Que en Carbajal el acto produjera;
Pues á las plantas de Terán el santo,
Una palabra de perdon espera.

Con humildad el clérigo levanta
La víctima de engaño tan sublime,
Y al parecer divino salmo canta,
Pues con este acto la Orden se redime.

Y al contemplar la vista penetrante,
Que el Prelado sobre él siempre fijaba,
Para poder vivir en adelante
Con aquella crueldad se conformaba.

Llevábanse á Terán secretamente
A la celda en que estaba detenido,
Cuando el Prelado observa derrepente
Un lejano rumor, luego un gemido.

Dirije á todas partes sus miradas,
Y en un ángulo encuentra á aquel donado,
Que por varias personas ilustradas
Se habia en el convento colocado.

En aquel sitio oculto se encontraba
Antes de aquel terrible comparendo,
Y todas las palabras escuchaba
Cuando Terán se estaba defendiendo.

Mas llegó de la prueba aquel momento,
Y al no poder sufrir tanta amargura,
Sin sentido cayó en el aposento,
Haciéndose en la frente una cizura.

El Prelado se acerca á contemplarlo,
Y al ver ensangrentado su semblante,
Divisa con sorpresa al enjugarlo
Que una mujer tenia por delante.

Pues en medio de tantas constorsiones,
Que la desventurada habia sufrido,
Hallándose el sayal hecho girones
Habíase su seno traslucido.

¡Oh cuán distinta la conducta fuera!
De esta razon en situacion tan rara;
Pues hasta que Francisca en sí volviera,
Ni un solo instante allí la desampara.

Al aplicarle una fragante esencia,
Sus ojos un momento se entreabrieron;
Mas tuvo que cerrarlos con violencia,
Cuando los del anciano conocieron.

Y hubiérase caído nuevamente,
Viendo su cuerpo en tan fatal estado,
Al no apoyar su avergonzada frente
En las propicias manos del Prelado.

Hija mia, no temas y descansa:
Te encuentras en los brazos de un cristiano:
Puedes depositarme tu confianza,
Que yo te salvaré si está en mi mano.

Así se expresa este hombre venerando,
Cuando se vió á Francisca arrodillada,
Que sus ojos seguian inundando
Su hermosa faz aun ensangrentada.

Debo pues confesaros mi delito,
Dijo despues un tanto reanimada,
Ya que en mi frente se halla el sobrescrito
De una historia bastante desgraciada.

Siendo madre Señor, pugnaba en mi alma,
Que marchase al patíbulo aquel hombre,
Que robando mi honor robo mi calma,
Pero que lleva al fin mi hijo su nombre.

Yo pude resignarme á no mirarle,
A deplorar mi suerte malograda;
Pero nunca jamás á contemplarle
Con una soga al cuello ensangrentada.

Ese fruto infeliz de mis entrañas,
Lleva mi sangre, lleva mi existencia,
Y no son para mí grandes azafias
Infamias procurarle á la inocencia.

Se encuentra pues á vuestros piés rendida
De Carbajal la hija desgraciada:
En vuestra mano están mi honra y mi vida
Que en esta hora ya no valgo nada.

Basta infeliz, levántate y respira,
Que haré por tí cuanto mi mente alcance
Víctima has sido de la vil mentira,
Y quien sabe este génio á dónde alcance!

Ese mal sacerdote abrió el abismo,
A cuyo borde te hallas colocada:
En él acaba de caer el mismo,
Y debias seguirle infortunada.

Pero una luz me alumbraba en este instante:
Puedo salvarte si en mi fé confías —
— Os lo ruego Señor! . . . teneis delante
Quien fia en vos la suerte de sus dias.

Yo solo anhelo no infamar á mi hijo,
Lo que es por mí, ya el mundo no me alhaga:
Si esto lo procurais no mas exijo,
Luego de Dios la voluntad que se haga.

Solo esto me faltaba hija querida
Dijo el Prelado con afable acento:
El deshonor no manchará tu vida,
Por que voy á cumplir tu pensamiento.

No temas por el nombre de tu hijo:
Me encargo de su suerte desde ahora:
Velaré como el padre mas prolijo,
Pues nadie en vano mi piedad implora.

La vibradora voz de una campana
Marcaba la agonia de las nueve;
Y cual de un carro en situacion lejana
Se llegaba á escuchar el ruido leve.

Cada vez mas la tierra se estremece,
Y á los cinco minutos se apagaba
De una calesa el ruido, pues parece
Que en ese sitio alguno la esperaba.

A Francisca el Prepósito conduce
Hasta su muy cubierta portezuela;
Y antes que nadie la vereda cruce,
En vez de andar aquel carruaje vuela.

Cuando llegó á la antigua porteria
Que en el convento franciscano hubiera,
Donde un milagro se efectuára un dia,
Cuyo nombre á esa iglesia se pusiera.

Girando á la derecha se encamina
A otra iglesia que erguida se levanta,
Cuya estructura es algo peregrina
Por su exterior y su elevada planta.

Su alta cúpula se halla cimentada
Sobre cuatro pilastras colosales
Y en rededor se encuentra figurada
Una inmensa colmena de vestales.

Aéreo laberinto en que se anidan
Las abejas que el mundo abandonaron
Y que anhelosas de esa altura miran
A la distancia el sitio en que moraron.

Otra giralda, mirador erguido
De el delicado sexo se consuela,
De toda la esperanza que ha perdido
Y una ilusion á la distancia vela.

Allí tiene su tumba el pensamiento
Que á la mujer eleva á su destino,
Y se apaga tal vez en un momento
De la moral el luminar divino.

Y quien sabe lo mucho que ha costado
A nuestra Religion poner un freno,
Al crímen vil allí desarrollado
Que es de la humanidad feroz veneno.

Y cuando el exterior de este convento
Una tan negra idea me ha trazado,
Que será penetrando en un momento
En esa poblacion que ha circundado.

Allí se encuentra el mundo en miniatura:
Se ha copiado cuanto hay de lisonjero;
Y la mujer con su genial finura
Se ha inventado poder, fortuna y fuero.

Recórrense las calles designadas
Con los mismos lugares ciudadanos
Se hacen fiestas, teatros, mazcaradas
Donde rasgos se ven hartos livianos.

Lo que ménos se enfrena es el orgullo.
Que impera en sus ruidosas elecciones,
Y es de ver á una rosa en su capullo,
Hacerse en los Capítulos girones.

Y hay rencillas, tumultos disolventes,
Sitios por hambre, insólitas violencias,
Y sabe Dios los actos diferentes
Que han cometido tantas Reverencias.

Llegó al convento la veloz calesa,
Que á la infeliz Francisca conducía,
Y el Prelado llamó con lijereza
Por el torno que está en su porteria.

Se oyó la voz nasal de una donada
Que exige el nombre de quien llama á esa hora
Y cuando la escuchó fué una azogada,
Al llamar á la Madre Superiora.

El Prepósito aquí! cosa muy rara!
Dijo la Madre Anselma conmovida:
Es alguna celada que prepara
La Madre Encarnacion tan advertida.

Pero que importa, estoy en mayoría,
Y no debo cejar ni un solo paso:
Por mi eleccion hasta el palacio iria
Si su influencia me prepara un lazo.

Todo esto murmuraba en el camino,
La Superiora entónces del convento,
Por que la reeleccion en su destino
Era su inseparable pensamiento.

Hallábanse en capítulo ruidoso,
Y las intrigas tanto se cruzaban,
Que á esta madre le fué muy azaroso
El nombre del Prelado que anunciaban.

Dirigiéndose luego al locutorio,
Con una diplomacia que admiraba,
Descendiendo de lo alto de su emporio
De aquel Prelado se brindó su esclava.

.....
¿A qué debo la honra de escucharos
Señor Prelado? . . dijo muy rendida,
Dilatando sus ojos siempre avaros
En buscar por doquiera de una salida.

Mas viendo que al Prepósito seguia
Una jóven con rostro macilento,
Su corazon bañóse en alegría,
Adivinando todo en el momento.

Tengo Madre un encargo de importancia,
El Prepósito dijo muy violento;
Y es entregar á vuestra vigilancia
A esta jóven que dejo en el convento.

De Carbajal es la hija muy querida:
La vida del retiro ha preferido;
Y al ver la vocacion tan decidida,
Personalmente traerle he pretendido.

— Cumpliré placentera vuestro anhelo,
Y si esta jóven profesar procura,
Debe tener un ángel mas el cielo,
Uniendo á sus virtudes su hermosura.

Y abriéndose el porton ligeramente,
Para á Francisca dársele la entrada,
El Prepósito parte incontinentemente
Al convento en que estaba su morada.

.....
Grande fué el sobresalto que sufriera
El Prepósito entonces meditando,
El inminente riesgo que corriera,
El diestro plan que estaba practicando.

Francisca Carbajal en su aposento:
Tal vez reconocida en aquel lance,
Daria el resultado mas sangriento,
Descubriéndose todo en tal percance.

Por manera que ahora al prohijarla,
Y velar por su suerte en el convento,
El Prepósito sálvase al salvarla,
Practicando su noble pensamiento.

Mas para conseguir todo sociego,
Quiso aquietar la casa de Ramiro;
Haciendo luego se entregara un pliego
Que Francisca escribiera en su retiro.

Tan acertado paso, en la familia
Comenzó á producir un gran consuelo;
Pues tal accion á la hija reconcilia,
Con Carbajal que abandonó su anhelo.

Y al contrario le escribe cariñoso,
Aunque dando á entender su idea vana,
Que influirá con su brazo poderoso,
Para elevarla en su mansion cristiana.





UNA ANTIGUA LIDIA.

QUE grato es el recuerdo de antepasada historia,
Por la que el alma tiende sus miradas atraz:
Parece levantarse lozana la memoria,
Para ensanchar la vida del hombre mas y mas.

La humanidad ¿qué haria vejando en el mundo,
Hastiada del presente que le hace padecer?
Viviendo los recuerdos solamente un segundo,
¿Qué haria de sus glorias y de su amor de ayer?

¿Acaso es la existencia un exótica planta,
Que florece un momento para helarse despues?
¿O cuando el tiempo pasa la voz no se levanta
Que la tumba ha creído ahogarla de una vez?

Si hoy se pasea erguida dando la vuelta al mundo,
En su carro triunfante la civilizacion;
En los hechos de antaño hay un plantel fecundo,
De donde muchos frutos cosecha el corazon.

Por eso mi alma anhela la extension de su vista,
Sobre el suelo en que un dia pude mirar el sol;
Y aunque de aquellos rasgos tal vez ninguno exista,
No han perdido en la historia su vívido arbol.

¡Quien al pisar hoy dia el cuadrilongo hermoso,
De la primera plaza de nuestra Capital,
Crejera que en un tiempo su estado cenagoso,
Presenciára percances que no tienen igual!

Su parque enflorado y el juego de sus fuentes,
Parece que hoy ofrecen risueño porvenir;
Y el nivel de su plano con cruzadas tangentes
En otra Babilonia la suelen convertir.

¡Lo que es la cinetría de los americanos!
Para elevar sus pueblos á la prosperidad,
Las reglas no practican de aquellos soberanos,
Que primero intentaban cubrir su majestad.

No piensa en Escoriales de gigantesco aspecto:
Principia por el cuadro que van á circundar,
Los nuevos edificios de un exterior perfecto,
Que indispensablemente se deben levantar.

En el tiempo en que trazo los hechos de mi historia,
La lobregez y el lodo llegábanlo á cubrir,
Pues de un tal conjurado conservo la memoria,
Que por salvar un lago llegóse á arrepentir.

Y aunque esto aconteciera tal vez en mil quinientos,
Pues fué cuando asaltaron á Pizarro el Marques,
De igual modo se hallaba en aquellos momentos
Que se habia empeorado de condicion tal vez.

Porque el grande siniestro que en Octubre asoló
Completamente el puerto con sumercion cabal,
Movi6 todas las bases en que se sustentára,
La Primada del Reino, la hermosa Catedral.

Y el santo sacrificio tenia que operarse,
Tal vez en la intemperie de la plaza mayor,
Pues la triste ramada que pudo levantarse,
Era un albergue indigno que causaba dolor.

Cual seria el aspecto que entonces presentára
Este cuadrado extenso invadido tal vez,
Por tristes rancherías en donde pernoctára,
Un pueblo reunido de alto y bajo jaez.

Allí se vió esos dias la choza momentánea,
Que en el trance tremendo se levantó al Virey;
Pues hasta del mercado la inmensa miscelanea,
Se hallaba aglomerada sin órden y sin ley.

No obstante el laberinto que el lugar confundia,
Pues casi todo Lima allí se fué á hospedar,
Con una sola órden se cambi6 en alegría
El recuerdo de Octubre que se llegó á olvidar.

Se exaltaba en España al trono de Pelayo,
Al Rey Fernando Sexto, y á clarin pregon,
Llegando aqui el enviado á mediados de Mayo
Se anunció para Octubre su gran proclamacion.

Tal arraigado estaba todo ese pueblo entero,
Con tesoros y enseres en torno del sitio,
Que hasta el de cinco meses era un plazo severo
Para desalojarse la plaza principal.

Pero al fin del programa de tan suntuosa fiesta,
Se hallaba señalada una lidia formal;
Y sin mas que este alhago todo el mundo se presta
Por gozar la torada que no tendria igual.

En menos de dos meses de afan extraordinario,
Los arraigados ranchos no se hallaron en pié;
Y hasta el portátil templo se trasportó al Sagrario,
Que á la aficion del génio suele ceder la fé.

Siguieron los aprestos de cerrar las esquinas,
Con solidez tan grande que anunciaba seguir,
Una larga torada de suertes peregrinas,
Pues inmenso ganado se llegó á reunir.

Ya estaban adheridas las grandes palizadas,
Formando los toriles é inmenso templador;
Y para el populacho las dilatadas gradas,
Que la plaza ostentaba por todo el rededor.

Pero la clase media y parte de la noble,
No tenian por cierto en donde concurrir;
Y el lujo reclamaba un aparato doble
En que todo el boato pudiérase lucir.

Entónces las barandas que el portal sustentaba,
Una adiccion sufrieron bastante original,
Que hace muy poco tiempo aun se contemplaba,
Para que allí espectára la gente principal.

Y cual de Babilonia suspendidos jardines,
Parecia el extenso y ornado mirador,
Con floreados tapices y hermosos querubines,
Que llenaban el alma de alegría y de amor.

Plateadas se veían sobre un campo celeste,
Las armas que llevaba esta grande ciudad,
Donde de alabarderos se ordenaba la hueste,
Que formaba una guardia de regia autoridad.

Era una hermosa estrella de dilatada aureola
Que sobre tres coronas derramaba su luz;
Y reduciendo el grupo en una idea sola
Formábase el emblema de la divina cruz.

Idea muy sublime que en venturosos dias,
Sugiriera la mente de aquel Emperador,
Que para darle á Lima sus grandes regalías
Le designó un escudo de intrínseco valor.

Pues no le dió columnas, broqueles ni toirsones,
Ostentosos emblemas de orgullo y de poder,
Ni campos de jacinto, ni de escarlata y leones,
Que en las ruidosas justas sangre hicieron correr.

Eran las tres coronas de los reyes de Oriente,
Que miraron ese astro de vivo resplandor,
Que en un dia mostrára la mano Omnipotente,
A esos sábios del mundo para guiar su amor.

Símbolo de pureza, de fé y de inteligencia,
Presenta este lucero radiando por doquier;
Y de esos santos reyes indica la presencia,
Que solo el Rey del Cielo culto debe tener.

Muy bien lo comprendieron los hijos de este suelo,
Que muchos se inspiraron llegando á contemplar,
La region espaciosa que gozaba en el cielo,
Esa estrella que Libre! mirábanla radiar.

Pero volviendo luego á ese vergel hermoso
Donde con tantos goces el alma embriagó,
Quisiera que mi pluma fuera un ser fabuloso,
Para lanzarla al tiempo que tanto contempló.

No hay edad para el alma, ciudadana del Orbe,
Que vive en toda era mirando siempre á Dios,
Que todo lo inmortal en él, en él se absorbe,
Y en todo tiempo el génio tiene una misma voz.

Las mismas esperanzas, las mismas sensaciones,
Los mismos amorios, la misma inspiracion:
Que tanto ahora y antes hubieron corazones,
Y jamás ha abdicado su trono la pasion.

Así es que hubieron lances que á no ser por lo escrito,
No se diferenciáran de los que pasan hoy;
Y yo mismo me admiro al ver que en lo que cito,
De lo de nuestros tiempos no muy lejos estoy.

Esas antiguas damas, cosa rara! anunciaban,
La aparicion al mundo de un aparato igual,
A aquel que en nuestros dias el vacío formaban
De nuestro sexo débil de un modo excomunal.

Era el agente un aro que se encargaba entónces,
De darle forma á un traje llamado faldellin,
Que por el movimiento tan veloz de sus gonces
Ocultas nunca estaban las medias de clarin.

Recamos de oro y plata sobre el tizú brillante
Colgaban por doquier de su extenso perfil,
Y la mujer mostraba su seno rosagante
Con todos los encantos del sexo femenino.

En uno de esos grupos que la atención llamaba,
Un ángel se veía mas bien que una mujer
Tal era la belleza que el concurso miraba,
Tanto mas que su rango no pudo conocer.

Levaba un traje honesto con el cual resaltaban
Los preciosos colores de su rostro gentil,
Y todos los galanes ansiosos la miraban
Sin que ella se dignara tornarles su perfil.

Será alguna duquesa de Flandes disfrazada:
La hija de algun noble del gabinete inglés,
Decían divagando, cuando ella reclinada,
Los effluvios sintiendo no los vió ni una vez.

Mas un raro incidente le traicionó su intento:
Derribóse un andamio que se hallaba á sus piés;
Y entónces los curiosos pudieron un momento
Ver de cerca el aspecto de su preciosa tez.

La admiracion crecía y se aumentó por grados;
Entre aquellos mancebos tal hermosura al ver,
Quedando en un instante fuertemente prendados
Y lanzando á su imagen miradas de placer.

Mas entre todos ellos, aquel que dominaba,
Por su exterior muy noble y traje singular,
Sufrió un distinto efecto que su faz demudaba,
Sin dejar ni un instante la jóven de mirar.

Ella un tanto repuesta del súbito incidente,
Volvió á tomar su asiento para disimular,
Sin reparar que entónces se soltó de su frente,
Un clavel encarnado que al suelo vino á dar.

El distinguido jóven tomó por un indicio
De gratos resultados esta casualidad;
Y buscando un momento al parecer propicio,
Tomó la flor hermosa con mucha magestad.

Y habiendo percibido su aroma delicado,
Colócala en la hevilla del rico cinturon,
En cuyo centro estaba diestramente bordado,
De un grande de la Corte el imperial blason.

Y haciendo alarde al punto de esta muestra adquirida,
De la beldad que todos llegaron á admirar,
Creyendo que llevaba su imágen prometida,
Partió con la esperanza de volverla á encontrar.

La lidia no empesaba por estarse esperando,
Del Virey la presencia para el régio festin;
Y en tanto que los nobles se estaban colocando
Se oían los timbales y el eco del clarin.

Miéntas tanto escuchemos por el extremo opuesto,
A dos hombres que entónces fundaban su opinion,
Sobre aquel espectáculo mas ó menos funesto,
En una sostenida é igual conversacion.

El aspecto del uno la ancianidad marcaba,
Mostrando aquel á plomo que la experiencia dá,
En una senda capa su rostro se embozaba,
A sus facciones dando un aire de bondad.

El otro era bien jóven, de mediana estatura,
Que llevaba un sombrero calado hasta la sien;
Pues ocultarse un tanto al parecer procura,
De la rectas miradas de su anhelado bien.

De incógnito deseaba presenciar la torada,
Que un secreto encerraba para su corazon;
Pues toda su esperanza se encontraba cifrada
En aquella hermosura del anterior balcon.

Moralizando pues el anciano antedicho,
Así le hablaba al jóven con aire patriarcal:
El juego de estas fieras es sangriento capricho
De los antiguos moros puramente genial.

Lanzarse á un comparendo de terribles denuestos,
De sangre inteligente y sangre de animal,
Y tal vez á las astas adjudicar los restos
Del ser que Dios le ha dado una alma racional;

Es deshonrar la diestra de aquel que hiciera al hombre,
Levantando su frente sobre animales mil,
Para llevar un Lábaro y conquistarse un nombre,
Que no debe mancharlo en contienda tan vil.

¿Cómo es que censuramos la conducta romana,
De sus grandes hipódromos los hechos de valor,
Cuando hoy en una lucha do el hombre nada gana,
Se deleita el gentio gozando en el furor?

¿Nó es acaso otra fiera el hombre que se iguala,
En tan feroz contienda con aquel animal,
Que entre las negras ansias su recia vida exhala,
Mostrando por el fierro su cuerpo hecho sendal? . .

Tres fieras pues se exhiben con desmedida saña,
En esta cruenta escena de aspecto original,
Que de antiguos Señores ha heredado la España,
Y que ha llegado á hacerse costumbre colonial.

El hombre, que se exalta con la campestre furia,
Olvidando su alteza delante de un ribal,
Que con su fuerza insulta y con el asta injuria,
Mostrando por doquiera su insolencia mortal.

El furibundo Toro, que deshacer pretende
Los objetos que alcanza su vista á distinguir:
Que nada le intimida que á todo siempre ofende,
Y la imágen del hombre desea destruir.

Y ese concurso inmenso, que público se llama,
Porque publica ansioso su desseo feroz,
Que clama por el toro y por el hombre clama
Y sin embargo á un tiempo sacrifica á los dos.

Y en fin, ¿cuál es el timbre, el galardón que alcanza,
El ser que en esta lucha ha llegado á triunfar?
¿Acaso con otro hombre pudo romper su lanza
En defensa de un juicio con que se debe honrar?

Yo os aseguro jóven, que la razón no cede,
Ni un palmo de esa tierra donde se hacen matar,
A el hombre y á la bestia, ni estoy porque se herede,
Lo que en tiempos mas claros nos puede avengonzar.

.....
Me complazco en oiros tan altos raciocínios,
Dijo el jóven haciendo lijera inclinacion:
Y no creais por cierto que tengo los designios
De combatir verdades tan puestas en razón.

Yo solo debo hablaros como contar pudiera,
Inocentes veladas un tierno corazon,
Donde todo se imprime como en la blanda cera,
Y hace ley para el alma su primera ilusion.

El carácter latino ha bebido en las fuentes,
De aquellas sensaciones nacidas en la lid,
Que inspiraba el torneo con lançes diferentes,
Desde los reyes moros hasta el valiente Cid.

Vió los juicios del cielo donde el amor triunfaba,
Llevando sobre el pecho el valiente campeon,
El velo perfumado que la dama cruzaba,
Palpitando violento su ardiente corazon.

En los embates fieros y el bote de la adarga,
Un solo agente hacia la tierra estremecer:
Era una pluma roja ó esa almilla de sarga,
Que colocado habia cierta hermosa mujer.

Y la sangre corria tal vez en su presencia,
En el choque furioso del clarin al compás;
Y el amor casi siempre era de mas potencia,
Porque del corazon la lucha es mas tenaz.

Entónces el concurso de aquellos tiempos bellos,
Gozaba y padecia frente de su adalid;
Y en una causa justa solo miraba en ellos;
A un Goliat derribado y á un vencedor David.

.....
De estos gratos momentos ¿qué es pues lo que han dejado
Las prosaicas batallas que siguieron despues?
Torrentes tras torrentes que aun no se han secado
De hirviente sangre humana sin lauros y sin prez.

Se civiliza el mundo para hacerse la guerra,
Con ventajosas armas que deben desolar,
De la miés al arbusto que embevelen la tierra,
Que esa invencion maldita todo lo ha de incendiar.

Concluidos los palenques de emociones sentidas,
Sin poder disfrutar sus glorias y su amor,
El hombre los recuerda formando estas corridas,
Donde los amoríos cambia por el valor.

La apostura en los lances, la gracia y la entereza,
Dominan las miradas de todo espectador:
La osadía en el riesgo se vuelve gentileza,
Y al parecer se siente de un torneo el fragor.

Preguntádle al torero que adorna su cabeza,
Tal vez con el recuerdo de su primer amor,
Si ese riso que lleva no le infunde braveza,
Para adquirir la suerte y salir vencedor.

Ese es pues un remedo de la flotante enseña,
Que llevaba en las justas el bravo lidiador:
Azuzadora trensa que al torcador empeña,
Para arrancar aplausos debidos al valor.

La frente humana aislada meditando dilata,
Los trazos de la ciencia, descubre la verdad;
Mas si no hay corazon, no hay existencia grata,
Y á él por cierto le toca del reino la mitad.

Preciso es que se mueva, que su interior palpite,
Y el miedo y la esperanza se prestan á su afán:
Que con súbitos lances hasta su amor se exite,
Pues los de helada sangre bien están donde están.

Hijos del Mediodia un eléctrico fuego,
Recorre las arterias de nuestro corazon:
Por eso en nuestros climas es un adleta ciego,
Que mas se acerca siempre al sol de la pasion.

Es verdad que del moro las lidias heredamos,
Que algo heredan los hombres en el mundo infeliz;
Y si con la bravura de una fiera gozamos,
De lo que nos censuran existe un gran mentís.

Allí está el pugilato de herencia ultramontana,
Que la Albion ha adoptado para tambien gozar,
En donde inícuamente se ve á la raza humana,
Que enmedio de un concurso se deja mutilar.

Y quien no se horroriza al ver como impacibles,
Los combatientes siguen esa ley del Talion,
Perdiendo ojo por ojo con lances insufribles,
Donde la vil apuesta extraga el corazon.

Así raciocinaba el jóven del sombrero
Calado hasta las cejas, incógnito amador,
Y el anciano le oía con rostro lastimero
Viendo que era imposible combatir su fervor.

Que no bastan calzadas para la alta marea
Cuando el Océano anhela las playas embeber;
Y es preciso gran viento para apagar la tea
Que en el alma del génio tarde deja de arder.

Lo que naturaleza con sus pechos sustenta,
Defiende como leona dejándose matar,
Que en antiguas costumbres una reforma lenta
Es la única que al hombre puede morigerar.

Mas dejando este sitio tornemos la mirada,
Al segundo costado del cuadro seductor,
Con cuyos cortinajes se encontraba esmaltada,
Por todos sus contornos esta plaza mayor.

No averigua la crónica la costumbre muy rara,
De colgarse en las puertas pendientes del umbral,
La lujosa cobija que el Novio regalára,
Para estar colocada sobre el lecho nupcial.

Asi es que el vecindario en las ruidosas fiestas,
La honestidad descubre de su lecho tal vez,
Para adornar las calles en donde están expuestas,
Las coyundas bordadas formando un entremés.

Con iguales adornos se hallaba circundada,
La plaza en aquel acto que pienso describir,
Y habia galeria que estaba señalada,
Con signos de nobleza bordados de zafir.

La que mas se notaba por la gran cimetría,
Que formaba en el centro del segundo portal,
Era muy espaciosa y segun se decía,
Estaba destinada al Oidor Carbajal.

Todo su tren de esclavos con brillantes libreas,
Hacian los aprestos de asientos y docel,
Inventando pescantes y rodando poleas,
Formando por doquiera incesante tropel.

Entre aquella algazara que todo confundía,
Se escuchaba el programa que corria al travez,
Por que en aquellos tiempos el plan no se escribía,
Y eran esos anuncios de distinto jaez.

La raza de los toros y la suerte anunciada,
El pueblo conocia por cierta tradicion,
Que de uno en otro grupo era siempre narrada,
Con exactos detalles y grande precision.

Y solo ya en el acto de soltarse á la fiera,
Recorria el contorno domando su corcel,
El alguacil de Corte que cual heraldo impera,
Sobre todo el concurso que se fijára en él.

Como en la gran corrida celebrarse debía,
La exaltacion de un rey sobre el trono español,
En todos sus detalles la fiesta requeria,
Que se hicieran proezas ante la luz del sol.

Y como en esos tiempos los nobles de la Corte,
Lucian con las fieras su destreza y valor,
Para formar la lidia con su guerrero porte
Presentáronse hidalgos mostrando su esplendor.

Mas la gente parlera que todo lo glosaba,
Principalmente el sexo de mas melíflua voz,
Persona por persona con su traje nombraba,
Por que de todas ellas iba la vista en poz.

Aquel de negra barba y peinada castaña,
Que va rosando el blanco del risado linon,
Por la insignia que lleva es un grande de España,
El cual ha prometido la suerte del rejou.

Un alazan tostado cabalga con destreza,
Que es de la gestacion un modelo sin par;
Pues en angosto muro practica la proeza,
De quebrantar sus brios haciéndolo saltar.

La multitud de lances y las suertes variadas,
Que el "Rayo de los Andes" alcanzó á prodigar,
Fueron en esos tiempos tal vez muy celebradas,
Pues el nombre del toro no se pudo olvidar.

En uso aun no estaba la suerte de la espada,
Que tanta gallardia da al torero español;
Pero si en mucha boga el puño y la lanzada
Y otras algo resgosas de muy extenso rol.

Asi es que el bravo hidalgo del alazan tostado,
Una sangrienta muerte al animal le dió,
Rompiendo dos rejones en su cráneo elevado,
Que á la tercera herida las astas doblégó.

El triunfo que siguiera por esta gran proeza,
En poco se asemeja á los que se hacen hoy,
Desde que aquellos actos eran á una nobleza,
Que para esa real fiesta se encontraba en comboy.

Asi es que hubieron saines en salvillas brillantes,
Y escabeles franjeadas escudos y pendon,
Que el declarar grandezas son obsequios bastantes,
Y el publicar los timbres la mas grande ovacion.

La agitacion se aumenta, y ese mar de vivientes,
Como inmensas oleadas llega á lanzar su voz,
Que al contemplar á un pueblo en sus rasgos vehementes,
Parece que se escucha toda la ira de un Dios.

Que si el alma conmueven sus ecos de alegría,
Que unísonos resuenan volcando el corazon,
Ay de aquel que imprudente pronuncie la herejia,
De que no se obedezca su férvida opinion.

El tumulto pedia que el hidalgo valiente,
Prosiguiese en la lidia mostrando su valor,
Desde que aquella suerte ofreció solamente,
En la cual la fortuna concedió su favor.

Ceder era imposible, pues á otro caballero,
Se habia destinado la fiera que siguió;
Y á fuer de los pregonos no se hizo el desafuero,
Y el héroe de la hevilla por fin se presentó.

Y entre aplausos y flores su larga parentela,
Su gallarda presencia con vivas recibió,
Y aquella hermosa pluma que á todas partes vuela
Con su luciente broche la vista deslumbró.

Mas luego una persona tocándose el cabello,
Notó que le faltaba su encarnado clavel,
Y haciendo conjeturas vino á caer en ello
Y como aquel hidalgo se apoderara de él.

Y volvió la algazara, los dichos zalameros,
Agraciados denuestos y expresiones de amor,
Por los distintos sitios entre el pueblo y toreros,
Que para solazarse no hay clases ni color.

Transitan las vendimias, pucheros de mistura,
Las esmaltadas frutas y encintado el licor,
Que á la cruzada raza con su poder procura.
Convertir en sirenas de irresistible amor.

¡Qué donaire, que garbo! qué rasgos de alegría!
No produce esta tierra que el sol la enriqueció:
En gracia y en salero copia de Andalucía
Que en su agudeza y tino tal vez la aventajó.

Eran los dos trayectos que un verjel remedaban,
 Los portales entónces donde con profusion,
 Abundante dinero los hombres derrochaban,
 Pues jamás recibían el cambio de un doblon...

Y este mar de delicias vinieron á aumentarlo,
 El son de los timbales y la voz del clarin,
 Que es la torada un cielo que es preciso gozarlo,
 Antes que el sol retire sus nubes de carmin.

No tardó en anunciarse con tiros de mosquetes,
 La soberbia presencia de un toro sin rival,
 Con mil aclamaciones y el ruido de cohetes,
 Pues era el destinado al jóven Carbajal.

"Lucero de las Indias" era el nombre del toro,
 Negro como azabache y una mancha al frontal,
 Que si no la cubrieron con una placa de oro,
 Era por la hermosura que daba al animal.

Pero en cambio ostentaba de cordones de plata,
 Una red que en los nudos llevaba un patacon,
 Mostrando á la distancia una vision tan grata,
 Cual de la Via lactea una va constelacion.

Ni el toro de la fábula tenía tanta hermosura,
 Fué un primor en su andar con firmeza y lealtad,
 Y se hizo tan simpático en su hermosa figura,
 Que el condenarlo á muerte fué gran remordidad.

Despues de haberse enredado en esa grande escala,
 De suertes arrastrado en el ruedo á la derbez,
 Se llegó aquel toro al momento de la señal,
 Y el nombre de su dueño se oyó al Juez.

Aquí fué el gran momento, la situacion tremenda,
Que suspendió las risas y enfrió el corazon,
Cuando el valiente hidalgo soltó al corcel la rienda,
Y le apuntó á la fiera con su primer harpon.

La suerte del benablo era comprometida,
Pues esperando al toro debíase lanzar,
Llamándolo de frente sin atender la brida,
Y en una parte noble debíase clavar.

Con decidida planta y valeroso aspecto,
Llama al toro el mancebo que pronto le envistió;
Y no obstante que lanza el benablo bien recto,
Infortunadamente á la fiera no hirió.

Un horroroso grito de escucha en el momento,
Que la azuzada fiera se venga en esta vez.
Levantando en el aire ese corcel sangriento,
Y poniendo al ginete debajo de los piés.

El grupo de los nobles, comparsas y toreros,
Se encontraba distante para en tiempo llegar,
Y aunque con su destreza se lanzaron lijeros,
Una nube de polvo vino todo á ocultar.

Irritada la fiera que habia ya concluido,
Con la cabalgadura de aquel noble infeliz,
Iba sobre la vida del que habia caído
Y ya para envestirle inclinó la cerviz.

El incógnito jóven del sombrero calado,
Se hallaba á quinze pasos y sin mas esperar,
Se arranca la ropilla saltando del tablado,
Y entre víctima y toro se pudo colocar.

Y él mismo le conduce cuando apenas miraba,
Hasta un lugar seguro donde le alcanza á ver,
Una mortal herida por donde derramaba,
La suficiente sangre para desfallecer.

Se arránca la pechera de su vestido interno,
Lo venda y le restaña la arteria que anudó,
Y el herido murmura: ¡oh furias del infierno!
¡Qué fatal es la estrella que mi vida alumbró!

Pero segun entiendo valiente caballero,
Debo á voz esta vida un rato mas gozar:
Mi gratitud es grande, pero de vos espero
Cumplireis un encargo que os hago al espirar.

La flor que veis prendida al centro de esta hevilla,
Representa el objeto de un infeliz amor;
Pues ya veis la fortuna que inhumana me humilla
Me hace morir sin verla ¡comprended mi dolor!

Solo anhele expresarle al volverla manchada,
Con la sangre que agita mi ardorosa pasion,
Que me recuerde al ménos, tornando una mirada,
Sobre esa flor que implora mi postrimer perdon.

Vuestra alma generosa, no hará que un moribundo,
Sucumba sin llevarse siquiera esta ilusion,
Que como yo sois jóven y tal vez en el mundo,
Sufrireis lo que siente mi ardiente corazon.

No se halla muy distante este objeto adorado,
Pues casi en su presencia mi estrella se apagó:
Podeis reconocerla si cruzais el tablado,
Solo por su hermosura que el alma me incendió.

Lleva un traje violado bordado de claveles,
Que retratan la imágen del que vais á entregar,
Y el rostro mas divino que solo los pinceles,
De mi ilusion perenne podrían delinear.

Perdon por mis deseos, y que el cielo os bendiga,
Y os depare una suerte que no sea infeliz;
Y decidla que muero y en mi última fatiga,
He pronunciado ardiente su nombre ¡Beatriz! . . .

Descansad caballero, que pronto habré cumplido,
Vuestro último deseo, que yo tambien se amar,
Murmuró tristemente Fernando enternecido,
Tomando aquella flor que procura ocultar.

Y lanzándose al punto á conocer la dama,
Conforme á las señales del jóven Carbajal,
Reconoce asombrado el mismo objeto que ama,
Quedando en ese instante sin sentido cabal.

Bien sabia Fernando que aquella imágen bella,
Que contempló en la noche que sus versos cantó,
Se encontraba en la plaza y era la misma estrella,
Que aquel grupo de jóvenes curioso contempló.

Pero por la distancia que él habia elejido,
Tan marcados detalles no alcanzó á divisar,
Pues por ver su belleza no miraba el vestido,
Que el moribundo amante le pudo designar.

Como un trozo de hielo esa flor escondida,
Su corazon creía le iba á paralizar,
Y al instante la oprime sintiendo el alma herida,
Y al lamentar su suerte quería arrojar.

Pero habia jurado en un lance postrero,
Pues ignoraba el nombre de su noble rival
Y era cumplir preciso como tal caballero,
Aunque éste para él fuera un golpe mortal.

Que hasta de esa hermosura el nombre lo ignoraba,
Y apenas se atrevía su rostro á contemplar,
En todas las mañanas que aquel rosal regaba,
Donde sus pobres versos alcanzó á colocar.

Busquemos el momento, dijo hablando consigo,
De entregarle esta prenda que yo no merecí,
Y este vehemente amor que con violencia abrigo,
Morirá en el lugar donde lo concebí.

Y así meditabundo salió de aquel bullicio,
En que se convirtiera tan ostentosa lid,
Que era ya para su alma un temible suplicio,
Y el corazon sentía mordido del aspid.

La confusion se aumenta con el fatal suceso,
Y al punto se suspendieron esa corrida real;
Pues en muchas familias el lance queda impreso
Cuando la muerte esperan del jóven Carbajal.

Nuestros civilizados no habrían consentido,
El que se hubiese ahogado el placer nacional,
Tan solo por que un hombre salía mal ferido
Y habría continuado la torada formal.

Pero que hacer, los tiempos se hallaban atrazados,
Y un lance tan funesto les llegó á impresionar,
De tal manera el ánimo que quedaron frustrados
Los planes de la lid con tan triste ejemplar.

Agregándose al caso que el jóven espirante,
Era relacionado con lo mas principal,
De modo que el Virey y la Audiencia al instante,
Levantaron sus reales en lance tan fatal.

.....

EPISODIOS DEL PRIMER AMOR.

PRECISO es acordarnos de un hogar desgraciado,
Apénas le faltára la sombra paternal,
Do el hidalgo D. Cárlos habia custodiado,
La vida de una esposa y una hija angelical.

Desde el fatal instante de la sangrienta escena,
Que con la fiel esposa ejecutó el Oidor,
Cada dia aumentaba la tristeza de Elena,
La perenne memoria de su primer amor.

Afortunadamente la daga aunque certera,
No produjo el efecto que Carbajal deseó,
Y con todo el cuidado que Beatriz tuviera,
La curacion de Elena al fin se consiguió.

Constituido el anciano en sombra bienhechora,
Su alimento partía con los que prohió,
Con tan íntimo afecto que escuchaba á toda hora,
El dictado de padre que en su alma resonó.

Oyó los pormenores que Elena refiriera,
Y en el puñal mirando un nombre principal,
Lo guardó con sigilo para que al fin sirviera
En el tremendo juicio seguido al criminal.

Y si al punto no emprende la acusacion del reo,
Que con tantos influjos pudiérase evadir,
Era por que deseaba noticias, segun creo,
De Don Carlos que pronto debia recibir.

Y en tanto el buen anciano se ocupaba incesante,
En cultivar las dotes de aquella Beatriz,
Cuyo grande papel probará en adelante,
Que hace la educacion á la mujer feliz.

El profundo maestro de su literatura,
Conociendo el carácter del sexo femenino,
Principió por sondear su piadosa ternura,
Dando un plan religioso á su genio infantil.

Y en los primeros versos que su numen forjára,
Sobre las tres virtudes de nuestra Religion,
El preceptor conoce hasta donde alcanzára,
De aquella inteligencia la grande inspiracion.

Mas lleno de cordura y vislumbrando en su alma,
Los avanzados rasgos de su imaginacion,
Quiso llevar la nave gobernándola en calma,
Antes de que soplára tal vez el Aquilon.

Si la madre ignoraba los actos de su hija,
Tal vez muy confundida con su triste orfandad,
El anciano tenia la vista mas prolija,
Cuando á esta hermosa niña cuidaba con lealtad.

En los mismos instantes de aquella serenata,
Se hallaba á la distancia oyendo al Trovador,
Recitar las endechas de la existencia ingrata,
Del sereno que vela por nuestro rededor.

La letra era muy tierna, muy sentido el acento,
Para que él no mirase bajo de aquel cantor,
A un ser que dirijia su voz al pensamiento,
De la que traducía sus palabras de amor.

Y de entónces miraba conturbada la mente,
De la muy bella alumna con una ansia mortal,
Mostrando en sus lecciones un semblante indolente,
Mirando fijamente de un modo original.

Padeceis hija mia díjole una mañana,
Que estaba contemplando su precioso rosal;
Y para un pobre viejo es una accion tirana,
El seguirle ocultando la causa de tu mal.

Te amo como si fueras la hija mas querida,
Y corresponderias de una manera cruel,
Negándome que enjugue la lágrima sentida,
Que sigue humedeciendo un corazon tan fiel.

Beatriz disimula, inculpando á la suerte
Que la sigue agoviando sin tregua ni perdon;
Y responde al anciano que tan solo la muerte
De su adorado padre le abrumba el corazon.

Entónces sonriendo, él le repite al punto:
Esa infausta noticia se encuentra por probar;
Y segun ciertos datos creo que no es difunto
Ese valiente hidalgo que ya quereis llorar.

Y miéntras llegue el caso de afirmar lo que digo,
Deseo consolaros querida Beatriz:
De entre muchas veladas os contará un amigo
Un sencillo episodio que os hará mas feliz.

Oh mi querido padre, murmuró levantando
Sus ojos Beatriz, contádmelo por Dios,
Que soy feliz por cierto mientras sigo escuchando
De mi padre adoptivo la poderosa voz.

Entónces atendedme con vuestra inteligencia,
Y de aquello que sienta vuestro leal corazon,
No me negeis ni un punto, que estais en la presencia
De un hombre que conoce la voz de la pasion.

Y sentándose al lado de la triste doncella,
Con un aire festivo empezó á recitar,
Esta corta letrilla, que fijándose en ella,
Parece que su historia quisiera retratar.

Rayaba en los quince años
La muy graciosa Irene,
Cuando un mancebo viene
Sus horas á turbar.

Cuán tierno se le muestra,
Por ver si la enamora,
Postrándose á cada hora
Le suele hasta llorar.

Su pecho se enternece
Que no es el de una fiera:
Parece que quisiera
Primera vez amar.

Tal pone sus miradas
Por ese tierno amante,
Mas ay! que al otro instante
Le deja de mirar.

Y corre perturbada
Las flores pisotea,
Y nada la recrea
Y todo le hace mal.

Que piensa en las palabras
Que ayer oyó en el prado,
De aquel enamorado
Y tímido zagal.

Delira, piensa, sueña,
Y nada la consuela:
Las noches llora y vela,
El día le es mortal.

Mas luego á un pobre anciano,
Le dice sonrosada. . . .
Yo estoy enamorada,
Mirad, si soy fatal. —

Preciso es el matrimonio,
Y mas en una mujer,
Que á los quince años Favonio,
Con paulatina locura,

Pasa y roba su hermosura,
Y en cambio la desventura,
Les deja sin un placer.

Por esta razon Irene
Debe un marido tomar:
Varios pretendientes tiene;
Pero es crítico su estado:
No conoce al mas prendado,
Y por esto no ha alcanzado,
Con quien se debe casar.

No le fué en vago un consejo
En incertidumbre tal;
Pues siempre Irene de un viejo,
Cuando un amante le escribe,
Las reflexiones recibe,
Y menos inquieta vive,
Con su pensar racional.

Y bien le ha dicho este paso
De su fino natural:
En nada tiene embarazo:
Casada es feliz por cierto;
Y hoy que sus ojos ha abierto,
Goza del bien conyugal.

Dos gotas de rocío sobre una fresca rosa
Representó el semblante de la jóven Beatriz,
Que copiando esa historia balbucía llorosa,
Que ella era otra Irene tal vez mas infeliz.

Y echándose en los brazos del bondadoso anciano,
En medio de sollozos le llegó á declarar,
Que su padecimiento era un amor tirano,
Si en su próximo estado ya no debía amar.

Y al desahogar su pecho con tan leal confidente,
Así le sigue hablando sin poderle ocultar,
Las nuevas emociones que dentro su alma siente,
Porque todos los que aman se alivian con hablar.

En una hermosa tarde, cuando se distraía,
Regando las corolas de su lindo rosal,
Imágenes muy raras miré en mi fantasía,
Que á ratos contemplaba con existencia real.

Pensaba oir el eco de un ser enamorado,
Que con tiernas promesas queríame halagar,
Pintándome esos cielos que el amor ha formado,
En donde los placeres elevaron su altar.

No eran acordes gratos, ni divinos concentos,
Los que escuchaba entónces mi humilde corazon:
Era solo el murmullo que forman los momentos,
En que á el alma domina la voz de una pasión.

Yo que con mi inocencia miraba los objetos,
Buscando un pensamiento, una idea tal vez,
Todo lo contemplaba con ojos indiscretos,
Que el rubor ha venido á moderar despues.

Principiaba la noche y siempre en mi ventana,
Existía una sombra que miraba oxilar;
Y una vez que me acerco ví una frente lozana
Que con mil rendimientos me empezó á saludar.

Al ver á un caballero, mi timidez venciendo,
Fué imposible negarle alguna urbanidad;
Pero indiscretamente pude seguir oyendo
Palabras que me hirieron confieso con lealtad.

Pero aquel jóven noble, segun se nominaba,
Contemplando sin duda este triste arrabal,
Socorros de la vida tan solo me brindaba,
Pues tal vez conocia mi situacion fatal.

Yo pude asegurarle que mi alma no anhelaba,
Las riquezas del mundo pues iba á profesar;
Y con esta palabra sus promesas burlaba,
Mientras él impacible no cesaba de hablar.

Ah! con cuánta maestría combatieron mi mente,
Los sofisticos planes de aquella vanidad,
Que siempre en la inocencia con el oro luciente,
El corazon humano dividen por mitad.

Guardaos vuestra fortuna le dije una mañana,
Para una alma vacía y un corazon cervil,
Que corriendo en el mundo lujosa carabana,
Encontrareis bellezas tal vez de mil en mil.

Del amor me he formado un concepto mas noble,
Y conforme lo pinta la fábula lo ví,
Herir con su zaeta el corpulento roble,
Que mirarlo por tierra imposible creí.

Pero nunca en los hechos de su grande conquista,
Lo he mirado blandiendo esmaltado broquel,
Ni jamás he creido que el puro amor se vista,
Con brocados de seda bordados de oropel.

¡Qué os parece Maestro . . . tan desigual contienda
Entre el génio del mundo y una infeliz mujer;
El interés que no hay corazon que no ofenda,
Y la inocencia débil que nada puede hacer!

Creo que con usura vuestro afan he pagado,
Que algo vale el abrir los libros del saber
Y mas para mi sexo do su blanco han fijado
Los hombres orgullosos tan solo por placer. —

— Me complazco hija mia, discípula de mi alma,
En oir expresiones que me hacen esperar,
Que puede levantarse de su indolente calma,
La humanidad sensible llegándose á educar.

Con iguales derechos se ha presentado al mundo,
La que lleva en su seno el gérmen del amor,
Que se una el alma libre al corazon fecundo,
Y entónces la belleza podrá tener honor

Quien sabe si algun dia tu clara inteligencia,
Al débil sexo rinda un inmenso favor,
Que la mujer mirando los rayos de la ciencia,
Pueda llamar al hombre esposo y no Señor. —

— Vuestras bellas palabras el corazon me oprime;
Deteneos un momento amado preceptor,
Porque aun no he concluido, y á confesar mi críme
Voy en vuestra presencia, oídme por favor.

Despues de este incidente y antes de aquella escena,
Que el Oidor D. Ramiro con sangre señaló,
Cuando á mi pobre madre persiguió como hiena
Una emosion extraña mi corazon sintió.

Yo que siempre miraba cruzar en mis beleños
Ciertas sombras de amor de grata inspiracion,
Formábame en la mente poéticos diseños,
Que al trazarlos sentía saltarme el corazon.

En aquellos momentos que el alma necesita,
Un lenguaje sublime para lanzar su voz,
Cuando solo la música el pensamiento imita,
Recorría el salterio con mi mano veloz.

Y uniendo las palabras que habia combinado,
Al seguir los acordes de una bella ilusion,
Recitaba los versos que me habia inspirado,
Las sencillas cadencias de esta triste cancion.

.....

.....

Ayer sí, oh hermosa flor,
En tu tallo te mecías,
Y el aroma que vertías
Era el bálsamo de amor.

Adonde está tu fulgor,
Que otro tiempo yo sentia,
Cuando mi labio bebia
Tu enamorado licor.

Yo te amé
Mirando tu candor
Dí por que
No alibias mi dolor.

No olvides oh Rosa,
Que es tuya mi vida,
Y atiende querida
Mi llanto de amor:

Oh que grato es el mirarte
Tan erguida entre otras flores,
Ellas brindándote amores,
Y tu brindando desdén,
Llevas un mundo en tus hojas
De ilusiones y de amor,
Eres de mi alma la flor
Que has crecido en el Eden.

Dobla tu temible tallo
Hija de la primavera,
Y en tu corola hechicera
Mis lábios estamparé.
No temas que hasta mi pecho,
Llegue tu espina punzante,
Que el dolor si es de un amante,
Es dulce dolor á fé.

Si he de morir sin mirarte,
Si no he de sentir tu aliento;
Morir quiero en el tormento
De tu fuego abrasador.
El último pensamiento
Que me inspire tu belleza,
Inclinará mi cabeza,
Y me hará morir de amor.

Morir por amarte un día,
Oh que ilusion tan hermosa:
Morir cual muere una rosa,
Del sol al vivo esplendor.
Ver la luz del medio día:
Despertar con la alborada,
Y mirarte deshojada
Cambiano amor por amor.

Y luego correr al prado,
Delirando entre las flores,
Que todas tienen amores
Ilusiones y placer.
Dormirse en brazos del aura,
Respirando sus delicias,
Y tus últimas caricias
Que mas puedo apetecer.

Cuando habia concluido mi estrofa postrimera.
Sentí un rumor lejano, que un tanto me turbó;
Pues percibí muy ténue una nota lijera
Que como un golpe eléctrico el corazon me hirió.

En esas altas horas que solo transitaban
Los pobres jornaleros jamás me imaginé,
Que mis tristes lamentos al oído llegaban,
De un ser que se encontraba de mi ventana al pié.

Pues á pocos momentos con sorpresa escuchaba,
Escalas melodiosas de un sentido laud,
Que con gran sentimiento una mano vibraba
Dándole á aquella cítara magnética virtud.

Y luego oí el acento de una voz inspirada,
Que á las cuerdas se unia para significar,
En cadenciosos versos su historia desgraciada
Y una lágrima entónces no pude sujetar.

UN SUSPIRO.

Llegue á tí querida,
Con este penar,
La voz dolorida
De mi suspirar.

Y á la luz divina
De tu faz hermosa,
Tus lábios de rosa
Pueda yo gozar.

Que el amoroso veneno
De tu seno,
Encantador.
De la vida y el contento
Con tu aliento,
Abrasador.

Y tu frente peregrina,
Que ilumina
Tu candor.
Retratáre en lontananza,
La esperanza
Del amor.

De la fortuna ingrata
No busco los fulgores:
Prefiero mis amores
Al brillo de su faz.

No quiero dichas
Sin este amor:
Quiero la vida
Del Trovador.

Y ven á mí querida,
Sin gloria ni fortuna,
Y dame ante la luna
Tu amor y nada mas.

Te juro por mi vida,
Que tu mirar divino,
Llevará mi destino
Al pié de tu candor.

Y si me amáras,
Con mi cancion,
Te diera el alma
Y el corazon.

Ven y serás la imágen.
Que amaré noche y dia:
Serás mi poesía,
Y yo tu Trovador.

Ay de aquel que peregrina
Con la sed de una pasion,
Que sin ventura camina
Por los desiertos de amor.
Tal vez allá en su agonía
Con el llanto humedeció,
Su corazon que sentía
Sin una gota de amor.

Ni placeres ni fortuna
Cante mi laud por Dios,
Cuando contemple la luna
Siempre demandando amor.
De este arroyo cristalino
Mi esperanza se acabó:
De sed muere el peregrino
Al sol ardiente de amor.

Con el sol de la esperanza
Se levanta el corazon,
Mas nunca despierto alcanza
Ni una sonrisa de amor.
Que has nacido peregrino
Para morir en tu ardor,
Con la sed en el camino
Y un corazon sin amor.

Cuando alumbren mi camino
Los resplandores del Sol,
Seguiré cual peregrino
Siempre demandando amor.
Que soy la flor sin ventura,
Sin aroma y sin color,
Que creció con la amargura
Sin el riego del amor.

Estos sentidos versos apenas percibía
Y á mi oído llegaban como el ruido del mar;
Mas luego se aproxima y con mas melodía
Cantó segunda trova que pude ya escuchar.

Era la triste historia de mi rosal hermoso,
Do el Trovador pintaba su pronta destruccion,
Y sus tiernas palabras, su acento vigoroso,
Me hicieron palpar violento el corazon.

Un poderoso impulso me lanzó á la ventana,
Deseando contemplar la faz del Trovador,
Y apesar de mi anhelo la pretension fué vana,
Que duplicó en mi pecho las ansias del amor.

Pues aquel se encontraba á una cierta distancia,
Que solo su estatura podia divisar:
Su exterior no mostraba esa altiva arrogancia,
Del presuntuoso hidalgo que acabo de citar.

Mas es tan penetrante de la mujer la vista,
Y mas cuando escudriña lo que desea amar,
Que á sus prolijos rayos no hay faz que se resista,
Cuando ella con ahinco la quiere contemplar.

Entónces sus miradas chocaron con las mias:
Un eléctrico fuego sintió mi corazon,
A cada instante escucho sus tiernas armonías
Y confieso que le amo, dadme vuestro perdon.

Que hay un secreto interno que el alma magnetiza,
Una ilusion sublime y un poderoso iman,
Que en un solo momento el corazon hechiza,
Y tiene al pensamiento en incesante afan.

Pude entónces fijarme en su noble semblante,
Contemplar sus miradas de tierna languidez,
Que le he amado repito desde ese mismo instante,
Teneis á la culpable delante de su juez.

En mis sueños le veo su cítara pulsando,
Estremeciendo el tallo de esta lozana flor,
Que al despertar me acerco á ella preguntando,
Si puede repetirme sus palabras de amor.

Resuenan en mi oído sus notas plañideras,
Sus acordes sentidos y el eco de su voz:
Para ahogar en mi pecho sus palabras postreras
Yo necesitaria la intervencion de Dios.

Venid pues en mi auxilio, consultad á la ciencia,
Que puede hacer el alma para huir del amor,
Por que siento una llama que aumenta su violencia,
Y que tal vez mas tarde será inútil Señor.

.....

Yo comprendo hija mia tus profundos pesares,
Y cuanto el alma sufre por la primera vez,
Que llega á conmoverse al oir los cantares,
Del amor cuando impera con toda su altivez.

No bastan reflexiones y la ciencia enmudece,
Cuando un amor intenso se llega á apoderar,
De un corazon sensible que tan solo apetece
Mirar en todas partes lo que ha empezado á amar.

Y el reprimir las fuerzas de este impulso secreto,
Cuando la mente lleva una ilusion tenaz,
Es querer que en el pecho un corazon inquieto
Ahogado con sus ansias no respire jamás.

Es querer que las flores no tornen su semblante,
Al lado donde brilla la viva luz del sol,
Es querer que hasta el cielo se muestre agonizante,
Quitándole á las nubes sus tintas de arrebol.

Ahogar el sentimiento que con el hombre nace,
Negarle á la existencia, su objeto principal,
Dejar á un corazon que con su amor se abraza,
Es en la humanidad una accion criminal.

Yo tan solo pretendo moderar tu vehemencia,
Flor de la primavera de magnético ardor,
Que tus tiernos anhelos conserven tu inocencia,
Y que tal vez un dia sea feliz tu amor.

.....

.....

Oh juventud intrépida,
Que vas sobre la tierra respirando los céfiros,
Con mal seguro paso burlando el huracan:

Que con semblante plácido,
Pretendes cuanto miras y por ensueños rápidos
Te minoras la vida con incesante afan.

Aguarda! . . que esos férvidos
Y altivos pensamientos, que hoy á tu pecho adlético,
Sin respetar el tiempo presumen gobernar;

Con el surgir del águila
Llegarán á las nubes, y luego en gotas lánguidas,
Verás que se sumerjen al corazon del mar.

Pues no has tocado el término
De tu infantil carrera, y ya con versos épicos
Solo cantar anhelas tu fervoroso amor:

Cuando en el pecho nítido
De inconsolable madre, hay un amor mas íntimo,
Y á ella debes confiarle tu pena y tu dolor.

Recuerda que en las cuádrigas
De celestial milicia, respirarte balsámicas
Cuando era tu alma niña, las auras de un Eden:

Cuando en amantes ósculos
Su maternal cariño, dejaba entre tus pómulos,
Cifradas sus delicias, su porvenir tambien.

Las esperanzas únicas
De quien te diera un día esa existencia súbita,
Tu fuiste y si algo aspira, es verte sonreir.

Esa mujer solícita,
Que remedar solía, con expresiones místicas,
Tus primeras caricias haciéndote dormir.

Sus canciones magnéticas
Trinaba enamorada, cuando su frente angélica,
En su seno ocultaba con el mas tierno amor.

Sus pupilas de záfiro,
Seguíante doquiera que tus ojillos ávidos,
Hacíanla mil fiestas por el primer licor.

Ella de amor frenética
Guió tus tiernos pasos, y aquella faz enérgica
Que tornas á los astros ella tambien cuidó.

Y con sus manos tímidas
Las tuyas reunía, para mostrarte límpida
Del sol la luz que miras y al Dios que la crió.

Cuidábate cual vástago
De la flor que se inclina al vuelo de los pájaros,
Que sus corolas pican en el primer albor.

Jamás dejó que pálidos
Los rayos de la luna, ni los reflejos áridos
Del sol hirieran nunca tu rostro seductor.

Mas ay llegaron dias en que pasó tu infancia :
Corriste desolada por arrancar las flores,
Y tus violentas manos burlaban su fragancia,
Y destruirlo todo querian tus rigores
Cuando habias entrado en tu tercer Abril.

Cuando en la erguida copa de engalanado arbusto
Su puro amor trinaba la tierna tortolilla,
Tu aspiracion llegaba hasta el poder injusto
De derribar el nido que acesta y acribilla
El proyectil insano de una mano infantil.

Así pasaron niña tus mas hermosos dias
Entre la risa y llanto con vagas esperanzas;
Y llegaron las horas cual tristes agonias
Del corazon tiranas, rodeadas de asechanzas,
Cuando la pubertad tu mente encadenó.

Allí tambien estaban los que el vivir te dieron,
Rodeados en tu cuello sus brazos anhelantes:
Tambien allí te amaban por que jamás vivieron
Privados de tu vista y en todos los instantes,
Ese primer amparo jamás te abandonó.

Esa infeliz que miras desaliñada y triste,
Por reclinar tu frente su sueño interrumpía:
Vendió sus ilusiones cuando tu balbuciste
Las sílabas del nombre, que al escuchar sentía
Placeres los mas puros que siente una mujer.

Y eres la planta ahora bañada del rocío,
Que á la salida hermosa del astro reluciente,
Demuestra en lo nacido vigor y señorío,
Cuando las tintas hojas de su flor esplendente
Lozana desarrolla del sol el vivo ardor.

Y ya el primer objeto que predomina el alma,
Amor! el noble agente de nuestro pensamiento
Por la pradera, el bosque, bajo la erguida palma,
Te sigue á todo instante mostrándote opulento
Sus galas seductoras, su mágico esplendor.

Oh corazon intrépido
Que así vas caminando,
Respirando los zéfiros,
Y entregado al acaso
Sintiendo el huracan.

Quiera el cielo que plácido
Consigas lo que aspiras:
Que los ensueños rápidos,
No malogren tu vida
Con incesante afan.

Apénas cuatro dias habian trascurrido
Cuando una de esas noches en que Mayo ilumina
Los grados tropicales, sentimental sonido
Escucha Beatriz y su autor adivina.

Una gota de fuego su corazon conmueve,
Al oir los acordes de esa sentida lira,
Y el tristísimo acento que á cantar no se atreve
Pues tan solo se oía una alma que suspira.

Reclinase un instante aguardando su acento,
Y el aflijido amante recita con terneza,
De un mesla trova hermosa que al pasar tan violento,
Todas sus ilusiones ha cambiado en tristeza.

Es el canto armonioso del Trovador que adoro,
Prorrumpió Beatriz levantando su frente:
Fortaleza de mi alma, tu proteccion imploro:
Corazon ardoroso, por un rato detente.

Y mirando á la luna que riela en su ventana,
Conteniendo el latido de su seno violento,
Este ángel se lamenta de su suerte inhumana,
De esta trova escuchando el hondo sentimiento.

Feliz Abril,
Que con tus auras bellas
Viste nacer
La flor de mi ventura,
Cuyo pensil
En medio las estrellas,
Dióme á beber
La copa del amor.

Nada de tí
Le queda á mi fortuna,
Solo el pensar,
Que en el fatal estío,
Volaron, sí,
Mis glorias y ninguna
Puedo cantar
Sufriendo mi dolor.

Yo el amador,
Que viendo tu hermosura,
Pude lograr
El sol de mi esperanza:
Oh Dios de amor!
Amaba con locura,
Solo el penar
Que rasga el corazón.

Tú vivirás,
En tanto que suspira
Este mortal,
Que hieres inhumana;
Y escucharás
De mi sentida lira,
Siempre fatal
Y triste mi pasión.

Un profundo silencio reinó en el mismo instante:
Se apagaron las cuerdas con el final postrero,
Y cuando Beatriz esperaba anhelante,
Sintió que se alejaba con paso muy lijero.

Y luego al acercarse á su rosal querido,
Siempre con la esperanza de que algo le dijera,
Pudo ver una carta á la cual iba unido,
Un marchito clavel que harto le entristeciera.

Al punto se imagina que aquel noble orgulloso,
Que fué herido en la lidia se lo hubiera tomado,
Y hasta llegó á pensar que el canto melodioso,
Fuera una serenata que él había inventado.

Tiembla al abrir la carta y esa flor destrozando,
Tan infausto papel á descubrir se exime,
Pero al considerar que puede ser Fernando,
Recordando su imagen sobre él su labio imprime.

Rasga al fin el billete que siente perfumado,
Por el grato contacto de aquella planta hermosa,
Y cual una centella su vista ha devorado,
La erótica misiva siempre á su misma rosa.

Oye rosal florido la voz del sentimiento,
Mi lastimero acento por esta vez postrera,
Por que ya no verás mi rostro macilento,
Ni mas has de escuchar mi trova plañidera.

Que el amor de las flores es el amor de un día,
Es gozar el aroma tan solo una mañana:
Es mirar sus semblantes pensando en la agonía,
A que al fin las condena su condicion liviana.

Yo te amé como se aman las almas generosas,
Con esa poesía que vivifica el alma,
Y al tornar tu semblante has hecho mil girones,
A un corazón sensible que ha perdido su calma.

Amar! . . . á quién! . . . á tí? . .
Será una locura,
Mirar tu imagen pura
Que eleva su hermosura
Hasta los cielos dí!

¿No fuera yo insensato,
Si por mirarte hermosa,
Inimitable rosa,
Mi pasión ardorosa
Te confesara un rato?

Escucha! . . . ¿qué dirías,
Si viéndome á tu lado,
Te dijera postrado
Yo estoy . . . enamorado!!
Responde! . . me amarias?

Te callas y me miras,
Oh nécio pensamiento!
Ni creas tal! . . violento
Con este fuego . . miento
Yo no amo . . son . . mentiras!

Y si una vez ante tu faz de hinojos
Me pude yo postrar
Un instante seria en que tus ojos
Quisieronme mirar.

Y sin duda notando en mi semblante,
Aquel penar que la pasion imprime,
¿No es cierto, hermosa, dime!
Que una estrella de amor reberberante,
De inmensa luz divina,
Tan bella y diamantina,
Como el rayar de la infantil mañana,
Como el albor de una pasion temprana,
Sobre mi alma llegaste á reflejar?

No he creído jamás que en este mundo
Pudiera el hombre enamorarse tanto,
Temerario he burládome del llanto
De un amoroso ardor.

Y ya ves ángel mio si padezco,
Y si bien dura mi sentencia llevo,
Que harto me pesa y por jamás me atrevo
A demandar favor.

Que sin tener de mi pasion ferviente,
Ni una sola esperanza de consuelo,
Gimo sin ver el perfumado cielo
Que me hace padecer.

Y si una luz de su radioso faro
Pasa á travez de mi turbado sueño,
Una luz ha de ser que en mi beleño
Me insulta á su placer.

Y tú, y tú tal vez allá en tu lecho
Regado aun de deshojadas flores,
Solo verás al sol de tus amores
Cruzar tu alrededor.

Y cuando audaz alguna sombra errante,
Se presente y te pida una sonrisa,
La olvidarás al soplo de la brisa,
Sin escuchar su amor.

Pobre de aquel que de tu seno aspira,
Embalsamado el aliento:
Pobre infeliz si en malograda lira,
Con el último lamento
Canta tu faz que enamorado mira.

Tal vez la luz de moribunda luna
Le acompañe en sus pesares:
Ahora tal vez el pobre y sin fortuna,
Pedirá llorando á mares
Tus miradas de amor una por una.

Cuando eleva su voz á la persiana,
De tu inaccesible reja:
Cuando suspira al pié de tu ventana,
Que sola escucha la queja
Que canta de la noche á la mañana.

Cuando en tu sueño venturoso miras
Gloria, delicias y amores,
Y allá en tu cielo matizado jiras,
Como iris de colores
Que decora el Eden donde respiras.

Oh tu serás la sin igual querida:
Los trovadores del mundo,
Te harán dichosa, celestial la vida,
Con el canto gemebundo
Del alma, sí, por el amor herida.

Canciones mil de tus adoradores
Divulgarán tu belleza:
Te llevarán al medio de las flores
Publicando tu lindeza,
Con el decir que brindan los amores.

Aquí la alfombra de esmeralda hermosa
Recibirá tu pisada,
Y en las corolas de una blanca rosa,
Verás quedarse estampada
De tus lábios la grana deliciosa.

Allí también con el trinar variado
De sentida filomena,
Mudulará tu lábio embalsamado,
Sus cantares y serena
Solo tendrás placeres á tu lado.

Tu linda tez reflejará el semblante
De abrillantada corriente:
Desdeñarás amante por amante,
Y la súplica doliente
De pechos mil con el amor punzante.

Pero jamás del corazon el grito
Que con la verdad se lanza:
Nunca ese amor del que ama sin delito,
Con la vida y la esperanza
Solo al bien que miró de hito en hito.

.....

.....

Concluida la lectura de estas palabras bellas
Ya el corazon no pudo sostener su firmeza,
Y sobre sus mejillas miráronse las huellas,
Que dos perlas hicieron surcando su belleza.

Aquí rompió su cráter el volcan de la vida,
El amor indoniable que nada lo sujeta,
Que cuando ya le sobra su lava derretida,
La esparse en todas partes por su boca indiscreta.

Ya era mucha amargura la que su alma sufria,
Oyendo las endechas á aquella planta inerte,
Y deseaba cambiar tan triste alegoria
Por esa realidad que dá la vida ó muerte.

Así es que á poco rato Beatriz se encontraba
Extendiendo un papel en donde al fin declara,
El ardoroso amor que en su seno abrigaba,
Sin que ninguna idea su mano sujetara.

Y entreabriendo los tallos del rosal confidente,
Coloca su misiva con tan miedosa mano,
Que ese tierno billete quedó visiblemente,
Pues podia notarse de un sitio algo lejano.

Las once de la noche pregonaba el sereno,
Y Beatriz se hallaba pendiente en su ventana,
Cada vez palpitando fuertemente su seno,
Temiendo que llegára la luz de la mañana.

Juró burlar su sueño, si el trovador amante,
No volvía esa noche á visitar su rosa,
Y temiendo llegára el hidalgo arrogante,
A recojer la carta se lanza presurosa.

Cuando en ese momento siente una cuerda herida,
Que le anuncia el laud del amante deseado,
Y teniendo un instante el alma suspendida,
Sintió que se acercaba con paso acelerado.

Oyó un rumor lijero que el rosal producía,
Al entregar al jóven la esquila enamorada,
Y sus ansias violentas apenas resistía,
Reclinando en sus manos su frente acongojada.

Enmudeció la lira del travador amante,
Que otra lira escuchaba que su alma conmovía,
Cuando de aquel billete su vista devorante,
Las últimas palabras con avidez leía.

Veamos cual se expresa un amor inocente,
Sin ese vil resabio que todo lo envenena,
Cuando habla el corazon herido de repente
Por un amor sublime que toda el alma llena.

—Quien seais caballero, me habeis herido el alma,
Y arrebatáis mi sueño con vuestro tierno acento:
Os ruego por la vida, me devolvais la calma,
Porque yo misma ignoro lo que en mi pecho siento.

Cada vez que os escucho dirigirle á esa planta,
Las mas tiernas endechas mi corazon palpita:
Vuestra voz armoniosa mi espíritu levanta,
A sublimes rejiones donde mi alma se agita.

Si la uncion que he sentido en vuestras expresiones,
Ese incendio secreto que vuestra voz imprime,
Es aquel puro amor en que dos corazones,
Pueden gozar al menos una emocion sublime;

Si hay un hermoso cielo donde el alma percibe,
Indefinible aroma que embriaga la esperanza,
Donde se oye esa frase que el espíritu escribe,
Y el corazon tan solo á traducir alcanza;

Si existen expansiones, sublimes pensamientos,
Que sin dañar el alma llenan de amor la vida,
Profundas simpatías y plácidos momentos,
Que sirven de consuelo á una alma dolorida;

Si es verdad que los seres dentro del pecho llevan,
Aquel iman secreto que el corazon fascina,
Que sus piés de la tierra por momentos elevan,
Cuando suspende el alma una emocion divina.

Yo confieso que os amo con toda la vehemencia,
Que el corazon contiene en su expansion primera:
Llevais en vuestros ojos la luz de mi existencia,
Y sin poder miraros os juro que muriera.

Con vuestros tiernos versos vuestra alma habeis pintado
Y un corazon que aspira las auras de la vida
Yo solo anhelo ver vuestro nombre firmado
Para poder llamar vuestra imagen querida.

Cuando hallais contestado estas líneas sentidas,
Y comprendais el fuego de esta triste misiva,
Curareis á mi pecho las profundas heridas,
Que han hecho vuestros versos á aquella flor cautiva. .

Como la mas ardiente es ver que en vuestras manos,
Se encuentra aquella flor que me habeis remitido:
Deseo me expliqueis tan ocultos arcanos,
Porque hasta cierto punto se halla mi honor herido.

Yo no podré negaros que ese hidalgo orgulloso,
Con su inmensa fortuna pretende alucinarne,
Y que esa flor infausta es un signo injurioso,
Que en un lance casual ha podido arrancarme.

Ya debeis figuraros cual debe ser mi enfado,
Al ver que se hace alarde de una prenda mentida,
Que por alguna intriga puede haberse encontrado
En poder de ese hidalgo en la fatal corrida.

De alma tan generosa como habeis demostrado,
Espero que creais mis palabras sinceras,
Y cuando francamente mi amor he confesado,
Hareis por mitigar mis ansias lastimeras.

Explicadme el sentido que aquella flor encierra,
Que una duda incesante el pecho me atormenta,
O del amor y honor sucumbiré en la guerra,
Si vuestro noble acento mi corazon no alienta.

.....



MAS VEHEMENCIA.

.....
* ¡OH si el amor tuviera unas mismas sonrisas,
Sin que su frente pura el pesar la nublára,
Si las brasas que enciende no tuvieran cenizas
Y que su llama ardiente por jamás se apagára!

¡Qué la ingrata fortuna jamás se interpusiera,
En la union de dos almas que se aman con terneza,
Cuando ambas sacrifican por su ilusion primera,
Su porvenir el hombre, la mujer su belleza!

Si el amante suspira, sus ecos se repiten
En el fondo del alma de la mujer que adora,
Y estos dos ruiñeñores no hay canto que no imiten
Cuando sus corazones se estrechan de hora en hora.

Este es el cielo hermoso que hoy se abre á dos amantes,
Que únicamente aspiran las delicias de su alma,
Que sin grandes promesas ni frases arrogantes
Contemplarán sus astros con envidiable calma.

El corazon magnánimo de Fernando respira,
Sabiendo que su amada desprecia la fortuna,
Y cuando estos renglones entusiasmado mira,
Con sus lágrimas riega las letras de una en una.

Solo espera el momento que la noche presente,
Su protectora sombra para llevar su esquila,
Y si en sus horas vive su corazon ardiente,
En el dia mas claro tiene que estarse en vela.

Por fin aquella madre de todos los amores,
La noche bienechora con sus alhagos llega,
Que si no tiene rayos ni vívidos colores,
Tiene un sublime efluvio que el corazon sociega.

Apénas se apagaban los ecos postrimeros,
De la triste campana que marca la agonía,
Gozando en las tinieblas, en los ramos lijeros
De aquel rosal hermoso su billete ponía.

Y luego estacionado en la casa frontera,
Aguarda el grato instante que Beatriz lo vea,
Y en tanto que esto llega, miéntras su rostro espera,
Esta cancion modula con que á su amor recrea.

AMOR INOCENTE.

Yo miré tu divina hermosura,
Sonreirse de amor inocente;
Y perenne el ardor de mi frente,
Ya no puedo un instante sufrir.

De esta alma dolorida
Que contempla tu candor,
Que llegue á tí, querida,
Esta lágrima de amor.

Y esa mirada
Que alivia mi dolor
Enamorada
Dirije por favor.

LA PALABRA.

Sin amor ni fortuna
La vida,
Yo no puedo en el mundo
Sufrir,
Porque el pecho que pobre
Se ajita,
Solo amando se siente
Latir.

Y cres tú, quien pudiera
Un instante,
Mitigar tanta pena
Y dolor,

Si no miente á mi seno
Punzante,
Tú divina y poética
Voz.

Una sola palabra siquiera
Para el pobre, infeliz Trovador:
Sí, por Dios, yo te pido aunque muera,
Una sola palabra de amor.

.....
¿Acaso hay quien ignore el lenguaje que existe
En todas la regiones en que el amor domina,
Que habla con elocuencia el traje que se viste,
Un objeto adorado cuyo rumor fascina?

¿Nadie ha sentido nunca el singular sonido,
De un vestido flotante que la vista ha marcado,
Que acortando el espacio llega su colorido,
Hasta el fondo del alma donde se halla estampado?

¿Qué amor cuando es intenso los muros no penetra,
Del albergue en que mora el ángel de sus sueños,
Si el rumor mas pequeño representa una letra,
Del nombre que contempla doquiera en sus beleños?

Para él todo se mueve, se aninan los objetos:
Cuando la luz oxila, en el mas leve ruido
Su inteligencia encuentra; un indicio secreto,
De la pronta presencia de su ideal querido.

—Al fin sonó la hora en que siempre se abría
La puerta que la estrella de su vida ocultaba,
Y al concluir el sereno la triste ave maría,
La carta de Fernando su Beatriz tomaba.

Dejemos que sus ojos devoren de una en una,
Las líneas fervorosas que el amor ha dictado:
Que de todas las fuerzas no encuentro yo ninguna
Como la de este rey que tanto ha conquistado.

.....
Al fin pude escucharte, objeto idolatrado:
Al fin la flor hermosa que junto á tí naciera,
Sus lábios desplegando su amor ha pronunciado
Después de esta ventura, ¿mi corazón que espera? ..

Si hay amores tan puros que cantarse pudieran,
Delante de los ángeles que amando se sustentan,
Mi cítara, mis versos y mi aliento ¿qué esperan
Si todos los encantos ante mí se presentan?

Una faz seductora que lleva su hermosura,
En medio de esas flores de rostro carminado:
Que el aroma de su alma penetra con finura
Dentro del corazón que deja enamorado.

De sus ojos que inclinan la frente mas altiva,
Con aquellos efluvios que el alma magnetizan,
La inspiración que encierran no hay pluma que la escriba
Pues sus tiernas miradas al mismo amor hechizan.

Ave de tierno acento que cantando tu historia,
Remedas el destino de un hombre infortunado,
Que como tú, ha nacido sin esplendor ni gloria,
Y como tú recita lo que Dios le ha inspirado.

Si el hombre va buscando sobre la infausta tierra
Una alma que responda á su expansión sublime,
Yo adivino feliz que en tu seno se encierra,
Esa amorosa unción que el corazón esprime.

Si hay almas que se encuentran al cruzar el camino,
De una vida sembrada de abrojos y de flores,
Es preciso que se unan y sigan el destino
Que debe iluminar el sol de sus amores.

Tú has nacido amor mio, para elevar tu frente
En medio de ese fausto que á tu sexo fascina,
De ángel, no de mujer llevas una alma ardiente,
Porque tu has preferido la inspiracion divina.

¿Por qué dos corazones que se hallan inspirados
Con una sola idea y un mismo pensamiento,
No han de elevar sus cantos, en el bosque, en los prados,
Tras la colina hermosa y en el mundo opulento?

Tú cantarás el alba, yo cantaré las flores:
Tú serás la belleza, yo seré el sentimiento;
Y sobre este planeta serán nuestros amores,
Por su misma pureza de un fuego mas violento.

Yo no tengo dictados de soberbia grandeza,
Ni ennoblecidas cifras brillaron en mi cuna:
Solo tengo una lira que á modular empieza,
Los profundos pesares de mi negra fortuna.

Yo no te brindo cielos con nubes de oro y plata,
Ni te prometo Edenés con flores de brillantes:
Yo solo tengo versos que en triste serenata,
Te harán sentir del alma los plácidos instantes.

Que el amor no ha nacido con gasas ni festones,
Oriundo de la Arcadia, vive de sus cantares;
Imitando á las flores recita sus canciones,
Y siempre sus conquistas hace llorando á naves.

No lleva la armadura del valiente guerrero,
Ni arrebatada corceles de brillantes arneses,
Pero así débil niño, su dardo es tan certero,
Que en la malla del alma penetra muchas veces.

Del águila pudiente su vuelo no despliega,
Ni se eleva á las nubes para mirar su presa,
Que es la mansa paloma que se humilla y se entrega,
Pero que mucho alcanza con solo su firmeza.

El huracan no puede nunca apagar su llama,
Pisotea las perlas de abrillantado oriente,
Que la emocion sublime del que deveras ama,
No necesita de oro para hablar lo que siente.

Pueden haber falsías, puede triunfar el oro,
Doblegar las promesas y vencer los placeres,
Porque hay en los amores amantes sin decoro,
Así como en tu sexo hay mujer de mujeres.

Yo te amaré alma mia como deben amarse,
Aquellos que comprenden del amor las ternezas:
Que al ara de este dios deben solo acercarse,
Sin ambicion las bellas, los hombres sin promesas.

Que hallándose en el alma un afecto sincero,
Sin desplegar sus lábios comprenden los amantes,
Todo cuanto concibe el tierno amor primero,
Sin doradas promesas ni frases arrogantes.

Así he jurado amarte, amor de mis amores,
Trasmitiendo á tu seno la inspiracion vehemente,
Que dentro el alma llevo al cantar mis dolores,
Y que tambien diviso sobre tu altiva frente.

Vino el anciano á suspender su encanto,
Y ella ocultando ese precioso objeto,
Y enjugando á la vez su tierno llanto
Le contestó el saludo con respeto.

Hija mia, repuso el buen anciano,
No se que hiciera por mirar tu frente,
Con aquel esplendor que un ser tirano
Ha podido nublarte de repente.

Yo que adivino en tu alma generosa,
Un reguero de luz inteligente,
Quisiera que á la vez de ser hermosa
Mostráras el tesoro de tu frente.

Puedes amar con ese amor sublime,
Que léjos de enervar la estirpe humana,
La herencia del espíritu redime,
Y tienne á la virtud por soberana.

Tan solo vuestro acento me consuela,
Prorrumpió Beatriz, Méntor de mi alma:
Es cierto que amo, mas mi frente anhela,
Del profundo saber la hermosa palma.

Seguid mi educacion, que os sigo oyendo,
Que harto mi mente á vuestra ciencia debe;
Y miéntras mas vuestra leccion entiendo,
Mas mi intelecto á discurrir se atreve.

Me deleito en los rasgos de la historia
Porque en ella la mente se enaltece,
Y en los hechos que aprende la memoria
La planta del saber siempre florece.

Así lo haré discípula querida,
Por la Historia Sagrada principiando;
Y al sentir la desgracia acaecida,
Comenzaré por el Diluvio hablando.

.....

.....





AL DILUVIO.

¿DÓNDE corre espavorido el pueblo,
Levantando sus manos al Eterno?..
Y por que grita el encendido averno,
Y la tierra se llena de dolor?..

Por que la faz de la mayor lumbrera,
Huyendo está del hombre atribulado,
Y se entristece todo lo creado,
Poseído de pánico terror?....

¿Qué puede al mundo atribularle tanto?
Qué mal terrible, que mortal veneno,
Puede traer este plancta lleno
De esterinio, miseria y maldicion?..

No mas se escucha que el amargo llanto,
De familias que corren angustiadas,
Del torrente á las cumbres elevadas
De los montes, pidiendo compasion.

Por allí . . á travez de la montaña:
Sin dilacion, que nos persigue el cielo,
Se oye decir á todos sin consuelo
Llenando el aire de fatal clamor.

Y el risco que elevóse por doquiera,
Mírase lleno de afligida gente,
Que dirige una súplica ferviente,
Hasta el trono elevado del Señor.

El horizonte luego se oscurece:
Se ha ocultado la luz del medio día;
Y tan solo se escucha la agonía,
Que padece infeliz la humanidad.

Cesó la voz de la avecilla grata,
Y la verde campiña enriquecida,
Se vé en el seno del abismo hundida,
Y todo va muriendo sin piedad.

Rómpense luego las hinchadas nubes:
Baja en torrentes una lluvia inmensa,
Y atravieza veloz la niebla densa,
La centella esparciendo su fragor.

Oh qué miedo!. los cielos se desatan:
Crece la lluvia, la tormenta crece,
Y entre tanto el Océano se embravece,
Al mandato del brazo vengador.

Deteneos!. mirad como retiemblan,
Trizándose las cúpulas sagradas,
Con el poder del agua desquiciadas,
Oh qué dolor!. no tardan en caer.

Y no hay piedad para el linaje humano,
Debe morir expiando su delito:
Levanta en vano el clamoroso grito:
Mandado está que debe perecer.

Y esta porcion que señorea el mundo,
Que animára Divina Providencia,
Va perdiendo infelice la existencia,
Por mas que ¡al cielo manda su clamor.

Mil medios busca de gozarla un dia,
Mas no los hay, que marcha al precipicio,
Siempre remisa cual marchaba al vicio
Desdeñando al Profeta del Señor.

Ved esa tribu acongojada y triste,
De un madero en el centro se lamenta,
Unico bien que su esperanza alienta,
Y que le hace un momento respirar.

Pero oh que pena! . . de un abismo al borde,
Llega el pobre bajel y se malogra:
De muerte un grito y á la vez zozobra,
Y todos flotan por el ancho mar.

Gime la tierra, sus vivientes gimen,
Y todo por doquiera va gimiendo;
Mientras el agua sigue destruyendo
Esa porcion del hijo de David.

No mas lloreis humanos la caída
Del vasto imperio do reinó el pecado:
Llegó el dia, la hora se ha llegado
Sois criminales, no hay perdon: morid.

Clamais en vano malogradas almas
Retañendo el metal de la campana:
Todo por cierto dormirá mañana
Bajo flotante y lóbrego ataúd.

Clamais al cielo divisando el filo
De la segur que corta la existencia,
Cuando el Eterno aleja su clemencia
De tan descarreada multitud.

Plegarias mil elévanse del ara
De un altar que carcome la corriente,
Y el eterno Señor Omnipotente,
Nada atiende y castiga la maldad.

Por que ayer al umbral de su santuario
Nadie llegó para humillar la frente,
Y de los vicios al veloz torrente,
Serena se lanzó la humanidad.

Ahora verteis inconsolable llanto,
Cuando la muerte blande su cuchilla,
Ahora que el mundo y su poder se humilla,
Y empieza á sucumbir la humanidad.

Por que otro tiempo mas feliz, propicio,
No inclinasteis la frente vanidosa,
Sin aguardar la suerte lastimosa
Con que siempre se purga la impiedad.

Ay! qué dolor! . . aquella madre grita,
Mendigando el amparo de su prole,
Antes que fiera el agua se la inmoie,
En holocausto al sumo Ordenador.

Rásgase el pecho de pesar y llora,
No haciendo caso de la propia vida,
Levanta al hijo que la tiene asida,
Y lanzan ambos su final clamor.

No muy léjos un padre desolado,
De lo alto de un peñazco se desliza:
Tiende el brazo, el cabello se le eriza
Por libertar al fruto de su amor.

Y luego, ay Dios! . . al postrimer suspiro,
Queda su esposa en medio de la muerte;
Y sin hallar ninguna mano fuerte,
Devuelvele la vida al Creador.

Arrancanse del suelo las palmeras,
Y de sus copas al caudal inmenso,
Vienen los hombres en fatal descenso,
Para hundirse en el lago del dolor.

Queda tan solo la elevada cumbre
De un monte que alimenta la esperanza:
Respira en él el que feliz lo alcanza,
Y mueren mil de ver su derredor.

¿Por dónde no se mira la miseria,
Flotando en medio de una muerte infausta?
¿Dónde no se halla la existencia exhausta
Pidiendo enronquecida su perdon?

Ya viene el agua con tenaz embate,
A las praderas, sotos y colinas,
Y va royendo á fuer de sus ondinas,
De la tierra el inmenso corazon.

Bullente el seno del terrible Océano
Con las fuentes del cielo se fecunda;
Y se levanta aquel raudal que inunda
Cuanto existe en la peana de Jehobá.

No hay que mirar á aquella pobre viuda,
Que corre y se desgrena los cabellos:
Perdió sus hijos y perdió con ellos
Al tierno esposo que llorando está.

¿Quién á la vista del horrendo cuadro,
Que acosada presenta la natura,
De sus pupilas el llorar no apura
Y se siente partido el corazon?

¿Quién es aquel que no se postra y gime
Siendo viviente de la tierra ingrata,
Do el bravío elemento se desata
Murmurando total desolacion?

Tiro, Sidon, Gomorra castigadas
Por el brazo de Dios despues gimieron:
Pobres pueblos, pecaron y murieron
Y su desgracia á todos confundió.

Pero mirad en su principio al mundo,
Cuando sufriera universal castigo,
No hubo Segor entónce para abrigo
Y todo bajo el agua sucumbió.

Solo hallareis vagando por su esfera,
Llanto mortal, tribulacion y luto:
Solo vereis que su mirar enjuto
Moja soberbio el vasto manantial.

Mirad de Oriente á su contrario extremo,
Hierva sobre él la combatida gente:
Todo lo invade la feroz vertiente
Que ha de formar su loza funeral.

¡Y morirá Señor cuanto se mueve
En el planeta do creaste al hombre,
Sin que haya tiempo para que tu nombre
Reverencie postrado en tu sitial!

¡Y no vendrá de la morada excelsa,
Consoladora alguna luz al mundo,
Y todos quedarán en el profundo
Sin alcanzar tu amparo paternal!

Se improvisan los mares procelosos:
Cubren ciudades, campos y vallados:
Retruenan y caminan encrespados
Impelidos del rígido aquilon.

Sus olas rujen derribando templos,
Ypronunciando el anatema fuerte,
E tran al toque del clarin de muerte,
Dn los hombres al último rincon.

Sorprenderán hogares distraídos,
Quizá risueños en fatal momento,
Y ruidosas con su ímpetu violento
Derribarán un lecho conyugal.

Alguna madre prodigando albagos
Al hijo que retrata en su pupila;
O un corazón que de placer oxila
En los brazos de un sueño ideal.

Algun feliz amor interceptado:
Recien gozada alguna blanca mano:
Al patricio lo mismo que al tirano,
Y que al siervo lo mismo á su señor.

Cual delirando orgullecido y vano,
Con soberbias legiones y poderes:
Cual distraído en medio los placeres
Libando ciego al génio del amor.

Cual derrochando su caudal ingente
Por atrios, armas, bustos colosales,
Creyendo hallar los goces inmortales
En el cieno que luego ha de pisar.

Y aquel envanecido pensamiento,
Y su falsario engañador venero,
Por el abismo rodarán primero,
Sin poder sus tesoros disfrutar.

El oro sí, que por doquier lucía,
Será el primero en ocultar su rostro,
El oro, infausto y disfrazado mónstruo
Irá á hundirse en el seno terrenal.

Mientras el agua lleve en sus espumas
Los fragmentos de alcázares reales,
Que eleváran un tiempo los mortales
Y hoy humillan su orgullo colosal.

Idolos vanos de la edad menguada
¿Adónde estais que nadie se presenta?
Mostraos ahora y la feroz tormenta
Deponga su rigor en vuestro altar.

Oh! que vergüenza!... por el lodo inmundo
Llevais el rostro vil ennegrecido,
Mientras la tierra su final gemido
Lanza, qué horror! sin medio de salvar.

¿Dónde ha quedado la mentida historia?
Nada dice el oráculo que un día,
Tanto misterio al hombre le encubría,
Bajo suntuoso y fúlgido dintel.

¡Desengaño fatal de los vivientes,
Todo lo abisma el vasto firmamento,
Para oprobio del vil atrevimiento
Que de un Dios insultára su docel.

No hay Elíceos, Olimpo ni Parnaso:
Fué todo sueño de un poder fingido:
Fausto, poderes, todo se ha perdido
A la vez con la mística salud.

Y si algo miran de su farza impía,
Con esperanza de salvar, ninguna,
Será la estigia, funeral laguna,
Que va siendo de todos ataúd.

Que venga pues el feretrience trono,
De sus falanjes la doblada fuerza,
Y libre al mundo de la suerte adversa,
Con que debe su frente soterrar.

Seres pudientes del augusto solio,
Venid aquí con aceradas mallas,
A combatir las olas de esas playas,
Que en un tiempo pudisteis conquistar.

De allí... del cielo se desprende horrible
La destruccion de todos los humanos:
¡Por qué volveis los rostros soberanos,
Y no osais sus hogares defender?
Y vosotros varones ilustrados,
Que ostentais el saber de los saberes,
¡Cómo perdeis el mundo y sus placeres
Y se os ve que empezais á enmudecer?

Ya la inundada tierra no descubre
Que de sus montes la empinada cima:
El mismo Dios su rendicion le intima,
Y muy en breve toda se hundirá.

Han cesado los ruegos y plegarias:
El agua ostenta colosal trofeo;
Y ese perenne y triste clamoreo,
Ha cesado un momento á la verdad.

Pero se acerca la final congoja,
Terrible mas, para quien ve nadando
Ciudades mil, y espera sollozando
Padecer la sentencia universal.

Pudieron estos con soberbio arrojo,
Dominar á las cúpulas erguidas,
Para ver acabarse tantas vidas,
Creyendo libertarse del raudal.

Mas qué dolor!... el huracan rebate
Las ondas bravas de una mar creciente,
Que cada vez con brazo mas pudiente
Abarca cuanto encuentra al caminar.

Aquí son los postreros alaridos:
Aquí el herir del corazon humano,
Cuando pide supresa el gran Océano,
Para el régio castigo consumir.

Al aspecto del cielo oscurecido,
Por densas nubes de siniestro luto,
No escapará ni aun el poder astuto
De la sierpe que salva el lodazal.

Miradla encaramarse por el antro,
Queriendo superar á la corriente,
Huye mostrando emponzoñado el diente
Que hizo perder la dicha terrenal.

Parece que la justa Providencia:
Le concediera la última mirada,
Para que palpe su obra malhadada,
Y la angustia en que debe terminar.

Rojiza muestra la oxilante lengua,
A todo aquel que su falacia observa;
Y poco á poco aquel reptil se enerva
Con la ruina que acaba de causar.

Y sigue ondeando su flexible cuerpo,
Y palpitante observa la caída,
Que sufre asaz naturaleza herida
Por su negra y mortal fascinación.

Pero también ha de morir sin duda,
Quien fué la causa de su marcha impía;
Y será la postrera en la agonía,
Para largo penar y execración.

Pero Señor, que el pecador sucumba,
Bien, me parece justo y merecido;
Mas la inocencia nada ha cometido,
Y se mira igualmente padecer.

Por los extremos de la tierra infausta,
Oyese el llanto de la edad primera,
Y esta sentencia, universal, severa,
Sufren también los hombres al nacer.

¡Cómo se estrechan en el seno amante
De madres mil que sufren sus dolores,
Diciendo al parecer . . mis salvadores
No tardarán conmigo en sucumbir.

Y por instinto natural levantan
Sus piés, temiendo á la cercana espuma,
Cuando tal vez el alluvion abruma
La humanidad que debe concluir.

Falta un instante, y en letal silencio
Dormirá la porción del paganismo:
Una hora, y encima del abismo
La sentencia sellada se verá.

No resta mas que un orgulloso pico,
Que levanta mil vidas imprudente,
Triste atalaya que verá imponente
La nave que el Señor protegerá.

Oh! qué dirán al ver el arca santa
Señoreándose ufana en lontananza,
Siempre serena y llena de confianza,
Las ondinas rizando del cristal.

Pedirán á los cielos poderosos,
Una brisa que torne su mirada,
Para su vida triste, acongojada,
Salvarla del mortífero raudal.

Pero adonde los ruegos postrimeros,
Si nuevamente cruza la espesura,
El rayo audaz por la celeste altura,
Y le rompen las nubes otra vez.

No queda mas que someterse al juicio
Que ha motivado el pecador planeta;
Y la cerviz doblar humilde y quieta,
Para el fallo escuchar del alto Juez.

Todos enclavan su ávida mirada,
Sobre el bajel de la virtud gloriosa,
Que por la mar altiva y tempestuosa,
Lleva el triunfo ganado por la fé.

Cuando con llanto funeral espiran,
Ultimos seres de la raza impura;
Y flota al medio con feliz ventura
El hogar iniciado de Noé.

Cuando en silencio sepulcral termina,
Cuanto pudo ostentar naturaleza;
Y era de gracia y bendicion empieza,
Para nueva y feliz generacion.

Y por en medio de la turba infausta,
Prevalece circuida de alegrías,
La nave del aliado del Mesias,
Prediciendo la eterna salvacion.

Nada serán cuando el azul inmenso,
Despues de la justicia represente,
Aquel arco asombroso y reluciente
Que al mundo le dará la ansiada paz.

Nada serán cuando la voz del cielo,
Vuelva sereno al líquido elemento,
Quieto despues de su furor violento,
Luciendo hermosa su acendrada faz.

Y empezará la tumba á descubrirse,
Mostrando inerme aquella raza impura,
Que no verá la creacion futura
Ni con ella la ley del Salvador.

Que aquellas cimas que alzan afanosas
De su sepulcro la empinada frente,
Ya no conservan que del sol naciente
Los rayos que les dá nuevo vigor.

Así murió la malograda estirpe,
Que viviera en el lodo miserable;
Y del alto poder inescrutable,
Así también la mancha se lavó.

Para correr de su mansion divina,
Difano, bello y perfumado el velo,
Y el arrebol de su anhelado cielo,
Brindar á el alma que su amor creó.



SE INTRIGA EN LA CASA DEL OIDOR.

.....

MIÉNTRAS la paz sombrea lo que pasa,
De esta familia en la infeliz morada,
En otra noble y opulenta casa,
Se encuentra otra familia atribulada.

Es aquella en que un día conocimos,
Las grandezas de un puesto distinguido:
En donde sin contar, pesando vimos,
La plata que un Oidor había adquirido.

Si toda ella era mal ó bien venida,
Sábelo el cielo que hartas cosas calla,
Que á esto se llama suerte de la vida
Y robó aquel que se comete en playa.

Si los conquistadores se han concluido,
Sus raíces persisten retoñando:
Que arrancar la reforma no ha podido
Malezas que se siguen heredando.

Injectar otra sangre entre las venas,
Nacidas de Pizarros y de Almagros,
Obra será de manos Nazarenas,
Que tendrían que hacer muchos milagros.

Que nada arguyen las pomposas fraces,
De ciertos traficantes de destinos,
Que por llegar á optarlos son capaces
De tornarse en filántropos divinos.

Pues antes de pisar en el peldaño,
Se harán del buen "Las Casas" partidarios;
Pero que empuñen el baston un año,
Y serán Carbajales sanguinarios.

Mas como la desgracia es respetada,
En cualquier condicion que ella figure;
Siempre será sarcástica plumada
La que insultarla en su dolor procure.

Que miéntras el ridículo aprovecha,
Cuando á la vanidad hiere de frente,
Es batirse sin honra trás la brecha,
Lanzar los dardos á su faz doliente.

Para trazar cual es el laberinto,
Que en el hogar de Carbajal se agita,
De un lenguaje por cierto ya distinto
La punta de mi pluma necesita.

Así es que á mi lector que no se olvida
Del simpático Juan y su Jacinta,
Recomiendo la charla entretenida
De estos actores que mi historia pinta.

JUAN.

¿Qué tienes Jacinta, dime,
Con tu rostro acongojado,
Que mi corazon se oprime
Cuando estás así á mi lado?.....

¿Te han disgustado los toros?
¿Alguna prenda has perdido?
O dime, si entre los moros
Algun cristiano te ha herido?

Lo que es el niño Roberto,
Cuya herida no es muy buena,
Si en la embestida no ha muerto
¿De qué tienes tanta pena?

JACINTA.

Ay Juan, tú ignoras las cosas
Que esta casa van minando:
Son historias muy curiosas,
Que han de concluir no sé cuando.

Tambien el hijo mimado
Del amo tan orgulloso,
Anda en el mundo enredado
En otro infierno espantoso.

Hay llegándome á curarle
La herida que va por menos,
Pude una historia escucharle
Con ojos no muy serenos.

Hízome ver que su muerte
Solo el amor le causára,
Pues al tiempo de esa suerte
Mirábale cara á cara.

Y él embebido en los ojos,
De aquella dama hechicera,
Por contemplar sus enojos
Fué víctima de la fiera.

Que una prenda había tomado
Que adornaba su belleza:
Que ignora á quien se la ha dado,
Y que esa flor le intereza.

Me ha ofrecido lo que ofrecen
Los amos en sus apuros:
La libertad que encarecen
Tazando en quinientos duros.

¡Qué Libertad, tan brindada!
Siempre colgada en la luna;
Mas yo que no creo nada
Me río de la fortuna.

Pero mi amo, en este caso,
¡Qué puedo hacer cuando ignoro, . . .
Repliqué, sin embarazo,
Aunque deis un monte de oro?

Y él con lábio balbuciente,
Me dijo Jacinta, espera,
No eres tú, precisamente,
[Pero tu lengua parlera,

Moviéndose en esas calles,
Donde todo se murmura,
Será muy posible que halles
Con tu ardid y tu finura,

El nombre, clase y destino,
De ese esforzado mancebo,
Que en su semblante adivino
Lo que á decir no me atrevo.

A mas que Juan me ha seguido,
Y junto á mi se ha encontrado,
Y tal vez ha conocido
Al jóven que me ha salvado.

Y puedes bien insinuarle
Con tu marido futuro,
Pues yo prometo casarte
Y ser padrino te juro.

Dile pues, que en el confío,
Y dile lo que prometo,
Que depende el honor mio
De su proceder discreto.

JUAN.

Con que todo esto te ha dicho!...
Pues Jacinta estamos frescos,
Siguiendo ageno capricho
En lances tan novelezcos.

Te juro, que al no ser negro,
Con tan raras aventuras,
Tuviera á un noble por suegro,
Mas basta ya de locuras.

Puedes contestarle al punto,
Jacinta del alma mia,
Que así me hicieran difunto
Con aquel jóven daría.

Que mañana le presento,
Nombre, familia y quien sabe,
Si urdiendo algun pensamiento,
Cumpla de un modo mas grave.

Es decir, que con él mismo,
Puedo presentarme en casa,
Pues juro por mi bautismo
Ser perro de buena raza.

Transando este asunto ahora,
Tratemos de otro mas serio,
Que el vulgo ya no lo ignora
Ni es para Lima un misterio.

Sábense las intenciones
Del Oidor que no oye nada,
Y glosan en reuniones
La tal Visita menguada.

Y lo que es peor se murmura,
Sus manejos en la corte,
Con cuyas farsas procura
Mover no sé que resorte.

Con el cual echando á tierra,
Del virey la buena fama,
Se improvise alguna guerra
Y aprovechar de su trama.

De modo que ese dinero,
Que aquel sótano guardara,
Anda como un pordiosero
Comprando opinion bien cara.

Mas lucifer que se rie
Hasta de sus mismos planes,
Hace que en él se confie
Conquistando capitanes.

Pero desgraciadamente,
Gastará toda su plata,
Y en esta intriga imprudente
La suerte le será ingrata.

Se habla de la honra manchada,
De una consorte virtuosa,
A quien dió una puñalada
En situacion vergonzosa.

Y de esquelas turbulentas,
Con plumarios de palacio;
Pues de rendir muchas cuentas
Le falta muy corto espacio.

Para colmo de fatigas,
Dicen que D. Cárlos vive,
Y de sus negras intrigas
Al Virey largo le escribe.

¡Cuántas cosas no veremos!
Jacinta entre pocos días,
Cuando toque á los extremos
Tanto orgullo y tiranías.

Pues lo que es aquella oferta,
Que allá en la mar se me hiciera,
No llevo una alma tan tuerta
Que en tal accion consintiera.

Que si tengo negro el rostro
Llevo un corazon tranquilo,
Y he de ver llorar al mónstruo
Lágrimas del Cocodrilo.

Que es negra el alma, y el pecho,
Del tal Oidor fementido,
Que se revuelca en su lecho
Donde nunca está dormido.

Que sus joyas son robadas
Del arca de la fortuna,
Y creo estan encantadas
Pues las pierde de una en una.

Jacinta pídele al cielo
Riquezas de otros colores,
Que á gentes de nuestro pelo
Le asientan mas los amores.

Con tu color de canela,
Tú gracia y zalamería,
Siempre me tendrás en vela
Mirandote noche y dia.

Que se traguen sus diamantes,
Y sus bordaduras de oro,
Y esas frases petulantes
Que se repiten en coro.

Que en las promesas del alma,
Y en los rendimientos gratos,
Siempre se lleva la palma
La raza de los mulatos.

Dos génius particulares
De mezclas muy generosas:
Las aguas del Manzanares
Y los africanos rosas.

Que cuando la luna apaga
Del sol la luz muy ardiente,
La raza humilde se embriaga
Con los placeres que siente.

Por eso es que aqui se encierra
La sal de gracia que abunda,
Y es Lima la hermosa tierra
De imaginacion fecunda.

Bajo de un cielo nublado,
Siempre besando las flores,
El placer ha cultivado
El árbol de los amores.

Que aqui no truena ni espanta
Soberbia naturaleza,
Y el sol de Abril se levanta
Para alumbrar la belleza.

Nacen formas delicadas,
Siguiendo el génio del clima,
Y en frases enamoradas
No habrán como las de Lima.

Siempre en los rostros se pinta
Ese mirar peregrino,
Con que tú me ves Jacinta
Y me haces perder el tino.

Muy galana es la belleza,
Que de la España han traído,
Pero en garbo y gentileza
Las limeñas han vencido.

Amor destilan sus ojos
Con la humedad de su cielo,
Y hasta en los mismos abrojos
Produce flores su suelo.

Siempre caminan erguidas
Cediendo al céfiro el talle,
Que en el aire suspendidas
Cruzan por doquier la calle.

Tal se asienta al pavimento
Esa ligera pisada,
Que va sobre el pensamiento
Transitando enamorada.

Y es increíble que un mundo
Que lleva tanta belleza,
Sostenga por un segundo
De aquellos piés la fineza.

¡Qué compás, que bizzarria!
Que donaire y galanura,
Perdona Jacinta mia,
Que ya esto toca en locura.

Pues quando me hallo á tu lado:
Quando tú aliento me anima,
Soy el mas enamorado,
Que pudo nacer en Lima.

JACINTA.

Estás Juan muy zálamero
Con tus palabras de almibar:
Quiera Dios que otro lucero
No las convierta en acibar.

Si por el amor empiezas,
Por el amor yo te sigo;
Pues en lealtad y ternezas
Nadie se iguala con migo.

Te amo Juan como tú me amas,
Y en tú corazon confio,
Porque ardo en tus mismas llamas
Y porque sé que eres mio.

A espresar nuestros amores
Quien puede nunca igualarnos:
Sin coplas ni trovadores
Muy bien sabemos amarnos.

Que es nuestra lengua una lira,
Son los versos nuestros ojos,
Que cuando aman no es mentira
Ni hay en sus flores abrojos.

De una risueña mirada,
De un denuesto zalamero,
Puede hacerse una versada
Y escribirse un libro entero.

¿Qué han dicho tantos romances
Con sus dilatados cuentos,
Sus novelezcos percances,
Y sus hondos sentimientos?

Lo que una limeña expresa
Con dos palabras de fuego,
Que á la mas alta nobleza
Sabe rendir luego luego.

Que nada piden ni ruegan,
Porque es suyo el mundo entero,
Y con sus miradas ciegan
De oro un inmenso granero.

Perlas destilan sus ojos,
Cuando desean diamantes,
Y hacen valer sus antojos
Sumas muy exorbitantes.

No hay poeta que las pinte,
Porque son cual mariposas,
Que vuelan buscando el tinte
Siempre de rosas en rosas.

Siempre como ellas lijeras,
El pensamiento adivinan,
Son en amar las primeras
Y con tanto amor fascinan.

Miente el que diga que mienten,
Cuando el corazon entregan,
Que ellas sienten lo que sienten
Y nunca su amor lo niegan.

Quien diga que aman con mengua,
Porque muestran su vehemencia,
Merece perder la lengua
Y hasta perder la existencia.

Aman como el sol ardiente
Que ha dorado nuestro suelo,
Donde es el amor valiente
Y hasta á la tierra ama el cielo.

Porque aquí todas son flores,
Que sus frutos nunca esperan,
Viviendo solo de amores
Amarán hasta que mueran.

Pues lo que es entre mi raza
Con esta sangre templada,
Tengo de amor una braza
Que nunca se está apagada.

Que en garbo no cedo al mundo
Ni un solo palmo de tierra,
Y al amor que es iracundo,
Con gracias le hago la guerra.

Dígalo si no tu pecho
Que es el mas fuerte castillo,
Que á pesar de su peltrecho
Lo envuelvo como un ovillo.

Que cuando cargas con celos
Tu arcabuz hasta la boca,
Haciendo fuego á los cielos
Ninguna bala me toca.

Y si de la seba el fuego
Llega á inflamar mis cabellos,
Es siempre tu amor tan ciego,
Que has de tropezar con ellos.

Y cayendo entre los brazos
De aquella que herir pretendes
Caes entre tus mismos lazos,
Y con tu gusto te vendes.

Que es batalla muy gloriosa
En donde triunfa el cariño,
Donde la mujer es diosa,
Y el hombre no es mas que un niño.

Y esto en un suelo esmaltado,
Con la dicha y los placeres,
Donde un mundo enamorado
Forman solo las mujeres.

Pero volviendo al asunto
De que estábamos tratando,
El tal Oidor ya es difunto
Segun lo vamos mirando.

Yo que oigo, que veo y callo
Haciendo esfuerzos, lo juro,
Creo que ni en buen caballo
El diablo salva este apuro.

Ya esta mañana vinieron
Tres pájaros enlutados,
Que tanto y tanto escribieron
Mirando por todos lados,

Que yo creí que observaban,
Lo que el temblor ha causado,
Pero al fin ví que tazaban
De la casa un gran costado.

Y recordando la historia,
Que hace poco me has contado,
Haciendo buena memoria
El asunto he adivinado.

¡Qué jente Juan de mi vida!
Tan sedienta es la de pluma,
Con esa alma tan dormida
No hay tinta que no consuma.

Nadan entre esos renglones,
Que alargan á cada instante,
Convirtiendo en patacones
Las frases del litigante.

Con los ojos enclavados
Sobre el papel que es su mina,
Aun mirando ajusticiados
Siempre harán letra muy fina.

Nada esos nervios conmueve,
Cuando de arancel se trata,
Pues si fuego al mundo llueve,
Ellos recojen la plata.

El Iten es su fortuna,
El dejo, su pensamiento
Y aunque se caiga la luna,
Seguirán un testamento.

Bien dijo el sábio monarca
Por decreto soberano:
Para el Perú no se embarca
Ni tan solo un escribano.

Que en mis colonias pretendo
Se trance todo á razones,
Y que no sigan cundiendo
Pleitos con tantos borrones.

Que el pueblo que paz desee
En todo el linaje humano,
Para que nadie pelqe
No consienta un escribano.

¡Mas que dirás de la niña
Tan remilgada y tan vana,
Que hoy del Señor en la viña
Imita á Santa Susana!

Se halla pues en el convento
De las famosas clarinas,
Que creyendo en cierto cuento
No son de las muy divinas.

Por que en estas elecciones
Han pasado tales cosas,
Que solo los motilones,
Las tendrán por religiosas.

¡Qué buyas! qué algaravias,
Para comprarse los votos,
Pues entre ambas prelacías
Hay piernas y brazos rotos.

Por que en los bandos contrarios,
Se han puesto sitio por hambre,
Y hasta en los confesonarios
Se ha vuelto todo un enjambre.

Las cercas se hallan plagadas
Con las canastas colgantes,
Que las hambrientas sitiadas
Suspenden agonizantes.

Y es de ver lo confundidas
Que asaltan esas paredes,
Diciendo las aguerridas,
Sálvate humana si puedes.

Y entre aquí caigo y me estrello,
Por conseguir esas viandas,
La toca de un rostro bello
Cubrenlo las sopalandas.

Y se caen y se abarrajan,
Y se venden y se engañan,
Que unas van y otras se atajan,
Y entre ambas al fin se arañan.

Y en vez de salvar los muros,
En confusion tan extraña,
Reciben golpes tan duros,
Que en cama cuentan la hazaña.

Y hay contusiones y gritos,
Proclamas asermonadas
Por esos votos malditos
De novicias y preladas.

Y en toda esta baraunda,
La niña Francisca se halla,
Y hoy anunció ña Segunda
Que ha caído de una muralla.

Fué la casa una plegaria,
Cuando esta mujer gritando
Con su voz estrafalaria
Dijo "que estaba espirando.

"Es preciso conformarse
"Con la voluntad divina
"Así, no hay que atribularse
"Cuando ella lo determina.

"La niña se ha confesado
"Cristianamente contrita
"Y también ha comulgado
"Que es cuanto ella necesita."

Mas luego se ha dirigido
Para mi alcoba en puntillas,
Y silencio me ha advertido
Para evitar las hablillas.

Y díjome en voz muy baja:
"Esto demanda secreto,
"Por que traigo aqui una alhaja
"Que forma un ajuar completo.

"Pues la muy noble donada,
"Con quien he simpatizado,
"Fué mas bien mi confesada,
"Que de quien la ha confesado.

"Ya vereis que en el convento,
"Unas prendas de esta clase,
"Darían mal pensamiento
"A quien allí las mirase."

Y al descubrir la mantilla,
Sacando un cesto forrado,
Dijo cayendo en la silla:
"He aquí mi gran recado."

Y en efecto era lujosa
La tal factura de cuna,
Que al valuar cosa por cosa,
Formaban grande fortuna.

Mantos de grana bordados,
Con perlas y pedrería,
Que en los mismos principados
Sin duda iguales no había.

Fajas, pañuelos, blondados
Trencillas de oro bruñido,
Y lienzo tan deshilados
Que un rey tal vez no ha tenido.

Todo esto la Señorita
Con su plata y sus desvelos,
Pudo hacer y deposita
En Jacinta y sin recelos.

Para que yo en algun dia,
Pueda estos grandes valores,
Entregar con hidalguía
Al fruto de sus amores.

Mas esto no me ha admirado
De la niña arrepentida,
Sino otra accion que ha operado
De una manera atrevida.

Pues de la cesta en el fondo,
He encontrado ese manteo,
De aquel que mondo y lirondo,
Por el amor se hizo reo.

Con el cual sin duda alguna
Salía de aquel convento,
En varias noches de luna
Con su antiguo pensamiento.

Y segun las apariencias,
La monjita ha visitado,
Burlando á sus Reverencias
Al niño que me ha confiado.

Esto Juan nos dice mucho
Para tiempos tan cristianos,
Pues detrás de un cucurucho
Se esconden hondos arcanos.

Por manera que la niña,
Se confesó, por pretesto
Pues los frutos de su viña
Se encuentran en este cesto.

¡Cuánto se miente en el mundo!
Por apariencias tan solo,
Que el infierno es tan profundo
Que abraza de polo á polo.

Quien puede creer que esta casa,
Con tantas tribulaciones,
Muestre al público una traza
De ostentosas reuniones.

Se prepara un gran banquete,
Para ciertos partidarios,
Que forjan en el retrete
Planes revolucionarios.

No obstante un hijo á la muerte,
Y la otra hija agonizando,
Aquí se echa azar y suerte
Mientras se está conspirando.

Y es la aspiracion tan nécia
De este noble atribiliario,
Que hasta su infamia desprecia
Con descaro extraordinario.

Pues al clérigo jesuita,
Que hoy nuevo incienso le quema,
Mucho el sombrero le quita,
Por no sé que estratajema.

Y es cosa rara el mirarlo
Hacer tantos rendimientos,
A quien pretendia ahorcarlo,
Con todos sus sacramentos.

Y tan léjos de todo esto,
Dicen que le ha conseguido,
De Capellan el gran puesto,
En el convento aludido.

¡Jesus! qué cosas suceden!
En estos chicos palacios,
Donde los infames pueden
Vender vidrios por topacios.

Pues los ojos del orgullo,
Por un extraño misterio,
Se duermen en dulce arrullo,
Con el humo del zahumerio.

.....

.....



EL BAILE DE FANTASIA.

RAYABA una mañana muy hermosa,
De esas mañanas que el Abril convida,
Cuando mostrando el seno de la rosa
Forma su olor la esencia mas querida.

Que esa flor predilecta de este clima,
En todo su esplendor y su pureza,
Era la reina de un jardin de Lima
Que á otra flor no inclinaba su cabeza.

Por que ella erguida entre las mas lozanas
Que esta tierra abundante matizaban,
Era la única flor de las peruanas,
Que las guerreras manos no agostaban.

Si el acero cortó la dinastía
De la extirpe del Inca soberano,
Esa soberbia Europa todavía
Sobre estas flores no extendió su mano.

Las formidables armas de la España,
A raz pusieron el indiano suelo;
Pero jamás pudo alcanzar su saña
A esta conquista que amparaba el cielo.

Parece que estas flores han tomado
La defensa de agravios tan sangrientos;
Pues ellas solas llevan conquistado,
Del valiente español los pensamientos.

Amazonas hermosas que en la orilla,
De un caudaloso río de esperanzas,
Rindieron la braveza de Castilla
Sin armadura, ni arcabuz ni lanzas.

Rosas de amor de imágen peregrina,
Vosotras sois la paz del Mediodía,
Que al saludar la estrella matutina,
Le cantais al Perú su alegría.

Del color de esos pétalos brillantes,
Se forman de tus hijas las mejillas,
Que los conquistadores arrogantes
Al tocarlos rindieron sus rodillas.

Y el ósculo llegando hasta el capullo
De las rosas del suelo americano,
Al vencer el amor mató al orgullo
Y en el Perú se hizo el soberano.

Rosas que perfumais todo el ambiente,
Que al deshojar vuestro fragante seno,
Reproducis al genio inteligente,
Dejando el pecho de delicias lleno.

Vuestros son los pimpoyos que hoy se mecen,
En las flexibles ramas de esta tierra:
Son vuestras hijas que en la planta crecen
Que tanto amor ha dado y tanto encierra.

De rosa es el aroma que circunda
La atmósfera feliz de esta morada,
Que de esta planta la fragancia inunda
Cuanto concibe el alma entusiasmada

De rosa son las nubes de este cielo,
Que ha podido cubrir tantos rigores,
Que aunque estas rosas crezcan sobre el hielo,
Serán color de rosa sus amores.

Así con este rostro de alegría,
Dorando el semicírculo de Oriente,
Muy lentamente caminaba el día
Mostrando apénas su esplendor naciente.

Se creeria mirarle en su carrera,
Rasgando un velo de flotante gasa,
Que al sentir su fulgor cede lijera
Viendo esa luz que su espesor traspasa.

Es el manto de armiño que ha cubierto
A ese alto rey que pasa por los Andes,
Que quiere ver á su Perú despierto
Y á esos sus hijos cada vez mas grandes.

Paso á paso discíbase la niebla,
Y la deidad del primitivo indiano,
Las altas torres con sus rayos puebla
Cuando la lluvia se le opone en vano.

Huyen al mar las nubes vaporosas,
Y las flores sacuden sus brillantes,
Que en la noche prendiéronse ostentosas
Sobre sus vestiduras arrogantes.

Luego tambien los aires se apresuran
A repetir los ecos de alegría,
Que aquellas torres con su lengua auguran
Todo el placer de un venturoso día.

Que en esta hermosa tierra que ha heredado
De la cristiana España sus anhelos,
A la voz del metal se le ha encargado
Las súplicas que llegan á los cielos.

Que donde las campanas no remeden
Con su ruidosa voz el pensamiento,
Los de la casa de David no pueden,
Hablarle á Dios con fervoroso acento.

Era un dia de fiesta muy ruidosa,
Que en justa accion de gracias se le hizo,
Del Oratorio en esa iglesia hermosa
Que guardaba á la Vírgen del Aviso.

Reina y Señora que anunciára un dia,
Con lágrimas de madre muy piadosa,
La triste suerte que caber debía,
A la ciudad mas rica y populosa.

Por que segun las crónicas sagradas,
Era un portento el llanto milagroso,
Que las hijas de Lima acongojadas,
Vieron correr por su semblante hermoso.

Pero esta fiesta en nada le incumbía
A un banquete que estaban preparando,
Y que al llegar el sol al medio día,
Grande concurso estabase aguardando.

Y como es muy del caso penetremos
De este convite en muchos pormenores,
Preciso es que sus rasgos los pintemos,
Con el boato real de esos Señores.

La calle en que la casa se encontraba,
De Carbajal en tiempos de esta historia,
En vender las cobijas se ocupaba,
Por lo cual hoy conserva esta memoria.

Solamente de tiendas se formaba,
Que segun pergaminos que he leído,
Al mayorazgo que en Ramiro estaba,
Se habian por entonces reunido.

Y es por esto, que el día que anunciáran,
De su esposa el cumple años tan ruidoso,
A encintar esta calle se preparan
Y á convertirla en un verjel frondoso.

Pues es fama que el sauce que hoy sombrea
El festin popular con sus ramales,
Aunque la gente de ahora no lo crea,
Fué cambiado por árboles frutales.

El plátano lucía aquel capullo,
Que parece de nacar trabajado,
Mostrando entre sus hojas con orgullo,
Su fruto que es el mas multiplicado.

El coposo naranjo cuyo aroma
Hace olvidar del tronco las espinas,
Con fruta de oro que el ramal desploma,
Presentando pleyades peregrinas.

El árbol que naciera en esta tierra,
Que en vano se llamó Nueva Castilla,
Que el azahar que en su pimpoyo encierra,
De las esencias es la maravilla.

Fruta que remedára el nombre indiano,
Que á esta ciudad el vulgo le pusiera,
Que cual el gorro frijio del peruano,
Conserva en la cabeza su cimera.

Y al lado de estos árboles coposos,
En macetas portátiles se hallaban,
Corpulentos rosales primorosos,
Que todo aquel contorno perfumaban.

Y seguían la línea en la vereda,
Tulipanes, claveles y azucenas,
Y de la mutiflor que hermosa enreda,
Llegóse á ver las arqueras llenas.

Y alcanzó el agazajo á tal altura,
Que dos frondosas parras se llevaron,
Pobladas de racimos, y en figura
De muy alto docel las colocaron.

Y eran del caso tales ovaciones,
Sí á este festin de proverbial ostenta,
Debian de asistir muchos toizones,
De la alta España noble y opulenta.

Los honores y grandes cumplimientos,
Se hacian por entónces muy pomposos,
Que eran aquellos hombres avarientos,
De la algazara y riudos vanidosos.

Porque la gala estaba en que el tumulto,
Presenciara el derroche del dinero,
Que el ahorrarlo ó el tenerlo oculto,
Era ruin propiedad del usurero.

Siguiendo pues la usanza de esos dias,
Una gran comitiva se prepara,
Armada de cohetes y bujias,
Que hasta el palacio del Virey llegára.

Habiéndose invitado á su persona,
Que á paso enjuto caminar debia,
Con otras mas que honraba la corona,
Una marcha triunfal se pretendia.

Y en efecto, del rango y distinciones
De personas tan nobles que asistieron,
Dícenlo bien escudos y blazones,
Que tanto en la Península lucieron.

Era el Virey de magestuoso aspecto,
Por su diseño que á mirar alcanzo,
Desde Nueva Toledo el gran electo,
Manso en el nombre no en el génio mauso.

Porque su pluma que despues lo hiciera,
Firme Adalid de argucias y disturbios,
La crónica trazó que mereciera
Honor entre la Corte y los suburbios.

Conde de Superunda ha superado,
Si se admite jugar con esta frace,
Cuanto al pleito homenaje se ha negado,
Pues pudo darle al Vireynato enlace.

Que á no haber superado como he dicho,
Distintas controversias en su mando,
Juguete habría sido del capricho
De ese orgullo que en Lima iba aumentando.

Sin contar con las tristes aventuras
Que el siniestro de Octubre le brindára,
Que tareas le dió bastante duras
De las que al fin su genio lo salvara.

Pues parece que el cielo conociendo,
La aciduidad de su cabeza y brazo;
Ibale en su periodo reuniendo
Lo que hartó le ocupó de plazo en plazo.

Porque él miró lo que otros no miraron,
Con aquellas desgracias tan prolijas,
Pues hasta de la tierra se elevaron
Aguas sulfúreas cieno y sabandijas.

Pero él como Moisés á paso enjuto,
Con la misma desgracia se curaba,
Y sin perder de la hora ni un minuto,
En todas partes su presencia estaba.

Marchaban á su lado los parientes
Del insigne Marqués de la Ensenada,
Que del Despacho Universal gerente
Su muy noble persona era nombrada.

Varios lucian la gran cruz de grana,
Que el Santo Apóstol á su grey mostrára,
De la morisca guerra en la mañana,
Que sobre el viento en su corcel triunfára.

Brillaban otras placas admirables,
Demostrando la régia gerarquia,
De Marqueses pudientes, Condestables,
Ribalizando en garbo y bizarria.

Por un rasgo especial de gran cumplido,
No llevaba el Virey alabarderos,
Pero aquellos se habian sustituido
Por diez filas de nobles caballeros.

Lanzados por el aire los cohetes,
Ordenaban la marcha bulliciosa,
Y el estruendo anunciaban los mozquetes,
Que repetian una salva honrosa.

Y era raro mirar en aquel dia,
Cuyo sol por demas reverberaba,
La amarillenta luz que relucia
De mil antorchas que el concurso alzaba.

Era una bacanal de aquellos dioses,
Que harto mintieron y gozaron tanto,
Su liviandad saciando mas feroces
Que el mismo tigre de terrible espanto.

Toda la comitiva atravezaba
Aquel vergel que acabo de pintaros,
Y el nombre del Virey se victoreaba
Y se le daban epitetos raros.

Viva el prudente, el sábio, el esforzado,
Que en el peligro se mostró valiente,
Que el derecho de España ha vindicado,
Y puede en Lima señorear su frente.

Ayudando estas voces los timbales,
Y del clarín los épicos sonidos,
Letreros en su honor, arcos triunfales,
Del grande Carbajal régios cumplidos. .

Por fin el Señorío se instalaba
Que lo mejor de Lima constituía,
En una sala extensa do aguardaba,
El banquete que á un rey admiraría.

Para pintar sus viandas succulentas,
Y su volateria desmedida,
Necesito de plumas muy ambientas,
Para poder nombrar tanta comida.

Los pavos se miraban circundados,
De una muralla de palomas tiernas,
Como inmensos pelícanos trufados,
Mostrando cintas entre el pico y piernas.

De distancia en distancia se encontraban
Corpulentos lechones boquiabiertos,
Que á no ser el silencio que guardaban
Todos creyeran que no estaban muertos.

Amantes de la caza en alto grado,
Los nobles de ese tiempo apetecian,
Una pieza mayor en gran asado,
Que hasta con los venablos la partian.

Así es que un gran venado en la testera
De la estendida mesa se miraba,
El cual debía ser presa primera
Que al ínclito Virey se le guardaba.

Pues por lo visto entónces se comia,
Mientras en nuestros tiempos contemplamos;
Y con jarras de Cebres y armonía
En los banquetes la ilusion saciamos.

Muy al contrario entónces nuestros padres,
De férreo cuerpo y fauces muy valientes,
Si los han halagado nuestras madres,
Ha sido entreteniéndoles los dientes.

Oh! cuanto se ha avanzado en nuestros dias
En estos agazajos abundantes,
Que las viandas se han vuelto sinfonías
Y muselina el oro y los diamantes.

En escala mayor se habla y se danza,
Y es un altar la muy vestida mesa,
Donde solo se come la esperanza,
Y se bebe tan solo la belleza.

Que es un concurso de Adas y Cibilas
Cuyas trípodas dicen la ventura;
Con el fuego veloz de sus pupilas
Y la gracia sin par de su hermosura.

Vive la mente, el corazon respira,
Se multiplica la ilusion, se goza;
No hay quien no quiera retemplar su lira
Viéndose en un vergel de tanta hermosa.

Se hacen dramas que marchan á la escena
Con el baiben de un bergantin velero,
Y no hay un gladiador que en esa arena
No se crea el mayor filibustero.

Que se cruzan los lances á porfia,
Y sin careta tanto se pulula,
Que la electricidad no escribiria,
Esa de hablar tan desmedida gula.

Hasta aquí el adelanto se ha portado
Con lucidez y con loable empeño,
Mas la ruindad tambien nos ha trazado
Del ridículo el mísero diseño.

Pues los bodorrios vuélvense un comercio
Donde solo se lucen los enseres,
Y de las viandas se aprovecha el tercio
Revendiéndose cintas y alfileres.

Nécio es el despilfarro en cierto caso,
Y se debe apreciar la economía;
Mas es mostrar muy miserable atraso,
El ahorrar al celebrarse un día.

O todo ó nada el entusiasmo pide,
Y lo entendieron bien nuestros abuelos,
Que en una gran funcion nada se mide,
Y lo que abunda queda por los suelos.

Que esto se llame vanidad ú orgullo,
No pretendo saberlo por ahora;
Pero es darle á los actos lo que es suyo,
Porque donde se canta no se llora.

Carbajal y su esposa se presentan
E imitando los triunfos del Cruzado,
La faz muy seria del Virey alientan
Brindándole un baston abrigantado.

Este representaba la gran llave
De aquella ciudadela en miniatura,
Prenda de urbanidad bastante grave
Que en todas partes el poder figura.

El Virey y su círculo rindieron
Las gracias que aquel acto permitia,
No obstante, que á la par se mantuvieron
Con el aire marcial de la hidalguia.

Si esto encerraba algun secreto ignoro,
Pues la crónica aun no lo ha contado,
Que hasta aquí el cumplimiento y el decoro
En su marcha no habian claudicado.

Ocupáronse luego los asientos,
Con una animacion que embelezaba,
Pues nada en abundancia y cumplimientos
En esta boda de Canan faltaba.

Ruidoso fué el combate que empesára
Reluciendo las armas cortadoras,
Que ni el mismo Eleogabalo alcanzára
Su decisivo triunfo ni en dos horas.

Que ese mantel se hallaba tan poblado
De cuanto guiso en Lima se inventára,
Que podía bastar la sazozanado
Para que todo un pueblo se llenára.

Si no se usaban brindis, por lo menos
Ciertas jaculatorias se estilaban,
En versos que tal vez no eran muy buenos,
Pero que en esos tiempos agradaban.

Quien se atrevió á lanzar una versada,
Fué el hijo audaz de Carbajal erguido,
Que con una gran copa bien colmada
Y echando sus dolencias al olvido,

No se propuso honrar persona alguna,
Y dedicó su númen solamente,
Al licor que alhagaba, su fortuna
Diciendo así con voz muy imponente.

.....

UNA COPA

Copa de cien tragos que mi alma enajenas,
Que toquen mis lábios tu forma espiral:
Tus gotas de fuego recorran mis venas
Cual corren bullentes los ríos al mar.

Detenga ese mundo su estruendo infinito,
Las liras, los cantos, las voces callad,
Que en harpas de acero, de bronce ó granito
Pretendo cien trobas por tí levantar.

Silencio esa turba que asorda el espacio,
Con ecos de muerte, de luto y pavor;
Y tu faz luciente color de topacio
Refleje los rayos brillantes del sol.

Silfideas mujeres, pasad por la mente
De pampanos llenas cantando á una voz;
Y escancien las hijas mas bellas de Oriente,
Dos, cuatro, cien copas de ardiente licor.

Que cielos y tierra y estrellas y flores,
Circundan tu esfera luciente cristal:
Flotando en tus hondas se ven mil amores:
Tu círculo encierra de dichas un mar.

Fanal de la vida que alumbras la gloria,
Que el amor descubres de un seno infantil;
Saborear tus sueños de grata memoria,
La dicha es mas grande que puede existir.

Vagando en tus auras un lábio de rosa,
Te cubren los dedos de un ángel tal vez;
Y alumbran tus rádios la imágen hermosa,
Que lleva con lirios ceñida la sien.

Doquiera en mis sueños de gratos rumores,
Tu centro de esmalte perenne miré:
Forjaba mil rayos con ígneos colores
Libando ruidosa tu espuma á mis piés.

Tu encieras tesoros, inmensa riqueza,
Líquido al diamante, viviente al rubí,
Que á el alma le brindan valor, gentileza,
E ilusiones bellas dan de mil en mil.

Copa de cien tragos que mi alma enagenas,
Que mis lábios toquen tu forma espiral;
Y ardiendo tus gotas recorran mis venas,
Cual corren bullentes los rios al mar.

En tanto pues que aquella gente emprenda
Su conquista de canes furibundos
Vamos nosotros á quitar la venda
A los secretos que hay por otros mundos.

.....

A gran distancia del primer asiento,
Que ocupaba al Virey se distinguía,
De Carbajal al hijo que un momento
Ante el de Superunda se rendía.

El saludo pasó y á corto instante,
Siente Roberto que su espalda tocan,
Y al volver con enojo su semblante,
A su frente dos hombres se colocan.

Era el primero Juan su fiel esclavo,
Que habiéndose ocupado de su encargo,
Venía á presentarle al fin y al cabo
Lo que ofreció, del sitio sin embargo.

Aquí el siguiente diálogo se oyera,
Que á pesar del lugar y concurrentes,
El jóven prosiguió de tal manera,
Cual si creyera sordos los presentes.

.....

ROBERTO.

Con que Juan que has conseguido,
Dímelo que ardo en deseos:
¿Creo que no habrás venido
Con cuentos de Filisteos?

Que tu lealtad y firmeza,
Y el premio que he prometido,
Habrán hecho en tu cabeza
De esperanzas algun nido.

Y no lo dudes que crezcan
Las aves que allí se crían,
Y que nunca desfallezcan
Si ambas en mí se confían.

JUAN.

Justamente aquí he venido
Dándome cualquiera traza,
Solo por ser el marido
De esa paloma torcaza.

Y á fé que no he andado lerdo,
Pues la pista no he dejado,
Y el plazo segun me acuerdo,
De cumplirlo no ha pasado.

El jóven que á corto espacio,
Mirais allí muy cubierto,
Jamás ha entrado á Palacio
Y está de vergüenza muerto.

Solo un engaño ha podido
Hacerlo venir conmigo,
Pues no lo habría cumplido,
Si yo formal no le digo:

El noble que habeis salvado,
A esta hora se halla espirando,
Y está desasocegado
Su libertador llamando.

Consentid pues en su intento
Y tranquilizad esa alma,
Que reciba el sacramento
Y que se despida en calma.

Y allí le teneis turbado,
Pues que mi ardid adivina,
Y como no es convidado,
A marchar se determina.

ROBERTO.

Gracias Juan muy bien lo he dicho,
Que tu eres un caballero,
Y que solo por capricho
Puedes llevar negro el cuero.

Pero no importa, mañana,
Podrás blanquear tu cabeza,
Con esa plata que afana,
Al esclavo en su tristeza.

Déjame pues, yo me encargo
De alentar á ese mancebo,
Que á su brazo sin embargo
La vida que tengo debo.

.....

ROBERTO.

— Caballero, sabed que en esta mesa
Teneis vos un asiento distinguido;
Pues os debo una accion de alta nobleza
Que jamás podré echar en el olvido.

Si alcanzo hasta el honor de conoceros,
Y contemplar al ser que me ha salvado,
Yo á vuestras plantas depondré mis fueros,
Y cuanto la nobleza me ha brindado.

Mirad que ardo en deseos de estrecharos,
Y no tardéis un bien que os ha pedido,
Una alma noble que pretende daros,
El dictado de amigo el mas cumplido.

FERNANDO.

— Me confunde Señor vuestra promesa:
Tanto favor un pobre no merece:
Descubro pues mi rostro y mi cabeza,
Y ante Vuesamerced mi alma se ofrece.

Me complazco de ver la frente erguida,
Que admirára el concurso en esa tarde,
Donde la suerte os infirió una herida
Que de haberla curado hoy hago alarde.

Mas veo al fin que la alta Providencia,
Conociendo mi anhelo os ha salvado,
Y me concede ver vuestra presencia
Con la buena salud que le he deseado.

—Roberto Carbajal es vuestro amigo:
—Fernando de Moreno puede creerlo:
—De hoy vuestra suerte á enaltecer me obligo,
—Desde ahora mi alma empieza á agradecerlo.

Y sin mirar que varios observaban
Tan cortesana escena se abrazaron;
Y aunque con ello la atencion llamaban,
Cual íntimos amigos se sentaron

Don Ramiro que el acto contemplára,
A su hijo una mirada le dirige,
Haciéndole entender que presentára
A aquel manecbo como el caso exige.

Señores, permitid vuesas mercedes,
Dijo Roberto entónces de su asiento,
Os presente á quien pudo entre las redes
De la muerte salvarme en un momento.

Quiero que los adictos á esta casa,
Que mi apellido llevará consigo,
Presencien el afecto que me enlaza
Al de Moreno mi mas fiel amigo.

No es del caso su alcurnia relataros,
Que noble sangre corre por sus venas:
Básteme solamente aseguraros
Que es de leal corazon y acciones buenas.

Quien honrando mi nombre honrárselo suyo,
Puede contar con mi fortuna y brazo,
Que en llamarle mi amigo tengo orgullo,
Invito pues á su salud un vaso.

Que hay hidalguía en la decente España
Es un hecho que nadie lo ha negado;
Pero es verdad tambien que la zizaña
Es lo que aquí primero se ha importado.

Es un canto muy grato y armonioso,
Aquel que entona la verdad sin miedo,
Que en esto de expresarse sin embozo,
No hay como el canto que cantó Quevedo.

Siguieron pues los actos de confianza,
Que en aquellos bodorrios no faltaban,
Que por cierto no guardan semejanza,
Con las urbanidades que hoy se alaban.

La estremada abundancia atestigaba
Lo que en tales banquetes se ejercía:
Siempre la risa todo lo expresaba,
Y á un tiempo se charlaba y se comía.

Eran los brindis cortos y concisos,
Epígramas con sal ó desabridos,
Que eso de hacerle á las palabras rizados,
No era de aquellos tiempos tan fornidos.

Abundaban las plásticas escenas:
Las expresiones de actitud, los brios:
Mucho placer marcial ¡cosas tan buenas,
Que no pueden trazar los versos míos.

Sin embargo tajando mas mi pluma,
Permitidle que escriba en su alegría,
Y como siempre hay hezes en la espuma
Voy á dejar correr la pluma mia.

Puesto que en estas bodas tumultuosas,
Nunca faltan figuras prominentes,
Famélicas mandíbulas gulosas,
Vientres, obesos y acerados dientes.

Preciso es contemplar por todos lados,
Los animados cuadros de una mesa,
Donde se apuran sorbos y bocados
Entre el fragor de familiar franqueza.

Si bien ha dicho aquel refran de antaño,
Que no hay un buen sermon sin Agustino,
Yo puedo asegurar si no me engaño,
Que no hay bodas sin gordas y buen vino.

Se hallaba en el extremo del banquete,
Un cierto ser de humanidad redonda,
Que con la cavidad de su moflete,
Se haria la conquista de una fonda.

Pero Señor! si era un tenaz molino
Triturador de cuanto hueso habia,
Cuyas aspas movíalas el vino
Y cuya tolva todo lo ingullia.

Ejércitos de platos transitaban.
Por el gran territorio de su mando,
Y en la veloz revista que pasaban
Los consumia no se como y cuando.

Y es el caso que ciertas mi Señoras,
Se llevaban en zaga á sus criadas,
Y estas eran las boas destructoras
De las frutas, las aves y ensaladas.

Una de estas serpientes subterráneas,
Colocadas debajo de la mesa,
Hacian ciertas viandas instantáneas
Volviendose un mastin de buena presa.

Por manera que aquella convidada,
Era el escotilion de ese distrito,
Donde los guizos se volvian nada,
Con el tal proceder tan infinito.

No es menos raro el cuadro que presenta,
La grotezca pareja de un costado,
A cual de sus gargantas mas sedienta,
A pesar de diez vasos que han vaciado.

Y luego aquel matiz de las porfias,
Para seguir comiendo lo comido,
Y esa inmensa plegaria y agonias
Para beberse mas de lo bebido.

Y me siento! y me enfado! y no es posible,
Que usted desaire lo que yo le ofrezco,
Y al fin el estribillo irresistible,
Sin duda es por lo poco que merezco.

No por esto faltaron miramientos,
Delicados obsequios y cumplidos,
Brindándose los sitios suculentos,
Que de las aves son muy preferidos.

Costumbre eterna de eternal memoria,
Que hasta nuestros bodorrios ha llegado,
Que hay ciertos usos que jamás la historia
Puede ocultar de un pueblo aunque ilustrado.

Hasta aquí de las viandas las escenas:
Pasemos á observar en lo mas serio,
Que siempre estas comidas están llenas
De dobles planes ó íntimos misterios.

Que no es solo el placer del agazajo,
Lo que hace derrochar tanto dinero:
Obras ocultas son las que á destajo,
Ha contratado aquel mal caballero.

Mal español tambien y mal empleado,
Que por brillar un dia en alto puesto,
Una revuelta ruin ha meditado
Tras de su gran festin tan indigesto.

El repetido obsequio que se hacia
Por doña Alfonsa, esposa de Ramiro,
A la persona del Virey, argüia
Una cierta intencion de muy mal jiro.

Pues en tanto que aquella se esmeraba,
En remilgar al Manso don Antonio,
Conquistando á sus seides se encontraba
Don Ramiro ayudado del demonio.

Y no es raro tampoco que hasta el diablo,
Se vea escamoteado por bribones,
Que aunque muchos no crean lo que yo hablo
En esa intriga hablaron los doblones.

Y hubo choque de ofertas y destinos,
Y protestas de fé siempre sonante,
Que mientras corra plata y hayan vinos,
Toda conspiracion marcha adelante.

Segun los ademanes y guiñadas,
La insurreccion sería por la noche,
Despues de las ruidosas mazcaradas
Asaltando al Virey dentro su coche.

Así es que hasta el crepúsculo duraron
Las músicas, las loas y alabanzas,
En las cuales, virtudes se cantaron,
Que guardaban contrarias semejanzas.

Rosa se le llamó á quien no obstante,
Tan solo sus espinas conservaba,
Y años tantos pusiéronle á delante
Que á otro Matusalen se le igualaba.

Que en esto de romances y cantáres,
Mucho abundó la España conquistante,
Bastaba tener plata y alamares,
Para canonizar al mas tunante.

Por fin el sol tornando su semblante,
Quiso cambiar la tumultuosa escena,
Anunciando un teatro mas brillante,
Para una distraccion grata y amena.

Aunque en los tiempos que á trazar me obligo,
El sainete y la danza se estilaba,
Siempre el génio español llevó consigo
Su ardiente inspiracion que ejecutaba.

Buscóse pues el repertorio inmenso
De las fiestas nocturnas mas ruidosas,
Donde pudiera hecharse mas incienso,
A tantas vanidades orgullosas.

Y apurando el talento y la inventiva,
Que podia encerrar tanta hidalguia,
La determinacion fué decisiva,
De darse un baile de alta fantasía.

Entre todo el concurso placentero,
Fué la idea á una vez tan celebrada,
Que del consentimiento tan lijero,
Se hizo escuchar la general palmada.

Ya no se piensa mas que en personajes,
Que deben de imitarse diestramente,
Y luego improvisarse aquellos trajes,
Aun cuando cuesten una suma ingente.

Se pasó á concertar con los presentes,
Del tipo que cada uno imitaría,
Designándose al fin los aparentes
Para guardar perfecta analogía.

El papel de Colon se dió á Ramiro,
Y su esposa la América sería,
Dando á su farsa el magestuoso giro,
Que en su porte y modales sostendría.

Ya es de esperar que original tan grande,
Debió de complacer su alta osadía,
Y que pudo decir: ¡cuándo yo mande
Tendré el mismo talento y energía.

Porque fué tal la profusion de perlas,
Con que su rico traje se bordára,
Que causó grande maravilla al verlas
Cuando al régio salon se presentára.

Era el toizon de perlas trabajado:
Su manto real de perlas un reguero,
Expresando que el mar habia sondeado,
Por esa Perla que él sacó primero.

En un lado del manto se leía,
“A Castilla y Leon,” y al otro lado,
Siempre en letras de perlas relucia,
“Nuevo Mundo Colon le ha regalado.”

No le iba en zaga su mitad hermosa,
Que debia ostentar esas riquezas,
Que en su edad de oro esta nacion valiosa,
Hacia relucir en sus princesas.

Representando á la pudiente Coya,
De Manco Capac su primera esposa,
Toda su vestidura era una joya,
De una importancia casi fabulosa.

Los demas convidados elijieron,
De los dioses paganos los papeles,
Y de su larga historia prefirieron,
Los que remedan dos amantes fieles.

Así se vió á Endimion junto á la luna,
Céfalo y Prócris siempre delirantes:
Dáfne y Apolo en medio su fortuna,
Formando grupos muy interesantes.

Pues la Mitología en esa era,
Que tanto á los herejes se acusaban,
Era entre sábios condicion primera,
De los que con las Musas se inspiraban.

Que por pisar la cima del Parnaso,
Sin pensarlo el Cristiano idolatraba,
Marchando al paganismo paso á paso
Mientras su plectro mas lo retemplaba.

Que el que no poseia aquel idioma,
Que convierte en persona al pensamiento,
No comprendia ni una sola coma,
Del mas sencillo y fácil argumento.

¡Llamar Neptuno al mar, al viento Eolo,
Y al amor que es ¡amor! Venus llamarlo,
Es darle al pensamiento un punto solo,
Y en una sola idea encarcelarlo.

De los metros, los ritmos y los tropos,
Todo estudiante remedaba un caso,
Que pretendian ser todos Esopos,
Y parodiar la inspiracion del Taso.

Que en el bachillerismo de esa era,
Muchos sábios mediocres rejentaban,
Que eran de muy bronceada calavera
Y en las ciencias helenicas privaban.

Así es que del sepulcro levantaron,
A un Homero, á un Virgilio y sus poemas,
Y en grotescos romances hilvanaron
Las rapsodias vulgares de sus temas.

No faltaron algunos que olvidando,
Esa historia de tiempos tan lejanos,
Allá en la estigia á Eneas relegando,
Quisieron invitar á los Romanos.

De modo que en los anchos corredores,
Innumerables tipos se cruzaban,
De ninfas, génios, dioses, dictadores
Que nueva babilonia figuraban.

Que miéntras el salon se iba adornando,
Conforme el espectáculo exigia,
Los papeles se estaban estudiando
Formando excomunal algarabía.

Pues para un argumento tan variado,
Un aparente espacio es necesario,
Donde ese inmenso drama ejecutado
Debia hacer un efecto extraordinario.

Esos planos que un dia envenenaron,
Al hermoso Narciso eran muy caros;
Mas los nobles que allí se congregaron,
Eran tambien de ostentacion avaros.

Por manera que el lienzo que cubria,
Las paredes de rojo terciopelo,
Con los muchos espejos que tenia,
Repercutia pavimento y cielo.

Los festones cruzábanse en el friso,
Que ostentaba el salon muy bien tallado,
Y un pevetero ardió de oro macizo,
Que dejára el concurso apasionado.

Las bugías la flores derretian,
Con que estaban en torno circundadas,
Y del incienso y ambar se absorbian,
Gratas emanaciones perfumadas.

Véase el brocado en todos lados,
Formando los franjeados cortinajes,
Y en artezones muy sobredorados,
De muy bruñida plata los menajes.

Cintas cruzaban la techumbre hermosa,
Que figuraba un estrellado cielo,
Que debía hospedar á tanta diosa,
Y á tantos héroes de celeste anhelo.

Remedo del Olimpo y del empíreo,
Era por cierto aquel salon brillante,
Donde un hombre se hallaba en su delirio,
Con su infinita imagen por delante.

Llegó á anunciarse al fin la hora precisa,
Que la sala del baile se abriria,
Y el tal anuncio el corazon hechiza,
Que bañarse anhelaba en su alegría.

Cosa increíble fué que con seis horas,
Le bastára al concurso para armarse,
De tantas invenciones seductoras,
Que tardan largo tiempo en combinarse.

Pero es que circularon los dineros,
Con una profusion que no me espanta,
Si el orgullo de nuestros caballeros,
De aquella pasta disfrutaban tanta.

Pues si de plata hicierónse herraduras,
Segun la historia nos lo cuenta ufana,
Como no han de cubrirse mil locuras
Con la plata tan fácil que se gana.

Blando metal que al pulso se somete
De una bien manejada toledana,
Que delante del fierro de un mozquete,
Se echó á los piés de la nacion hispana. **‡**

Nítida imágen que en el suelo brilla,
Remedando el aspecto de la luna,
Que en el Perú es la abundante arcilla
Que los vasos formó de la fortuna.

Que en filones inmensos se escondia,
En el pozo de Airon de la real arca,
Que en ese tiempo ya rendido habia
Mas que el tesoro real de Cajamarca.

Entremos pues al colosal procenio
Que aquella casa habia improvisado,
Para en su infancia contemplar el génio
Que la verbosa hiberia ha cultivado.

Nacido el español para iniciarse
En los rasgos de audaz caballería,
En la verbocidad no ha de quedarse,
Ni un punto atrás si se habla de hidalguía.

Que harto han cumplido el noble juramento
Al ceñirse la espada á la cintura:
La Virtud defender cada momento
A la par del honor y la hermosura.

Por eso á declamar se han dedicado,
Desde que su Pelayo levantára,
Noble pendon por cierto aunque nublado,
Con el lodo que alguno salpicára.

Pues así como un Opas no ha faltado
En la patria que baña el Manzanares,
Un vil Cepeda el mismo nos ha dado
Que al caudillo vendió por alamares.

Mas baste confesar que en mayoría,
En eso de estudiar los corazones,
Han entendido bien la poesía,
Y que tienen mas glorias que baldones.

Así es que los romances se forjaron
Con ese vivo ardor del medio día,
Y los plásticos grupos se imitaron
Con propiedad que hasta hoy admiraría.

Pero no era el principio de la fiesta,
Las distintas escenas combinadas,
Si no el gran rigodon que ya la orquesta
Comenzaba con notas muy pausadas.

En este baile de alta cortesía,
Debian figurar nobles dictados,
En el orden de fuero y gerarquía,
Que estos asuntos eran delicados.

Pues así como ahora la metralla
Solo vindica nacionales fueros,
Entónces se arrazaba á la canalla
Que ocultaba su raza de pecheros.

Si se bailó con gracia y con destreza,
No lo podré decir por el momento;
Pero que se bailó con gran nobleza,
Lo puedo asegurar y así no miento.

Se hizo pues, cuanto pudo en esos dias
Adelantar la Estática en la danza:
Piruetas mil, saludos, cortesías,
Cuanto al bailar la urbanidad alcanza.

Y hubo tal tono, compostura y porte,
En los modales, pasos y posturas,
Que en esos tiempos solo allá en la corte
Se alcanzaban á ver tales finuras.

Fué toda real, espléndida, admirable,
La funcion que un monarca envidiaría,
Que ni la ostentacion de un Condestable
Hacer en la Península podría.

Concluida la gran pieza de etiqueta,
Que era un inmenso prólogo exhornado,
La danza de rigor quedó completa,
Pues el lujo y primor habian sobrado.

Siguieron del refrezco las bandejas,
Con la bajilla de brillante plata,
Que los cuentos de encantos y consejos
Quedan atrás si este acto se relata.

Pues á cada persona se obsequiaba,
Despues de saborear grata bebida,
Un dije que de plata se labraba,
De aquella Piña del Perú escondida.

Cada fuente de aquellas, bien colmada
De animales diversos de esa plata,
Era una arca de Noé bien avaluada
En una cantidad que ya es muy grata.

.....

.....

Miéntas pasa el entreacto de este drama,
De variadas y estensas dimensiones,
Voy á un lugar que mi atencion reclama
Y tambien la de muchos corazones.

A la casa infeliz de nuestra Elena,
Donde otra flor mas bella y mas fragante,
Debe formar la mas brillante escena,
De ese enorme argumento interesante.

El incógnito anciano que hasta ahora
Vemos en todas partes ilustrando,
Los hijos de esta patria seductora,
Y tambien las desgracias consolando;

Ni un punto solo ignora de la historia,
De esta triste familia malograda,
Por don Ramiro de fatal memoria,
Y hasta salvarla no repara en nada.

Va aglomerando el material preciso,
Para destruir las bases de ese muro,
Que el crimen vil con oro y sangre lo hizo,
Y á la verdad, no se halla muy seguro.

Guarda el puñal que la fatal sentencia,
Firmará con su punta malograda,
Quizá en el mismo sitio de la Audiencia,
De quien lleva su cifra ensangrentada.

Ha meditado un plan de alta importancia,
Para humillar á tan soberbio Creso,
A ese Oidor de insufrible petulancia,
Rey de la liviandad y del exceso.

Sabiendo el espectáculo ruidoso,
Que en la gran casa de Ramiro habría,
Dándole á su semblante aire gozoso,
Díjole á Beatriz con alegría:

Hija mia, no ignoras que el menguado,
Que quiso deshonorar á tu familia,
Don Ramiro el audaz enamorado,
Que solo el crimen forman su vigilia;

Debe dar una fiesta, cual ninguna
Se ha visto en Lima en todos nuestros dias,
Do el incienso quemado á su fortuna,
Debe surgir entre dos mil bugias.

De mas es retratarte aquella escena,
A tí que con dolor la has presenciado
En donde se cebó la infame hiena,
Con su diente feroz y envenenado.

Yo quiero pues que asistas á ese mundo,
Lleno de ostentacion y de falsía,
No por pisar su lodo ni un segundo,
Sino para humillar tanta osadía.

No es posible que el crimen se envanezca,
Léjos de estar entre la tierra oculto,
Ni que el espino sin pudor florezca,
Luciendo siempre su sangriento insulto.

Para el famoso baile que se espera,
He meditado un lance tan valiente,
Que tan solo tu imagen hechicera,
Podrá desempeñar divinamente.

Yo haré el papel de Bruto en ese drama,
Y este rico puñal brillará tanto,
Que con los fuegos fátuos de su llama,
Debe causar admiracion y espanto.

Tu serás la Lucrecia de estos dias,
Que representarás la escena cruenta,
Cuyos versos harás con armonías,
Que muestren la virtud que te alimenta.

De tu amorosa madre la venganza,
Vas á emprender con acto tan sublime:
Lléname pues de fé y de esperanza,
Y de tu hogar el porvenir redime.

— Pero Maestro, yo, ¿bajo qué amparo,
Murmuró Beatriz con sentimiento:
Sin tener ningun título preclaro
Entre esa grande alcurnia me presento?

— No temas pues por tal inconveniente,
Que estando ese concurso distraizado
Una esquila conservo competente,
Para el caso de ser interrogado.

A mas, se ha prevenido, que el que quiera,
Puede llevar un antifaz corriente,
Si no tiene un retrato de primera
Del personaje real que represente.

Pues se han fingido imágenes al fresco,
De los actores en los mismos rostros,
Formando un parecido tan grotesco,
Que ya no son retratos sino monstruos.

Lo que es yo me daré unas pinceladas,
Para mostrar el seño del Romano,
Que si no hay de Tarquinos las miradas
Su semejanza buscarán en vano.

Tú con el rico traje de heroína
Que tengo conseguido felizmente,
Te aseguro Beatriz, serás divina,
Suelto el cabello y con tu faz luciente.

No tardes pues, que el ansia me devora,
Por mirar castigada tanta injuria,
Y desea mi fé que al cielo implora,
Pronto humillar de Carbajal la furia.

Pluma tienes allí. . pídele al cielo
La inspiracion que ahora necesitas:
Traza esas líneas pues con raudo vuelo,
Que si son para el bien ya están escritas.



LAS ESCENAS.

ENTREMOS pues al colosal proscenio,
Do está esperando un numeroso estrado,
Ver esos grupos que el hispano génio
Con tanta habilidad ha preparado.

Suenan los instrumentos, y en el alma
No hay una sola idea que se mueva,
Que la ansiedad todo lo ha puesto en calma,
Y un solo anhelo la atencion se lleva.

Todos están pendientes de la entrada,
Para mirar la americana escena,
Que ha anunciado el fragor de una palmada
Viéndose á la India de riquezas llena. .

Como en el cielo del salón se hallaba
La imagen de su dios resplandeciente,
La noble indiana ante él se prosternaba
Al dirigirle esta oración ferviente.

AMÉRICA

Divino Ser que en la celeste esfera,
Iluminas la vasta inmensidad,
Dáanos la luz de tu aurea cabellera,
Único bien del mísero mortal.

Ved humanos:

Ese gran dios que en lontananza gira,
Y que empieza las cumbres á alumbrar,
Es el padre de Manco que nos mira
Lo juro, que nos mira desde allá.

Qué os detiene!

Dirigid la plegaria religiosa,
Desde la base del dorado altar,
Hasta el ruido veloz de su carroza,
Pues quien sabe mañana no vendrá.

Alma del universo!

Si eres tu solo el protector del mundo,
Admirable elemento de estos pueblos,
Si solo á tí te esperan esos frutos
Que la tierra nos brinda de su seno,
Recibe pues mi voto,
Con el fervor de mi ardoroso pecho,
Y la firme protesta que en tu trono
La América levanta hasta tu cielo;

Mas si el agente de los bienes fueres,
Ministro ejccutor de los mandatos,
De otro poder supremo, Omnipotente,
Que ante todo adoramos;
Preséntale las preces de este reino,
Que venera su solio poderoso,
Preséntaselas sí, cual os presento,
La adoracion de un Continente todo;
Pues debe complacer á su semblante
La postracion ante el brillante faro
Que él pusiera en su trono inmesurable,
A la vista de todos los mortales.

Divino rey del cielo,
De eternos resplandores:
El alma de las flores,
Del mundo la beldad.

Que lleguen al planeta
Que habitan los mortales,
Tus rayos matinales
De innensa claridad.

Arrodillaos humanos,
Al astro que aparece,
Que sin la luz que ofrece
Quedais en la horfandad.

Mirad! . . todas las flores,
Sus tallos inclinando,
Los valles respirando,
Estón felicidad.

Un aplauso ruidoso ha celebrado
La introduccion de América la bella,
Y entre otro aplauso al fin se ha presentado
Colon mas reluciente que una estrella.

Despues de recorrer con ademanes
Estudiados con arte primoroso,
Un objeto buscando en sus afanes,
Dijo á su vez con tono magestuoso:

.....

COLON

Adónde estás América querida,
Mundo soñado por la mente mía,
Donde te encontraré perla escondida,
Yo que te ando buscando noche y día.

Yo que por siempre con tu imagen sueño,
Y al despertar te llamo y no te veo,
Que eres de mi alma el perenal beleño,
Y de mi vida el único deseo.

Por qué te alejas ángel de mi vida,
Si eres mi pensamiento inacabable,
Si eres la inspiracion embellecida
Que miro en el confin incalculable.

Yo buscaré tu rumbo en las estrellas,
Apartando las ondas del abismo,
Y tanto y tanto buscaré tus huellas,
Que al fin tu faz descubriré yo mismo.

Que he prometido á Dios una hermosura,
Para que en el altar queme su incienso,
Y aunque mi juicio cambie por locura,
Solo en cumplir esta promesa pienso.

Que alcance á ver tu aureola seductora,
Y formaré de mi esperanza un mundo,
Que á los piés de una reina bien hechora,
Grande será á pesar de ser segundo.

Ya te contemplo imágen peregrina,
Detraz de ese horizonte de oro y grana,
En donde su alta frente el sol inclina,
Besando al Sur su faz en la mañana.

Llega á mis brazos pues mi bien deseado,
Pensamiento pèrenne de mi vida,
Que yo soy tu rendido enamorado,
Y tu serás mi celestial querida.

Levántate y sacude tus rodillas,
Que yo te traigo un Dios mas poderoso,
Que aquel astro de luz por quien te humillas,
Que es solo de su faz un rayo hermoso.

Yo cambiaré tus dardos, por el signo
Que señala los vientos de la tierra,
Brújula audaz del Navegante digno
Do descubrió la paz entre la guerra.

Esc gran Dios de la alma generosa,
El Dios de la Verdad, hija del cielo,
Alzate pues América grandiosa,
Hoy que Colon viene á rasgar tu velo.

Quiero escuchar la historia de tus hijos,
Hazme la narracion de tus encantos:
Enséñame tu hogar y tus cortijos,
Y esos rasgos de amor que tienes tantos.

Yo quiero oir tu voz la vez primera,
Antes que tu vestido hagan girones,
Quiero verte sencilla y hechicera,
Llena de fé, de amor y de ilusiones.

AMÉRICA

Oyeme pues espíritu valiente,
Génio inmortal, aparicion sagrada,
Ante el valor de tu inspirada frente,
Yo te hablaré, pero á tus piés postrada.

Yo soy el blanco lirio del desierto,
Cuyo fragante aroma no ha sentido,
De esa tu patria el mas lozano huerto
Y que en tu pecho llevarás prendido.

Yo soy esa porcion privilegiada,
Que ha ocultado mi dios en sus linderos,
De esa ambicion que corre desolada,
Buscando tierra, basallaje y fueros.

Yo soy la flor guardada por la orilla,
De un apacible lago misterioso,
Donde el lucero de la tarde brilla,
Enamorado por un cielo hermoso.

Todo me ha dado el Dios de mis infantes,
Fuego en mi seno y en mi aliento aroma,
En mi suelo riquezas abundantes,
Y el insaciable amor de la paloma.

Crece la miés en mí como en el alma
Crece la inspiracion y todo crece,
Que soy de Dios la predilecta palma,
En cuya copa hasta la fé florece.

Vírgen está mi seno del arado,
Lleno de un porvenir que no han medido,
Que tanto en mis entrañas se ha guardado,
Cuanto la Europa nunca habrá tenido.

Tu me has llamado aquí y aquí he venido,
Pero tu planta aun no se ha fijado,
Sobre el suelo feraz y enriquecido
Cuyas costas tan solo has contemplado.

Te has detenido sobre mis Antillas,
Conformándose tu alma con muy poco:
Acércate y verás mis maravillas,
Que nada haces con ver el Orinoco.

Acércate á mi hogar que es dilatado,
Que puede contener todo tu Oriente;
Y ya podrás decir que te has hallado,
Otro mundo en un solo Continente.

A mis hijos verás que son gemelos:
Por la vid de mi entraña están unidos:
Tienen tan grandes mares como cielos,
Bajo los cuales viven engraidos.

El uno existe al Norte, y su mirada,
Todo lo alcanza á ver en lontananza:
Por verse grande no repara en nada
Y únicamente vive cuando avanza.

Así como en tu historia el Cananeo,
Tiene sus mares él de alta importancia,
Y hasta el infierno irá como tu Orfeo
Por mostrar su bajel con arrogancia.

El otro vive al Sur, y en el semblante
Demuestra la bondad y la dulzura:
De los amantes es el mas amante,
Y franjas de oro ciñen su cintura.

Por este hijo mimado te hablo ahora,
Que con su amor el corazon me llena:
Por él suspiro siempre y mi alma llora,
Cuando me siento á ver su mar serena.

Él que respira el aura siempre pura,
Y entre su pecho el fuego purifica,
Ese gran núcleo que el mortal procura,
Y hace su hogar la posesion mas rica.

Cuando allá en el Oriente sucumbían,
Los Asirios, los Medos y los Persas,
Y de la Grecia y Roma no existían
Esas del mundo colosales fuerzas.

Cuando ya sus misterios los Egipcios
Habian divulgado á los mortales,
Y en cambio del Empíreo y los Elíceos,
Salian del Jordan los manantiales.

Cuando del Israelita la creencia,
No mostraba su faz sobre la tierra,
Por que habia perdido su influencia,
Con el poder de la romana guerra.

Cuando la misma Roma no existía,
Y talaba su seno orgullecido,
La orda feroz que todo el Mediodia,
Tenia en su ambicion ya sumergido.

Tambien por mis comarcas la ignorancia,
Era la llama audaz que consumia,
Esa razon que apenas en la infancia
De las naciones, reconoce el dia.

Transitaban mis tribus por doquiera,
Sin ley, ni luz del intelecto humano,
Y como siempre se tornaba en fiera
El que podia mas siendo tirano.

Entónces contemplé entre mis hogares,
Como tu, otro génio extraordinario,
Que salvando tal vez lejanos mares,
Llegó hasta mí cuando era necesario.

Yo salí á saludarlo á la campiña,
Y á presentarle ofrendas lisonjeras,
Dándole el tierno amor de mi alma niña,
Y sus caricias recibí primeras.

Era de erguida frente, y relucía,
Como del sol su perspicaz mirada,
Y yo al mirar su inspiracion vivia
De su semblante siempre apasionada.

Quise saber el nombre que llevaba,
Cuando mi selva visitaba un día,
Y me dijo que "Manco" se llamaba
Y cuanto él me anunciaba lo creía.

Dijo también que el Sol era su padre,
Que lo había mandado hasta la tierra,
Para tornarla en verdadera madre,
Y hacer parar la sangre de la guerra.

Yo no quise saber otros arcanos,
Desde que la bondad reconocía,
Ni misterios que forjan los humanos,
Para hacerse adorar con faz impía.

No ignoraba que un Rómulo orgulloso,
Se había hecho descender del ciclo,
Dando á su infancia un rasgo misterioso,
Para que fuera de su audacia el velo.

Porque él dijo, que sangre de una fiera
Circulaba en sus venas palpitantes,
Para que humilde el mundo se rindiera
Ante sus intenciones dominantes.

Corra en buena hora pues sangre de loba,
Donde sangre de fiera es necesaria,
Para que un rey soberbio hasta en su alcoba
Tenga á la humillación por tributaria.

Que aquí en mi seno ansioso de caricias,
Donde la flor del alma el cielo riega,
Tan solo á la virtud se dán primicias
Y á la Verdad el corazón se entrega.

Tú me anuncias á un Dios mas poderoso,
Que esa lumbrera que en mi hogar se adora;
Y es su existencia un rayo misterioso,
Que mi suelo ha sentido antes de ahora.

En los pliegues del tiempo yo he encontrado,
La muy constante tradicion que un dia,
Un insigne Varon ha predicado,
Santas palabras en la selva mia.

Bartolomé llamábase y sus huellas,
Largos años mostraba un gran peñazco,
Pues pude oirle yo frases tan bellas,
Que al guardarlas en mi alma me complazco.

Luego esc Dios tan grande no se olvida,
Del último cortijo de la tierra,
Y en sus altos arcanos siempre cuida,
De cuantas almas su extension encierra.

Si esa semilla no elevó sus brotes,
Siempre quedó en la entraña del terreno,
Donde despues podrán tus sacerdotes,
Aprovechar los frutos de su seno.

Manco Capac, filósofo profundo,
La índole del pueblo conociendo,
Le dió una religion propia del mundo,
Aunque otro Dios su espíritu sintiendo.

No de otra suerte el sábio de tu Egipto,
En sus misterios solo á un Dios miraba,
Y al exterior mentía estar convicto,
Con el ritual que el populacho honraba.

Así como él, despues del Coricancha,
Templo de la deidad reverberante,
Tuvo un Pachacamac su Dios sin mancha,
A quien el Sol bajaba su semblante.

Que era sábio profundo está probado,
Cuya Cosmogonía patentiza,
La formación de un reyno dilatado,
Con su Corte que todo centraliza.

Es verdad que aspiraba á un nuevo mundo,
Por eso no enseñó bíblica historia,
Y del paterno amor siempre fecundo,
Sacó la ley que hoy honra su memoria.

El no empezó por vanas olimpiadas,
Ni á contar las edades del Caldeo,
Que eran sus intenciones inspiradas,
Por el fervor de un colosal deseo.

Solo dos mil y cien leguas cuadradas,
Pudo mostrar tu tierra prometida,
Y él en mí se encontró centuplicadas
Todas las esperanzas de la vida.

Un inmenso plantel sin ley alguna,
Pero sin los abusos de conciencia:
Un cielo abierto, una sin par laguna,
Que retrata del cielo la clemencia.

Fronteras que han formado su horizonte,
Con un desierto libre como el ave,
Donde tal vez el mas pequeño monte
Encierra un mundo eléctrico, quien sabe.

Pues parece que el orbe ya cansado
De dormirse en el lado del Oriente,
En mi seno de amor se ha reclinado,
Buscando una existencia mas pudiente.

Mientras el arte todo lo reanima,
En las ciudades ya civilizadas,
En mi abundante y predilecto clima,
Todas las cosas se hallan preparadas.

Así es como los hijos de este cielo,
Tan solo con la luz de sus estrellas,
Obras mil fabricaron con su anhelo,
Y aun vieron de la ciencia las centellas.

En el oro y la plata hay maravillas,
Con tanta habilidad ejecutadas,
Que al ver formadas de ambos las bajillas,
Nadie puede saber do están ligadas.

Menos la astronomía se ha escondido,
A los que al astro rey reverenciaban,
Que esa su religion la ciencia ha sido,
De sus sábios Amautas que escuchaban.

Así es como este génio venerando,
Singular instructor de mis hogares,
Ha seguido impacible gobernando,
De mi extension las tierras y los mares.

El con sus sábias leyes ha dejado
Un imperio que el mundo ha de envidiarlo:
Que Licurgo y Solon habrían deseado,
Para en tu antiguo suelo trasplantarlo.

Hoy doce reyes su segur heredan,
Y parece que el cielo te ha mandado,
Cuando concluidos sus anales quedan,
En el que hoy lleva el cetro de su Estado.

Llegas cuando tres lustros ha ceñido
Guayna Capac la borla poderosa:
Cuándo con su prudencia ha reunido
Pueblos sin cuento á su nacion hermosa.

Rico en virtudes es y en opulencia,
Que con aurea cadena honrar quisiera,
Al que debia de tomar la herencia
Que es entre las herencias la primera.

Nabucodonosor allá en tu historia,
Tuvo un sueño al de un Inca semejante,
Cuya vision mostróle á su memoria
La aparicion de un pueblo dominante.

De ese pueblo que lleva en su mirada,
Todo el valor de las empresas grandes,
Que nada teme ni le arredrá nada,
Ni aun el soberbio aspecto de los Andes.

De ese pueblo que al corte de su espada,
Debe romperse el itismo de esta tierra,
Cuya brújula siempre está inclinada,
A este volcan que el oro y plata encierra.

Y ese augurio se cumple en el reinado
Del monarca mas grande que gobierna,
Pues hoy se esplica el sueño antipasado
Cuando la Europa en su nacion se interna.

Y ha sido tal la conviccion que tiene,
Del inmenso poder de esos vivientes,
Que hoy á todos sus pueblos les previene,
Mostrarse á sus mandatos obedientes.

Esta es mi historia pues Genio sublime,
Que has inspirado el pensamiento mio:
Ahora que sabes mis portentos, dime
¿Por qué te quedas contemplando un rio?

COLON.

Quédome aquí, por que hasta aqui he saciado,
Esa noble ambicion que mi alma mueve:
No quiero pues que habiéndote mirado,
Hasta tu suelo otra ambicion me lleve.

Quédome aquí, por que yo soy el ave,
Que remontando el vuelo á sus regiones,
En sus miradas todo un mundo cabe,
Y ya no tengo mas aspiraciones.

Quédome aquí, que alcanzo con mi vista
La realidad del sueño de mi vida:
Yo no he venido pues á una conquista,
Sino á encontrar mi tierra prometida.

La he visto ya, como el caudillo hebreo,
Y esta alta gloria anhelo devolverla,
A una reyna que oyó mi hondo deseo,
Desdeñando por él perla por perla.

Solo el que es grande la grandeza entiende:
Solo Isabel mi sueño ha descifrado;
Y mientras piensa que sus joyas vende,
Todo un mundo con ellas ha comprado.

Quédate pues América grandiosa,
Que así como amas tu, también yo adoro,
De dos ojos la luz grata y hermosa,
Que no la cambio por un mundo de oro.

Sin ese amor mi gloria no existiera,
Y habría solo respirado un día
Sin su aliento tal vez hoy no te viera,
Pues mi gloria la debo á Andalucía.

Quédate y puede ser que mi memoria,
Sin recuerdos de sangre en tus anales,
Sirva para que Dios forme tu historia,
Grande cual sus designios inmortales.

AMÉRICA.

Adios hombre sublime de enaltecida frente:
Adios y nunca empañes tu místico pendon:
Que sepa todo el orbe que tu mirada ardiente,
Solo busca la gloria, no busca la ambicion.

Aquí estarás oh Génio de la inmortal memoria,
Midiendo con tus ojos la vasta inmensidad:
La parte mas radiosa del mundo y de su historia,
Será por siempre tuya magnífica heredad.

Gobernarás las ondas de mi apacible Océano,
Como de sus riberas el único Señor:
Te alumbrarán los fuegos del sol americano,
Por que tu eres el dueño de todo su esplendor.

Que esos reyes eternos revestidos de armiño,
Parece que inclinaron su grande magestad,
Al tiempo que en el orbe se apareciera un niño,
Que á medio mundo diera mas bella otra mitad.

Yo te pondré en los hombros el magestuoso manto,
Y enseñando á los mares tu proclamada sien,
Tuyo será este mundo que te ha costado tanto,
De todos tus ensueños el anhelado bien.

Será de mas deciros que el gentío.
Se deshizo en aplausos repetidos,
A los que hubiera yo adjuntado el mío,
Que en tales tiempos tanto garbo y brío,
Eran dignos de ser muy aplaudidos.

Por que es verdad que cuando el génio canta,
No repara en ruindades provinciales:
La inspiracion gobierna la garganta,
Y á tanta altura el alma se levanta,
Que hace expresar palabras celestiales.

Y no se estraña entónces que el colono,
Que aspiraba tan solo aire de mando,
Haciendo de sus fueros abandono,
Deje un momento su orgulloso trono,
Para honrar al Perú que está humillando.

Pasó la efervescencia y victoreo,
Y á apoderarse la ansiedad volvía,
Por seguir el programa de un recreo,
Que tiene dimensiones segun veo,
Para colmar á todos de alegría.

De la Mitologia se siguieron
Los pintorescos grupos anunciados,
Y tanto en el amor, tanto fingieron,
Que muchos trasportados se creyeron,
Del Helicon á los frondosos prados.

El Endimion era un mancebo hermoso,
Con la verbosidad de un estudiante,
Que expresaba su amor meticuloso;
Acercándose al círculo radioso,
Que le mostraba Diana por delante.

Llegó á bajar el disco de la luna,
Con su declamacion tierna y amante,
Despreciando del mundo la fortuna,
Y las frases que dijo una por una,
Las repitió el concurso á cada instante.

Grado por grado el suelo se llenaba,
Con las apariciones celestiales,
Y el paganismo entero se miraba,
Que imprudente á la tierra se bajaba,
Solo por complacer á los mortales.

Y se veía á Apolo que libando,
La ambrosía que nunca ha saboreado,
Las cuerdas de su lira iba templando,
Mientras el vino del mortal tomando,
Lo iba volviendo un dios humanizado.

Se vió por fin lo que jamás se viera:
Venir el cielo á visitar la tierra,
Que de este pais la atmósfera lijera,
Creo que hasta los ángeles pudiera
Hacer caer con el amor que encierra.

Y era un deleite ver tan hechiceras,
Ninfas, génios alados y tritones,
Eglogas recitando lisonjeras,
Que levantando el alma á otras esferas
Hacian palpar los corazones.

Era por cierto la parodia hermosa
Que hace un momento la existencia grata:
Que un horizonte ve color de rosa,
Y que al seguir mirándolo se goza
De una ilusion que el corazon dilata.

Mas todos en fijarse no tardaron
Sobre otra escena de expresion mas bella;
Y las ninfas y zátiros dejaron,
Cuando una hermosa jóven contemplaron
Aparecida allí como una estrella.

Vestía un rico traje de romana,
En los tiempos heróicos de Tarquino:
Era tal vez mas bella que Susana,
Y mostrando su estirpe soberana
Ceñíase un laurel de oro muy fino.

Su onduloso cabello se esparcía
Sobre su blanco seno palpitante,
Cuando su rostro dirijir queria,
Buscando un personaje que seguia
Por doquiera el perfil de su semblante.

El campo azul de su talar vestido,
Sembrado de astros por doquiera estaba,
Y al medio de su talle iba prendido,
El lábaro romano enriquecido,
Que á los espectadores señalaba.

El otro personaje, que seguía
La mímica expresion de aquella dama,
Entre su rico ceñidor lucía,
Un lujoso puñal que al fin reclama
La admiracion de aquel que lo veía.

Por que á pesar del puño abrigantado,
Y la mitad de su hoja muy bruñida,
El resto del puñal iba manchado,
Con vestigios de sangre ennegrecida,
Que á propósito habíase dejado.

Llevaba el trial, insignia de un Prefecto,
Antes de la República romana;
Y su torvo mirar de sangre inyector,
Demostraba su rabia sobrehumana
Fingiendo bien su personaje electo.

Miéntas los circunstantes trabajando
Con la idea minuto por minuto,
Iban la alegoría adivinando,
Hasta que al fin prorrumpen saludando,
A la honrada Lucrecia y Lucio Bruto.

Entónces ya la mímica cesando,
Tuvo lugar esa romana escena,
Que ávidamente estaban contemplando,
Hombres y dioses con la faz serena,
Miéntas iban los pechos palpitando.

BRUTO.

Grata vision que el corazon me inflamas:
Imágen de Lucrecia seductora:
Quizá venganza en tu sepulcro clamas,
Cuando yo te he jurado antes de ahora,
Que al crimen cortaré todas sus ramas.

Háblame pues si de la tumba sales,
Que así el acero vengador que llevo,
No ha de dejar en Roma las señales,
De la impúdica raza de mortales
Que hoy á segar con altivez me atrevo.

Que ayer al ver tu corazon sangriento,
Atravezado por la daga insana,
He jurado por todo el firmamento,
Cambiar la faz de la nacion romana,
Y he de morir ó he de cumplir mi intento.

LUCRECIA.

Célere nombre del romano suelo,
Los dioses soberanos han querido,
Rasgando un rato mi mortuorio el velo,
Presentarme ante vos, hombre elegido,
Para el ultraje vindicar del cielo.

Y si en la hora de mi infausta suerte,
Tanto acertó mi llanto aquella historia,
Preciso es pues la narracion hacerte,
Y que en mi sexo quede una memoria,
Que impida el censurar nunca mi muerte.

Que los doctos en siglos venideros,
Tengan por impiedad mi accion sublime:
Sea, pero habrán génios mas certeros,
Que al conocer del alma los linderos,
Le harán justicia si el puñal esgrime.

Que se diga en buena hora que los dioses,
Son los únicos dueños de la vida:
Que cuando los dolores son atroces,
Y la infamia nos dá gritos feroces,
El no existir es la ilusion querida.

Ya no es sangre, la sangre corrompida,
Que ha envenenado la zaeta infame;
Y el cambiar por la muerte nuestra vida,
Es una salvacion apetecida
Cuando el oprobio el corazon nos lame.

Que aunque las letras sincerar pretendan,
Del honor instigado el cruel desvio,
Los ojos del horror nunca se vendan:
Quiero que las mujeres me comprendan,
Que hay escándalos que honran como el mio.

Si á Susana la hubieran deshonrado
Esos nécios ancianos babilonios,
A no haber un Daniel se hubiera ahogado
Despues de ser la presa de demonios,
Como yo el corazon me he trazado.

Tiemblen pues las impuras que se escuden,
Con las delicadezas de la vida,
Que á vindicar su deshonor no ayuden,
Que siempre llevarán la faz teñida,
Con negras manchas que jamás se eluden.

No faltarán tal vez sacerdotizas,
Que aseguren que el alma no se daña,
Cuando no hay voluntad en las premisas,
De una accion ruin que la conducta empaña,
No obstante que el pudor deja en cenizas,

Yo vivia tranquila en el retiro,
Disfrutando el placer de la familia:
Era puro el amor, puro el suspiro,
Que á Colatino enviaba en mi vigilia,
Y no deseaba ni el poder de Ciro.

En la virtud fundaba mi esperanza:
Era mi porvenir el de mi esposo:
Mi tesoro el joyel de su confianza:
Siempre pidiendo á Júpiter piadoso,
Nunca en su amor hallar, nunca mudanza.

Pero luego las Furias removieron
El lago de mi vida trasparente,
Cuando á mi hogar los huéspedes vinieron,
Con su innoble soberbia y de repente,
Entre el lodo infernal me confundieron.

¡Toda la Estigia es nada para el hombre,
Que por orgullo á la pureza infama:
La pena que se atrae no tiene nombre,
Que puede haber maldad que al mundo asombre,
Matar la paz. . . . ¡no sé como se llama!

BRUTO.

Prosigue pues, que en mi convulso brazo
Creo que este puñal se halla imantado,
Y es su adherencia tal que el duro plazo,
Debo de acelerar que se ha fijado,
Para romper al fin de Roma el lazo.

Basta pues de talares vestiduras,
De orgullosos lictores y de arqueros:
Que Publícola implante leyes puras,
Caigan por fin las régias armaduras
La República hoyando odiosos fueros.

Que viva al fin el pueblo de sus leyes,
Y no sobre él la vanidad del trono:
Que hace dormir el vicio entre sus muelles,
Que los reyes llegando á su abandono,
A los pueblos oprimen como Reyes.

Creo verme en la plaza de Colacia,
En medio del tumulto enfurecido,
Buscando á la soberbia aristocracia,
Para cobrarle el crimen cometido
Que con sangre la sangre al fin se sacia.

Recuerdo aun el indignado grito,
Que al verse tu cadáver se ha lanzado,
Y al saberse la causa del delito,
Jurando muerte al seductor maldito,
Por todos tu virtud se ha proclamado.

Entónces este brazo que han creído,
Ser el de un hombre nécio é insensato,
Imponente el Senado ha reunido,
Y hasta del trono hubiera removido
Sus mas fuertes cimientos en un rato.

Creo ver los Tarquinos confundidos,
Bajo sus vestiduras relucientes,
Llenos de perlas todos engreídos,
Con un cetro que esperan insolentes
Con ofrendas y dones fementidos.

Que miéntras la soberbia se enaltece,
Hasta en la faz de Júpiter tonante,
Crec que la sencillez nunca merece,
El favorable oráculo que ofrece,
Al que es menos altivo y petulante.

Así es como creyeron torpemente,
Que un beso maternal hiciera Reyes,
Sin pensar que la madre mas pudiente,
La tierra es de universales leyes
Ante la cual yo prosterné mi frente.

LUCRECIA.

Seguiré! que mi historia en las historias,
Escudado muy pocas semejanzas;
Mas grabaré mi nombre en las memorias,†
Para que nunca se hagan ilusorias
De un bien fundado amor las esperanzas.

Seguiré! que tambien creo encontrarme,
Escuchando promesas vanidosas,
Cuando el mónstruo anhelaba devorarme,
Que vuelvo á verlo aquí sobre estas lozas
Donde otra vez quisiera suicidarme.

Lo veo aún haciéndome promesas,
Escuchando en la ausencia de mi esposo,
Prosternado en las últimas bajasas,
Vilmente amenazando mis firmezas
Con un suplicio horrible y afrentoso.

Génio infernal por que te ocultas tanto,
Bajo de tus lujosos atavíos,
Cuando en alto tu crimen hoy levanto,
Que aunque estés en los sitios mas sombríos
Tu infcua faz descubrirá el espanto.

Has envidiado el ver en mis hogares,
Vegetar la virtud con la hermosura,
Y á tú corcel incaste los hijares,
Para regar la hiel de la impostura
Que en tu existencia beberás á mares.

Te hacia sombra un hombre afortunado,
Viéndosc poseedor de la pureza,
Y el surco de sus tierras has borrado,
Solo por verte un rato rebolcado,
En la envidia febril de tu bajeza.

Sabe pues que él existe, y pronto llega
El momento solemne de venganza:
Que si la flor de ayer sus hojas plega,
Le queda el tallo cuyas ramas juega
Guardando con la espada semejanza.

El sabe herir certeramente el pecho
Que ha intentado la afrenta de su casa;
Y el vengador acero irá derecho
Hasta ese corazon de fiera raza,
Que quiso audaz contaminar su lecho.

No está distante el tiempo de este juicio,
Y pronto llegará el crujir de dientes:
Que miéntras mas se acerca el precipicio,
Sus últimas trincheras pone el vicio,
Cuando sus fuerzas son insuficientes.

Que hay un dia fatal que esa balanza
Que sin fiel ha pesado la fortuna,
Cuando su duro acero al fin se cansa,
Se rinde á un solo lado y la esperanza,
Se encuentra mas distante que la luna.

Mira pues esta sangre infausto cuervo,
Que todavia humea entre éste lino,
Ella será del crimen mas protervo,
El proceso terrible del destino,
Que ya acercarse á tu garganta observo.

BRUTO.

Detenéos Lucrecia! . . que mas prueba
Que este puñal que llevo cincelado,
El cual con oro en ambos lados lleva,
Para un mentís del que á negar se atreva,
Todo el nombre completo del malvado.

Miradlo! felizmente no ha tocado
La sangre pura en su letrero infame,
Y sus sílabas claras han quedado,
Para que leerlas pueda el Magistrado
Al pedir que su sangre se derrame.

Mira estas cifras pues, no están borradas,
Y es llegado el momento de su ruina,
Que hoy su esplendor y sus riquezas caras,
Daria porque ahora le ocultaras,
Un puñal que de lejos lo asesina.

En este estado se hallaba
De Lucrecia aquella escena,
Que á todos interesaba,
Y á alguno causaba pena
Por lo muy claro que hablaba.

Y el acerto se comprueba,
Por el diálogo siguiente,
Entre un criado con su Eva,
Que á cada expresion se lleva
Sus dos manos á la frente.

Que estando en inteligencias
Los siervos de don Ramiro,
Miraban como sentencias,
Cada ademan, cada jiro
Sugetando sus violencias.

Por que Juan que conocia
De aquel puñal las fácciones,
Por instantes pretendia,
Con lijereza y maestría
Arraucarlo en dos tirones.

Pero temiendo sin duda,
Salir mal de tal empresa,
Sin tener la lengua muda,
Tuvo quieta su destreza
De Jacinta con la ayuda.

Y miéntras esto miraban
Con cierto gozo en el alma,
De aquella escena sacaban,
Conjeturas que anudaban
Conversando así con calma.

Sabes Jacinta que espero
Una de todos los turcos;
Pues siento arder un brasero,
Y han de haber aquí mas surcos
Que en el parroquial lindero.

JUAN.

Siento un olor á cabuya,
Y algo de camal diviso:
Dios quiera que esto concluya,
Sin que la garganta suya
Pague al fin el compromiso.

Por que la ambicion del amo,
Se ha subido á tal altura,
Que aunque yo ambicion la llamo,
El ha pasado á otro ramo
De mas alta catadura.

Dicen que gasta su plata
Por derrocar á don Manso;
Mas su suerte es tan ingrata,
Que su cabeza barata,
Colgada á mirar alcanzo.

JACINTA.

Tú siempre miras las cosas
Con ojos de visionario,
Que en estas danzas graciosas,
Si hay algo de fabulosas,
Nada encuentro temerario.

Esa niña representa
Su papel con gran destreza,
Y una historieta nos cuenta,
Que es tal vez de su cabeza,
Con que hacer llorar intenta.

Lo que es yo muy bien comprendo
Las tramas de estos Señores,
Que miéntras siguen fingiendo,
Por dentro se están riendo
De hacernos sentir dolores.

JUAN.

Tú te equivocas Jacinta,
Y tu sencillez te engaña:
La cosa aquí es muy distinta,
Que hoy contemplo al Leon de España,
Tan fiero como se pinta.

Que sea un cuento de antaño,
Lo que aquí se representa:
Que sea verdad ó engaño
Diviso de gran tamaño
Una terrible tormenta.

Recuerdo bien la propuesta
Que el amo en la mar me hiciera,
Por aquella arma funesta:
Sabes hoy lo que ella cuesta?
Nuestra libertad entera.

Esta jóven es la misma
De cierta triste ventana,
Do el amo perdió la crisma,
Y mi cabeza se abisma
Viéndola aquí tan galana.

Al mismo tiempo me admira,
Sea la de aquella noche,
Que allá donde el río gira,
El niño Roberto en coche
Forjó nocturna mentira.

Dándole una serenata,
Formando tal travezura,
Si no es mi memoria ingrata,
Mandando matar por plata
A otro hombre de mas ventura.

Y lo mas raro del caso,
Es que el jóven don Fernando,
Que se encuentra brazo á brazo,
Con el niño conversando,
Fué el sugeto de aquel lazo.

Porque yo en la noche oscura,
Que este percance pasaba,
Pude mirar su figura,
Con la luz que poco dura
Del cigarro que fumaba.

Y se colma mi extrañeza,
Cuando miro claramente,
Que es aquel que con destreza,
Del gran toro en la fiereza,
Pudo salvarlo valiente.

Y mi confusion se aumenta,
Viendo que esta niña hermosa,
Sea la misma que alienta,
De ambos la pasion furiosa
Que ha de concluir con afrenta.

Pues el clavel de la historia,
Que el niño herido contaba,
Lo conservo en la memoria,
Fué aquella prenda ilusoria
Que entre sus trenzas se hallaba.

Jacinta, tu sabrás mucho,
Esto es de puertas adentro;
Pero por lo que yo escucho
Fuera de este oscuro centro
Me creo tal vez mas ducho.

Mira si no por la izquierda,
El grupo que se presenta:
Juegan en distinta cuerda,
Y solo el de vista lerdá
No caerá pronto en la cuenta.

Disfrazado el de Velasco,
Remilga á la niña hermosa,
Mas con migo se dá un chasco,
Pues por San Pedro Nolasco
Que lo conozco en la prosa.

Ya entiendes!.. cruzan promesas,
Que Lucifer acostumbra,
En sus contínuas proezas;
Pues cuando el oro relumbra,
Quema el ceso en las cabezas.

Maldito barro brillante
Que ha de intervenir en todo,
Hasta en la fé del amante,
Que cuando él no está sonante
Pisa el amor sobre lodo.

JACINTA.

Si es así Juan lo que dices,
Yo tambien estoy mirando,
Sin esperar que me atices.
Donde el niño está apuntando
La cuarta de sus narices.

Creo que tambien malicia
Del Virey la alta presencia,
Que ante el amor su primicia
Rinde al punzar la codicia,
Con su proverbial paciencia.

Que á un ribal de tanto brazo,
Por cierto que no le embiste:
Que á no ser, de un cintarazo
En dos minutos de plazo,
Formaría un lance triste.

Mas quien reparo que encierra
La rabia dentro del alma,
Es aquel que ve á la tierra;
Perdiendo toda su calma
Al sentir de amor la guerra.

Pues por lo visto se miran
Reunidos frente á frente,
Tres que el corazon aspiran
De esta niña inteligente,
A cuyo contorno jiran.

Mas volviendo al otro lado,
¡Nó contemplas el semblante,
Con que el amo se ha quedado,
Que me parece azogado
De aquel puñal por delante?

Parece que los dos ojos
Le saltáran de la cara,
Y él que no sufre sonrojos,
Creo pues que hasta de hinojos
La tal daga reclamára.

Tal se acerca al personaje
De la arrogante figura,
Que hasta examina su traje,
Conteniendo su coraje
Con cierto aire de locura.

Yo creo que esto termina
Con un volcan que no tarda:
Yo me escondo en la cocina,
Vamonos Juan antes que arda
Nueva Troya en esta esquina.

Pero escucha!... ¡nó has oído?...
— No por cierto... ¡qué es aquello?...
— El Virey que se ha escondido,
Y en voz baja ha prometido
Llevarse aquel rostro bello.

— ¡Será posible!... y consiente?...
— Que ha de consentir!... lo ignora:
— Entónces ya es diferente;
— Pues nó! que es trama traidora
Forjada aquí de repente.

—Cómo! pues quién la ha formado?
—Quien ha de ser... Don Ramiro;
Pues Señor, te he aventajado,
Y te gano á todo tiro
Porque todo lo he escuchado.

Oyeme pues: yo me hallaba
Preparando en la ante sala,
El refresco que probaba,
Cuando oigo que se resbala
El mismo Virey que entraba.

Yo no hice mas que ocultarme,
Pues lo creí conveniente,
Y en gran silencio quedarme,
Cuando sentí de repente
A Don Ramiro llamarme.

Creí perder el aliento;
Mas luego me he serenado,
Porque comprendí al momento,
Que se me habia llamado
Con muy remarcado intento.

Es decir, por cerciorarse,
Si el sitio solo se hallaba,
Pues pasaron á sentarse,
Y despues de saludarse
Lo siguiente se parlaba:

Dijo el Virey afanoso
Al de Carbajal, que atento
Le oía con cierto gozo:
Pues Señor, estoy violento
Por ese ángel tan hermoso.

Y vos mejor que ninguno
Su clase podeis decirme,
Su familia, uno por uno,
Los detalles que han de instruirme
Para un momento oportuno.

Porque aunque le he dirigido
Palabras muy cortezanas,
Casi ninguna ha admitido,
Aunque sé, que ha conocido
No ser palabras villanas.

—Y el amo entónces, que dijo?...
—Que esas eran las piruetas
Que con arte muy prolijo,
Hacen siempre las coquetas
Sin un pensamiento fijo.

Que á la jóven conocia,
Que era de pobre familia;
Y que el papel que hoy fingia,
Es todo lo que la auxilia
Donde sola no entraria.

—Pues si es así don Ramiro,
Corre ya de vuestra cuenta
Tal empresa y me retiro:
Veamos cual es el jiro
Que vuestro talento inventa.

—Y al retirarse don Manso,
Siento que él un vaso toma,
Que era de almendra y garbanzo,
Y aturdida á ver alcanzo
Lo que echa miéntras se asoma.

Al poco tiempo aparece
Don Antonio enamorado;
Y el dice: Vuesencia ofrece
El vaso menos colmado,
Que solo un rato adormece.

Se preparan dos lacayos
Qué en vuestro coche la dejan:
Entre poco no hay desmayos,
Y al ruido de los caballos
Sus lindos ojos reflejan.

Dicho y hecho y se retiran:
Luego yo derramo el vaso;
Y miéntras la puerta giran,
Viendo que ya no me miran
Nuevo líquido reemplazo.

Y sin hacer mucho ruido,
Dejo el sitio en un momento:
Luego á tu lado he venido,
Y por ver en que ha concluido
Tengo el corazon violento.

JUAN

No hay remedio, aqui arde Troya
Segun alcanza mi ciencia:
Al amo le ronca la olla,
Y muy pronto á su excelesencia
Colgarán de la tramoya.

Vayan fiestas espantosas
Que hacen estos Señorones:
Gastan sumas fabulosas,
Por conseguir ciertas cosas
Y se quedan siempre en nones.

Pues sin tanta algarabia,
Los negros no gastan miles,
Y gozan mas alegria,
Bailando en la Cofradia
Con sencillos tamboriles.

Allí recuerdan la tierra
De donde el blanco los trajo:
Su amor, sus cantos, su guerra,
Y tanto el recuerdo encierra
Que hasta se olvida el trabajo.

Que no hay festin mas hermoso,
Que aquel donde el alma llora,
El rasgo ruin y afrentoso,
Que hizo por buscar reposo
La España nuestra Señora.

Pero volvamos al caso,
Nosotros que esta torada
Gozamos paso entre paso:
Creo que de este porrazo
Ramiro suelta la espada.

Comprendo bien sus intentos:
Quiere que el Virey se aleje,
Sin presenciar los momentos,
Que pueden ser muy sangrientos
Entre este teje y madeje.

Pero nosotros que urdimos
Nuestros hilos desde léjos,
Aunque versos no escribimos,
Divisamos los racimos
Que no dan vinos añejos.

Y hay una parra en la plaza,
Tan robusta y corpulenta,
Que aguantaria esta casa,
Que los dá de buena raza
Si el cordel no se revienta,

Y lo que es ya las promesas,
Que de libertarme han hecho,
Todas las miro en pavesas,
Que en libertar sus altezas
Piensan en un tiempo estrecho.

Que el sol que alumbra mi frente,
Es sol de fé y de esperanza:
Mi alma su calor lo siente,
Es un sol de luz ardiente
Cuyo resplandor no cansa.

Yo tan solo en Dios espero,
Jacinta no tengas pena,
Que tu cres siempre el lucero
Que alumbrarás mi sendero,
En noche oscura y serena.

Cuando hay un Dios que vigila
Cuando hay un Dios que consuela,
El hombre en su amor se asila
Nunca el alma se aniquila
Nunca el corazon se hiela.

Por otra parte, confío
En la suerte que ha propuesto,
De Lima el gran Señorío,
Donde juega el nombre mío
Con diez mas dentro de un cesto.

Que al nuevo rey celebrando
Con este acto humanitario,
Quieren ver salir volando,
Cuando lo estén saludando
Un triste esclavo canario.

Vaya en gracia, y que lo haremos:
Cuando el hambre nos apura,
Sabe Dios lo que comemos,
Que en tocando á los extremes
No hay carne que sea dura.

No de otra suerte cumplieron
Con el Inca destronado,
Que un pueblo le prometieron,
Pues de lo harto que engulleron
Dábanle al pobre un bocado.

Pero él dijo con viveza,
Un solo fleco arrancando
De la extensa sobremesa:
Las sobras de su grandeza
Le estais á un rey convidando.

Por que yo entiendo Jacinta,
Que la Libertad no cabe,
Entre la anchurosa tinta
Que el horizonte nos pinta,
Y esto el Español no sabe.

.....

Oigamos ahora á Ramiro
Con sus satánicos planes,
Cual es el horrendo giro,
Que inventára en un suspiro
Entre sus duros afanes.

Se acercaba una tormenta
Con aspecto amenazante,
Y de un volcan que revienta,
Que á mas de quemar afrenta
Se encontraba por delante.

Veía caer en tierra
Todas sus combinaciones,
Con esa historia que encierra
De antigua pasion la guerra,
Y antiguos tambien baldones.

Sin embargo, es indudable,
Que tiene un temple de acero,
Y una conciencia impermeable,
Con un fondo incalculable
Donde cabe un mundo entero.

Todo esto dá la experiencia
De años sobre años jugando,
Con el oro y la conciencia,
Que hay quien muestra resistencia
Aun cuando esté agonizando.

Que el avezado intrigante
De dia en dia vegeta,
Adiestrando su semblante,
Con esa misma careta
Que lo han de llevar delante.

Que hasta ahora nunca han mentido
Los refranes españoles:
Que el que de sombra ha vivido,
Cuando se queda dormido
No le alumbran arreboles.

Por eso se ven semblantes
De un solo temperamento,
Duros como los diamantes,
Amoldados como guantes
Para un solo pensamiento.

Mandar ó morir de orgullo:
Ser rico cueste ó no cueste:
Que virtud ni que murmullo:
Teniendo el mundo por suyo,
Que venga el diablo y que reste.

Por eso el sitio dejando
Donde Jacinta se hallaba,
Se le oyó consigo hablando,
Frases que de cuando en cuando
Con fiera risa marcaba.

“Sueño muy largo le espera,
“A el ave que dulce canta:
“Por cierto que otra pradera,
“Oirá la voz hechicera
“De su plateada garganta.”

Y en efecto que el malvado,
Cuando aquel vaso llenára,
Bien lo habia calculado,
Que el narcótico mezclado
Para la muerte bastára.

Diez minutos no pasaron,
Sin que el Virey consiguiera,
Que cuando al lugar llegaron,
De los vasos que brindaron
Lucrecia el uno bebiera.

Pasado un corto momento,
Cierta languidez sintiendo,
Repárase que en su asiento,
Con palpable sufrimiento
Se iba Beatriz durmiendo.

En cumplirse no tardaron
Los consabidos aprestos;
Pues dos hombres la llevaron,
A un calesín do acostaron
Casi al parecer sus restos.

Que el Virey premeditando,
Que su coche era marcado,
Partir de allí quiso cuando,
Nadie se fuera fijando
En el rapto consumado.

Y á los lacayos ordena,
Que en él los Ministros vayan,
Cuando concluya la cena,
Y dijo con faz serena:
¡Cuenta con los que no callan!

Miéntas esto sucedía
De Don Ramiro en la alcoba,
El gran salón relucía,
Y entre muy grata armonía
Se entonaba dulce trova.

Verdad que el festin se hallaba
En su postrer meridiano;
Pues ya el vino se paseaba,
Por lugares donde hablaba
Con un lenguaje muy llano.

El orden y cimetría
Que en el principio reinaba,
Lo convirtió la alegría,
En un ruido que impedía
Escuchar lo que se hablaba.

En medio de este tumulto
Se ve llegar de improviso,
A Don Ramiro que oculto,
Haciendo un feroz insulto
Arrancar la daga quiso.

Pero oh desgracia! el anciano,
Que á Bruto representaba,
Tuvo sobre ella su mano,
Y aquel agresor villano
Vió que en el cinto quedaba.

Que tal lance presumiendo
El defensor de Lucrecia,
Iba doquier sosteniendo,
El instrumento tremendo
Siempre con la diestra récia.

La accion produjo al instante,
El disturbio consiguiente;
Y entónces amenazante,
Bruto vendió al intrigante
Entre toda aquella gente.

Se cruzaron los denuestos,
Las amenazas, las voces:
Todos dejaron sus puestos,
Y entre lances tan funestos
Se oyeron gritos feroces.

Por que entónces don Ramiro,
Puesto en el último trance,
Soltó de mozquete un tiro,
Y dijo "A mi los de Ciro".....
El que me entienda que avance.

Que era la señal pactada
Entre aquellos conjurados;
Pues luego, mano á la espada,
La gran funcion acabada
Corrieron por todos lados.

Asi terminan los planes
De aquellos que siendo enanos,
Con la intriga y sus afanes,
Quieren hacerse titanes
Siendo seres tan medianos.



UNA EMBOSCADA.

ERA una noche oscura y silenciosa,
Con un cielo cargado de vapores,
Cuya respiracion harto penosa
Inspiraba doquier vagos temores.

Casi siempre la bóveda del cielo
Anuncia los pesares de la vida:
Su limpio azul nos llena de consuelo,
Su oscuridad es fiera adormecida.

Si corre el viento y un espacio muestra
De ese cielo que pesa sobre el alma;
Brilla un lucero que su luz siniestra
Roba del corazon la dulce calma.

Que hay estrellas que hieren hondamente,
Alumbrando las horas tempestuosas,
Que son como el calor de fiebre ardiente,
Cuyas brasas son siempre venenosas.

De tiempo en tiempo el eco repetía,
Cierta rumor que el corazón helaba,
Muy distinto al que forma la alegría
Y que luego el silencio lo apagaba.

Eran voces de alarma que se daban
Por grupos que jiraban indirectos,
Que una conjuración ejecutaban
Gritando como gritan los insectos.

Felizmente la esfinge destructora
De las maquinaciones turbulentas,
Hace escuchar su voz cuando devora,
Y así sus obras son menos sangrientas.

Que si hiciera lo que hacen los volcanes,
Durarian muy poco los tiranos;
Pero los hombres piensan cual titanes,
Y ejecutan sus obras como humanos:

¡Cuánta desigualdad de circunstancias!
Las del grande interior de aquella casa,
Donde se han visto tantas arrogancias
Y su exterior que el corazón abrasa.

Con vehementes anhelos se vigila
Del coche del Virey la retirada:
De él no se aparta un punto la pupila,
Y está con bala en boca la emboscada.

Llega el momento pues y á la distancia,
Se ven brillar dos ojos colosales,
Cual de un inmenso tigre que con ansia
Desea devorar los criminales.

Eran las dos linternas del carruaje
Que el Virey solamente acostumbraba,
Y al entrar en la plaza su rodaje
Descarga desigual se disparaba.

Rotos los vidrios que la luz guardaban,
Todo quedó en tinieblas un momento,
Mientras los conjurados capturaban
A todos sin perdon ni miramiento.

Directamente en la testera hirieron
Dos personas que allí se colocáran,
Siendo así que una de ellas presumieron
Fuese la del Virey que asesináran.

Los gritos de dolor que se escucharon,
Hicieron acudir la guardia al punto:
Hízose fuego al grupo en que contaron,
A moquete vacío por difunto.

Con tal sorpresa el sitio abandonaron,
Tal vez dejando el tercio en la jornada;
Pues cuando las antorchas alumbraron
Se hizo la fuga mas precipitada.

Reconocido el coche se encontraron,
Dos Ministros heridos gravemente,
Que con débiles voces denunciaron
Al Oidor Carbajal siempre insolente.

Conocidas las víctimas muy luego,
Se pudo confirmar que era Ramiro,
Que se le oyó jurar de rabia ciego
Al disparar de su moquete el tiro.

¿Nó se ha visto caer á un ciervo herido,
En lodazal inmundo donde espera,
Recuperar sus fuerzas sumergido,
Temiendo presentarse en la pradera?

¿Nó se ha visto tambien seguir sus huellas,
Que con sangre ha marcado en el terreno,
Al cazador enérgico que en ellas
Mira su presa de esperanza lleno?

¿Nó se le ha visto ya cuando ha perdido
En las orillas de una charca inmensa,
Ese deseado rastro, que ha emprendido
Por otra senda y en buscarlo piensa?

Sálvase un rato el ciervo adolorido,
Pero las aves de rapiña miran,
Su cuerpo inerme al cual han descendido,
Y en su contorno ávidamente giran.

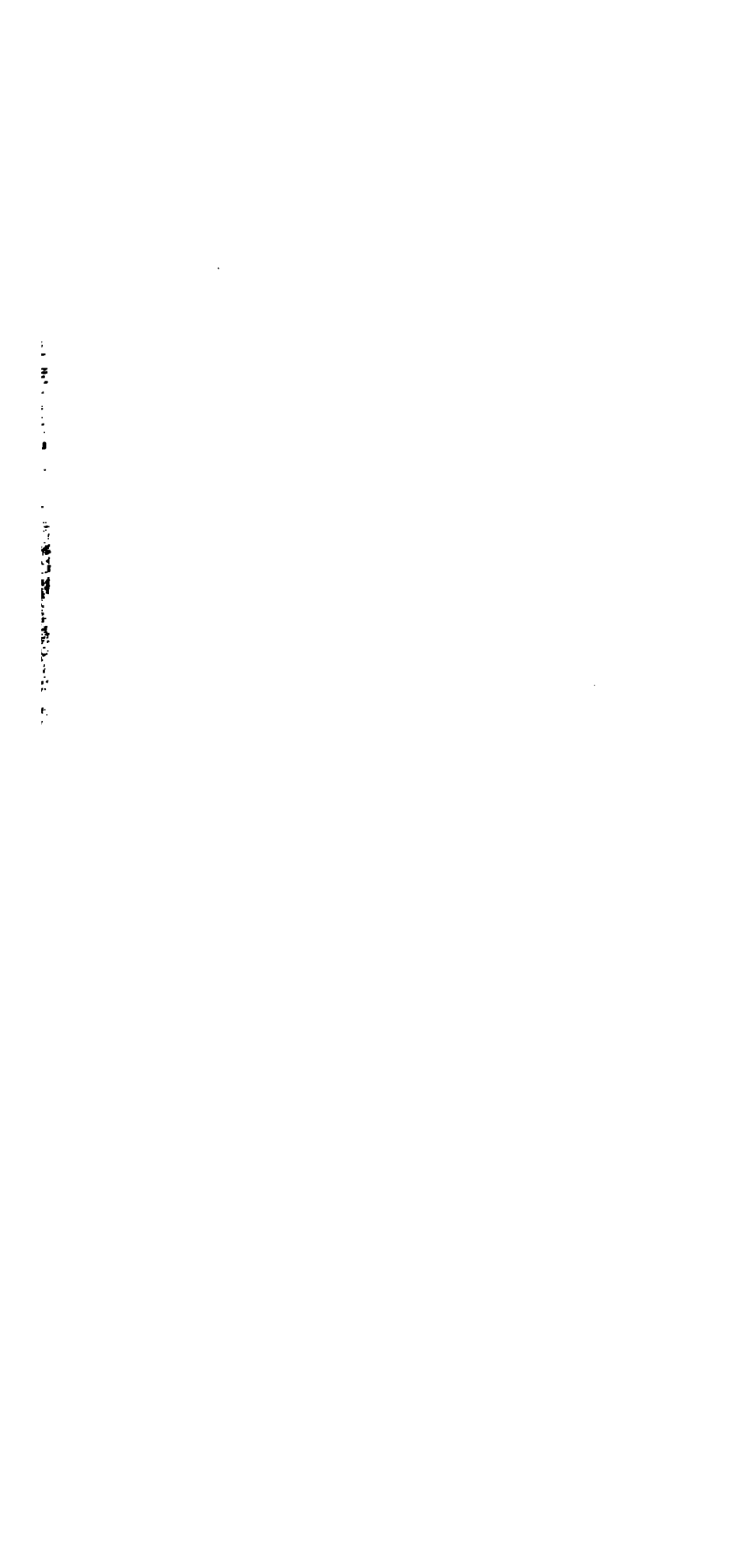
Hace un esfuerzo entónces y camina,
Abandonando esa agua corrompida:
Para salvarse en su dolor no atina
Y entrega el mismo su cansada vida.

En igual situacion Ramiro se halla,
Que sobre el pecho herido levemente,
Al perder mucha sangre se desmaya
Y busca en que ocultarse diligente.

Y teniendo su vida ya en un hilo,
Viendo una acéquia que en la noche brilla,
Buscó su humanidad estrecho asilo
En el hueco de oscura alcantarilla.

Pero hasta allí la guardia persiguiendo
El rastro de la sangre del herido,
Es natural que fueron comprendiendo,
Donde Ramiro habíase escondido.

Y cuando el infeliz atravezando,
Ese canal de fango al otro lado,
Creyó salvarse, estábanlo esperando
Los esbirros que al punto lo han tomado.





EN LA QUINTA DEL VIREY.

EN el antiguo tiempo en que pasaban
Los acontecimientos que he narrado,
Los Vireyes sus quintas fabricaban
De esta ciudad en torno del murado.

Cármenes pintorescos figuraban,
Esos albergues llenos de verdura,
Donde en los días del calor gozaban
De aquel solaz que el corazón procura.

En aquellos retiros silenciosos,
Los vireyes su mando calculaban;
Pues los asuntos graves y penosos
Con la meditacion se substanciaban,

No de otra suerte Gasca el mas prudente
De los que gobernaron este suelo,
Se retiró en el Cuzco de la gente
Para pensar con acertado celo.

Pues para hacer entónces dividendos
De ese botin de la ambicion primera,
Necesitó de cálculos tremendos
Para una soldadezca majadera.

Oh si aquellos asuntos se tratáran,
Sin muchos pareceres encontrados,
Muy poco los Ministros trabajáran,
Y mejor marcharian los Estados.

Ténguse la conciencia de lo bueno,
Y no habrá pensamiento inaplicable:
Queriendo hacer el bien hasta el veneno,
Produce un resultado saludable.

Si es un laboratorio la cabeza,
Donde se purifica la esperiencia,
Químicamente hablando, la nobleza
Se halla en los simples, y uno es la conciencia.

Si la composicion gusta en las artes,
No es en la voluntad muy admisible,
Que un buen principio dividido en partes,
En su realizacion es increíble.

Mas si esto por el centro sucedia,
Que propiamente la ciudad llamaron;
En la orilla inferior del rio habia
Un arrabal que poco lo poblaron.

Cerca del nacimiento de un arroyo,
Que hacía á la gran montaña se encontraba,
Era en aquellos sitios un pimpollo
La quinta que de lejos se miraba.

Abarcaba su huerto un gran cuadrado,
Donde de fruta el suelo se cubria,
Y la vasta extension de su emparrado
Buenos ódres de vino producía.

Su jardín era ameno y abundante,
Sin caprichosas sendas ni enrejado;
Pues entónces lo mas interesante,
Era verlo de flores bien colmado.

Almácigas inmensas de claveles,
Un lucro no pequeño producian,
Y de abundantes rosas los cuarteles,
Todos en los mercados se vendian.

La belleza y el gusto en los jardines,
No se habia importado todavía,
Que eran muy de metal todos los fines
De la raza que entónces existía.

¡Quién habia de creer que aquella quinta,
En su principio rústica y sencilla,
Tomase luego forma tan distinta
Que fué de ese arrabal la maravilla!

Pues vino un tiempo que su faz tornára
En un aspecto grande y magestuoso,
En que algunos millares derrochára
Un Virey de bolsillo vanidoso.

Y su exterior, de triste ranchería,
Obras de cal y canto trasformaron,
Y tal se vió que encanto parecia,
Por lo mucho que en ella fabricaron.

Arabescos, estucos y festones,
Sobre su colosal mampostería,
Demostraban un lujo de Borbones
Luciendo por doquier su alta hidalguía.

Y no contento aun el Señorío,
De la noble persona que esto hacía,
Quiso tambien canalizar un rio
Que haciendo juego de aguas correría.

El pensamiento aquí fué ya tan grande,
Que nos quedan aun ciertos vestigios,
Que nos comprueban bien que aquel que mande,
Cuando milagros no haga hará prodigios.

En esta direccion se encaminaba
La calesa citada antes de ahora,
Y mientras Beatriz dormida estaba,
Violencia enorme á su raptor devora.

Parece que la mula no marchára
Con la celeridad que era del caso,
Y que el trayecto nunca se acabára
De ese animal con el tardío paso.

Que el sendero que se iba recorriendo,
La oscuridad ponía intransitable,
Tanto que ya el Virey iba creyendo
Que la marcha se hacia inacabable.

Y que tal vez al despertar la dama,
Si daba voces, luego el vecindario
Podría cerciorarse de la trama,
Y era el arrojito mas que temerario.

¡El Virey en tan crítica aventura!
Formaría un terrible comentario,
Y reportar podría tal locura
Quien sabe si un tumulto extraordinario.

Pero al fin la calesa se aproxima
Cerca de aquella casa inhabitada,
Que era en sus interiores de alta estima,
Pues á un Virey estaba dedicada.

Una señal bastó para que luego
Sonar se oyera el gozne de un postigo,
Y que volviéndose el portero ciego
A Beatriz llevarse consigo.

Ayudando el Virey enamorado,
A conducir tesoro tan precioso,
Hasta el lecho en que fuera colocado
Y en que concluir debía su reposo.

Demás es dibujar los interiores
De este albergue que solo se ocupaba,
Para la distracción de esos Señores
Y comunmente abandonado estaba.

Sin embargo, su lujo era valioso,
Y su menaje en mucho desdecía,
Con aquel exterior casi ruinoso
Que el vulgo con desden siempre veía.

Allí se hallaba bien condicionada
La abundante despensa necesaria,
Y en utensilios no faltaba nada
Para la grata ciencia culinaria.

Marmitas y sartenes y asadones,
Y todo ese tropel que ardiendo jira,
Entre el fuego y chispeo de carbones
Con que un vacío estómago delira.

Aquí colgada una perdiz sangrienta:
No muy lejos un pavo por trufarse;
Y mas allá un lechon que el cuerpo alienta,
Cuya cabeza acaba de cortarse.

Pues de salsas, verduras y aderezos
Y otros varios compuestos suculentos,
Entre la tal cocina hasta los sesos
Se podrían hartar los mas hambrientos.

Habiéndose concluido los torneos,
Ya que los hombres no rompian lanzas,
Se buscaban doquier otros recreos
Que guardaran con ellos semejanzas.

Y era por cierto raro el tal palenque,
Donde los adalides se aprestaban,
Para condimentar el buen arenque
Cuyas disertaciones se alababan.

Este opinaba que en salmin se hacian,
Con buen aceite y salsa de tomates;
Y otros con mil razones combatian
Que esos eran solemnnes disparates.

Que debian freirse en mantequilla,
Entre almedra rayada y condimentos,
Hasta que otro saltando de su silla
Prometia guisarlos con pimientos.

Y no es extraño pues que en esos dias,
Que reynaba la holganza y el regalo,
Tuviera la nobleza estas manías
Que en los pecados es el menos malo.

Por manera que el ocio y el dinero,
Buscando en que pasar algunas horas,
Se empleaban en cocer un buen puchero
Que eran ocupaciones seductoras.

Y era la casa-quinta precitada,
Sitio en que por lo dicho todo abunda,
En donde á la nobleza aficionada
Reunia el Señor de Superunda.

Y era un cuadro muy digno de pintarse,
El que á tales personas reunia,
Cuando iban á aquel sitio á solazarse
Haciendo dimision de su hidalguia.

A las viandas hacíansele idilios,
Y del fogon en el grotzco banco,
Parecian formar grandes concilios
Blandiendo el asadon de punta en blanco.

Qué doradas espuelas ni que arzones,
Ni que embestida al bote de la lanza:
Fuera castañas, fuera los faldones
Bordados de oro en la hora de la holganza.

Trátase de elevar á ciencia cierta,
El arte de una gula refinada:
De ese sabor que el paladar despierta
Para gozar la vida regalada.

Cada invencion del génio se aplaudia,
Y entraba al magesí de la alta gula;
Y en las horas de charla y alegría
En los estrados por doquier circula.

Y el héroe se presenta envanecido,
Luciendo la exclusiva de su invento,
Que en su gastrica ciencia ha conseguido,
Darle nueva ilusion al pensamiento.

Qué se ha de hacer! si el hombre necesita,
Ocupar su cerebro de algun modo:
Peor es hoy dia que la ciencia escrita,
Tanto se escribe que la borra el codo.

La parte del moblaje se comprende,
Que con el tiempo relacion guardaba;
Pero en comodidad, tanto allende
Como en acuendo el hombre disfrutaba.

Rollizos canapés de paja y plumas,
Con esfinges doradas por doquiera:
Mesas de nacar que importaban sumas
Que en nuestros tiempos nadie las creyera.

Colgaduras de rico terciopelo:
Fanales con cadenas de oro y plata,
Que un ángel sostenia desde el cielo
De una techumbre que harto se dilata.

Do se hallaban pintadas las acciones
Por nobles ascendientes practicadas,
Al parecer gozando en las regiones
Cual si almas fueran bien aventuradas.

Anaqueles de extensa libreria,
De heráldicas figuras coronados,
Donde mas que la ciencia se escondia
De hidalguía y honor sendos dictados.

Y luego de la sala el complemento
Lo formaba la série de retratos,
Que llevaban letreros por cimientto,
Que aunque no eran exactos eran gratos.

La semejanza entónces no importaba,
Con tal de no faltar los atributos;
Y en pintar lo que al noble le agradaba
Eran los dibujantes muy astutos.

Nunca el baston de mando les faltaba,
Ni el docel encarnado ni el escudo,
Que antes que el busto siempre se miraba
Punto por punto aquel lenguaje mudo.

Casi al frente del lecho se encontraba,
Un repison dorado y gran espejo,
Que como á la ventana se inclinaba,
Daba del exterior todo el reflejo.

Era un objeto de arte en esos dias,
Cuyas plumillas de papel formadas,
Mostraban con la tinta alegorias
Que el azogue ponía abrigantadas.

La mañana empezaba á despertarse,
Y hallándose corrida la persiana,
Su primer resplandor vino á fijarse
Sobre un cofre de rica filigrana.

Abierto estaba y de él se derramaban
Hilos de perlas de lucido oriente,
Cuyas extremidades demostraban
Relicarios de un precio muy ingente.

Al ruido que las aves producian
En el jardin ameno de esta casa,
De Beatriz los ojos se entreabrian
Y aquel sopor de su existencia pasa.

Que es del caso expresar que la bebida
En que Ramiro preparó una muerte,
La desvirtuó Jacinta que advertida
Al arrojarla permutó la suerte.

Por que restando al fondo de aquel vaso,
Partículas aun precipitadas,
Produjeron vigiliass de tal plazo,
Que con un grano mas no eran narradas.

Cosas del cielo son que á sus querubess
Vigila cuando cruzan por la tierra;
Y cubre con el manto de sus nubes
A sus adeptos en virtuosa guerra.

Y miéntras hoy repite el necio orgullo,
Que es la casualidad reina del mundo,
Hasta en la suerte de infantil capullo
Se fija Dios segundo por segundo.

Levantó su cabeza adolorida,
Volviendo á reclinarla en el momento,
Creyendo que se encuentra aun dormida
Y es parte de su sueño ese aposento.

Pero vuelve á mirar y el cuerpo alienta,
Y se toca y pregunta á su existencia,
Si es verdad lo que ante ella se presenta,
Pero nadie responde en su presencia.

Prorumpie entónces con la voz doliente:
¿Dónde me encuentro oh Dios abandonada,
Presa de una ilusion de fiebre ardiente,
Que tiene mi existencia atribulada?

¿Es acaso un encanto esta morada,
O una trama infernal inconcebible,
Donde se quiere verme deshonorada,
¿Tan grande atrocidad no me es creible!

Mas luego al replegarse una cortina,
Preséntase el Virey muy conmovido;
Y ante ese lecho de dolor se inclina,
Haciendo á Beatriz régio cumplido.

¿Es el Virey! prorumpie acongojada
Beatriz ocultando su semblante:
¿El Virey! y me encuentro en su morada
Explicadme el misterio en el instante.

Y doblando Don Manso una rodilla,
Con acento de tierno enamorado,
En ese albergue donde el lujo brilla,
Estas palabras repitió á su lado.

Es el Virey, pero el Virey postrado,
Que solo quiere oír una sonrisa,
Una expresión del labio sonrosado
Que tanto el corazón me tiraniza.

Es el Virey, mas no el Virey tirano,
Que quiere hacer valer sus influencias,
Que por tocar un dedo de tu mano,
Perdería sus grandes preeminencias.

Que arrebatado al ver tanta hermosura,
Unida á tan brillante inteligencia,
He sentido el amor en su locura,
Pero jamás empleando la violencia.

Pues cuando mis palabras cortesanas,
No has admitido en el salón de anoche,
He creído que al ser nada villanas
Solo el pudor hacia tal reproche.

Y he tenido en mas precio tu belleza,
Y mas mi corazón se apasionaba,
Porque miraba en tu alma alta nobleza,
Y tu digno desvío respetaba.

Mas pasando un momento te he encontrado
Fuertemente dormida en sitio oculto;
Y con velocidad me he figurado
Se pretendía hacerte un vil insulto.

Que un infame tal vez premeditando,
Un lijero narcótico, intentaba
El crimen mas íncuo y mas nefando
Que solo ajusticiándolo se lava.

Entónces yo burlando esos intentos,
Conduje tu hermosura hasta un carruaje,
Y con los mas honrosos miramientos,
Hasta mi quinta donde estás te traje.

Que al encontrarte así le he preguntado,
A Carbajal donde era tu morada,
Y tu pobre existencia me ha trazado
Cual una flor que se halla abandonada.

Y ya no he trepido en conducirte
A este lugar guardando tu hermosura,
Y cuando quieras puedo restituirte
Al sitio que me indiques con premura.

Que si prendado estoy de tu belleza,
Solo en tu voluntad mi dicha fijo:
Que amar de otra manera ya es bajeza,
Y quien tal hace no es de España el hijo.

Si tal nobleza encierran vuestras frases,
Respondió Beatriz con amargura,
Conozco que hay espíritus capaces
De defender doquier la desventura.

Comprendo que hay momentos en que el hombre,
Que tiene un corazon bien colocado,
Aunque esté apasionado, siempre el nombre
De virtud en su oido ha resonado.

Me habeis salvado pues, os lo agradezco,
Cual lo merece accion tan remarcable;
Y en mi grande emosion solo apetezco,
El besar vuestra mano respetable.

E inclinando semblante tan hermoso,
Descansaron sus lábios en la mano,
Del Virey que sentía fervoroso
Ese ósculo de fé sensible y sano.

Tal su conciencia conmoviera el acto,
Que su pasion vehemente titubeara,
Entre el placer y honor que imprimió el tacto,
Del ángel que en sus brazos se entregara.

Crudo el combate fué, récia la guerra
De su amor con la fé de Caballero;
Pero no hay duda que la España encierra
Hechos de honor que admira el mundo entero.

Pues respondió con el semblante erguido:
Repito Beatriz, que antes de amarte,
Mi fé de caballero habré cumplido.
Y como protector quiero escucharte.

Cuentame pues los rasgos de tu vida,
Que me interesa tu existencia hermosa,
Que si mi corazon tiene una herida,
Quiero curarla haciéndote dichosa.

Y luego Beatriz dando á su acento,
Esa inflexion que la inocencia exita,
La historia de sus padres al momento
Cuenta al Virey cuyo furor se agita.

Y entre el sollozo tierno y penetrante
De aquella víctima inocente y pura,
Ante una cruz que habia por delante
Salvar á su familia el Virey jura.

Comprendo al fin la aspiracion tremenda
Que devora á aquel hombre vanidoso,
Y antes que el fuego de su infamia prenda
Será encerrado en hondo calabozo.

Y sin mas esperar toma la pluma,
Y escribiendo la órden con presteza,
Antes que la mañana se consuma
Reencarga al portador la lijereza.

Miéntas su efecto surte aquel mandato,
Sigamos presenciando aquella escena,
Que el ver triunfar á la virtud es grato,
Y un noble rasgo el corazon nos llena.

Escucha Beatriz, el de Velazco
Prosiguió con la ira en el semblante:
Mucho en hacer esta obra me complazco,
Y haré salir á la virtud triunfante.

En esta misma noche yo en persona,
Sin que viviente alguno se aperciba,
Si tu alma noble mi pasion perdona,
Te llevaré á tu hogar bella cautiva.

Que nunca se dirá que amor infame
Manchar pudiera mi española frente;
Y antes mi sangre á gotas se derrame,
Que al deshonor mostrarme indiferente.

—Muy bien Señor Virey, habeis cumplido,
Con lo que cumple siempre un caballero:
Me habeis en la desgracia defendido,
Y esto es llevar dentro del alma el fuero.

Esto es honrar la estirpe esclarecida
Que ha visto el esplendor de vuestra cuna:
Si la nobleza así fuera cumplida,
Sería la nobleza una fortuna.

Mas hay tambien espigas corpulentas,
Cuyos penachos siempre señorean,
Donde se miran gotas muy sangrientas
Con que sus granos de oro se recrean.

Esa nobleza el alma la detesta:
Esa nobleza el corazon revela;
Pues se ha mecido en cuna muy funesta,
E infamemente rompe fina tela.

Vestida siempre irá como el espino,
Para inferir heridas por doquiera;
Y tanto la levanta su destino
Que siempre en el baldon es la primera.

—Angel de amor que el corazon me inflamas,
Me haces gozar momentos muy sublimes:
Tu á ser virtuoso con tu voz me llamas,
Cuando tan bella y candorosa gimes.

No es toda ruin por cierto la nobleza,
Que algo la sangre de alta cuna vale,
Que si el noble en ser bueno se interesa,
No hay faz altiva que á su faz se iguale.

Tiene las armas todas en su mano,
Para entrar al torneo con ventaja;
Y antes de hacerse odiar como tirano,
Lleno de glorias al sepulcro baja.

Que es muy hermoso concebir la idea
De ejecutar el bien y ejecutarlo:
En tal instante el alma se recrea,
Y ese momento quiero aprovecharlo.

Mañana mismo parte para España,
El gran navío San José el Peruano,
Y del hidalgo que á su patria engaña
Todo debo escribirle al Soberano.

Tu propio padre aquí compareciendo,
Enrostrará su crimen á Ramiro;
Y ante los que hoy por él están sufriendo,
Debe pagar suspiro por suspiro.

.....
A pocas horas que esa tarde hermosa
Con las sombras cubría su semblante,
Se escuchaba la marcha presurosa
Del coche del Virey siempre arrogante.

Que sí secretamente se hospedára
La jóven infeliz de esta aventura;
Con noble rasgo aquel Virey pensára
La honra de una mujer dejar segura.

Pues á pocos momentos se paraba
El carruaje y la guardia que seguía,
En la triste morada que ocultaba
La desesperacion y la agonía.

Era la casa de la pobre Elena,
Que sin consuelo á Beatriz lloraba:
Que no podía mitigar la pena
Que tan grande desgracia le causaba.

Lágrimas sobre lágrimas vertía,
Y aunque el anciano empleaba su consuelo,
Ni comer ni dormir nada quería,
Sus ojos siempre fijos en el cielo.

Después que la campana había sonado
De esa Oración que la ciudad resáa,
Dos personas se habían presentado
Para cumplir una visita rara.

Pues sin dar claridad á sus acentos,
Al Virey anunciaron que venía,
A remediar tan hondos sentimientos
Y á llenar ese albergue de alegría.

Y en efecto el Virey llevando asida
De su pudiente brazo esa hermosura,
Ejecutó reparación cumplida,
Digna de su nobleza y su cordura.

Pues á mas de los grandes personajes
Que ordenó constituirse en esa casa,
En zaga le seguían dos carruajes
Con mas testigos que á la vez emplaza.

Así es que se encontraron reunidos,
Ministros, jueces, alguaciles, nobles,
En la casa en que solo de gemidos
Eran las agonias y los dobles.

Un grito de alegría fué lanzado
Por la infeliz Elena al ver á su hija,
Y otro dió de dolor desesperado
Cuando en su traje sus pupilas fija.

Prenda querida! dice: te he encontrado:
Con tanta dicha el corazon se abruma;
Mas tu brillante traje me ha turbado,
Háblame antes que mi alma se consuma.

Entónces Don Antonio de Velazco,
Haciendo circundar aquella escena:
Yo soy quien en hablar hoy me complazco,
Dijo en voz alta y con la faz serena.

Esposa desgraciada que padeces
La iniquidad de un mónstruo envilecido,
Yo vengo á vindicar ante estos jueces
El honor de este objeto tan querido.

Pura y sin mancha se halla ante tus ojos,
Que la Virtud por ella ha combatido;
Pues de su fuerte espada los despojos
Contemplantas de ese hombre corrompido.

Ramiro Calderon, la negra mancha
De toda la península española,
Una senda de sangre hará muy ancha
Que es de tanta maldad la causa sola.

Esta niña de génio enaltecido,
Es el ángel que el cielo ha designado,
Para derruir ese poder mentido
Del Oidor que harto tiempo ha conspirado.

Ella pues con la escena combinada,
Sábiamente en la noche de la fiesta,
Hizo reconocer la faz menguada
De ese hombre de fortuna tan funesta.

Y ese tigre feroz viéndose herido,
Un crimen mas á su maldad uniendo,
Quiso mirar su labio enmudecido,
Pues en su alcoba la encontré durmiendo.

Yo no podré negar, que era tan bella,
En ese sueño de ángel venturoso,
Que me he sentido enamorado ante ella,
Mas me venció otro afecto mas honroso.

La encontraba al pretil de un precipicio,
Y quise retirarla de esa hoguera,
En donde ardía por de más el vicio,
Pues aquel sueño de un narcótico era.

Si una ilusion pasaba por mi frente,
Fué una ilusion que la virtud venciera,
Cuando abrió sus pupilas de repente
Y todo su infortunio me dijera.

Y la terrible historia que ha contado
Me ha parecido una infernal vigilia:
Tales son las infamias que he escuchado
Contra una débil é infeliz familia.

E hirviéndome la sangre generosa
De mis antepasados he jurado,
Aniquilar la frente vanidosa
Que tanto crimen vil ha perpetrado.

Oídlo pues Señores, que ante todos,
Pongo á mi Dios por el primer testigo,
Que no corra por mí sangre de godos
Si no es verdad lo que á jurar me obligo.

Juró entregar sin mancha esta heroína,
Cuyos talentos honrarán su suelo,
Que mas que su belleza hoy me fascina,
La inteligencia que le ha dado el cielo.

Juro formar la causa sin tardanza
De ese cruel Carbajal soberbio Creso,
Que la voz del dolor al cielo alcanza
Cuando ya la maldad toca al exceso.

Entónces fué completa la alegría
Que reinó en el instante en la morada,
Donde la triste esposa padecía
La crueldad de su suerte desgraciada.

Prorumpió Beatriz: ¡madre adorada!
Ya veis que el cielo escucha las plegarias,
Que á tanto amor y ruego al fin se apiada
Y hace rendir las frentes temerarias.

Muy en breve vereis la faz descada
De un esposo y un padre que anhelamos,
Que estando aqui ya no queremos nada,
Pues pronto de su amor á gozar vamos.

Y estrechadas entre ambas fuertemente
Ahogaban en sollozos el contento,
Que cuando el corazon la dicha siente,
Calla la voz y calla el pensamiento.

Luego el Virey las órdenes dictando
En asunto tan serio y delicado,
Partió de aquel albergue reencargando
Que hubiese en él todo lo que ha faltado.

¡Oh desgracia sublime cuánto vales!
Si siempre fija en Dios vas caminando:
Tienes al fin consuelos celestiales
Que hasta el mismo poder te está envidiando.

Que esa sentida transición del alma,
En que el dolor se cambia en alegría,
Dá con usura al corazón la calma
Que la fortuna busca noche y día

Dichas que el cielo dá no se parecen
A los regueros de oro de esta vida:
Con el amor de la verdad florecen,
Que dicha sin virtud dicha es perdida.



INDICE.

DE LAS

ESTANCIAS DEL POEMA.

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria, al Excmo. Señor Presidente de la República	I
Prospecto.....	V
Decreto de amparo.....	XI
Prólogo ó Quisicosa.....	XIII
Al Lector.....	5
Don Carlos.....	19
Elena.....	27
Cuasimodo.....	37
La Madre Maria.....	45
La Sacristía.....	53
Otra Flor.....	61
Junto á la cuna de Beatriz.....	65
Ausencia.....	83
Otra Intriga.....	99
Tres Virtudes.....	107
Eleccion del primer amor.....	125
Don Ramiro de Carbajal.....	159
Motivo de una copla.....	179
La primera conspiracion.....	195
La Verdad.....	229
En la casa de Don Ramiro.....	237

	Páginas
Dos fuegos	261
Otro Manchego.....	277
Luz Bella	287
Otra incursion del Oidor.....	303
Entrada del Oidor á Trujillo.....	315
Los calabozos de San Pedro.....	333
Don Ramiro en el mar.....	341
Una falaz vindicacion.....	359
Una antigua lidia.....	375
Episodios del primer amor	401
Mas vehemencia.....	433
Otra leccion del anciano.....	443
Al Diluvio.....	447
Se intriga en la Casa del Oidor.....	461
El Baile de fantasía.....	483
Las escenas.....	521
Una emboscada.....	567
En la quinta del Virey.....	573

ERRATAS.

Página verso	debe decir	Página verso	debe decir.
13	17 desentimientos. sien	145	23 rizos
16	22 apólogos	153	24 poseer
28	2 <i>falta uno con</i>	155	13 cupido
28	5 sus pupilas	164	25 pleveyos
34	4 pleveyo	165	3 la hez
37	12 Calles	171	22 devorando
38	3 ² trecho en tres	173	9 mnero
60	6 heredades	175	16 un gemido
62	10 frutilla	183	12 glosa
64	10 dulzura	185	24 Sixto quinto
68	15 empezaba	195	1 notables
69	12 empienza	198	17 luto
71	14 consultaba	198	26 pues
72	10 centrifuga	198	27 que
73	8 partir	200	7 un
74	24 ruegos	202	26 camaradas
76	20 derrochaia	210	16 decretaban
77	19 simuladas	226	11 ceniza
78	21 sórdida	233	19 corre
78	26 girado	235	19 universo
78	9 vertiera	241	9 zaga
84	10 divergencia	241	18 perpetuando
87	26 beber	243	8 ha legado
88	10 falsia	244	11 trazarlo
89	20 víctimas	245	14 bastante
91	4 alivia	262	22 abrasa
111	28 hijos	265	17 Adriadne
126	1 fué	266	19 magestades
127	9 trazára	268	15 un ejemplar
131	16 sentados	272	1 asertos
132	25 respiran	275	2 glosar
144	18 pareciese	275	3 reveces

Página	verso	debe decir
277	10	arabesca
280	24	horizontes
284	9	tahures
287	4	circundado
288	6	levantando
289	1	varoniles
289	22	falsía
293	4	falsia
295	25	descifrar
302	5	imita
302	14	copiarlas
312	15	rollo
321	8	desplegarán
325	27	del gran
326	24	falsía
336	28	no
336	27	intersticios
336	4	trazaré
341	21	saber
360	10	de ahora
361	4	una
363		Que Teran persistia
366	6	de este varon
368	2	halagar
368	14	un ejemplar
339	15	presuroso
340	23	Y á ese Prelado
370	7	maskaradas
370	8	barto
372	4	traerla
375	9	una erótica
375	2	atras
379	17	toisones
380	14	inspiracion
382	17	empezaba
386	3	embellecen
389	16	esplendor
389	22	rozando, rizado
386	15	rizo
390	5	terciopelo
390	12	venablos
390	14	cazerios
390	22	splendor
390	22	esplendidamento
395	5	venablo
395	11	venablo

Página	verso	debe decir
596		<i>Una cuarteta falta</i>
398	18	al punto suspendieron
398	25	atrasados
407	9	me distraia
407	10	de mi lindo
424	14	seria
452	32	de los
464	1	hoy
469	12	las africanas
472	20	siega
473	23	brasa
486	16	llegan
489	3	toisones
489	23	blasones
490	6	frase
492	19	hambrientas
496	15	halagaba
498	10	el Virey
503	5	honrase
507	11	maskaradas
508	7	echarse
509	9	toison
510	18	amar
511	8	imitar
511	20	Iba á hacer
517	16	forma
522	17	ruedo
525	24	Que
525	25	del alma
525	10	detras
526	19	nacion
527	12	creido
541	10	segar
541	16	noble
542	25	atravezado
545	15	El que es
545	22	encontrará
546	7	escudado
546	18	hincaste
546	24	revolcado
547	7	al precipicio
548	16	aserto
549	15	habla Juan
553	20	seso
557	7	cortesananas
594	3	celestiales

